

Un Capitán de Quince Años

Julio Verne

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

EL BERGANTÍN GOLETA PILGRIM

El 2 de febrero de 1873, el bergantín goleta Pilgrim se encontraba entre los 43° y 57' de latitud sur y los 165° y 19' de longitud oeste del meridiano de Greenwich.

Esta embarcación, de cuatrocientas toneladas, construida en San Francisco para la pesca mayor en los mares australes, pertenecía a James W. Weldon, rico armador californiano, que, desde hacía varios años, le había confiado el mando del navío al capitán Hull.

El Pilgrim era uno de los más pequeños, aunque uno de los mejores barcos de la flotilla que James W. Weldon enviaba, todas las estaciones, unas veces hasta más allá del estrecho de Behring, por los mares boreales, y otras a los parajes de Tasmania o del cabo de Hornos, hasta el océano Antártico. Navegaba muy bien. Su aparejo, muy manejable, le permitía aventurarse con pocos hombres por entre los impenetrables bloques de hielo del hemisferio austral. El capitán Hull sabía desenvolverse, como dicen los marinos, en medio de aquellos hielos que, durante el verano, derivan hacia Nueva Zelanda o hacia el cabo de Buena Esperanza, llegando a una latitud más baja que la que alcanzan en los mares septentrionales del globo. Verdad es que allí no se trataba más que de unos icebergs de pequeñas dimensiones, ya desgastados por los choques y roídos por las aguas termales, y cuyo mayor número va a fundirse en el Pacífico o en el Atlántico.

A las órdenes del capitán Hull, buen marino y también uno de los más hábiles arponeros de la flotilla, se encontraba un equipo compuesto de cinco marineros y un grumete, lo cual era bien poco para la pesca de la ballena, que exige un personal bastante numeroso. Se necesita gente, tanto para las maniobras de las embarcaciones como para el descuartizamiento de los animales capturados; pero, a semejanza de otros armadores, James W. Weldon consideraba mucho más económico no embarcar en San Francisco más que el número necesario de marineros para conducir el barco. En Nueva Zelanda no faltaban arponeros, marinos de todas las nacionalidades y desertores y demás que pretendían contratarse para la estación y desempeñaban hábilmente el oficio de pescadores. Una vez acabado el periodo útil, se les pagaba, desembarcaban y esperaban a que los balleneros del año siguiente fuesen a reclamar sus servicios. Por este método, se daba mejor empleo a los marineros

disponibles y se obtenía mayor provecho al prescindir de su cooperación.

Así se había obrado a bordo del Pilgrim.

El bergantín goleta acababa de dar por terminada la estación en el límite del círculo polar antártico; pero no iba repleto de barriles de aceite, de barbas de ballena en bruto y de ballenas cortadas. En aquella época, se hacía ya la pesca difícil. Los cetáceos, perseguidos con exceso, escaseaban. La ballena propiamente dicha, que recibe el nombre de Nordcaper en el océano boreal y el de Sulpher-boltone en los mares del sur, tendía a desaparecer. Los pescadores habían tenido que recurrir de nuevo al finback o yubarta, gigantesco mamífero cuyos ataques no se hallan exentos de peligro.

Esto era lo que había hecho el capitán Hull durante aquella campaña; pero, en el siguiente viaje, pensaba elevarse a más alta latitud, y, si era preciso, llegaría hasta cerca de las tierras Claria y Adelia, cuyo descubrimiento, comprobado por el marino Wilkes, corresponde, en definitiva, al ilustre comandante del Astrolabio y de la Celosa, al francés Dumont d'Urville.

En resumen: la estación no había sido afortunada para el Pilgrim. A comienzos de enero, esto es, hacia la mitad del verano austral, y aunque no había llegado aún la época de regreso para los balleneros, el capitán Hull se había visto obligado a abandonar los lugares de pesca. Su equipo de refuerzo —un puñado de infortunados sujetos— planteó la cuestión, como suele decirse, y tuvo que pensar en deshacerse de él.

El Pilgrim puso, pues, la proa hacia el noroeste, en dirección a las tierras de Nueva Zelanda, que aparecieron a la vista el 15 de enero. Llegó a Waitemata, puerto de Auckland, situado en el interior del golfo de Khuraki, en la costa este de la isla septentrional, y desembarcó a los pescadores que habían sido contratados para la estación.

La tripulación no estaba satisfecha. Faltaban, por lo menos, doscientos barriles de aceite en el cargamento del Pilgrim. Nunca se había obtenido peor pesca. El capitán Hull volvía, pues, con la contrariedad propia de un cazador emérito que por primera vez regresa de vacío, o poco menos. Su amor propio se hallaba muy excitado, y no perdonaba a aquéllos cuya insubordinación había comprometido los resultados de su campaña.

En vano trató de reunir en Auckland un nuevo equipo de pesca. Todos los marineros de que podía disponerse estaban embarcados en otros navíos balleneros. Era preciso, pues, renunciar a la esperanza de completar el cargamento del Pilgrim, y el capitán Hull se disponía a abandonar definitivamente Auckland, cuando recibió una petición de pasaje a la que no podía negarse.

La señora Weldon, mujer del armador de Pilgrim, su hijo Jack, de cinco

años de edad, y uno de sus parientes —su primo Benedicto— se encontraban entonces en Auckland. James W. Weldon, cuyas operaciones comerciales le obligaban algunas veces a visitar Nueva Zelanda, los había conducido allí a los tres, y proyectaba hacerles regresar a San Francisco.

Pero en el momento en que toda la familia se hallaba dispuesta a partir, el pequeño Jack enfermó de gravedad, y su padre, imperiosamente reclamado por sus asuntos, tuvo que abandonar Auckland, dejando allí a su mujer, a su hijo y al primo Benedicto.

Tres meses habían transcurrido, tres prolongados meses de separación que fueron en extremo penosos para la señora Weldon. Entretanto, su hijo se restableció, y ella adoptó las medidas necesarias para poder partir, cuando se le notificó la llegada del Pilgrim.

Ahora bien; en aquella época, para volver a San Francisco, la señora Weldon se encontraba en la necesidad de ir a Australia para tomar un vapor de la Compañía transoceánica del Golden Age, que hace el recorrido de Melburne al istmo de Panamá, por Papeete. Luego, una vez en Panamá, tendría que esperar la salida del steamer americano que establece una comunicación regular entre el istmo y California. Todo esto daría lugar a retrasos y transbordos siempre desagradables para una mujer y un niño. En aquel momento, el Pilgrim hizo escala en Auckland. La señora Weldon no vaciló, y solicitó del capitán Hull que trasladase a ella, a su hijo, al primo Benedicto y a Nan, una vieja negra que estaba a su servicio desde su infancia.

Tres mil leguas marinas había que recorrer en un barco de vela, pero el navío del capitán Hull estaba muy aseado y la estación era muy apacible aún a ambos lados del Ecuador. El capitán Hull aceptó, y al punto puso su propia habitación a disposición de la pasajera. Quería que durante la travesía, que podía durar de cuarenta a cincuenta días, la señora Weldon estuviese instalada lo mejor posible a bordo del ballenero.

Para la señora Weldon suponía, pues, algunas ventajas el hacer la travesía en tales condiciones. La única desventaja consistía en que el viaje se prolongaría necesariamente, debido a que el Pilgrim tenía que descargar en Valparaíso (Chile). Hecho esto, sólo quedaba ya subir por la costa americana con los vientos de tierra que hacen tan agradables aquellos parajes.

Por otra parte, la señora Weldon era una mujer valerosa que no temía al mar. De treinta años de edad, saludable y robusta, acostumbrada a los largos viajes por haber participado con su marido de las fatigas de varias travesías, no tenía miedo a los percances más o menos aleatorios, de un embarco a bordo de un navío de mediano tonelaje. Sabía que el capitán Hull era un excelente marino, en quien James W. Weldon tenía absoluta confianza. El Pilgrim era un barco sólido, de buena marcha y bien considerado en la flotilla de los

balleneros americanos. Se presentaba la ocasión, y había que aprovecharla. Y la señora Weldon la aprovechó.

No hay para qué decir que el primo Benedicto debía acompañarla.

Este primo era un buen hombre de unos cincuenta años de edad, pero al que a pesar de su cincuentena, no era prudente dejar salir solo. Muy alto, flaco con exceso, con el rostro huesudo y el cráneo enorme y de abundante cabello, en toda su interminable persona se reconocía a uno de esos dignos sabios con gafas de oro, seres inofensivos y buenos, destinados a permanecer durante toda la vida como niños grandes y a terminar muy viejos, como centenarios que muriesen en brazos de una nodriza.

El primo Benedicto —así se le llamaba invariablemente, aun por los que no eran de su familia, puesto que se trataba de una de esas personas que parecen ser primos de todo el mundo—, el primo Benedicto, siempre entorpecido por sus largos brazos y sus largas piernas, hubiera sido incapaz de resolver por sí solo cualquier asunto, ni siquiera en las circunstancias más extraordinarias de la vida. Y no era molesto, no; sino que más bien le molestaban los demás y se molestaba a sí mismo. De vida fácil, además; acomodándose a todo; olvidándose de beber y de comer si no se le llevaba de comer o de beber; insensible al frío y al calor, menos parecía pertenecer al reino animal que al reino vegetal. Imagínese un árbol muy inútil, sin fruto y casi sin hojas, incapaz de proporcionar abrigo o alimento, pero que poseyese un buen corazón.

Tal era el primo Benedicto. De buena gana hubiera hecho muchos favores a la gente, si, como diría Prudhomme, hubiera podido hacerlos.

Se le quería, incluso, por su misma debilidad. La señora Weldon le consideraba como hijo suyo, como si fuese un hermano mayor del señor Jack.

Conviene añadir que el primo Benedicto no era, sin embargo, un holgazán ni un desocupado. Por el contrario, era muy trabajador. Su única pasión —la historia natural— le absorbía por completo.

Decir la historia natural, es mucho decir.

Ya se sabe que las diversas partes de que se compone esta ciencia son la zoología, la botánica, la mineralogía y la geología.

Pero el primo Benedicto no era, ni mucho menos, botánico, mineralogista ni geólogo.

¿Era, pues, un zoólogo en toda la acepción de la palabra; algo así como una especie de Cuvier del Nuevo Mundo, que descomponía al animal por medio de análisis y lo reconstituía por medio de la síntesis; uno de esos conocedores profundos, versados en el estudio de los cuatro tipos a los que la

ciencia moderna atribuye la animalidad: vertebrados, moluscos, articulados y radiados? En estas cuatro divisiones, ¿el ingenuo aunque estudioso sabio había observado y escudriñado las diversas clases, órdenes, familias, tribus, géneros, especies y variedades que las distinguen?

No.

¿El primo Benedicto se había dedicado al estudio de los vertebrados, de los mamíferos, de los pájaros, de los reptiles y de los peces?

Tampoco.

¿Eran los moluscos, de los cefalópodos a los briozoarios, los que tenían su preferencia, y, por consiguiente, la malacología no guardaba secreto para él?

Menos aún.

¿Eran, pues, los radiados, equinodermos, acalefos, pólipos, entozoarios, espongiarios e infusorios los animales en cuyo honor había consumido el aceite de su lámpara de trabajo?

Hay que confesar que no eran los radiados.

Y como ya no queda por citar, de la zoología, más que la división de los articulados, no hay para qué decir que a esta división se había concretado la única pasión del primo Benedicto.

Sí; y conviene precisar.

La rama de los articulados comprende seis clases: los insectos, los miriápodos, los arácnidos, los crustáceos, los cirrópodos y los anélidos.

Ahora bien; el primo Benedicto, científicamente hablando, no hubiera sabido distinguir una lombriz de una sanguijuela medicinal, un percebe de cualquier otro marisco, una araña doméstica de un falso escorpión, un langostino de una quisquilla, un iulo de una escolopendra...

Pues entonces, ¿qué era el primo Benedicto?

Un simple entomólogo, y nada más.

A esto, se responderá, sin duda, que, en su acepción etimológica, la entomología es la parte de las ciencias naturales que comprende a todos los articulados. Cierto es; pero se ha establecido la costumbre de dar a esta palabra un sentido más limitado. Se aplica sólo al estudio propiamente dicho de los insectos, esto es, «de todos los animales articulados, cuyo cuerpo está compuesto de anillos, que forman tres segmentos distintos y que poseen tres pares de patas, por lo que han recibido el nombre de hexápodos».

Y como el primo Benedicto se había concretado al estudio de los articulados de esta clase, no era más que un simple entomólogo.

Pero ¡no hay que confundir...! En esta clase de insectos no se cuentan menos de diez órdenes: los ortópteros, los neurópteros, los himenópteros, los lepidópteros, los hemípteros, los coleópteros, los dípteros, los ripípteros, los parásitos y los tisanuros. Y como quiera que en algunos de estos órdenes —en el de los coleópteros, por ejemplo— se han reconocido treinta mil especies, y sesenta mil —en el de los dípteros—, no faltaban los objetos de estudio, y se reconocerá, por tanto, que suponen demasiado trabajo para un hombre solo...

Así, pues, la vida del primo Benedicto se consagraba exclusivamente y por entero a la entomología.

A esta ciencia dedicaba todas las horas; todas sin excepción; incluso las del sueño, puesto que llegaba a soñar con los «hexápodos». Los alfileres que llevaba prendidos en las mangas y en las solapas de la chaqueta, en el forro del sombrero y en las vueltas del chaleco no podían contarse. Cuando el primo Benedicto volvía de un paso científico, su magnífica cofia, sobre todo, no era más que un museo de historia natural, pues aparecía repleta por el interior y por el exterior de insectos ensartados.

Y ahora, todo quedará dicho acerca de este sujeto extravagante, cuando se sepa que, a causa de su pasión entomológica, había acompañado a los señores Weldon hasta Nueva Zelanda. Allí, su colección se había enriquecido con algunos raros ejemplares, y ya se comprenderá que tenía prisa por volver a San Francisco para clasificarlos en los casilleros de su gabinete.

Y puesto que la señora Weldon y su hijo volvían a América en el Pilgrim nada era tan natural como que el primo Benedicto les acompañase durante aquella travesía.

Pero no era con él con quien la señora Weldon debería contar, si alguna vez se encontraba en una situación crítica. Por fortuna, sólo se trataba de un viaje fácil de realizar durante la apacible estación, a bordo de un barco cuyo capitán le merecía toda su confianza.

Durante los tres días que estuvo detenido el Pilgrim en Waitemata, la señora Weldon hizo sus preparativos con gran apresuramiento porque no quería retrasar la salida del bergantín goleta. Los domésticos indígenas que le servían en su domicilio de Auckland fueron despedidos, y el 22 de enero se embarcó en el Pilgrim, sin más compañía que su hijo Jack, el primo Benedicto y Nan, la anciana negra.

El primo Benedicto llevaba en una caja especial toda su colección de insectos. En aquella colección figuraban, entre otros ejemplares, algunos de los nuevos gorgojos —especie de coleópteros carnívoros, cuyos ojos se hallan situados encima de la cabeza—, insectos que, hasta entonces, parecían ser exclusivos de la Caledonia. Le habían recomendado cierta araña venenosa —

el «katipo» de los maorís— cuya picadura es con frecuencia mortal para los indígenas. Pero una araña no pertenece al orden de los insectos, propiamente dichos, sino al de los arácnidos, y, por consiguiente, no tenía ningún valor ante los ojos del primo Benedicto. Así, pues, la había desdeñado, y la joya más apreciable de su colección era un notable gorgojo neozelandés.

No hay por qué decir que el primo Benedicto, mediante el pago de una fuerte suma, se había hecho asegurar su carga, que le parecía mucho más preciosa que todo el cargamento de aceite de ballena acumulado en la cala del Pilgrim.

En el momento de ponerse a la vela, cuando la señora Weldon y sus compañeros de viaje se encontraron sobre la cubierta del bergantín goleta, el capitán Hull se acercó a su pasajera.

—Tenga entendido, señora Weldon —le dijo—, que si viaja usted a bordo del Pilgrim es bajo su exclusiva responsabilidad.

—¿Por qué me hace usted esa observación, señor Hull? —preguntó la señora Weldon.

—Porque no he recibido orden expresa de su marido, y tomar un bergantín goleta no puede ofrecer las mismas garantías, por lo que respecta a la travesía, que tomar un paquebote especialmente destinado al transporte de viajeros.

—Si mi marido estuviese aquí —respondió la señora Weldon—, ¿cree usted, señor Hull, que vacilaría, antes de embarcarse en el Pilgrim, en compañía de su mujer y su hijo?

—No, señora Weldon, no vacilaría —dijo el capitán Hull—; desde luego que no; ni yo tampoco vacilaría. El Pilgrim es un buen navío, después de todo, aunque sólo haya hecho una desafortunada campaña de pesca, y estoy tan seguro de él como puede estarlo un marino del barco que dirige desde hace varios años. Lo que le digo, señora Weldon, se lo digo para poner a cubierto mi responsabilidad, y para hacerle saber, una vez más, que no encontrará a bordo las comodidades a que está acostumbrada.

—Puesto que sólo se trata de una cuestión de comodidad, señor Hull —respondió la señora Weldon—, sepa usted que eso no me haría desistir. No soy de esas pasajeras impertinentes que se quejan sin cesar de la estrechez de los camarotes o de la insuficiencia de la comida.

La señora Weldon, después de haber contemplado algunos instantes a su pequeño Jack, al que tenía cogido de la mano, dijo:

—Vamos, señor Hull.

Fueron dadas al punto las órdenes oportunas, se desplegaron las velas, y el Pilgrim, maniobrando de manera que pudiera salir del golfo lo antes posible,

orientó la proa hacia la costa americana.

Pero a los tres días de su partida, el bergantín goleta, obligado por fuertes brisas del este, tuvo que amurar a babor para resguardarse del viento.

Por ello, el día 2 de febrero, se encontraba todavía el capitán Hull en una latitud más alta de lo que hubiera querido, y en la situación de un marino que prefiriese doblar el cabo de Hornos a buscar el camino más corto del nuevo continente.

CAPÍTULO II

DICK SAND

Sin embargo, la mar estaba tranquila, y, salvo los retrasos, la navegación se realizaba en condiciones muy tolerables.

La señora Weldon había sido instalada a bordo del Pilgrim con todas las comodidades posibles. Ni siquiera una toldilla cubría la popa. Por consiguiente, ningún camarote de popa había podido recibir a la pasajera. Tuvo que contentarse con la habitación del capitán Hull, situada sobre la popa y que constituía su modesto alojamiento de marino. Y aun así, había sido preciso que el capitán le instase para que la aceptase. Allí, en aquel reducido aposento se había instalado la señora Weldon con su hijo y con la vieja Nan. Allí comía, en compañía del capitán y del primo Benedicto, para el cual se había habilitado una especie de habitación.

En cuanto al comandante del Pilgrim, se había metido en un camarote del puesto de la tripulación, camarote que habría sido ocupado por el segundo, si hubiera habido un segundo a bordo, pero ya se sabe que el bergantín goleta navegaba en condiciones que habían permitido economizar los servicios de un segundo oficial.

Los hombres del Pilgrim, buenos y sólidos marinos, se hallaban muy unidos por la comunidad de ideas y de costumbres. Aquella estación de pesca era la cuarta que hacían juntos. Todos americanos del oeste, se conocían desde hacía mucho tiempo y pertenecían al mismo litoral del Estado de California.

Aquella buena gente se mostraba muy obsequiosa con la señora Weldon, la mujer de su armador, al que profesaban un cariño sin límites. Conviene decir que, interesados con largueza en los beneficios del navío, aquellos hombres habían navegado hasta entonces con gran provecho. Si a causa de su corto número no daban tregua al trabajo, en cambio, aquel trabajo aumentaba el importe de los salarios que eran percibidos al finalizar cada estación. Cierto es

que, por aquella vez, el provecho sería casi nulo, y esto les hacía renegar, con razón, contra aquellos picaros de Nueva Zelanda.

Sólo un hombre de los que iban a bordo no era de origen americano. Era portugués de nacimiento, aunque hablaba el inglés correctamente. Se llamaba Negoro, y desempeñaba las modestas funciones de cocinero en el bergantín goleta.

Habiendo desertado en Auckland el cocinero del Pilgrim, aquel Negoro, entonces sin empleo, se había ofrecido para substituirle. Era un hombre taciturno, muy poco comunicativo y que se apartaba de todos, si bien desempeñaba con acierto su oficio. Al contratarle, parecía haber tenido buena mano el capitán Hull, y, desde su embarco, el cocinero no había merecido ningún reproche.

Sin embargo, el capitán Hull lamentaba no haber tenido tiempo de informarse suficientemente acerca de su pasado. Su semblante, o más bien su mirada, sólo se manifestaba a medias, y cuando se trata de introducir a un desconocido en la vida de a bordo, tan reducida y tan íntima, no debe descuidarse lo más mínimo para obtener todos los antecedentes necesarios.

Negoro podía tener unos cuarenta años. Delgado, nervioso, de mediana estatura, con el pelo muy negro y un poco morena la piel, debía de ser robusto. ¿Había recibido alguna instrucción? Sí; se adivinaba por ciertas observaciones que se le escapaban algunas veces. Por otra parte, nunca hablaba de su pasado ni pronunciaba palabra alguna acerca de su familia. De dónde procedía y dónde había vivido no podía colegirse aún. ¿Cuál sería su porvenir? Menos podía saberse aún. Sólo manifestaba su intención de desembarcar en Valparaíso. Desde luego, era un hombre especial. No parecía que fuese un marino. Parecía más extraño a las cosas de la marina de lo que suele ser un cocinero de navío que ha pasado gran parte de su existencia en el mar.

No obstante nunca parecía molestarle el vaivén del barco, como ocurre a las personas que no han navegado nunca, y esto ya era algo para un cocinero de a bordo.

En general, se le veía poco. Durante el día, permanecía de ordinario dentro de la reducida cocina, delante del fogón, que ocupaba la mayor parte de la estancia. Llegada la noche, y una vez apagado el fuego, Negoro volvía al «camarote» que le había sido designado en lo más apartado del barco. En seguida se acostaba y se dormía.

Ya hemos dicho que la tripulación del Pilgrim se componía de cinco marineros y un grumete.

Este grumete, de quince años de edad, era hijo de padres desconocidos. El pobre muchacho abandonado después de su nacimiento había sido recogido

por la caridad pública y asimismo educado por ella. Dick Sand —así se llamaba— debía de ser originario del Estado de Nueva York, y quizá de la capital de este Estado.

El nombre de Dick —abreviatura del de Ricardo— había sido aplicado al huermanito porque éste era el nombre de la caritativa persona que lo había recogido dos o tres horas después de su nacimiento. En cuanto al apellido Sand, se le había atribuido en memoria del sitio donde se le había encontrado, que era el cabo de Sandy-Hook, el cual forma la entrada del puerto de Nueva York, en la desembocadura del Hudson.

Cuando Dick Sand alcanzase todo su desarrollo, no pasaría de una mediana estatura, si bien tenía una fuerte constitución. No podía dudarse que era de origen anglosajón. Sin embargo, era moreno, con unos ojos azules en cuyo cristalino brillaba un ardiente fuego. Su oficio de marino le había preparado ya convenientemente para las luchas de la vida. Su fisonomía inteligente respiraba energía. No la de un audaz, sino la de un «osado». Con frecuencia se citan estas tres palabras de un verso incompleto de Virgilio:

Audaces fortuna juvat;

pero se citan con incorrección. El poeta ha dicho:

Audentes fortuna juvat...

A los osados, y no a los audaces, es a quien sonrío casi siempre la fortuna. El audaz puede ser irreflexivo. El osado piensa primero y obra después. En esto estriba la diferencia.

Dick Sand era audens. A los quince años, sabía ya adoptar una resolución, y ejecutar hasta el final lo que hubiera decidido su espíritu arrojado. Su aspecto, a la vez que inquieto y serio, llamaba la atención. No se deshacía en palabras o en gestos, como lo hacen de ordinario los muchachos de su edad. Muy pronto, en una época de la vida en que apenas se discuten los problemas de la existencia, se había percatado de su condición miserable, y se había prometido «hacerse» a sí mismo.

Y se había «hecho», puesto que ya era casi un hombre, a la edad en que otros son todavía unos niños.

Muy seguro y muy hábil a la vez para todos los ejercicios físicos, Dick Sand era uno de esos seres privilegiados, de los cuales puede decirse que han nacido con dos pies izquierdos y dos manos derechas, por lo que todo lo hacen con buena mano y caminan siempre con pie firme.

Como se ha dicho, la caridad pública había educado al huermanito. Primero le hicieron ingresar en una de esas casas de niños que en América tienen siempre un puesto disponible para los pequeños abandonados. Luego, a los

cuatro años, Dick aprendía a leer, escribir y contar en una de esas escuelas del Estado de Nueva York, que con tanta generosidad sostienen los subscriptores caritativos.

A los ocho años, la afición al mar que Dick había manifestado siempre, le obligaba a embarcar como grumete en un barco correo de los mares del sur. Allí aprendía el oficio de marino como debe aprenderse, esto es, desde su más corta edad. Poco a poco se fue instruyendo bajo la dirección de los oficiales, que se interesaban por aquel hombrecito. Así, pues, el aprendiz no tardaría en convertirse en grumete, y prometía llegar a superar aquella situación. El niño que desde un principio comprende que el trabajo es la ley de la vida, sabe por anticipado que sólo ganará el pan con el sudor de su frente —precepto de la Biblia que es regla de la humanidad—, y está predestinado a realizar grandes cosas, toda vez que llegará algún día en que se sienta con voluntad y con poder para realizarlas.

Dick Sand ejercía de grumete a bordo de un barco mercante cuando lo conoció el capitán Hull. Este buen marino hizo en seguida amistad con el buen muchacho, y más tarde se lo hizo conocer a su armador, James W. Weldon. Éste manifestó un vivo interés por el huérfano, cuya educación completó en San Francisco, informándole acerca de la religión católica, a la cual pertenecía su familia.

Durante el transcurso de sus estudios, Dick Sand se apasionó sobremanera por la geografía y por los viajes, y esperaba cumplir la edad necesaria para poder estudiar las matemáticas que se relacionan con la navegación. A aquella parte teórica de su instrucción no dejó de añadir la práctica. Por fin, pudo embarcarse como grumete en el Pilgrim. Un buen marino debe conocer la pesca mayor tan bien como la navegación misma, y constituye una buena preparación para todas las eventualidades que lleva consigo la carrera marítima. Por otra parte, Dick Sand iba en un navío de James W. Weldon, su protector, a las órdenes de su mentor, el capitán Hull. Se encontraba, por tanto, en las más favorables condiciones.

Resulta superfluo decir hasta dónde hubiera podido llegar su sacrificio por la familia Weldon, a la que se lo debía todo. Más vale dejar que hablen los hechos. Ya se comprenderá cuánto se alegró el joven grumete cuando se enteró de que la señora Weldon iba a viajar a bordo del Pilgrim. Durante algunos años, la señora Weldon había sido una madre para él, y Dick veía en Jack a un hermanito, desde luego, dándose cuenta de su situación en sus relaciones con el hijo del rico armador. Sus protectores sabían muy bien que su buena siembra había caído en un terreno generoso. Alimentado por la savia de su sangre, el corazón del huérfano se henchía de reconocimiento, y si algún día fuera preciso dar la vida por aquellos que le habían enseñado a instruirse y a amar a Dios, el joven grumete no vacilaría en hacerlo. Dick Sand, en suma, no

tenía más que quince años, pero obraba y pensaba como si contase treinta.

La señora Weldon sabía cuánto valía su protegido. Podía confiarle el cuidado del pequeño Jack, sin la menor preocupación. Dick Sand acariciaba al niño que, sabiéndose querido por aquel «hermano mayor», acudía a él. Durante las largas horas de ocio que son frecuentes en una travesía cuando la mar se presenta apacible, y las velas, bien desplegadas, no exigen ninguna maniobra, Dick y Jack estaban casi siempre juntos. El joven grumete enseñaba al niño todo aquello de su oficio que pudiera serle entretenido. Sin experimentar temor alguno, la señora Weldon veía a Jack tirar de los obenques en compañía de Dick Sand, o subirse a la cofa del mástil de trinquete o a las barras de los masteleros de juanete, y volver a bajar como una flecha a lo largo de los obenques. Dick Sand le precedía o le seguía siempre, dispuesto a sujetarle o a retenerle si sus bracitos se debilitaban durante aquellos ejercicios. Aquello favorecía al pequeño Jack, al que la enfermedad había desmejorado un poco y cuyo color volvía a su semblante, mientras permanecía a bordo del Pilgrim, gracias a aquella gimnasia cotidiana y a las reconfortantes brisas del mar.

Así transcurrió el tiempo. En estas condiciones se efectuaba la travesía, y si no hubiese sido porque el clima era poco favorable, ni los pasajeros ni la tripulación del Pilgrim hubieran tenido de qué quejarse.

Pero aquella persistencia de los vientos del este no dejaba de preocupar al capitán Hull. No conseguía orientar bien el barco. Después, cerca del Trópico de Capricornio, temía encontrar las calmas que le contrariaban más aún, sin olvidar la corriente ecuatorial, que le desviaría sin remedio hacia el oeste. Se inquietaba —sobre todo a causa de la señora Weldon— por los retrasos, de los cuales no era responsable, sin embargo. Por ello, cuando encontraba en el camino algún trasatlántico que se dirigía hacia América, estaba a punto de aconsejar a la pasajera que embarcase en él. Por desgracia, se hallaba en latitudes demasiado elevadas para que cruzara por allí un steamer en dirección al Panamá, y, además, en aquella época, las comunicaciones por el Pacífico entre Australia y el Nuevo Mundo no eran tan frecuentes como lo han sido después.

Era preciso, pues, dejar que los acontecimientos se desarrollasen como pluguiese a Dios, y ya parecía que nada había que turbar aquella monótona travesía, cuando se produjo el primer incidente, precisamente durante la jornada del 2 de febrero y entre la latitud y longitud indicada al comienzo de esta historia.

Hacía un día muy claro y a eso de las nueve de la mañana Dick Sand y Jack se habían instalado sobre las barras de los mástiles de juanete. Desde allí, dominaban todo el navío, en un amplio radio. Hacia la popa, el perímetro del

horizonte sólo aparecía ante sus ojos cortado por el palo mayor que ostentaba la mesana y la flecha. El faro les ocultaba una parte del mar y del cielo. Hacia adelante, veían alargarse sobre las olas el bauprés, con sus tres focos, que se extendían como tres grandes alas desiguales. Por debajo se recortaba el trinquete, y, por encima, el mastelerillo y el juanete menor, cuya relinga temblequeaba a impulsos de la brisa. El bergantín goleta amuraba a babor y ceñía el viento todo cuanto era posible.

Dick Sand explicaba a Jack que el Pilgrim, bien equilibrado en todas sus partes, no podía zozobrar, aunque se trincase muy fuerte a estribor, cuando le interrumpió el niño:

—¿Qué es aquello?

—¿Ve usted alguna cosa, Jack? —preguntó Dick, irguiéndose sobre las barras.

—¡Sí; allí! —respondió el pequeño, señalando a un punto del mar en el espacio que dejaban libre dos focos.

Dick Sand miró con atención hacia el punto indicado, e inmediatamente, con voz fuerte, gritó:

—¡Un hallazgo, en dirección al viento, por estribor!

CAPÍTULO III

EL HALLAZGO

Al grito lanzado por Dick Sand, toda la tripulación se puso en pie. Los que no estaban de guardia subieron al puente. El capitán Hull, abandonando su camarote, se dirigió a la avanzada.

La señora Weldon, Nan y hasta el indiferente primo Benedicto fueron a acodarse sobre la borda de estribor para poder ver bien el hallazgo anunciado por el joven grumete.

Negoro fue el único que no abandonó el camarote que le servía de cocina, y, como siempre, el único de toda la tripulación al cual pareció no interesarle el hallazgo.

Todos contemplaban con atención el objeto flotante que mecían las ondas a unas tres millas del Pilgrim.

—¿Y qué podrá ser eso? —Decía un marino.

—Será alguna jangada abandonada —respondía otro.

—Quizá se encuentren en esa jangada algunos desdichados náufragos —dijo la señora Weldon.

—Ahora lo sabremos —intervino el capitán Hull—. Pero eso no es una jangada. Es el casco de un barco inclinado sobre un costado...

—¡Bah!... ¿No será más bien un animal marino, algún mamífero de gran tamaño? —observó el primo Benedicto.

—No lo creo —contestó el grumete.

—¿Qué te parece a ti que es, entonces, Dick? —preguntó la señora Weldon.

—El casco de un barco inclinado, como ha dicho el capitán, señora Weldon... Y hasta me parece que veo brillar al sol la cadena de cobre...

—Sí... En efecto —corroboró el capitán Hull.

Y, dirigiéndose al timonel, añadió:

—La barra al viento, Bolton. Déjate arrastrar hasta que lleguemos junto al obstáculo.

—Sí, señor —respondió el timonel.

—Pues yo me atengo a lo dicho —insistió el primo Benedicto—. No me cabe duda de que se trata de un animal.

—Si así fuese, primo Benedicto —agregó la señora Weldon—, comprenderás que el cetáceo estaría muerto; porque es indudable que no verifica movimiento alguno...

—¡Vaya, prima Weldon —contestó el primo Benedicto—, no te obstines...! No sería la primera vez que se ha encontrado una ballena dormida sobre la superficie de las olas...

—En efecto —afirmó el capitán Hull—; pero ahora no se trata de una ballena, sino de un barco.

—¡Ya lo veremos! —exclamó el primo Benedicto, que hubiera dado todos los mamíferos de los mares árticos y antárticos por un insecto perteneciente a una especie rara.

—¡Gobierna, Bolton, gobierna! —gritó de nuevo el capitán Hull—, no vayas a chocar con ese obstáculo... No te acerques demasiado... Aunque no podamos hacer un gran perjuicio a ese casco de navío, él podría causarnos cualquier avería, y no quiero que se lastimen los flancos del Pilgrim... ¡Orza, Bolton, orza un poco!

La proa del Pilgrim, que estaba en dirección al obstáculo, quedó desviada

mediante un ligero movimiento de la barra.

El bergantín goleta se encontraba aún a una milla del casco inclinado. Los marineros lo contemplaban con avidez. ¡Tal vez contuviese un cargamento de valor que pudiera ser transbordado con facilidad al Pilgrim...! Ya se sabe que en esta clase de salvamentos los objetos de valor pasan a poder de los salvadores, y, en aquel caso, si el cargamento no estaba averiado, la tripulación habría obtenido «una buena marea», como suele decirse... Constituiría una suerte que les consolase de su pesca incompleta...

Al cabo de un cuarto de hora el obstáculo se hallaba a menos de media milla del Pilgrim.

Era, en efecto, un navío que se presentaba por el flanco de estribor. Inclinado hacia el empalmetado, aparecía tan oblicuo, que casi parecía imposible poder tenerse en pie sobre el puente. De su arboladura no se veía nada. De los portaobanques sólo pendían algunos cabos de jarcia rotos y las cadenas destrozadas de las vigotas. Sobre la parte del estribor, entre la vigueta y los bordajes deteriorados, aparecía una ancha abertura.

—¡Este barco ha sido abordado! —exclamó Dick Sand.

—Quizá —respondió el capitán Hull—. Y es un milagro que no se haya ido a pique.

—Si ha habido un abordaje —observó la señora Weldon—, es de esperar que la tripulación del barco haya sido recogida por los causantes del incidente.

—Pudiera ser, señora Weldon —respondió el capitán Hull—, a menos que la tripulación haya buscado refugio en las propias lanchas, después de la colisión, y el barco abordador haya continuado su camino, cosa que suele suceder algunas veces...

—¿Es posible...? ¡Eso sería el colmo de la inhumanidad, señor Hull!

—Sí, señora Weldon, sí... Eso es frecuente... En cuanto a que el barco haya sido abandonado por la tripulación, me hace suponerlo el que no veo un solo bote, y, de no haber sido recogida la gente a bordo acaso haya intentado llegar a tierra... Por más que encontrándose a tanta distancia del continente americano y de las islas de Oceanía, es de temer que no lo hayan conseguido.

—Tal vez —dijo la señora Weldon— no llegue a descubrirse nunca el secreto de esta catástrofe... Sin embargo, es posible que todavía quede a bordo algún hombre de la tripulación.

—No es probable, señora Weldon —respondió el capitán Hull—. Se habrían dado cuenta de que nos acercamos al barco, y nos harían alguna señal; pero nos aseguraremos de ello... ¡Orza un poco, Bolton orza un poco! —gritó el capitán Hull, indicando con la mano el camino que debía seguir.

El Pilgrim sólo se hallaba ya a unos tres cables del hallazgo, y ya no podía dudarse de que el casco del barco había sido abandonado por toda la tripulación.

Mas, en aquel momento, Dick Sand hizo un enérgico ademán reclamando silencio.

—¡Escuchad! ¡Escuchad! —dijo.

Todo el mundo prestó atención.

—Oigo como el ladrido de un perro —pronunció Dick Sand.

En efecto; un ladrido lejano sonaba en el interior del casco. Sin duda alguna, allí dentro había un perro vivo, aprisionado quizá, porque era posible que estuviesen las escotillas herméticamente cerradas... Pero no podía comprobarse, pues el puente del barco no era visible aún.

—Aunque no haya ahí dentro más que un perro, señor Hull —dijo la señora Weldon—, lo salvaremos.

—¡Sí, sí! —exclamó el pequeño Jack—. ¡Lo salvaremos...! ¡Yo le daré de comer...! Y él nos querrá mucho... Mamá, voy a buscar un terrón de azúcar...

—¡Calla, hijo mío! —le interrumpió la señora Weldon, sonriendo—. El pobre animal debe estarse muriendo de hambre, y preferirá una buena tajada a tu terrón de azúcar...

—Entonces, que le den mi sopa... Yo puedo pasarme sin ella...

En aquel momento, los ladridos se dejaron oír mejor. Unos trescientos pies, sobre poco más o menos, separaban a los dos navíos. De repente, apareció un perro de gran tamaño sobre el empalmetado de estribor, y empezó a ladrar con más desesperación que antes.

—Howik —dijo el capitán Hull, dirigiéndose hacia el jefe de la tripulación del Pilgrim—, al paio... Que echen la lancha pequeña al mar...

—¡Calla, perrito, calla! —gritó el pequeño Jack, dirigiéndose al animal, que parecía responderle con un ladrido casi ahogado.

El velamen del Pilgrim quedó orientado de manera que el navío permaneciese inmóvil, a menos de medio cable del obstáculo.

Fue lanzada la lancha, y el capitán Hull, Dick Sand y dos marineros saltaron a ella inmediatamente.

El perro continuaba ladrando. Procuraba sostenerse sobre el empalmetado, pero a cada instante volvía a caer sobre el puente. Hubiérase dicho que sus ladridos no sólo se dirigían entonces a aquellos que se acercaban a él. ¿Se dirigirían también a algunos marineros o pasajeros que estuviesen

aprisionados en aquel navío?

—¿Habrá sobrevivido algún náufrago? —se preguntó la señora Weldon.

A la lancha del Pilgrim le faltaba poco para llegar junio al casco del barco naufragado.

De pronto, cambió la actitud del perro. A los primeros ladridos, que invitaban a los salvadores a que se acercasen, sucedieron unos ladridos furiosos. Una extraña y espantosa ira excitaba al animal.

—¿Qué le pasará a ese perro? —dijo el capitán Hull, mientras la lancha daba la vuelta a la popa de la embarcación, con el fin de entrar por la parte del puente invadida por el agua.

Lo que no pudo observar el capitán Hull, lo que tampoco pudo ser notado a bordo del Pilgrim era que el furor del perro se manifestó precisamente en el instante en que Negoro, saliendo de la cocina, se dirigía hacia el castillo de proa.

¿Conocía o reconocía el perro al cocinero? Esto era inverosímil.

Fuese por una causa o por otra, después de haber contemplado al perro, y sin manifestar sorpresa alguna, Negoro, cuyo ceño, sin embargo, se había fruncido por un momento, volvió a unirse al resto de la tripulación.

Entretanto, la lancha había dado la vuelta a la popa del barco, que ostentaba este único nombre: Waldeck.

Waldeck, sin indicación alguna del punto a que pertenecía. Por la forma del casco y por ciertos detalles que todo marino puede apreciar a primera vista, el capitán Hull reconoció que aquel barco era de construcción americana. Su nombre lo confirmaba, además. Y, a la sazón, aquel casco era todo cuanto quedaba de un gran bergantín de quinientas toneladas.

En la proa del Waldeck, una amplia abertura indicaba el sitio donde se había producido el choque. A causa de la inclinación del casco, aquella abertura se encontraba entonces a cinco o seis pies por encima del agua, lo cual explicaba por qué no se había hundido todavía el bergantín.

Sobre el puente, que el capitán Hull veía en toda su extensión, no había nadie.

Abandonando el empalletado, el perro se había deslizado hasta la escotilla central, que estaba abierta, y ladraba unas voces hacia el interior y otras hacia el exterior.

—Ese animal no está solo a bordo —observó Dick Sand.

—Desde luego que no —contestó el capitán Hull. La lancha recorrió

entonces el empalmetado de babor, que estaba casi destrozado. A impulsos de una marejada un poco fuerte, el Waldeck se habría sumergido de seguro en breves instantes.

El puente del bergantín estaba arrasado de un extremo a otro. No quedaban más que los pedazos del palo mayor y del mástil de trinquete, rotos ambos a dos pies por encima de la fogonadura, y que debían haber caído a impulsos del choque, arrastrando consigo los obenques y las jarcias.

Y en toda la extensión que podía alcanzar la vista, no aparecía objeto alguno, así como tampoco alrededor de Waldeck, lo cual parecía indicar que la catástrofe se había producido hacía ya varios días.

—Si algunos desgraciados hubieran sobrevivido a la colisión —dijo el capitán Hull—, es probable que el hambre o la sed les haya hecho sucumbir, porque el agua ha debido llegar hasta la despensa... ¡Ya sólo deben quedar a bordo los cadáveres...!

—¡No, no! —exclamó Dick Sand—. El perro no ladraría así... ¡Ahí dentro hay seres vivos...!

En aquel momento, atendiendo a la llamada del grumete, el animal se arrojó al agua y nadó con gran trabajo hacia la lancha, pues parecía estar cansado en extremo.

Lo recogieron, y, en vez de arrojarse con avidez sobre un pedazo de pan que Dick Sand le ofrecía, se precipitó hacia un balde que contenía un poco de agua dulce.

—¡Ese pobre animal se muere de sed! —exclamó Dick Sand.

La lancha buscó entonces un sitio más favorable para entrar con mayor comodidad en el Waldeck, y se alejó de él algunas brazas con tal objeto. El perro debió creer sin duda que sus salvadores no querían subir a bordo, pues agarró a Dick Sand por la chaqueta y sus lamentables ladridos comenzaron con mayor energía.

Lo comprendieron. Su mímica y su lenguaje eran tan claros como puede serlo el lenguaje del hombre. La lancha avanzó en seguida hasta la serviola de babor. Una vez allí, los dos marineros la amarraron con fuerza, mientras el capitán Hull y Dick Sand, poniendo los pies en el puente al mismo tiempo que el perro, se arrastraban no sin trabajo, hasta la escotilla que aparecía abierta entre los pedazos de los dos mástiles.

Por aquella escotilla, se introdujeron ambos en la cala.

La cala del Waldeck, casi llena de agua, no contenía mercancía alguna. El bergantín navegaba a causa del lastre de arena que se había acumulado a babor y que contribuía a mantener el navío de costado. Por aquella parte, no había

que realizar ningún salvamento.

—¡Aquí no hay nadie! —dijo el capitán Hull.

—Nadie —respondió el grumete, después de haber llegado hasta la parte anterior de la cala.

Pero el perro, que estaba en el puente, continuaba ladrando, y parecía esforzarse en llamar la atención del capitán.

—Subamos —dijo éste al grumete.

Ambos aparecieron de nuevo sobre el puente.

El perro, corriendo hacia ellos, trató de conducirlos a la duneta.

Lo siguieron.

Allí yacían cinco cuerpos, cinco cadáveres, quizá...

A la luz del día, que entraba a oleadas por la claraboya, el capitán Hull reconoció los cinco cuerpos de otros tantos negros.

Mientras iba de un lado a otro, Dick Sand creyó apreciar que los infortunados respiraban aún.

—¡A bordo! ¡A bordo! —exclamó el capitán Hull.

Llamaron a los dos marineros que cuidaban de la embarcación, y éstos ayudaron a sacar a los náufragos fuera de la duneta.

No lo consiguieron sin grandes trabajos; pero dos minutos después, los cinco negros estaban trasladados a la lancha, sin que ninguno de ellos pudiera darse cuenta de cuanto se estaba haciendo por salvarlos. Algunas gotas de un cordial y luego un poco de agua fresca, prudentemente administrada, quizá pudieran volverlos a la vida.

El Pilgrim se mantenía a medio cable del barco naufragado, y la lancha llegó hasta aquél en seguida.

Desde la verga mayor echaron un andarivel, y todos los negros, uno a uno, fueron subidos al puente del Pilgrim.

El perro los había acompañado.

—¡Desgraciados! —exclamó la señora Weldon, cuando vio a aquellos pobres hombres que no eran más que unos cuerpos inertes.

—¡Viven, señora Weldon! ¡Los salvaremos! ¡Sí; los salvaremos! —dijo Dick Sand.

—¿Qué les ha pasado? —preguntó el primo Benedicto.

—Espere a que puedan hablar —respondió el capitán Hull—, y nos

cuenten su historia... Ante todo, démosles de beber un poco de agua, a la que añadiremos unas gotas de ron.

Luego, dando media vuelta, gritó:

—¡Negoro!

Al oír aquel nombre, el perro se irguió, como si se pusiera en guardia, con el pelo erizado y la boca abierta.

Pero el cocinero no aparecía.

El perro dio de nuevo muestras de un extremo furor.

Negoro salió de la cocina.

Apenas hubo aparecido en el puente, el perro se precipitó sobre él y pretendió saltarle a la garganta.

Dándole un golpe con un hierro que llevaba en la mano, el cocinero rechazó al animal, que por fin lograron contener algunos marineros.

—¿Acaso conoce usted a ese perro? —preguntó el capitán Hull al cocinero.

—¡Yo! —contestó Negoro—. ¡En mi vida lo he visto!

—¡Es extraño! —murmuró Dick Sand.

CAPÍTULO IV

LOS SUPERVIVIENTES DEL WALDECK

La trata de negros se verifica aún en gran escala en toda el África equinoccial. A pesar de las cruzadas inglesas y francesas, muchos navíos llenos de esclavos salen todos los años de las costas de Angola y de Mozambique para transportar a los negros a diversos puntos del mundo, y, lo que es preciso reconocer, del mundo civilizado.

El capitán Hull no lo ignoraba.

Aunque aquellos parajes no eran frecuentados de ordinario por los negreros, se preguntó si los negros cuyo salvamento acababa de realizar serían los supervivientes de una partida de esclavos que llevase el Waldeck para venderla en alguna colonia del Pacífico. Aunque así fuese, aquellos negros quedarían libertados, por el solo hecho de haber puesto los pies en el Pilgrim, y ya estaba deseando hacérselo saber.

Entretanto, se prodigaron los cuidados más solícitos a los náufragos del

Waldeck. La señora Weldon, ayudada por Nan y por Dick Sand, les había administrado un poco de agua fresca, de la cual debían de estar privados desde hacía varios días, y esto, unido a un poco de alimento, bastó para volverles a la vida.

El más viejo de aquellos negros —que podía tener unos sesenta años de edad— fue el primero que pudo hablar y responder en inglés a las preguntas que le fueron formuladas.

—¿Ha sufrido un choque el navío que les transportaba? —preguntó el capitán Hull.

—Sí —respondió el viejo negro—. Hace diez días, chocó nuestro barco, durante una noche muy oscura... Nosotros íbamos durmiendo...

—¿Y qué ha sido de la gente del Waldeck?

—Cuando mis compañeros y yo subimos al puente, ya no había nadie allí.

—¿Pudo embarcar la tripulación en el navío que chocó con el Waldeck? —interrogó el capitán Hull.

—Tal vez; y ojalá haya sido así, para bien suyo.

—Y el barco, después del choque, ¿no acudió a recogerles?

—No.

—¿Naufragó también?

—No naufragó —respondió el negro viejo, sacudiendo la cabeza—, pues pudimos verle huir en la oscuridad de la noche.

Este hecho, que fue comprobado por todos los supervivientes del Waldeck, puede parecer increíble. Sin embargo, es demasiado cierto que algunos capitanes, después de cualquier colisión, debida a su imprudencia, se dan con frecuencia a la fuga, sin preocuparse de los infortunados a quienes hacen naufragar y sin prestarles ningún socorro.

¡Cuántos cocheros hacen otro tanto y dejan a otros en la vía pública el cuidado de reparar la desgracia que han causado, lo cual es también condenable...! Sin embargo, esas víctimas pueden encontrar un auxilio inmediato. Pero que los hombres abandonen así a otros hombres en el mar parece increíble y es una vergüenza...

El capitán Hull conocía varios ejemplos de semejante inhumanidad, y hubo de repetir a la señora Weldon que tales hechos, aunque son monstruosos, por desgracia no son escasos.

Luego continuó:

—¿De dónde volvía el Waldeck?

—De Melbourne.

—¿Ustedes son esclavos?

—No señor —respondió con viveza el negro viejo, irguiéndose—. Somos del Estado de Pensilvania y ciudadanos de la América libre.

—Amigos míos —dijo el capitán Hull—, sepan ustedes que no comprometen su libertad al haber pasado al bergantín americano Pilgrim.

En efecto, los cinco negros que transportaba el Waldeck pertenecían al Estado de Pensilvania. El más viejo, vendido en África como esclavo a la edad de seis años y luego trasladado a los Estados Unidos, había sido manumitido desde hacía bastantes años, mediante el acto de emancipación. En cuanto a sus compañeros, mucho más jóvenes que él, hijos de esclavos libertos antes de su nacimiento, habían nacido libres, y, por tanto, ningún blanco había tenido nunca sobre ellos el derecho de propiedad. No hablaban siquiera ese lenguaje propio de los negros en el que éstos no emplean el artículo y sólo conocen el infinitivo de los verbos, lenguaje que ha ido desapareciendo poco a poco a partir de la guerra abolicionista de la esclavitud. Aquellos negros habían salido, pues, libremente de los Estados Unidos, y libremente volvían a la citada nación.

Hicieron saber al capitán Hull que habían sido contratados en calidad de trabajadores por un inglés que poseía una vasta explotación cerca de Melbourne, en Australia meridional. Allí habían pasado tres años con gran provecho para ellos, y, una vez terminado su compromiso, habían pretendido volver a América.

Habían embarcado, pues, en el Waldeck, abonando su pasaje como viajeros ordinarios. El día 5 de diciembre habían salido de Melbourne, y diecisiete días después, durante una noche muy oscura, el Waldeck había chocado con un gran steamer.

Los negros estaban acostados. Algunos segundos después de la colisión, que fue terrible, se precipitaron hacia el puente.

La arboladura del navío se había venido ya abajo, y el Waldeck se había caído sobre el flanco, pero no podía irse a pique, puesto que el agua sólo había invadido la cala en una proporción insuficiente.

En cuanto al capitán y a la tripulación del Waldeck, todos habían desaparecido, quizá porque algunos se hubieran arrojado al mar y otros hubieran logrado alcanzar al barco que había producido el choque, el cual había huido para no volver.

Los cinco negros se habían quedado solos a bordo, en un casco casi

inutilizado, a mil doscientas millas de la tierra.

Los demás negros eran unos jóvenes de veinticinco a treinta años, que tenían los siguientes nombres: Bat, hijo del viejo Tom; Austin, Acteón y Hércules. Los cuatro estaban bien constituidos, eran vigorosos y se hubieran pagado caros en los mercados del África central. Aunque habían sufrido de un modo terrible, fácilmente se podía reconocer en ellos a unos magníficos tipos de la fuerte raza, en los cuales había dejado ya su huella la educación liberal llevada a cabo por las numerosas escuelas de Norteamérica.

Tom y sus compañeros se habían encontrado solos en el Waldeck, después de la colisión, sin tener a su alcance ningún medio de restablecer la posición normal de aquel casco inerte, y sin poder tampoco abandonarlo porque las dos embarcaciones de salvamento se habían hundido como consecuencia del abordaje. Estaban obligados a esperar el paso de un navío, mientras los restos del suyo eran arrastrados poco a poco bajo la acción de la corriente. Esto era lo que explicaba por qué se les había encontrado fuera de su ruta, pues el Waldeck, que había salido de Melbourne, debería encontrarse en una latitud mucho más baja.

Durante los diez días que habían transcurrido entre la colisión y el momento en que el Pilgrim había divisado el barco naufragado, los cinco negros se habían alimentado con algunas provisiones que habían encontrado en la cocina; pero no habiendo podido entrar en la despensa, a la que inundaba el agua por entero, no habían podido disponer de ningún líquido espirituoso con que apagar la sed, y habían sufrido cruelmente, ya que los recipientes del agua, amarrados sobre el puente, habían caído al mar por efecto del choque. Desde la víspera, Tom y sus compañeros, torturados por la sed, habían perdido el conocimiento, y el Pilgrim no podía haber llegado con mayor oportunidad.

Tal fue el relato que en pocas palabras dio Tom al capitán Hull. No había por qué poner en duda lo que acababa de decir el anciano negro. Sus compañeros lo confirmaron todo, y, además, los hechos daban la razón a aquella pobre gente.

Otro ser vivo, salvado del naufragio, habría hablado sin duda con la misma franqueza, si hubiera poseído el don de la palabra.

Este era el perro, a quien la presencia de Negro parecía afectar de un modo tan desagradable. Entre ambos se había establecido en verdad, desde el primer momento, una inexplicable antipatía.

Dingo —tal era el nombre del perro— pertenecía a esa raza de mastines que es propia de Nueva Holanda. No era en Australia, sin embargo, donde lo había adquirido el capitán del Waldeck. Hacía dos años, Dingo, errante y medio muerto de hambre, había sido encontrado en el litoral occidental de la

costa de África, en los alrededores de la desembocadura del Congo. El capitán del Waldeck había recogido a aquel hermoso animal que, habiendo permanecido poco tratable, parecía de continuo recordar con sentimiento a un antiguo amo, del cual hubiera sido separado violentamente, y al que de ningún modo había podido volver a encontrar en aquel paraje desierto. Todo cuanto ligaba a aquel animal con un pasado cuyo misterio se intentaría en vano descubrir, eran estas dos letras grabadas en su collar: S. V.

Dingo bestia magnífica y robusta, más grande que los perros de los Pirineos, era un soberbio ejemplar de los mastines de Nueva Holanda. Cuando se ponía en dos patas y echaba la cabeza hacia atrás, adquiría la estatura de un hombre. Su agilidad y su fuerza muscular habían hecho de él uno de esos animales que atacan sin vacilar a los jaguares y a las panteras, y no temía hacer frente a un oso. De espeso pelaje, con larga cola bien provista y tiesa como la cola de un león y de color claro oscuro en su conjunto, Dingo sólo presentaba unas manchas blanquecinas en el hocico. Aquel animal, bajo la influencia de la ira, podía hacerse temible, y ya se comprenderá que a Negro no le satisfizo la acogida que le había dispensado aquel vigoroso ejemplar de la raza canina.

Sin embargo, aunque Dingo no era tratable, tampoco era malo. Parecía más bien estar triste. Una observación que había hecho el viejo Tom en el Waldeck era la de que a aquel perro no le gustaban los negros. No pretendía nunca hacerles daño, pero más bien los rehuía. Quizá en la costa africana, por donde había deambulado, había sufrido algunos malos tratos por parte de los indígenas. Así, pues, aunque Tom y sus compañeros eran unas buenas personas, Dingo no los acariciaba nunca. Durante los diez días que los náufragos habían pasado en el Waldeck, había permanecido separado, alimentándose no se sabía cómo y habiendo participado también él del cruel sufrimiento de la sed.

Tales eran los supervivientes de aquel barco que iba a sumergir el primer embate del mar y que hubiera arrastrado sólo los cadáveres a las profundidades del océano, si la inesperada llegada del Pilgrim, retrasado a su vez por las calmas y los vientos contrarios, no hubiese permitido al capitán Hull realizar aquella obra de humanidad.

Sólo había que completar la obra repatriando a los náufragos del Waldeck, quienes, en aquel naufragio, habían perdido todos sus ahorros de tres años de trabajo. Esto era lo que se iba a hacer. Después de haber descargado en Valparaíso, el Pilgrim debía remontar la costa hasta la altura del litoral californiano. Una vez allí, Tom y sus compañeros serían bien acogidos por James W. Weldon —su generosa mujer lo aseguró—, y serían provistos de todo cuanto les fuese necesario para llegar al Estado de Pensilvania.

Aquella buena gente, tranquilizada acerca de su porvenir, no hacía más que dar las gracias a la señora Weldon y al capitán Hull. En realidad, les debían mucho, y, aunque sólo eran unos pobres negros, no desesperaban de llegar a satisfacer algún día aquella deuda de reconocimiento.

CAPÍTULO V

S. V.

El Pilgrim había reanudado su marcha, procurando derivar lo más posible hacia el este. Aquella lamentable persistencia de la calma no dejaba de preocupar al capitán Hull, no porque le inquietase invertir una o dos semanas más en una travesía desde Nueva Zelanda a Valparaíso, sino a causa del cansancio que aquel retraso podía producir a su pasajera.

Sin embargo, la señora Weldon no se quejaba, y soportaba los efectos de aquel contratiempo con filosófica paciencia.

Aquel mismo día —el 2 de febrero por la noche— el hallazgo fue perdido de vista.

El capitán Hull se preocupó, en primer lugar, de instalar con toda la comodidad que le fuese posible a Tom y sus compañeros. El refugio destinado a la tripulación del Pilgrim, dispuesto sobre el puente en forma de caseta, habría sido incapaz para recibirlos a todos. Se arregló, pues, el asunto de manera que pudieran alojarse en el castillo de popa. Por otra parte, aquella buena gente, acostumbrada a los rudos trabajos, no podía ser difícil de contentar, y, a causa también del buen tiempo que hacía, cálido y saludable, debía bastarles aquel alojamiento durante toda la travesía.

La vida a bordo, interrumpida por un instante en su monotonía a consecuencia de aquel incidente, reanudó su curso.

Tom, Austin, Bat, Acteón y Hércules bien hubieran querido ser útiles; pero con aquellos vientos constantes, una vez bien instalado el velamen, nada se podía hacer. No obstante, si se trataba de realizar un viraje, el negro viejo y sus compañeros se apresuraban a ayudar a la tripulación, y conviene declarar que cuando el colosal Hércules tomaba parte en alguna maniobra no tenía que trabajar nadie. Aquel vigoroso negro, de seis pies de altura, era capaz de mover todo un aparejo completo solo.

Para el pequeño Jack constituía un encanto el contemplar a aquel gigante. No le tenía miedo alguno, y cuando Hércules le hacía saltar entre sus brazos como si se tratase de un muñeco de trapo, el niño prorrumpía en gritos de

júbilo.

—Levántame en alto —decía el pequeño Jack.

—Venga usted acá, señor Jack —respondía Hércules.

—¿Peso mucho?

—Ni siquiera siento su peso...

—Entonces, súbeme más alto aún... ¡Estira bien el brazo...!

Y Hércules, sustentando los dos pies del niño en su ancha mano, lo paseaba como lo haría un gimnasta en un circo. Jack se veía entonces muy alto, muy alto, y esto le divertía mucho. Procuraba, incluso, «hacerse el pesado», y el coloso no se daba cuenta de ello siquiera.

Dick Sand y Hércules eran los dos amigos del pequeño Jack, el cual no tardó en adquirir un tercer amigo.

Este fue Dingo.

Ya se ha dicho que Dingo era un perro poco tratable, lo cual se debía, sin duda, a que no le convenía la amistad en el Waldeck. A bordo del Pilgrim, fue otra cosa. Tal vez supo Jack conmover el corazón del hermoso animal. Éste se avino bien pronto a jugar con el muchachito, a quien le gustaba aquel juego. Todo el mundo conoció enseguida que Dingo era uno de esos perros que tienen una particular preferencia por los niños. Además, Jack nunca le hacía daño. Su mayor encanto consistía en transformar a Dingo en un rápido corcel, y bien puede afirmarse que un caballo de tal especie es muy superior a un cuadrúpedo de cartón, aun cuando éste tenga ruedas en las patas. Jack galopaba, pues, a pelo sobre el perro, el cual le dejaba hacer todo cuanto quisiera, y, en realidad, Jack no pesaba para él más de lo que pesa un jockey para un caballo de carreras.

¡Pero aquello producía un considerable decrecimiento diario en la provisión de azúcar de la despensa...!

Dingo se convirtió muy pronto en el favorito de toda la tripulación. Sólo Negro continuó evitando todo encuentro con el animal, cuya antipatía hacia él seguía siendo tan viva como inexplicable.

El pequeño Jack no había abandonado, por atender a Dingo, a Dick Sand, su antiguo amigo. Todo el tiempo durante el cual no le reclamaba el servicio a bardo, el grumete lo pasaba en compañía del niño.

No hay para qué decir que la señora Weldon continuaba viendo aquella amistad con la más completa satisfacción.

Un día —el 6 de febrero— hablaba de Dick Sand con el capitán Hull, y

éste dedicaba toda clase de elogios al joven grumete.

—Ese muchacho —decía a la señora Weldon— será el día de mañana un buen marino: lo garantizo... Tiene el instinto del mar, y con ese instinto suple lo que por fuerza ignora todavía de la teoría del oficio... Es asombroso considerar cuánto sabe ya, cuando se piensa en el poco tiempo que ha tenido para aprenderlo...

—Hay que añadir —respondió la señora Weldon— que también es un excelente muchacho, muy seguro, muy formal con relación a su edad y que nunca ha merecido una reprensión desde que lo conocemos...

—Sí; es un buen muchacho —corroboró el capitán Hull—, querido y apreciado con justicia por todos.

—Estoy enterada de que, cuando termine esta campaña —dijo la señora Weldon— mi marido piensa hacerle estudiar unos cursos de hidrografía, para que más adelante pueda obtener el título de capitán.

—Hace bien el señor Weldon —afirmó el capitán Hull—. Dick Sand llegará a ser el día de mañana la honra de la marina americana.

—¡Ese pobre huérfano ha comenzado la vida con dolor! —observó la señora Weldon—. ¡Ha tenido una escuela muy severa!

—Desde luego, señora Weldon, pero sus lecciones no se han perdido para él... Ha comprendido que era preciso que hiciese algo en este mundo, y ha elegido un buen camino...

—Sí; el camino del deber.

—Mírele ahora señora Weldon —prosiguió el capitán Hull—. Está en la barra, con la mirada fija en el puente del trinquete. ¡No existe distracción alguna por parte del joven grumete, ni tampoco la menor desviación de la marcha en el navío...! ¡Dick Sand tiene ya la seguridad de un viejo timonel...! ¡Buen comienzo para un marino...! Nuestro oficio, señora Weldon, es de esos que hay que comenzar desde niños. El que no haya sido grumete, nunca llegará a ser un marino completo, por lo menos en la marina mercante. Hay que recibir muchas lecciones, y, por consiguiente, es preciso que todo sea instinto y raciocinio en los hombres de mar, pues el adoptar resoluciones es tan importante como ejecutar bien las maniobras.

—Sin embargo, capitán Hull —arguyó la señora Weldon—, no faltan buenos oficiales en la marina de guerra.

—No —respondió el capitán Hull—; pero, en mi opinión, casi todos los buenos han comenzado de niños la carrera, y descontando a Nelson y a algunos otros, no son los peores los que han empezado por ser grumetes.

En aquel momento, se vio aparecer por el camarote de popa al primo Benedicto, absorto como siempre y tan ajeno a este mundo como lo estaría el profeta Elías si volviese a la tierra...

El primo Benedicto comenzó a pasearse por el puente, como un alma en pena, escudriñando con la mirada los intersticios del empalmetado, huroneando debajo de las jaulas de las gallinas, pasando la mano por las juntas del puente donde se había desprendido la brea...

—Primo Benedicto —preguntó la señora Weldon—, ¿te encuentras bien?

—Sí, prima Weldon... Estoy bien... Pero ya tengo ganas de llegar a tierra...

—¿Qué busca usted debajo de ese banco, señor Benedicto? —preguntó el capitán Hull.

—¡Insectos, caballero! —repuso el primo Benedicto—. ¿Qué quiere usted que busque, sino insectos?

—¡Insectos...! ¡Pues lo que es en el mar no enriquecerá usted su colección!

—¿Y por qué no, caballero? No es imposible encontrar a bordo un ejemplar de...

—Primo Benedicto —interrumpió la señora Weldon—, ya puedes maldecir al capitán Hull... Tiene su navío tan limpio, que no cazarás nada en él...

El capitán Hull se echó a reír.

—La señora Weldon exagera... Sin embargo, señor Benedicto, creo que perderá usted el tiempo hurgando en nuestros camarotes...

—Ya lo sé —exclamó el primo Benedicto, encogiéndose de hombros—. ¡Qué le vamos a hacer...!

—En la cala del Pilgrim —añadió el capitán Hull—, tal vez encuentre usted algunas cucarachas, que, por cierto, resultan poco interesantes.

—¿Poco interesantes son estos ortópteros que merecieron las imprecaciones de Virgilio y de Horacio? —interrogó el primo Benedicto, irguiéndose con arrogancia—. ¿Poco interesantes, esos parientes cercanos del «periplaneta orientalis» y del kakerlac americano, que habitan...?

—Que infestan —rectificó el capitán Hull.

—Que reinan a bordo —replicó con altanería el primo Benedicto.

—¡Bonito reinado...!

—¿Usted no es entomólogo, caballero?

—¡Nunca jamás!

—¡Vaya, primo Benedicto —intervino, sonriendo, la señora Weldon—, no quieras vernos devorados por el amor de la ciencia!

—Yo no quiero nada, prima Weldon —respondió el fogoso entomólogo—, como no sea poder agregar a mi colección algún raro ejemplar que aumente su valor.

—¿No estás satisfecho de las conquistas que has realizado en Nueva Zelanda?

—¡Ya lo creo, prima Weldon! He tenido la satisfacción de adquirir uno de esos nuevos estafilinos que, hasta ahora, sólo se habían encontrado a algunos centenares de millas más lejos, en Nueva Caledonia.

En aquel momento, Dingo, que estaba jugando con Jack, se acercó al primo Benedicto y empezó a hacerle fiestas.

—¡Quita, quita! —exclamó éste, rechazando al animal.

—¡Amar a las cucarachas y detestar a los perros! —exclamó, asombrado, el capitán Hull—. ¡Oh, señor Benedicto...!

—¡Pues es un perro muy bueno! —dijo el pequeño Jack, cogiendo entre sus manitas la cabeza de Dingo.

—Sí; yo no digo que no —respondió el primo Benedicto—. Pero, ¿qué quieren ustedes...? ¡Ese diablo de animal no ha realizado las esperanzas que su encuentro me había hecho concebir...!

—¡Oh gran Dios! —exclamó la señora Weldon—. ¿Esperabas poder incluirlo en el orden de los dípteros o de los himenópteros?

—No —respondió con gravedad el primo Benedicto—; pero vamos a ver: ¿no es cierto que Dingo, aunque es de raza neozelandesa, fue recogido en la costa occidental de África?

—Nada más cierto que eso —contestó la señora Weldon—. Tom se lo oyó decir varias veces al capitán del Waldeck.

—Pues bien, creí..., esperaba..., que ese perro traería algunos especímenes de hemípteros especiales correspondientes a la fauna africana.

—¡Bondad del cielo! —exclamó la señora Weldon.

—Acaso —añadió el primo Benedicto— alguna pulga penetrante o irritante..., de especie nueva...

—¿Oyes, Dingo? —preguntó el capitán Hull—. ¿Oyes perro mío...? ¡Has faltado a todos tus deberes...!

—Por más que lo he espulgado —agregó el entomólogo, con acento de vivo pesar—, no he logrado encontrarle un solo insecto...

—¡Para que en seguida lo hubiera usted matado despiadadamente! —exclamó el capitán Hull.

—Caballero —dijo, con seguridad, el primo Benedicto—, sepa usted que sir John Franklin era incapaz de matar al insecto más insignificante, aunque se tratase de un maringuino, cuyos ataques son más temibles que el de la pulga, y, sin embargo, no dejará usted de reconocer que sir John Franklin era un hombre de mar que valía tanto como cualquier otro.

—¡Cierto! —dijo el capitán Hull, inclinándose.

—Y un día, después de haber sido picado horrible mente por un díptero, lo ahuyentó, diciéndole, sin tutearle siquiera: «¡Váyase! ¡En el mundo cabemos usted y yo!».

—¡Ah! —exclamó el capitán Hull.

—Sí, señor.

—Pues bien, señor Benedicto —repuso el capitán—; otro había dicho eso antes que sir John Franklin.

—¿Otro?

—Sí; y ese otro fue el tío Tobías.

—¿Algún entomólogo? —preguntó, con viveza, el primo Benedicto.

—¡No! El tío Tobías de Sterne, el cual pronunció precisamente las mismas palabras, haciendo levantar el vuelo a un mosquito que le importunaba, si bien consideró que podía tutearle: «Vete, pobre diablo (le dijo); en el mundo cabemos tú y yo».

—¡Era un buen hombre, ese tío Tobías! —sentenció el primo Benedicto—. ¿Murió?

—¡Ya lo creo! —contestó muy serio el capitán Hull—. ¡Como que nunca ha existido!

Y todos se echaron a reír, mirando al primo Benedicto.

Así, amenizada por conversaciones como ésta y otras que invariablemente derivaban hacia el tema de la ciencia entomológica cuando el primo Benedicto tomaba parte en ellas, transcurrían las horas interminables de aquella molesta navegación. El mar continuaba tranquilo, y los vientos obligaban al bergantín goleta a detenerse. El Pilgrim adelantaba muy poco hacia el este, pues la brisa era muy débil y le impedía llegar a los parajes en que los vientos reinantes lo serían más favorables.

Conviene decir que el primo Benedicto había intentado iniciar al joven grumete en los misterios de la entomología. Pero Dick Sand se había mostrado muy refractario a aquellas explicaciones. A falta de otras personas, el sabio se había ensañado con los negros, que no lo entendían en absoluto. Tom, Acteón, Bat y Austin habían terminado también por desertar de la clase y el profesor se había concretado a Hércules, que, en su opinión parecía poseer ciertas disposiciones naturales para distinguir un parásito de un tisanuro.

El gigantesco negro vivía, pues, en el mundo de los coleópteros, carnívoros, cazadores, cañones, cavadores cicindelas, cárabos, silfos, topinos, abejorros, escarabajos, tenebrios, gorgojos y cochinillas, examinando toda la colección del primo Benedicto, no sin que éste se estremeciese, al ver sus frágiles muestras entre los gruesos dedos de Hércules que tenían la dureza y la fuerza de un torno. Pero él colosal alumno escuchaba con tanta docilidad las lecciones del profesor, que merecía la pena de que éste arriesgase algo.

Mientras el primo Benedicto trabajaba de este modo la señora Weldon no dejaba abandonado en absoluto al pequeño Jack. Le enseñaba a leer y a escribir. En cuanto al cálculo, su amigo Dick Sand era quien le suministraba los primeros elementos.

A los niños de cinco años, edad en que todavía son muy pequeños, se les puede instruir mejor por medios prácticos que con lecciones teóricas, las cuales han de ser por fuerza un poco arduas.

Jack no aprendía a leer en un abecedario, sino por medio de letras movibles, impresas en rojo sobre cubos de madera que el niño iba reuniendo por distracción hasta formar las palabras. Algunas veces, la señora Weldon cogía aquellos cubos y componía una palabra. Luego, los revolvía, y Jack se entretenía en colocarlos de nuevo en el orden debido.

Al pequeño le gustaba mucho aquella manera de aprender a leer. Todos los días dedicaba algunas horas, bien en el camarote, bien sobre cubierta, a manipular con las letras de su alfabeto.

Ahora bien, esto provocó un día un incidente tan extraordinario y tan inesperado, que conviene relatarlo con algún detenimiento.

El 9 de febrero por la mañana, Jack, medio tendido en el puente, se entretenía en formar una palabra que el viejo Tom debía reconstruir, una vez que las letras hubieran sido barajadas. Tom, con la mano en los ojos, como procedía para no ver, era ajeno a lo que hacía el niño.

De aquellas diversas letras, que ascendían al número de cincuenta, unas eran mayúsculas y otras minúsculas. Además, algunos de aquellos cubos llevaban una cifra, lo cual permitía aprender a escribir cantidades al mismo tiempo que se formaban las palabras.

El pequeño Jack había extendido en el puente aquellos cubos, y a todos recurría para componer las diferentes palabras, lo cual constituía en verdad una importante tarea.

Cuando habían transcurrido así algunos instantes Dingo empezó a dar vueltas alrededor del niño y, de pronto, se detuvo. Su mirada quedó fija, su pata derecha se levantó y su cola se agitó con un movimiento nervioso. Luego, arrojándose de repente sobre uno de aquellos cubos de madera, lo cogió entre los dientes y fue a colocarlo en el suelo, a algunos pasos de Jack.

Aquel cubo ostentaba una letra mayúscula: la S.

Pero Dingo ya había vuelto y comenzaba la misma operación, cogiendo otro cubo y yendo a colocarlo junto al primero.

Aquel segundo cubo ostentaba una V mayúscula. Jack, entonces, exhaló un grito.

Al oír aquel grito, acudieron la señora Weldon, el capitán Hull y el joven grumete, que se paseaban sobre cubierta. Jack les refirió entonces lo que acababa de pasar.

¡Dingo conocía sus letras! ¡Dingo sabía leer! ¡Era indudable! ¡Jack lo había visto!

Dick Sand pretendió recuperar los dos cubos, con el fin de devolvérselos a su amigo, pero Dingo le enseñó los dientes. Sin embargo, el grumete consiguió entrar en posesión de los dos cubos, y los colocó de nuevo entre los demás.

Dingo se acercó otra vez, cogió las dos mismas letras y las dejó separadas. A la sazón con las dos patas puestas encima parecía estar decidido a defenderlas a toda costa. En cuanto a las demás letras del alfabeto parecía que no existían para él.

—¡Qué cosa más curiosa! —dijo la señora Weldon.

—Es en efecto, singular —corroboró el capitán Hull, que contemplaba con atención las dos letras.

—S. V. —dijo la señora Weldon.

—S. V. —repitió el capitán Hull—. ¡Y éstas son precisamente las letras que tiene el collar de Dingo!

Y, luego, volviéndose de pronto hacia el negro viejo, le preguntó:

—Tom, ¿no me había usted dicho que hacía poco que pertenecía este perro al capitán del Waldeck?

—En efecto, señor —respondió Tom—. Dingo llevaba a bordo dos años

todo lo más.

—¿Y no había usted dicho, también, que el capitán del Waldeck había recogido este perro en la costa occidental de África?

—Sí, señor; en los alrededores de la desembocadura del río Congo. Se lo oí referir muchas veces al capitán.

—De modo —continuó el capitán Hull— que nunca se supo a quién había pertenecido ese perro, ni de dónde procedía...

—Nunca, señor. ¡Conocer la procedencia de un perro abandonado es más difícil que averiguar la de un niño en las mismas condiciones! Un perro no tiene documentos, y, además, no puede dar ninguna explicación...

El capitán había callado y reflexionaba.

—¿Esas dos letras despiertan en usted algún recuerdo? —preguntó la señora Weldon al capitán Hull, después de haberle dejado reflexionar durante algunos instantes.

—Sí, señora Weldon; un recuerdo, o, más bien, una sospecha, no menos singular...

—¿Cuál?

—Estas dos letras pudieran muy bien tener un sentido e informarnos acerca de la suerte de un intrépido viajero...

—¿Qué quiere usted decir? —interrogó la señora Weldon.

—Escuche usted, señora Weldon: en 1871 (hace dos años, por consiguiente), salió un viajero francés bajo la inspiración de la Sociedad de Geografía de París, con intención de atravesar el África de oeste a este. Su punto de partida era precisamente la desembocadura del Congo. Su punto de término había de ser, siempre que le fuera posible, el cabo Delgado, en las bocas del Rovouma, cuyo curso tenía que seguir... Ahora bien, este viajero francés se llamaba Samuel Vernon.

—¡Samuel Vernon! —repitió la señora Weldon.

—Sí, señora Weldon; el nombre y el apellido comienzan precisamente con las dos letras que Dingo ha elegido entre todas y que son las que están grabadas en su collar...

—En efecto —dijo la señora Weldon—. Y ese viajero...

—Ese viajero —respondió el capitán Hull— emprendió el viaje, y desde entonces no volvió a saberse nada de él.

—¿Nunca? —preguntó el grumete.

—Nunca —contestó el capitán Hull.

—¿Y qué es lo que usted supone? —preguntó la señora Weldon.

—¡Que Samuel Vernon no pudo, sin dada, llegar a la costa oriental de África, bien porque fuese hecho prisionero por los indígenas, o bien porque la muerte lo sorprendiese en el camino...!

—Y entonces ese perro...

—Este perro debe haberle pertenecido, y, más afortunado que su amo (suponiendo que mi hipótesis sea cierta), logró volver al litoral del Congo, toda vez que de allí, en la época en que han debido ocurrir estos hechos, fue recogido por el capitán del Waldeck...

—Pero, ¿sabe usted si ese viajero iba acompañado de un perro cuando emprendió el viaje? —observó la señora Weldon—. ¿No será todo eso una simple suposición de usted?

—Sólo es, en efecto, una simple suposición, señora Weldon —contestó el capitán Hull—; pero lo cierto es que Dingo conoce las letras S y V, que son, como hemos dicho, las iniciales del nombre y apellido del viajero francés... Lo que no puedo explicarme es en qué circunstancias habrá aprendido el animal a distinguir esas letras; pero que las conoce es indudable; y, las empuja con las patas y parece invitarnos a que las leamos al mismo tiempo que él...

No podía dudarse de la intención de Dingo.

—¿Y Samuel Vernon se hallaba solo cuando abandonó el litoral del Congo? —preguntó Dick Sand.

—Eso lo ignoro —respondió el capitán Hull—. Sin embargo, es probable que llevase consigo una escolta de indígenas.

En aquel momento, Negoro, saliendo de la cocina, apareció en el puente. Nadie se dio cuenta al principio de su presencia ni pudo observar la mirada especial que dirigió al perro, cuando vio las dos letras, ante las cuales parecía éste estar absorto; pero Dingo, en cuanto vio al cocinero, comenzó a dar señales de un extremo furor.

Negoro volvió a entrar en seguida en la cocina, no sin que le hubiese escapado un movimiento de amenaza dirigido al perro.

—¡Aquí hay algún misterio! —murmuró el capitán Hull, que no había perdido un detalle de aquella breve escena.

—Pero, ¿no les parece a ustedes muy extraño que un perro pueda conocer las letras del alfabeto? —dijo el grumete.

—¡No! —exclamó el pequeño Jack—. Mamá me ha contado muchas veces

la historia de un perro que sabía leer y escribir, y hasta jugar al dominó, como un verdadero maestro de escuela...

—Hijo mío —intervino la señora Weldon, sonriendo—, ese perro, que se llamaba Munito, no era tan sabio como tú te figuras. Si he de creer lo que me contaron, nunca pudo distinguir una de otra las letras que le servían para componer las palabras. Sólo ocurría que su dueño, un americano muy hábil, una vez que se dio cuenta de que Manito tenía un oído muy fino, se dedicó a educar en él este sentido, con lo cual obtuvo efectos muy curiosos.

—¿Y cómo se las arreglaba, señora Weldon? —interrogó Dick Sand, a quien interesaba aquella historia casi tanto como al pequeño Jack.

—Del siguiente modo, amigo mío: Cuando Munito tenía que «trabajar» en presencia del público, se le ponían unas letras semejantes a éstas encima de una mesa. Por esta mesa se paseaba el perro, esperando a que se le propusiera una palabra, bien en voz alta, o bien en voz baja, sólo con la esencial condición de que su amo conociese aquella palabra...

—De modo que, en ausencia de su amo... —interrumpió el grumete.

—El perro no hubiera podido hacer nada —concluyó la señora Weldon—, y he aquí por qué: una vez colocadas las letras sobre la mesa, Manito se paseaba por entre aquel alfabeto. Llegaba a situarse delante de la letra que debía coger para formar la palabra propuesta, y se detenía; pero si se detenía era porque había oído el ruido, imperceptible para los demás, que el americano hacía crujir en su bolsillo. Aquel ruido constituía para Manito la señal para coger la letra e ir a colocarla en el sitio convenido.

—¿Ese era todo el secreto? —interrogó Dick Sand.

—Ese era todo el secreto —respondió la señora Weldon—. Y es muy sencillo, como cuanto se hace en materia de prestidigitación. En ausencia del americano, Manito habría dejado de ser Manito. Por eso me extraña que, sin que su amo esté aquí (si es que el viajero Samuel Vernon era su amo), Dingo haya podido reconocer esas dos letras...

—En efecto —afirmó el capitán Hull—, eso es muy extraño. Pero fíjese que ahora no se trata más que de dos letras, de dos letras especiales, y no de una palabra escogida al azar. Después de todo, aquel perro que llamaba a la puerta de un convento para apoderarse del plato de comida destinado a los pobres que pasasen; y aquel otro que, encargado al mismo tiempo que uno de sus semejantes, de dar vueltas a un asador cada dos días, y que se negaba a cumplir esta misión cuando no le había llegado el turno, aquellos dos perros, digo, llegaron más lejos que Dingo en ese dominio de la inteligencia que está reservado al hombre... Por otra parte, nos hallamos en presencia de un hecho indiscutible. De todas las letras de ese alfabeto, Dingo sólo ha elegido estas

dos: la S y la V. Las demás, ni siquiera parece conocerlas. Hay que reconocer, pues, que, por un motivo que desconocemos, esas dos letras han llamado especialmente su atención...

—¡Ah, capitán Hull —exclamó el joven grumete—, si Dingo pudiese hablar...! Tal vez nos dijese lo que significan esas dos letras y por qué ha enseñado los dientes a nuestro cocinero...

—¡Y qué dientes! —exclamó el capitán Hull, en el momento en que Dingo, abriendo la boca, mostraba sus formidables colmillos.

CAPÍTULO VI

UNA BALLENA A LA VISTA

Como se comprenderá, el singular incidente que queda relatado constituyó más de una vez el tema de las conversaciones que se mantenían en la popa del Pilgrim por la señora Weldon, el capitán Hull y el joven grumete. Éste, en particular, adquirió una gran desconfianza hacia Negro, cuya conducta, sin embargo, no merecía reproche alguno.

En la proa se conversaba también, si bien se obtenían distintas consecuencias. Allí, entre el resto de la tripulación, Dingo pasaba sencillamente por un perro que sabía leer, y quizá también escribir, mejor que muchos marineros. En cuanto a hablar, si no lo hacía acaso tuviera buenas razones para callar.

—El mejor día —dijo el timonel Bolton—, llegará este perro a preguntarnos dónde está la proa del barco y si viene el viento del este o del oestenoeste, y habrá que contestarle...

—Hay animales que hablan —arguyó otro marinero—, como son las cotorras y los papagayos. ¿Por qué un perro no ha de poder hacer otro tanto, si le viene en gana...? Más difícil es hablar con el pico que con la boca.

—Desde luego —corroboró el contraestre Howick—, pero nunca se ha visto una cosa semejante.

Mucho se hubiera asombrado aquella buena gente, si se le hubiese dicho que, por el contrario, aquello se había visto, y que cierto sabio danés poseía un perro, el cual pronunciaba con toda claridad hasta una veintena de palabras, si bien de esto a que aquel animal comprendiese lo que decía, había un abismo. Sin duda, aquel perro, cuya garganta se hallaba organizada de manera que podía emitir sonidos regulares, no daba más sentido a sus palabras que los papagayos, los grajos y las cotorras a las suyas. En los animales, la fraseología

no es otra cosa que una serie de cantos o de gritos articulados pertenecientes a un extraño lenguaje cuyo sentido no se obtendrá nunca.

Ello era, en fin, que Dingo se había convertido en el héroe a bordo, lo cual no le había dado motivo para envanecerse. El capitán Hull realizó varias veces la experiencia. Los cubos de madera del alfabeto fueron barajados en presencia de Dingo, e invariablemente, sin un error y sin la menor vacilación, fueron escogidas las letras S y V de entre todas por el singular animal, en tanto que las demás letras continuaban sin llamar nunca su atención.

En cuanto al primo Benedicto, aunque aquella experiencia fue realizada varias veces delante de él, no parecía interesarle.

—Después de todo —se dignó decir un día—, no hay por qué creer que los perros son los únicos que poseen el privilegio de ser, hasta cierto punto inteligentes. Otros animales les igualan, guiados sólo por el instinto. Tales son las ratas, que abandonan el barco que se halla a punto de hundirse en el mar; el castor, que sabe prever la crecida de las aguas y construye sus diques para contenerlas, los caballos de Nicomedia, de Scanderberg y de Oppien cuyo dolor fue tal cuando murieron sus dueños que murieron ellos también; aquellos asnos, que fueron tan notables y de los cuales se guarda memoria, y tantas otras bestias, en fin, que han hecho honor a la animalidad. ¿No se han visto algunos pájaros maravillosamente domesticados que escriben, sin cometer una sola falta, las palabras que les dictan sus domadores, y algunas cacatúas que cuentan tan bien como un calculador de la Oficina de las longitudes, el número de las personas que se encuentran presentes en el salón...? ¿No ha existido un papagayo, por el que se pagaron más de cien dólares y que, siendo su dueño un cardenal, recitaba todo el Símbolo de los apóstoles, sin equivocarse en una sola palabra...? Por último, ¿no puede llegar al colmo el legítimo orgullo de un entomólogo, cuando ve a los simples insectos dar muestras de una inteligencia superior y afirmar con elocuencia el axioma.

In minimus maximus Deus,

como ocurre con las hormigas, que compiten con los ediles de las mejores ciudades; con los argironetas acuáticos, que construyen escafandras, sin haber estudiado nunca mecánica, y las pulgas, que conducen sus carrozas como verdaderos cocheros, hacen el ejercicio tan bien como los soldados y disparan el cañón como artilleros distinguidos de West Point...? ¡No...! Dingo no merece tantos elogios y si está tan fuerte en la cuestión del alfabeto, serán sin duda porque pertenece a una especie de mastines, no clasificada aún en la ciencia zoológica: el «canis alphabeticus», de Nueva Zelanda.

A pesar de este discurso y otros del envidioso entomólogo, Dingo no padeció lo más mínimo en su pública estimación, y continuó siendo tratado

como un fenómeno durante las conversaciones sostenidas en el castillo de proa.

Sin embargo, es probable que Negro no participase del entusiasmo que se manifestaba a bordo por aquel animal. Quizá lo encontrase demasiado inteligente. Fuera por lo que fuese, el perro continuaba demostrando la misma animosidad contra el cocinero y de seguro éste le hubiera jugado una mala partida, si, por una parte, él no fuera un perro «que sabía defenderse», y si, por otra, no se viera protegido por la simpatía de toda la tripulación.

Por consiguiente, Negro evitaba más que nunca el encontrarse en presencia de Dingo, y Dick Sand no había dejado de notar que, a partir del incidente de las dos letras, la antipatía recíproca entre el hombre y el perro se había recrudecido. Esto era inexplicable en verdad.

El 10 de febrero, el viento del nordeste que, hasta entonces, había sucedido siempre a las prolongadas y abrumadoras calmas, durante las cuales se inmovilizaba el Pilgrim, llegó a soplar de un modo sensible. El capitán Hull esperaba que se produciría un cambio en la dirección de las corrientes atmosféricas. Acaso marchase por fin el bergantín goleta viento en popa. Sólo hacía diecinueve días que había salido del puerto de Auckland. El retraso no era muy considerable, y, recibiendo el viento de través, el Pilgrim, bien dotado de velamen, debía recuperar con facilidad el tiempo perdido; pero era preciso esperar algunos días más a que se estableciesen en definitiva las brisas del oeste.

Aquella parte del Pacífico estaba siempre desierta. Ninguna embarcación se veía en aquellos parajes. Era aquella en verdad, una latitud abandonada por los navegantes. Los balleneros de los mares australes no se disponían aún a franquear el trópico. Con excepción del Pilgrim, al que las circunstancias especiales habían obligado a abandonar los lugares de pesca antes de que finalizase la estación, no debía esperarse el encuentro de un barco que navegase en aquella dirección.

En cuanto a los correos transpacíficos, ya se ha dicho que no seguían un paralelo tan alto en sus travesías entre Australia y el continente americano.

Sin embargo, porque la mar estuviese desierta, no había que renunciar a observar hasta los últimos límites del horizonte. Aunque esto resulte muy monótono para los espíritus inquietos, es infinitamente variado para los que saben comprenderlo. Insospechados cambios sugestionan a las imaginaciones que tienen el sentido de la poesía del océano. Una hierba marina que flota con ondulaciones, una rama de sargazo cuya estela riza la superficie de las olas, un trozo de madera cuya historia se desearía adivinar, y nada más... Ante este infinito, el espíritu no puede detenerse en nada. La imaginación se entrega a una fantástica carrera. Cada una de las moléculas de agua cuya evaporación

cambia de continuo entre el mar y el cielo, encierra, quizá, el secreto de una catástrofe... Debemos, pues envidiar a aquéllos cuyo íntimo pensamiento sabe interrogar a los misterios del océano, a los espíritus que se elevan desde su movediza superficie a las alturas del cielo...

Además, la vida se manifiesta lo mismo por encima que debajo de los mares. Los pasajeros del Pilgrim podían ver la encarnizada persecución de que eran objeto los pececillos por las bandadas de los pájaros que rehúyen el insoportable clima del polo antes de que llegue el invierno... Y, más de una vez, Dick Sand, discípulo en este punto, como en otros, de James W. Weldon, había dado pruebas de su maravillosa puntería, bien con el fusil o bien con la pistola, disparando sobre algunos de aquellos raudos volátiles.

Acá, había petreles blancos; allá, nuevos petreles con las alas moteadas de oscuro... Algunas veces, también, pasaban patrullas de pájaros diablos, o algunos de esos pingüinos, cuyo andar en la tierra es a la vez tan pesado y tan ridículo... Sin embargo como observaba el capitán Hull, los pingüinos, que utilizan sus muñones para nadar como verdaderos nadadores, dentro del agua pueden competir en velocidad con los peces más rápidos, hasta el punto de que algunos marinos los han confundido en ocasiones con los bonitos.

Más arriba, gigantescos albatros batían el aire con tremendos aleteos, desplegando una envergadura de diez pies de amplitud, e iban después a posarse sobre las aguas que escarbaban con el pico para buscar su alimento...

Todas estas escenas constituían un espectáculo variado que sólo los espíritus refractarios a la contemplación de la naturaleza habrían encontrado monótono.

Aquel día, la señora Weldon se estaba paseando por la popa del Pilgrim cuando llamó su atención un espectáculo bastante curioso. Las aguas del mar se habían tornado rojizas casi de pronto. Hubiera podido creerse que acababan de teñirse en sangre, y aquel inexplicable colorido se extendía hasta más allá de donde podía alcanzar la mirada.

Dick se encontraba entonces con el pequeño Jack, al lado de la señora Weldon.

—Dick —dijo ésta al joven grumete—, ¿no ves qué tinte más particular han tomado las aguas del Pacífico...? ¿Será debido a la presencia de alguna hierba marina...?

—No, señora Weldon; ese tinte lo producen millares y millares de crustáceos que, por lo general sirven de alimento a los grandes mamíferos... Los pescadores llaman a eso, no sin motivo, «la comida de la ballena»...

—¿Crustáceos? —interrogó la señora Weldon—. Pues son tan pequeños

que casi podrían llamarse insectos de mar... Al primo Benedicto le encantaría adquirir una colección de ellos...

Y le llamó, alzando la voz:

—¡Primo Benedicto!

El primo Benedicto apareció casi al mismo tiempo que el capitán Hull.

—Primo Benedicto, mira ese inmenso banco rojizo que se extiende hasta perderse de vista...

—¡Calla! —exclamó el capitán Hull—. ¡Aquí hay comida de ballena...! Señor Benedicto, se le presenta una bonita ocasión para estudiar esta curiosa especie de crustáceos...

—¡Pse! —exclamó el entomólogo, sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo «¡pse!»? Le encuentro a usted demasiado desdeñoso para ser un entomólogo...

—Para ser un entomólogo, bueno —repuso el primo Benedicto—; pero no olvide que yo soy más bien un hexapodista.

—Después de todo —pronunció el capitán Hull—, bien está que no le interesen esos crustáceos; pero si poseyera usted un estómago de ballena, sería otra cosa. ¡Qué banquete se daría entonces...! Mire usted, señora Weldon, cuando nosotros, los balleneros, llegamos, durante la estación de pesca, junto a un banco de crustáceos como éstos, sólo nos queda el tiempo necesario para preparar los arpones y nuestras sondalezas... ¡Estamos seguros de que la pesca no está muy lejos!

—¿Es posible que unos animales tan pequeñitos puedan alimentar a otros tan grandes? —interrogó Jack.

—¡Hola! —exclamó el capitán Hull—. Los granos de sémola, la harina y la fécula, ¿no nos proporcionan unos exquisitos purés...? Sí; y la naturaleza ha querido que así sea... Cuando flota una ballena en medio de esas aguas rojas, tiene la sopa servida y sólo le queda abrir su inmensa boca. Millares de crustáceos penetran en ella; como los hilos de una red de pescadores, se extienden las numerosas barbas de ballena de que está provisto el paladar del animal, de modo que los crustáceos no puedan salir, y éstos van a abismarse en el ancho estómago de la ballena, lo mismo que el puré de la comida en el tuyo.

—Tenga usted entendido, Jack —observó Dick Sand—, que la señora ballena no pierde el tiempo mondando los crustáceos como usted monda los langostinos.

—Y añadiré —dijo el capitán Hull— que, cuando el enorme glotón está

entretenido en esta operación, resulta mucho más fácil acercarse a ella sin excitar su desconfianza. Ese es el momento favorable para arponearla con algún éxito.

En aquel instante, y como para dar la razón al capitán Hull, se dejó oír en la proa del navío la voz de un marinero:

—¡Una ballena a babor!

El capitán Hull se irguió.

—¡Una ballena! —exclamó.

E impulsado por su instinto de pescador, se precipitó hacia el castillo del Pilgrim.

En seguida le siguieron la señora Weldon, Jack, Dick Sand y hasta el primo Benedicto.

En efecto, a una distancia de cuatro millas, cierto hervidero indicaba que un gran mamífero marino se movía en medio de aquellas aguas bermejas. Unos balleneros no podían despreciar aquello.

Pero aquella distancia era aún demasiado considerable para que se pudiese reconocer a qué especie pertenecía aquel mamífero.

¿Era una de esas ballenas, propiamente dichas, que buscan con preferencia los pescadores de los mares del norte? Estos cetáceos, a los que les falta la aleta dorsal, cuya piel recubre una espesa capa de grasa, pueden alcanzar una longitud de ochenta pies, aunque su longitud media no pasa de sesenta, y un monstruo semejante llega a proporcionar hasta cien barriles de aceite.

¿Era, por el contrario, un hump-back, perteneciente a la especie de los ballenópteros, designación cuya desinencia debería merecer la estimación del entomólogo...? Éstas poseen aletas dorsales de color blanco y que les cubren la mitad del cuerpo, semejantes a un par de alas, como si se tratase de ballenas voladoras.

¿No sería, más bien, un fin-back, mamífero conocido con el nombre de «yubarta», provisto de una aleta dorsal y cuya longitud puede igualar a la de la ballena, propiamente dicha...? El capitán Hull y la tripulación no podían precisar aún, y contemplaban al animal con más deseo que admiración.

Si es cierto que un relojero no puede permanecer en un salón, en presencia de un reloj de pared sin experimentar la irresistible necesidad de examinarlo, no lo es menos que un ballenero, ante una ballena, siente un imperioso deseo de apoderarse de ella. Se asegura que los cazadores de caza mayor son más ardientes que los cazadores de caza menor, pues cuanto más grande es un animal, más excita la codicia. ¿Qué sensación no experimentarán, por tanto,

los cazadores de elefantes y los pescadores de ballenas...? En aquel caso, existía, además, la contrariedad que sentía toda la tripulación del Pilgrim por volver con un cargamento incompleto.

El capitán Hull trataba de reconocer al animal que acababa de ser descubierto. A aquella distancia, no se hacía visible. Sin embargo la experta mirada de un ballenero no podía equivocarse en los detalles que son más fáciles de apreciar desde lejos.

—No se trata de una ballena propiamente dicha —exclamó—. Su surtidor sería más alto y al mismo tiempo, de menor volumen. Por otra parte, si el ruido que produce el surtidor pudiera ser comparado con el ruido lejano de una boca de fuego, llegaría a creer que esa ballena pertenece a la especie de los hump-back; pero, prestando el oído, puede asegurarse que ese ruido es de una naturaleza muy diferente... ¿Tú qué opinas, Dick? —preguntó el capitán Hull, volviéndose hacia el grumete.

—Yo creo que nos encontramos en presencia de una yubarta, mi capitán —respondió Dick Sand—. ¿No ve usted cómo arroja el aire con violencia la columna líquida...? ¿No le parece también (lo cual viene a darme la razón) que el surtidor contiene más agua que vapor condensado...? Si no me equivoco, ésa es una particularidad de la yubarta.

—En efecto, Dick —corroboró el capitán Hull.

Ya no hay duda posible: es una yubarta lo que flota en la superficie de las aguas rojizas.

—¡Qué bonito! —exclamó el pequeño Jack.

—¡Sí muchacho...! ¡Y pensar que la bestia está ahí y que unos balleneros la están contemplando...!

—Yo me atrevería a afirmar que es una yubarta de gran tamaño —afirmó Dick Sand.

—Cierto —asintió el capitán Hull, que se iba apasionando poco a poco—. ¡Lo menos tendrá setenta pies de longitud!

—¡Bueno! —exclamó el jefe de la tripulación—. Bastaría media docena de ballenas de este tamaño para que se llenase un barco como el nuestro.

—Sí sería suficiente —replicó el capitán Hull, que se había subido al bauprés para ver mejor.

—Con ésa —añadió el jefe de la tripulación—, obtendríamos en pocas horas la mitad de los doscientos barriles de aceite que nos faltan...

—Sí, sí... En efecto —murmuraba el capitán Hull.

—Es verdad —corroboró Dick Sand—; pero algunas veces constituye una tarea muy ruda el atacar a esas enormes yubartas.

—¡Muy ruda muy ruda! —repitió el capitán Hull—. Esos ballenópteros tienen unas colas formidables, a las que nadie debía acercarse sin desconfianza... La piragua más sólida no resistiría a un golpe suyo bien dirigido... ¡Pero el beneficio que supone, también merece la pena...!

—¡Bah! —exclamó uno de los marineros—. ¡Una buena yubarta supone una buena captura!

—¡Y provechosa! —agregó otro.

—¡Sería una lástima que no saludásemos a ésta al pasar!

Era evidente que aquellos bravos marinos se animaban al contemplar la ballena. ¡Era todo un cargamento de aceite lo que flotaba al alcance de la mano...! Según ellos, no habría más que arrumbar los barriles en la bodega del Pilgrim, para completar el cargamento.

Algunos marineros, subidos en los flechastes de los obenques del trinquete, lanzaban gritos de codicia. El capitán Hull no pronunciaba una palabra y se roía las uñas. Era como si un imán irresistible atrajese al Pilgrim y a toda su tripulación.

—¡Mamá, mamá! —exclamó entonces el pequeño Jack—. ¡Yo quisiera coger la ballena para ver cómo es...!

—¡Qué! ¿Quieres esa ballena, muchacho...? ¿Y por qué no hemos de pescarla, amigos míos? —dijo el capitán Hull, cediendo, por fin, a su secreto deseo—. Nos faltan los pescadores de complemento; es verdad... Pero nosotros solos...

—¡Sí, sí! —Gritaron todos los marineros a un tiempo.

—No será la primera vez que yo haya ejercido el oficio de arponero —añadió el capitán Hull—: y ahora vais a ver si todavía sé arrojar el arpón.

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! —gritó la tripulación.

CAPÍTULO VII

PREPARATIVOS

Se comprenderá que la presencia de aquel prodigioso mamífero produjese tal excitación en la gente del Pilgrim.

La ballena que flotaba en medio de las aguas rojas parecía enorme. Capturarla y completar así la carga, resultaba muy tentador. ¿Unos pescadores podían permitir que se desperdiciase semejante ocasión?

Sin embargo, la señora Weldon creyó hallarse en el deber de preguntar al capitán Hull si constituirla algún peligro para su gente y para él atacar a una ballena en tales condiciones.

—Ninguno, señora Weldon —respondió el capitán Hull—. Más de una vez se me ha ocurrido pescar una ballena con una sola embarcación, y siempre he acabado por apoderarme de ella... Le repito que no existe peligro alguno para nosotros, ni, por consiguiente, tampoco para usted.

Tranquilizada, la señora Weldon no volvió a insistir.

El capitán Hull dio en seguida las órdenes oportunas para capturar la yubarta. Por experiencia, sabía que la persecución de este ballenóptero no deja de ofrecer ciertas dificultades, y quería prevenirlas todas.

Lo que hacía menos fácil la captura era que la tripulación del bergantín goleta sólo podía operar por medio de una embarcación, a pesar de que el Pilgrim poseía una lancha, colocada entre el palo mayor y el palo de mesana, y tres balleneras, dos de las cuales se hallaban suspendidas de unas grúas a babor y a estribor, y la tercera en la popa, fuera del coronamiento.

De ordinario, las tres balleneras se empleaban a la vez en la persecución de los cetáceos; pero ya se sabe que durante la estación de pesca acudir en ayuda de los marinos del Pilgrim un equipo de refuerzo formado en Nueva Zelanda.

Ahora bien, en las circunstancias actuales, el Pilgrim no podía disponer más que de cinco marineros a bordo, esto es, sólo podía armar una ballenera. Utilizar el concurso de Tom y de sus compañeros, que se habían apresurado a ofrecerse, era imposible. En efecto, el manejo de una piragua de pesca exige marineros excepcionalmente expertos. Un mal golpe de barra o cualquier torpeza al remar bastarían para comprometer la salvación de la ballenera durante el ataque.

Por otra parte, el capitán Hull no quería abandonar el navío, sin dejar en él, por lo menos, a un hombre de la tripulación en el que tuviese plena confianza. Había que prever todas las eventualidades.

Pero obligado el capitán Hull a elegir buenos marinos para armar la ballenera, por fuerza tenía que confiar a Dick Sand el cuidado del Pilgrim.

—Dick —le dijo—, tú eres el encargado de quedarte a bordo durante mi ausencia, que creo será breve.

—Bien, señor —respondió el joven grumete.

Dick Sand hubiera querido tomar parte en la pesca, que tenía un gran atractivo para él; pero, por una parte, comprendió que los brazos de un hombre valían más que los suyos para la navegación de la ballenera, y, por otra, que sólo él podía sustituir al capitán Hull. Se resignó, pues.

La tripulación de la ballenera debía componerse de cinco hombres, contando con el contra maestre Howik, que eran todos los que componían la tripulación del Pilgrim. Los cuatro marineros se posesionarían de los remos, y Howik se ocuparía del remo que sirve para gobernar esta clase de embarcaciones. Un timonero cualquiera no sería, en efecto, lo suficientemente rápido, y en el caso de que los remos de costado se inutilizasen, el remo-timón, bien manejado, podía poner a la ballenera fuera del alcance de los aletazos del monstruo.

Quedaba, pues, el capitán Hull. Se había reservado el puesto de arponero, y, como había dicho, no era aquella la primera vez que actuaba. Primero debía arrojar el arpón, luego vigilar el desenrollo de la sondaleza, fija en una de sus extremidades, y, por último, rematar a lanzadas al animal, cuando volviese a la superficie del océano.

Los balleneros emplean a veces armas de fuego para esta clase de pesca. Por medio de un aparato especial, que es una especie de cañón colocado unas veces en la borda del navío y otras en la proa de la embarcación, se arroja el arpón que arrastra consigo la cuerda fija en su extremidad, o balas explosivas que producen grandes estragos en el cuerpo del animal.

Pero el Pilgrim no estaba provisto de esta clase de aparatos, que cuestan mucho y son difíciles de manejar; y los pescadores, poco amigos de las innovaciones, parecen preferir el empleo de las armas primitivas, esto es, del arpón y de la lanza, de los que se sirven con habilidad.

Utilizando los medios ordinarios, o sea atacando a la ballena con arma blanca, era como el capitán Hull pretendía capturar la yubarta situada a cinco millas de su navío.

El clima debía favorecer aquella expedición. La mar, muy tranquila, era propicia a las maniobras de la ballenera. El viento tendía a ceder, y el Pilgrim sólo derivaría de una manera insensible mientras la tripulación estuviese alejada.

Se habilitó al punto la ballenera de estribor y los cuatro marineros se embarcaron en ella.

Howik les entregó dos grandes dardos que servían de arpones y dos largas lanzas de aguda punta. A aquellas armas ofensivas añadió cinco rollos de esa cuerda flexible y resistente que los balleneros llaman sondaleza y que miden seiscientos pies de longitud. No es exagerada esta longitud, pues ocurre con

frecuencia que estas cuerdas unidas de extremo a extremo no bastan para la «demanda» de la ballena, que se sumerge a mucha profundidad.

Tales eran las diversas herramientas que habían colocado cuidadosamente en la proa de la embarcación.

Howik y los cuatro marineros sólo esperaban la orden de que soltasen las amarras.

Sólo aparecía libre un puesto en la proa de la ballenera, el cual era el que debía ocupar el capitán Hull.

Por supuesto que la tripulación del Pilgrim, antes de abandonar éste, había puesto el navío al paio, o, dicho de otro modo, las vergas habían sido braceadas de manera que las velas, contrarrestando su acción, mantuviesen al bergantín goleta poco menos que estacionario.

En el momento de embarcar, el capitán Hull lanzó una última ojeada a su embarcación. Se aseguró de que todo se hallaba en orden, de que las drizas estaban bien enrolladas y las velas orientadas convenientemente. Como dejaba a bordo al joven grumete durante una ausencia suya que podía prolongarse por algunas horas, quería, con muy buen acuerdo, que a no ser caso de urgencia, Dick Sand no tuviese que ejecutar ninguna maniobra.

En el momento de partir, hizo las últimas recomendaciones.

—Dick —dijo—, te dejo solo. Vigílalo todo... Si, por un acaso, que no creo posible, hubiese necesidad de poner el navío en marcha, a causa de que nos llevase demasiado lejos la persecución de la yubarta, Tom y sus compañeros podrán muy bien acudir en tu ayuda. Indicándoles lo que tienen que hacer, estoy seguro de que lo harán.

—Sí, capitán Hull —afirmó el viejo Tom—; el señor Dick puede contar con nosotros.

—¡A sus órdenes! ¡A sus órdenes! —exclamó Bat—. Tenemos muchos deseos de ser útiles.

—¿De dónde hay que tirar? —preguntó Hércules, subiéndose las anchas mangas de su chaqueta.

—Por ahora, de ningún sitio —repuso Dick Sand, sonriendo.

—A su disposición —concluyó el coloso.

—Dick —prosiguió el capitán Hull—, el tiempo está hermoso. El viento ha cedido. Nada indica que vuelva a soplar... Sobre todo, ocurra lo que ocurra, no pongas la embarcación a la mar ni abandones el navío.

—Entendido.

—Si se hiciese necesario que el Pilgrim fuese a buscarnos, ya te haré una señal izando un pabellón en el extremo de un botador.

—Váyase tranquilo, capitán, que no perderé de vista la ballenera —respondió Dick Sand.

—Bueno, muchacho —terminó el capitán Hull—. ¡Valor y sangre fría! Tú eres el segundo capitán haz honor a tu categoría. ¡Nadie ha podido ostentar otra semejante a tu edad!

Dick Sand no respondió, pero enrojeció sonriendo. El capitán Hull comprendió lo que significaba aquel rubor y aquella sonrisa.

«Es un buen muchacho —se dijo para sí—. Todo lo reúne: modestia y buen humor».

En aquellas insistentes recomendaciones, se veía que, aunque no podía existir peligro alguno en que lo hiciese, el capitán Hull no abandonaba con gusto su navío, ni siquiera por algunas horas; pero un irresistible instinto de pescador, y, sobre todo, el furioso deseo de completar su cargamento de aceite y no dejar sin cumplimiento los compromisos contraídos por James W. Weldon en Valparaíso, le impulsaban a intentar la aventura. Por otra parte, la mar estaba tan serena, que se prestaba a las mil maravillas para la persecución del cetáceo. Ni su tripulación ni él habrían podido resistir a semejante tentación. La campaña de pesca se completaría por fin, y esta última consideración acabó en definitiva de decidir al capitán Hull, que se dirigió hacia la escala.

—¡Buena suerte! —le dijo la señora Weldon.

—¡Muchas gracias, señora Weldon!

—¡Le suplico que no haga demasiado daño a la pobre ballena! —gritó el pequeño Jack.

—¡No se lo haré! —respondió el capitán Hull.

—Cójala usted con cuidado...

—Sí; con guantes...

—Algunas veces —observó el primo Benedicto—, suelen encontrarse insectos muy curiosos en el lomo de esos mamíferos.

—Pues bien, señor Benedicto —contestó sonriendo el capitán Hull—; tendrá usted derecho a «entomologizar» cuando la yubarta yazga en el Pilgrim...

Luego, volviéndose hacia Tom, dijo:

—Tom, cuento con sus compañeros y con usted para ayudarnos a

despedazar la ballena, cuando esté amarrada al casco del navío, que no tardará en estarlo.

—A su disposición, señor —respondió el viejo negro.

—¡Bien! —pronunció el capitán Hull.

Y añadió:

—Dick, esos buenos hombres te ayudarán a preparar los barriles vacíos. Durante nuestra ausencia, los subirán al puente, y, de esa manera, la tarea será más breve al regreso.

—Así se hará, capitán.

Para los que lo ignoren, habrá que decir que la yubarta, una vez muerta, debía ser remolcada hasta el Pilgrim, y sólidamente amarrada a su flanco de estribor. Entonces, los marineros, calzados con botas provistas de garfios, se instalarían sobre el lomo del enorme cetáceo y lo despedazarían metódicamente en lonjas paralelas, en dirección de la cabeza a la cola. Estas lonjas serían cortadas después en trozos de un pie y medio de tamaño, y éstos divididos a su vez en tajadas que, después de haber sido escurridas en los barriles, serían trasladadas a fondo de la bodega.

Por lo general, el barco ballenero, cuando ha terminado la pesca, maniobra lo antes posible, con el fin de terminar sus manipulaciones, Desembarca la tripulación, y procede a la fusión de la grasa que, bajo la acción del calor, segrega toda la materia utilizable, es decir, el aceite.

Pero, en aquellas circunstancias, el capitán Hull no podía pensar en volver hacia atrás para terminar la operación. «Fundiría», pues, la grasa en Valparaíso. Además, como no tardarían en soplar los vientos del oeste, esperaba vislumbrar la costa americana antes de unos veinte días, y este lapso de tiempo no podía comprometer los resultados de la pesca.

Había llegado el momento de partir. Antes de que el Pilgrim fuese puesto al paio, se acercó un poco al sitio donde la yubarta continuaba acusando su presencia con el surtidor de vapor de agua.

La yubarta seguía nadando, en medio del vasto campo rojizo de los crustáceos, abriendo automáticamente la ancha boca y absorbiendo, con cada bocanada, millares de animalillos.

Según los entendidos que iban a bordo, no había temor alguno de que pensara en escaparse. No cabía duda de que aquélla era una de esas ballenas a las que los pescadores llaman «de combate».

El capitán Hull recogió los filaretos, y, descendiendo por la escala de cuerda, llegó a la proa de la ballenera.

La señora Weldon, Jack, el primo Benedicto, Tom y sus compañeros dijeron por última vez al capitán que tuviera buena suerte.

El mismo Dingo, irguiéndose sobre las patas y asomando la cabeza por encima de la borda, pareció querer despedir a la tripulación.

Luego, volvieron todos hacia la proa para no perder ningún detalle de aquella pesca interesante.

La ballenera comenzó a navegar, y a impulso de los cuatro remos manejados con destreza se fue alejando del Pilgrim.

—¡Vigila bien, Dick, vigila bien! —gritó, por última vez, el capitán Hull, dirigiéndose al joven grumete.

—No tenga cuidado.

—¡Una ojeada a la embarcación, y otra a la ballenera, muchacho! ¡No lo olvides!

—Así se hará, capitán —respondió Dick Sand, que fue a colocarse junto a la barra.

Ya se encontraba la frágil embarcación a varios centenares de pies del lugar que ocupaba el navío. El capitán Hull, de pie junto a la proa y no pudiéndose hacer oír ya, renovaba sus recomendaciones con los gestos más expresivos. Entonces, Dingo, que continuaba con las patas apoyadas sobre la borda, lanzó una especie de ladrido quejumbroso que impresionó de un modo desfavorable a aquella gente, un poco propensa a la superstición.

Aquel ladrido hizo estremecerse también a la señora Weldon.

—¡Dingo! —exclamó—. ¡Dingo...! ¿Es así como infundes valor a tus amigos...? ¡Vamos...! ¡Emite un buen ladrido, claro y alegre...!

Pero el perro no volvió a ladrar, y dejándose caer sobre las patas, fue con lentitud hacia la señora Weldon y le lamió afectuosamente la mano.

—No mueve la cola —murmuró Tom, a media voz—. ¡Mal síntoma! ¡Mal síntoma...!

De pronto, Dingo se irguió de nuevo y exhaló un aullido de cólera.

La señora Weldon se volvió.

Negoro acababa de abandonar la cocina y se dirigía hacia el castillo de proa, sin duda con la intención de presenciar las maniobras de la ballenera.

Dingo se dirigió hacia el cocinero, presa del más vivo e inexplicable furor.

Negoro cogió un espeque y se aprestó a la defensa.

El perro iba a arrojársele a la garganta.

—¡Aquí, Dingo, aquí! —gritó Dick Sand, quien, abandonando por un instante su puesto de observación, corrió hacia proa.

La señora Weldon, por su parte, trataba de tranquilizar al perro.

Dingo obedeció, no sin repugnancia, y, dejando escapar un gruñido sordo fue hacia el joven grumete.

Negoro no había pronunciado una sola palabra, pero su semblante palideció por un momento. Dejando caer el espeque, volvió a entrar en su camarote.

—Hércules —dijo entonces Dick Sand—, le encargo exclusivamente que vigile a ese hombre.

—¡Lo vigilaré! —contestó Hércules, cuyos dos enormes puños se cerraron, en señal de asentimiento.

La señora Weldon y Dick volvieron a dirigir sus miradas hacia la ballenera que batía con rapidez sus cuatro remos.

Ya no era más que un punto sobre el mar.

CAPÍTULO VIII

LA YUBARTA

El capitán Hull, ballenero experimentado, no podía abandonar ningún detalle a la suerte. La captura de una yubarta es cosa difícil. Ninguna precaución debe dejar de ser tomada. Ninguna lo fue tampoco en aquella ocasión.

El capitán Hull comenzó por maniobrar de manera que, acercándose a la ballena por la parte contraria a la dirección del viento, ningún ruido pudiese advertirle la proximidad de la embarcación.

Howik dirigió, por tanto, la ballenera siguiendo la curva bastante pronunciada, que formaba el banco rojizo en medio del cual flotaba la yubarta, para darle la vuelta.

El jefe de la tripulación, designado para aquella maniobra, era un marino de gran sangre fría que inspiraba toda confianza al capitán Hull. No había que temer en él una vacilación ni una distracción.

—Gobierne con cuidado, Howik —dijo el capitán Hull—. Vamos a tratar

de sorprender a la yubarta. No nos dejemos descubrir por ella hasta que esté a una distancia conveniente para arponearla.

—Entendido —repuso el jefe de la tripulación—. Voy a seguir el contorno de las aguas rojizas para llegar en dirección contraria al viento.

—¡Bien! —aprobó el capitán Hull—. ¡Muchachos, haced el menor ruido posible al remar!

Los remos, recubiertos al efecto de palletes, se movían silenciosos.

La embarcación, dirigida con destreza por el jefe de la tripulación, había bordeado el banco de crustáceos. Los remos de estribor continuaban aún hundiéndose en el agua verde y límpida, en tanto que los de babor, levantando el líquido rojizo, parecían derramar gotas de sangre.

—¡El vino y el agua! —dijo uno de los marineros.

—Sí —respondió el capitán Hull—; pero el agua que no se puede beber y el vino que no se puede trincar... ¡Vaya, muchachos, no hablemos más, y azoquemos fuerte...!

La ballenera, dirigida por el jefe de la tripulación, resbalaba sin hacer ruido por la superficie de aquellas aguas grasientas como si flotase en una balsa de aceite.

La yubarta no se movía ni parecía haber visto aún la embarcación, que trazaba un círculo a su alrededor.

Al describir aquel arco de circunferencia, el capitán Hull se alejaba necesariamente del Pilgrim, el cual iba empequeñeciéndose poco a poco, por efecto de la distancia.

Siempre causa un extraño efecto la rapidez con que los objetos disminuyen en el mar. Parece que se están mirando por el extremo ancho de unos anteojos. Esta ilusión de óptica obedece, sin duda, a que faltan los puntos de comparación en las grandes extensiones del océano. Así sucedía con el Pilgrim, que decrecía a simple vista y parecía estar más alejado de lo que estaba en realidad.

Media hora después de haberlo abandonado, el capitán Hull y sus compañeros habían dado la vuelta al sitio donde se encontraba la ballena, de suerte que ésta ocupaba el punto medio entre el navío y la embarcación.

Había negado el momento de acercarse al monstruo haciendo el menor ruido posible. No era probable que pudieran acercarse al flanco del animal y la arponeasen teniéndola a buen alcance, sin que se hubiese despertado su atención.

—Remad más despacio, muchachos —dijo en voz baja el capitán Hull.

—Me parece —pronunció Howik— que el pez ha sentido algo... Sopla con menos violencia que antes...

—¡Silencio, silencio! —exclamó el capitán Hull.

Al cabo de cinco minutos, la ballenera estaba a un cable de la yubarta.

El jefe de la tripulación, que iba de pie a popa maniobró de manera que pudieran acercarse al flanco izquierdo del mamífero, si bien evitando con el mayor cuidado el ponerse al alcance de su formidable cola de la que hubiera bastado un solo golpe para hundir la embarcación.

En la proa, el capitán Hull con las piernas separadas para adquirir mayor estabilidad, sustentaba el arma con la cual iba a propinar el primer golpe. Podía asegurarse que, debido a su puntería, el arpón quedaría clavado en la espesa masa que emergía de las aguas.

Junto al capitán en un balde estaba desenrollada una de las cinco sondalezas, amarrada con solidez al arpón, y a la cual se irían anudando sucesivamente las otras cuatro, si la ballena se hundía a demasiada profundidad.

—¿Estamos, muchachos? —murmuró el capitán Hull.

—Sí —respondió Howik, asegurando bien el timón entre sus anchas manos.

—¡Atraca, atraca!

El jefe de la tripulación obedeció la orden, y la ballenera llegó a situarse a unos diez pies de distancia del animal.

Éste no se movía y parecía dormir. Las ballenas a las cuales se las sorprende durante el sueño ofrecen presa más fácil, y suele ocurrir que el primer golpe que las alcanza las hiere mortalmente.

—¡Esta inmovilidad es muy extraña! —pensó el capitán Hull—. ¡La picara no debe dormir...! Sin embargo... ¡Algo proyecta!

Esta era también la opinión del jefe de la tripulación, que procuraba alcanzar con la vista el flanco opuesto del animal.

Pero no era aquél el momento de reflexionar, sino el de atacar.

El capitán Hull, cogiendo el arpón por la parte media, lo hizo balancearse varias veces, con el fin de asegurar la justeza del golpe, mientras dirigía la vista al lomo de la ballena. Luego, proyectó el dardo con todo el vigor de su brazo.

—¡Atrás, atrás! —gritó inmediatamente.

Y los marineros, cuando todos a la vez, hicieron retroceder con rapidez a la ballenera, con objeto de apartarla de los coletazos del cetáceo.

En aquel momento, un grito del jefe de la tripulación dejó comprender por qué la ballena estaba inmóvil tanto tiempo en la superficie del mar.

—¡Un ballenato! —exclamó.

En efecto; la yubarta, después de haber sido alcanzada por el arpón, se había inclinado casi por completo sobre el flanco, dejando al descubierto un ballenato al que debía amamantar.

El capitán Hull sabía muy bien que esta circunstancia haría mucho más difícil la captura de la yubarta. La madre se defendería de seguro con más furor, tanto por ella misma como por proteger a su «pequeño», si es que puede aplicarse este epíteto a un animal que no medía menos de veinte pies.

Sin embargo, la yubarta no se precipitó sobre la embarcación, como era de temer ni tuvo tiempo para ello, con el fin de emprender la fuga cortando con brusquedad la sondaleza que iba unida al arpón. Por el contrario, como ocurre la mayor parte de las veces, la ballena, seguida del ballenato, se sumergió, en línea muy oblicua, primero; luego, dando un enorme salto, comenzó a nadar entre dos aguas, con extrema rapidez.

Pero antes de que se sumergiese por primera vez el capitán Hull y el jefe de la tripulación, ambos puestos en pie, habían tenido tiempo de verla, y, por consiguiente, de apreciarla en su justo valor.

Aquella yubarta era, en realidad, un ballenóptero de las mayores dimensiones. De la cabeza a la cola, medía, por lo menos, ochenta pies. Su piel, de un color amarillento oscuro, parecía ocelada de manchas mucho más oscuras.

Hubiera sido una lástima, en verdad, que después de un ataque tan afortunado en su comienzo, se viesen en la necesidad de abandonar tan rica presa.

La persecución, o, más bien, el remolque, había comenzado. La ballenera, cuyos remos habían sido levantados, corría como una flecha, resbalando sobre la superficie de las olas.

Howik la mantenía imperturbable, a pesar de las rápidas y espantosas oscilaciones.

El capitán Hull, con la mirada atenta sobre su presa, no cesaba de dejar oír su eterna muletilla:

—¡Vigila bien, Howik, vigila bien!

Y podía asegurarse que la vigilancia del jefe de la tripulación no faltaría un

solo momento.

No obstante, como quiera que la ballenera no corría, ni mucho menos, con la misma velocidad que la ballena, la sondaleza del arpón se desenrollaba con tal apresuramiento, que era de temer se inflamase, al rozar con la borda de la ballenera. Por eso el capitán Hull había tenido la precaución de mojarla, llenando al efecto de agua el balde que la contenía.

Y la yubarta no parecía detenerse en su fuga ni querer moderarla. Fue amarrada la segunda sondaleza al extremo de la primera, y no tardó en ser desenrollada con la misma velocidad.

Al cabo de cinco minutos hubo que anudar la tercera sondaleza, que se sumergió en las aguas.

La yubarta no se detenía. Sin duda el arpón no había penetrado en una parte vital de su cuerpo. Podía observarse además, en la oblicuidad que acusaba la sondaleza, que el animal, en lugar de volver a la superficie, se hundía cada vez a mayor profundidad.

—¡Diablo! —exclamó el capitán—. ¡Esta picara se nos comerá las cinco sondalezas!

—¡Y nos llevará a una respetable distancia del Pilgrim! —agregó el jefe de la tripulación.

—¡Sin embargo, no tendrá más remedio que volver a la superficie para respirar! —repuso el capitán Hull—. No se trata de un pez, y necesita su provisión de aire como cada hijo de vecino...

—¡Habrás retenido la respiración para correr mejor! —dijo, riendo, uno de los marineros.

En efecto, la sondaleza continuaba desenrollándose con la misma velocidad.

A la tercera sondaleza, fue necesario bien pronto unir la cuarta, y esto no dejó de inquietar un tanto a los marineros, por lo que a ellos respectaba.

—¡Diablo, diablo! —Murmuraba el capitán Hull—. ¡En mi vida he visto una cosa semejante...! ¡Endemoniada yubarta...!

Se había añadido, por último, la quinta sondaleza y ya estaba casi terminada, cuando pareció ceder. ¡La sondaleza está menos tensa...! ¡La yubarta se cansa!

En aquel momento, el Pilgrim se encontraba a más de cinco millas de la ballenera.

El capitán Hull, izando un pabellón en el extremo de un botador, le hizo

seña de que se acercase.

Y, casi al mismo tiempo, pudo ver que Dick Sand, ayudado por Tom y por sus compañeros, comenzaban a armar las vergas para orientarlas en dirección al viento.

Pero la brisa era débil y poco constante. Sólo soplabá a intervalos de poca duración. A duras penas llegaría el Pilgrim a alcanzar a la ballenera.

Entretanto, como se había supuesto, la yubarta volvía a la superficie del agua para respirar, continuando con el arpón clavado en el lomo. Estaba casi inmóvil a la sazón, como si esperase a su ballenato del que debía haberla distanciado aquella furiosa carrera.

El capitán Hull ordenó que remasen más de prisa, con el fin de alcanzarla, y en poco tiempo se encontraron a escasa distancia de ella.

Dos remos fueron levantados, y, como había hecho el capitán, dos marineros se armaron de largas lanzas destinadas a herir al animal.

Howik maniobró con habilidad entonces, y se preparó para volver con rapidez la embarcación en el caso de que la ballena fuese bruscamente hacia ella.

—¡Atención! —gritó el capitán Hull—. ¡No hay que errar el golpe...! ¡Apuntad bien, muchachos...! ¿Estamos, Howik?

—Estamos —respondió el jefe de la tripulación—; pero una cosa me preocupa, y es que la bestia, después de haber huido con tanta rapidez, esté tan tranquila ahora.

—En efecto, Howik; eso lo encuentro sospechoso.

—¡Desconfiemos!

—Sí; pero vamos adelante.

El capitán Hull se animaba cada vez más.

La embarcación se acercó más. La yubarta no hacía más que dar vueltas en todas direcciones. El ballenato no estaba junto a ella, y tal vez tratase de encontrarlo.

De pronto, dio un coletazo y se alejó unos treinta pies.

¿Iría a huir y sería preciso emprender una interminable persecución sobre la superficie de las olas?

—¡Atención! —gritó el capitán Hull—. La bestia va a tomar fuerzas para arrojarse sobre nosotros... ¡Gobierna, Howik, gobierna!

La yubarta, en efecto, había dado la vuelta hasta ponerse de frente a la

ballenera. Luego, agitando violentamente el mar con sus enormes aletas, acometió hacia adelante.

El jefe de la tripulación, que se esperaba aquel ataque directo, evolucionó de tal manera, que la yubarta, aunque pasó muy cerca de la embarcación, no logró tocarla. El capitán Hull y los dos marineros le propinaron sendos lanzazos al pasar, procurando inutilizarle cualquier órgano esencial.

La yubarta se detuvo, y arrojando a gran altura dos columnas de agua mezclada con sangre, se dirigió de nuevo hacia la embarcación como dando saltos, ofreciendo un aspecto espantoso.

Aquellos marinos eran sin duda unos pescadores consumados, ya que no perdían la serenidad en aquella ocasión.

Howik evitó con gran destreza el ataque de la yubarta, desviando hacia un lado la embarcación.

Tres nuevos golpes bien dirigidos hicieron tres nuevas heridas al animal; pero, al pasar, sacudió el agua con tanta rudeza, agitando su formidable cola, que se levantó una ola enorme, como si el mar se hubiera enfurecido de súbito.

A la ballenera le faltó poco para volcar, y el agua que pasó por encima de la borda la llenó a medias.

—¡El cubo, el cubo! —gritó el capitán.

Los dos marineros abandonaron los remos, empezaron a vaciar con rapidez la ballenera, mientras el capitán cortaba la sondaleza, que a la sazón era inútil.

¡No! El animal, enfurecido por el dolor, no pensaba ya en huir. Atacaba, a su vez, y su agonía amenazaba ser terrible.

Por tercera vez, se volvió «proa a proa», como hubiera dicho un marino, y se precipitó, de nuevo sobre la embarcación.

Pero la ballenera, medio llena de agua, no podía ya maniobrar con la misma facilidad. En aquellas condiciones, ¿cómo evitaría el choque que la amenazaba? Si no podía gobernar, menos podría huir...

Además, por muy deprisa que navegase la embarcación, la rauda yubarta la habría alcanzado con sólo dar algunos saltos. Ya no había más remedio que atacar y defenderse.

El capitán Hull estaba dispuesto a ello.

El tercer ataque del animal no pudo ser contenido por completo. Al pasar rozó a la ballenera con su enorme aleta dorsal, pero con tanta fuerza, que derribó a Howik de su banco.

Las tres lanzas, desviadas por desgracia a causa de la oscilación, erraron el

golpe aquella vez.

—¡Howik! ¡Howik! —gritó el capitán Hull, al que le había costado trabajo sostenerse.

—¡Presente! —respondió el jefe de la tripulación, levantándose.

Entonces se dio cuenta de que, a causa de su caída, el remo-timón se había roto por la mitad.

—¡Otro remo! —dijo el capitán Hull.

—Aquí está —contestó Howik.

En aquel momento, se produjo cierta agitación bajo las aguas, sólo a algunas toesas de la embarcación.

Acababa de reaparecer el ballenato. La yubarta lo vio y se precipitó hacia él.

Aquella circunstancia no podía prestar a la lucha un carácter más terrible. La yubarta iba a defenderse y a defender a su cría.

El capitán Hull miró de reojo al Pilgrim. Su mano agitó, frenéticamente, el botador que ostentaba el pabellón.

¿Qué podía hacer Dick Sand, que no hubiera hecho ya al ver la primera señal del capitán? Las velas del Pilgrim estaban orientadas y el viento comenzaba a henchirlas. Por desgracia, el bergantín goleta no poseía una hélice que aumentara su velocidad. Echar una embarcación al mar y acudir en socorro del capitán con la ayuda de los negros, habría determinado una pérdida de tiempo considerable, y, además, el grumete tenía orden de no abandonar el navío ocurriese lo que ocurriese. Sin embargo, hizo desenganchar la canoa de popa, que llevó a remolque con el fin de que el capitán y sus compañeros pudiesen refugiarse en ella, si fuera necesario.

En aquel momento, la yubarta, cubriendo al ballenato con su cuerpo volvía a la carga. Esta vez, evolucionó de modo que pudiera alcanzar la embarcación directamente.

—¡Atención, Howik! —gritó, por última vez, el capitán Hull.

Pero el jefe de la tripulación estaba desarmado, por decirlo así. En lugar de una palanca con la cual dada su longitud, pudiera desarrollar un máximo de fuerza, sólo tenía en la mano un remo que más bien era corto. Trató de hacer un viraje. Le fue imposible.

Los marineros comprendieron que estaban perdidos. Todos se levantaron, lanzando un grito terrible que acaso fuera oído por el Pilgrim.

Un terrible coletazo del monstruo acababa de alcanzar a la ballenera por

debajo.

La embarcación, proyectada en el aire con una violencia irresistible, volvió a caer, rota en tres pedazos, en medio de las olas que se entrechocaban con furor a causa de los saltos de la ballena.

Los infortunados marineros, aunque gravemente heridos, habrían podido resistirse aún, ora nadando, ora abrazados a cualquier tabla flotante.

Y esto fue lo que hizo el capitán Hull, al que, por un instante, se le vio colocar al jefe de la tripulación sobre un trozo de la ballenera...

Pero la yubarta, en el paroxismo del furor, se retorció y saltó —quizá en los últimos espasmos de una agonía terrible—, y agitó de un modo formidable con la cola las turbias aguas, en las cuales nadaban aún aquellos desgraciados...

Durante algunos minutos, sólo se vio una tromba líquida esparciendo el agua en todos sentidos.

Un cuarto de hora después, cuando Dick Sand, que seguido de los negros se había precipitado a la canoa, llegó al escenario de la catástrofe, todo ser viviente había desaparecido. Sólo quedaban algunos restos de la ballenera sobre la superficie de las aguas enrojecidas por la sangre...

CAPÍTULO IX

EL CAPITÁN SAND

La primera impresión que experimentaron los pasajeros del Pilgrim ante aquella terrible catástrofe, fue un conjunto de lástima y horror. No pensaban más que en la muerte espantosa del capitán Hull y los cinco marineros que componían la tripulación.

Aquella tremenda escena acababa de desarrollarse casi ante sus ojos, sin que hubieran podido hacer nada por salvar a los desdichados. Ni siquiera habían podido llegar a tiempo para recoger el equipo de la ballenera y a sus desgraciados compañeros, vivos aún, aunque heridos, y para oponer el casco del Pilgrim a los formidables golpes de la yubarta... ¡El capitán Hull y sus hombres habían desaparecido para siempre!

Cuando el bergantín goleta llegó al lugar del siniestro, la señora Weldon cayó de rodillas, con las manos levantadas hacia el cielo.

—¡Oremos! —dijo la piadosa mujer.

A ella se unió el pequeño Jack, que se arrodilló, llorando, al lado de su madre. Dick Sand, Nan, Tom y los demás negros permanecieron de pie, con la cabeza inclinada. Todos repitieron la oración que la señora Weldon dirigió a Dios, encomendando a su infinita bondad a aquellos que acababan de comparecer ante él.

Luego, la señora Weldon, volviéndose hacia sus compañeros, dijo:

—Ahora, amigos míos, pidamos al Cielo fuerza y valor para nosotros.

¡Sí! ¡No podían por menos de implorar la ayuda del que todo lo puede, porque su situación era de las más graves!

El navío que los transportaba no tenía ya capitán que los mandase ni tripulación que lo dirigiese. Se encontraba en medio del océano Pacífico, a unos centenares de millas de la tierra, a merced del viento y de las olas.

¿Qué fatalidad había puesto a aquella ballena al paso del Pilgrim? ¿Qué fatalidad, mayor aún, había impulsado al desdichado capitán Hull tan prudente de ordinario, a arriesgarlo todo por completar su cargamento...? ¡Y qué catástrofe tan espantosa habrían de registrar los anales de la pesca mayor, en la cual no había podido ser salvado ni uno solo de los marineros que tripulaban la ballenera...!

¡Sí! ¡Aquello obedecía a una terrible fatalidad!

¡No había ya un solo marino a bordo del Pilgrim!

¡Sí! ¡Uno solo! Dick Sand, que no era más que un grumete, un joven de quince años...

Capitán, contramaestre, marineros y puede decirse que todo el equipo se resumía a la sazón en él.

A bordo había una pasajera —una madre con su hijo—, cuya presencia hacía la situación más difícil aún.

También había unos cuantos negros que eran buenos, valerosos y serviciales, sin duda, que estaban dispuestos a obedecer al que mandase si bien estaban desprovistos de las nociones más elementales del oficio de marino...

Dick Sand permanecía inmóvil, con los brazos cruzados, contemplando el sitio donde acababa de sumergirse el capitán Hull, su protector, al cual profesaba un cariño filial. Luego, sus ojos recorrían el horizonte, tratando de descubrir alguna embarcación, a la que hubiera podido pedir ayuda y asistencia, a la que, por lo menos, hubiera podido confiar a la señora Weldon...

¡Él no hubiera abandonado por eso el Pilgrim, no, sin haber procurado conducirlo a un puerto! Pero la señora Weldon y su hijito serían puestos en

salvo. Nada habría tenido entonces que temer por aquellos seres, a los cuales se había consagrado en cuerpo y alma.

El océano estaba desierto. Desde la desaparición de la yubarta, nada alteraba su superficie. Todo era cielo y agua alrededor del Pilgrim. El joven grumete sabía muy bien que se encontraba fuera de la ruta seguida por los barcos mercantes, y que los demás balleneros continuaban navegando aún muy alejados, en los lugares de pesca.

Se trataba de afrontar la situación y de ver las cosas tal y como eran, y esto fue lo que hizo Dick Sand, pidiendo a Dios socorro y ayuda desde lo más íntimo de su corazón.

¿Qué resolución debería adoptar?

En aquel momento, apareció Negoro sobre el puente, que lo había abandonado en el momento de la catástrofe. Lo que un ser tan enigmático como aquél había sentido ante tan irreparable desgracia, nadie hubiera podido decirlo. Había contemplado el desastre sin hacer un gesto, sin abandonar su mutismo. Su mirada había recogido con avidez todos los detalles. Y cualquiera que en tal momento hubiera podido pensar en observarle, se hubiera asombrado al ver que no se movía un solo músculo de su rostro impasible. Como si nada hubiera oído, no había respondido al piadoso llamamiento hecho por la señora Weldon para que rezaran todos por la tripulación perdida.

Negoro avanzaba hacia la popa, dirigiéndose al sitio mismo donde Dick permanecía inmóvil. Se detuvo a tres pasos del grumete.

—¿Tiene usted que hablarme? —preguntó Dick Sand.

—Tengo que hablar al capitán Hull, o, en su defecto, al contramaestre Howik —respondió Negoro con frialdad.

—¡Demasiado sabe usted que han perecido ambos! —exclamó el grumete.

—Entonces, ¿quién manda ahora a bordo? —preguntó, con gran insolencia Negoro.

—Yo —respondió, sin vacilar, Dick Sand.

—¡Usted! —dijo Negoro, encogiéndose de hombros—. ¡Un capitán de quince años!

—¡Un capitán de quince años! —afirmó el grumete, echando a andar hacia el cocinero.

Éste retrocedió.

—¡No lo olvide! —intervino, entonces la señora Weldon—. Ya no hay aquí más capitán que... el capitán Sand, y es conveniente que todos se enteren de

que él sabrá hacerse obedecer.

Negoro se inclinó, murmurando con irónica entonación algunas palabras que nadie pudo entender, y volvió a su puesto.

Como se ve, la resolución de Dick estaba adoptada.

Entretanto, el bergantín goleta, bajo la acción de la brisa que comenzaba a soplar, había dejado ya atrás el banco de crustáceos.

Dick Sand examinó el estado del velamen. Luego, sus ojos se abatieron sobre el puente. Entonces le invadió el sentimiento de que una tremenda responsabilidad le incumbiría en lo porvenir, y que era preciso que la aceptase de por fuerza. Se atrevió a contemplar a los supervivientes del Pilgrim, que a la sazón tenían los ojos fijos en él. Y, leyendo en sus miradas que podía contar con ellos, en dos palabras les dijo a su vez que podían contar con él.

Dick Sand había hecho con toda sinceridad su examen de conciencia.

Aunque era capaz de modificar o establecer el velamen, según las circunstancias, empleando los brazos de Tom y de sus compañeros, no poseía en cambio aún todos los conocimientos necesarios para determinar mediante el cálculo el punto donde se encontraba.

¡Con cuatro o cinco años más, Dick Sand habría conocido a fondo el precioso y difícil oficio de marino! Habría sabido servirse del sextante —aquel instrumento que manejaba todos los días el capitán Hull y con el cual averiguaba la altura de los astros—. Había leído en el cronómetro la hora del meridiano de Greenwich, y habría deducido la longitud por el ángulo horario. El sol se había convertido en su consejero de todos los días. La luna y los planetas le habrían dicho: «¡Ahí, en ese punto del océano, está tu navío!». Este firmamento sobre el cual se mueven las estrellas como las manillas de un reloj perfecto, que nadie acelera ni puede retrasar y cuya exactitud es absoluta, este firmamento le había hecho saber las horas y las distancias... Por las observaciones astronómicas, había reconocido —como lo reconocía todos los días su capitán— el sitio que ocupaba el Pilgrim con un error de una milla, y el camino que seguía, así como también el que debía seguir.

Y, sin embargo, sólo por cálculo, es decir, midiendo la distancia recorrida con la corredera levantada a compás y corregida con la deriva, debía comprobar únicamente cuál era su camino.

Sin embargo, no se desalentó.

La señora Weldon se hizo cargo de todo cuanto pasaba por el noble corazón del intrépido y joven grumete.

—Gracias, Dick —le dijo, con una voz que no temblaba—. Ya no existe el capitán Hull. Toda su tripulación ha perecido con él. ¡La suerte del navío está

entre tus manos...! ¡Dick, tú salvarás al navío y a todos los que vamos en él!

—¡Si, señora Weldon —respondió Dick Sand—, sí! ¡Lo intentaré con la ayuda de Dios!

—Tom y sus compañeros son buenas personas en las cuales puedes confiar de un modo absoluto.

—Lo sé; haré de ellos unos marinos, y maniobraremos juntos... Haciendo buen tiempo, todo será fácil. Haciendo mal tiempo... Bueno; haciendo mal tiempo, lucharemos y nos salvaremos también, señora Weldon, usted, su hijito Jack y todos... ¡Sí; presiento que lo conseguiré...!

Y repitió:

—¡Con la ayuda de Dios!

—Dick, ¿puedes saber cuál es ahora la posición del Pilgrim? —preguntó la señora Weldon.

—Es muy fácil —respondió el grumete—. No tengo más que consultar el mapa que hay a bordo, y en el cual fijó un punto el capitán Hull.

—¿Y podrás colocar el navío en buena dirección?

—Sí; podré poner la proa hacia el este, sobre poco más o menos, en dirección al punto del litoral americano, al cual debemos arribar.

—Pero como tú podrás comprender, Dick —insistió la señora Weldon—, esta catástrofe puede y debe modificar nuestros primitivos proyectos... Ya no es cosa de conducir el Pilgrim a Valparaíso. El puerto más próximo de la costa de América es ahora su puerto de destino.

—Desde luego, señora Weldon —respondió el grumete—. Así, pues, nada tema. La costa americana que se prolonga hacia el sur no podemos dejar de alcanzarla...

—¿Dónde está situada? —preguntó la señora Weldon.

—Allá, en aquella dirección —contestó Dick Sand, señalando con el dedo hacia el este, punto que comprobó por medio de la brújula.

—Pues bien, Dick, llegaremos a Valparaíso o a cualquier otro punto del litoral, poco importa a dónde... Lo que hace falta es que arribemos.

—Y lo conseguiremos, señora Weldon, y desembarcará usted en un punto seguro —respondió el joven grumete, con voz firme—. Además, siguiendo la dirección de la costa, no renuncio a la esperanza de encontrar alguno de los barcos que hacen el cabotaje... ¡Ah, señora Weldon! ¡Empieza a soplar el viento del noroeste...! ¡Quiera Dios que continúe así, y entonces haremos el recorrido, y un buen recorrido...! Navegaremos de prisa, y todas las velas

funcionarán, desde la mesana hasta el petifoque...

Dick Sand había hablado con la confianza del marino que aprecia un buen navío bajo sus pies, un navío del cual es dueño, desde todos los puntos de vista. Iba a hacerse cargo de la barra y a llamar a sus compañeros para orientar convenientemente las velas cuando la señora Weldon le recordó que, ante todo, debía conocer la posición del Pilgrim.

Era, en efecto, lo primero que había que hacer. Dick Sand fue a la habitación del capitán para coger el mapa, donde había sido señalado un punto la víspera y pudo indicar a la señora Weldon que el bergantín goleta se encontraba entre los 43° 35' de latitud y los 164° 13' de longitud, pues podía decirse que desde hacía veinticuatro horas no había recorrido distancia alguna.

La señora Weldon se inclinó sobre el mapa. Contemplaba la mancha oscura que figuraba la tierra, a la derecha de aquel vasto océano. Era el litoral de la América del Sur, inmenso dique levantado entre el Pacífico y el Atlántico, desde el cabo de Hornos hasta las costas de Colombia. Al contemplar así aquel mapa, que se extendía ante sus ojos, y que contenía un océano completo, no podía por menos de pensar que sería fácil repatriar a los pasajeros del Pilgrim. Esta es una ilusión que invariablemente se produce en quien no está familiarizado con las escalas a que se ajustan las cartas marinas, y, en consecuencia, a la señora Weldon le parecía que la tierra debía estar a la vista, del mismo modo que lo estaba en aquel trozo de papel.

Y, sin embargo, en medio de aquella página, el Pilgrim, reducido a la escala exacta, hubiera aparecida más pequeño que el más microscópico de los infusorios. Aquel punto matemático, sin dimensiones apreciables, quedaría perdido, como en realidad lo estaba, en la inmensidad del Pacífico.

Dick Sand no había experimentado la misma sensación que la señora Weldon. Sabía que la tierra estaba muy lejos, y que no bastarían muchos centenares de millas para medir aquella distancia. Pero su resolución estaba adoptada: se había convertido en un hombre responsable de sus actos.

Había llegado el momento de obrar. Era preciso aprovechar aquella brisa que soplaba del noroeste. El viento contrario había cedido su puesto al viento favorable, y algunas nubes, esparcidas por el cénit bajo la forma de cirros, indicaban que aquello duraría por lo menos algún tiempo.

Dick Sand llamó a Tom y a sus compañeros.

—Amigos míos —les dijo—, nuestro navío no dispone ya de otra tripulación que no sea de la de ustedes. Yo no puedo maniobrar sin su ayuda. Ustedes no son marineros pero tienen buenos brazos. Pónganlos al servicio del Pilgrim, y podremos dirigirlo. Nuestra salvación depende de que todo marche bien a bordo.

—Señor Dick —respondió Tom—, mis compañeros y yo somos sus marineros. No nos faltará la buena voluntad. Todo lo que los demás hombres puedan hacer, lo haremos nosotros, si usted nos lo manda.

—Bien dicho, Tom —dijo la señora Weldon.

—Sí; bien dicho —repitió Dick Sand—; pero hay que ser prudentes, y no forzaré la tela, a fin de no comprometer nada. Un poco menos de velocidad y más seguridad es lo que nos ordenan las circunstancias. Les indicaré, amigos míos, lo que cada uno habrá de hacer. En cuanto a mí, me encargaré del timón hasta que el cansancio me obligue a abandonarlo. Para reponerme, me bastarán de vez en cuando algunas horas de sueño. Durante estas pocas horas, será preciso que alguno de ustedes me sustituya... Tom, le indicaré a usted cómo se gobierna con la ayuda de la brújula. No es difícil, y, con un poco de atención, aprenderá usted pronto a mantener la proa del navío en buena dirección.

—Cuando usted quiera, señor Dick —respondió el viejo negro.

—Pues bien —continuó el grumete—; quédese a mi lado, junto a la barra, hasta el final de la jornada, y si el cansancio me rinde podrá usted reemplazarme por algunas horas.

—Y yo —dijo el pequeño Jack—, ¿no podría ayudar en algo a mi amigo Dick?

—Sí, hijo mío —contestó la señora Weldon, estrechando a Jack entre sus brazos—; te enseñaremos a gobernar, y estoy segura de que mientras estés en la barra, tendremos viento favorable.

—¡Seguro, seguro, madre; te lo prometo! —exclamó el niño, palmoteando.

—Sí —dijo el joven grumete, sonriendo—; los buenos grumetes saben conservar el viento favorable... ¡Eso es conocido por los viejos marinos!

Luego, dirigiéndose a Tom y a los demás negros, añadió:

—Amigos míos, vamos a izar las velas... Ustedes sólo harán lo que yo les diga.

—A sus órdenes —dijo Tom—; a sus órdenes, capitán Sand.

CAPÍTULO X

LOS CUATRO DÍAS QUE SIGUEN

Dick Sand era, pues, el capitán del Pilgrim, y, sin perder un instante,

adoptó las medidas necesarias, con el fin de poner el navío a toda vela.

Estaba visto que los pasajeros no podían tener más que una esperanza: la de arribar a un puerto cualquiera del litoral americano, aunque aquél no fuese Valparaíso. Lo que Dick Sand pensaba hacer era reconocer la dirección y la velocidad del Pilgrim, con objeto de obtener el término medio. Para ello, bastaba comprobar todos los días en el mapa el camino recorrido, como se ha dicho, valiéndose de la corredera y de la brújula. Precisamente había a bordo una de esas correderas patentadas, con cuadrante de hélice, que registran con toda exactitud la velocidad por un lapso de tiempo determinado. Aquel útil instrumento, de muy fácil empleo, podía prestarles un buen servicio, y los negros eran aptos para manejarlo.

Una sola causa de error subsistiría: la de las corrientes. Para combatirla, se hacía insuficiente el cálculo, y sólo las observaciones astronómicas podían permitir un exacto conocimiento de aquéllas. Pero el joven grumete no podía aún hacer dichas observaciones.

Dick Sand tuvo por un instante la idea de conducir otra vez el Pilgrim a Nueva Zelanda. La travesía hubiera sido más corta, y de seguro hubiera podido realizarse, si el viento, que hasta entonces había sido contrario, no se hubiera tornado favorable. Más valía, pues, dirigirse a América.

El viento, en efecto, había cambiado casi por completo, y, a la sazón, soplaba del noroeste, con tendencia a ceder. Había que aprovecharlo y sacar de él el mayor partido posible.

Dick Sand se dispuso, pues, a poner en marcha el Pilgrim.

En un bergantín goleta, el mástil de mesana lleva cuatro velas cuadradas: la mesana, en la parte más baja del mástil; por encima, la gavia, en el mastelero de la gavia; luego, en los masteleros del juanete, un papagayo y una cacatúa.

El palo mayor, por el contrario, está menos sobrecargado de velamen.

Sólo lleva en la parte baja del mástil una cangreja y, encima, una vela de flecha.

Entre estos dos mástiles, sobre los estays que los sostienen por la proa, se puede establecer además una triple combinación de velas triangulares.

Por último, en la proa, sobre el bauprés y su peñol exterior, se amuran los tres focos.

Los focos, la cangreja, la flecha y las velas de los estays son fácilmente manejables. Pueden ser izadas desde el puente, sin que sea necesario subir a la arboladura, puesto que sólo se fijan a las vergas por medio de tomadores que hay que largar previamente.

Por el contrario, el manejo de las velas del mástil de mesana exige un mayor conocimiento del oficio de marino. Cuando se quiere establecerlas, hay que trepar por los obenques, bien en la gavia de mesana, en las barras del juanete o a la encapilladura de dicho mástil, lo mismo para largarlas o fijarlas que para disminuir su superficie, rizándolas. De aquí la obligación de correr sobre los estribos, que son unas cuerdas movibles, tensas por debajo de las vergas, y de trabajar con una mano, sosteniéndose con la otra, maniobra peligrosa para quien no está acostumbrado a realizarla. Las oscilaciones del vaivén y de la arfada, muy aumentadas por la longitud de la palanca y el batir de las velas a impulsos de una brisa un poco fuerte, arrojan pronto a un hombre por encima de la borda. Esta operación era una operación verdaderamente peligrosa para Tom y sus compañeros.

Por fortuna, el viento soplaba con moderación. La mar no había tenido tiempo aún de agitarse. Los vaivenes y las arfadas se mantenían en unas proporciones muy moderadas.

Cuando Dick Sand, por indicación del capitán Hull se había dirigido al escenario de la catástrofe el Pilgrim no llevaba los foques, la cangreja, la mesana, ni la gavia. Para ponerse en marcha, el grumete no había tenido más que emplear, es decir bracear el faro de mesana. Los negros le habían ayudado con facilidad en esta maniobra.

Se trataba, pues, a la sazón, de orientar bien, y, para completar el velamen, de izar el papagayo, la cacatúa, la flecha y las velas de los estays.

—Amigos míos —dijo el grumete a los cinco negros—, hagan ustedes lo que voy a ordenarles, y todo marchará bien.

Dick Sand se quedó junto a la rueda del timón.

—¡Vaya! —gritó—. ¡Largue con rapidez esa maniobra!

—¿Que la largue? —interrogó Tom, que no entendía aquel modo de expresarse.

—Sí... ¡Deshágala...! Y usted, Bat... lo mismo... ¡Bueno...! ¡Hale usted...! ¡Estire...! ¡Vaya...! ¡Tire de arriba...!

—¿Cómo? —preguntó Bat—. ¿Así...?

—Sí; así. ¡Muy bien...! ¡Hércules...! ¡Vigor...! ¡Un buen golpe allá...!

Recomendar vigor a Hércules, tal vez fuese imprudente. El gigante, sin darse cuenta, descargó un golpe capaz de romperlo todo a un tiempo.

—¡Eh! ¡No tan fuerte, muchacho! —gritó Dick Sand, sonriendo—. ¡Va usted a echar abajo la arboladura!

—¡Si apenas he apretado! —respondió Hércules.

—Pues bien; no haga más que amagar... Verá usted cómo es bastante... ¡Bien...! ¡Afloje...! ¡Sujete...! ¡Así...! ¡Bueno...! ¡A un tiempo...! ¡Hale...! ¡Tire de los brazos...!

Y todo el faro del mástil de mesana, cuyos brazos de babor habían sido aflojados, se volvió con lentitud. El viento hinchando entonces las velas, imprimió alguna velocidad al navío.

Dick Sand mandó entonces aflojar las escotas de los foques. Luego, hizo volver a los negros hacia la popa.

—¡Ya está hecho, amigos míos, y muy bien hecho! Ahora ocupémonos del palo mayor... ¡Pero no vaya usted a romper algo, Hércules!

—¡Tendré cuidado! —respondió el coloso, sin comprometerse a nada concreto.

La segunda maniobra fue más fácil. Largada con suavidad la escota de la botavara, la cangreja recibió el viento con más normalidad y unió su potente acción a la de las velas de proa.

La flecha quedó establecida entonces por encima de la cangreja, y, como sólo estaba cargada, no había más que tirar de la driza, amurar y entablar luego. Pero Hércules tiró tanto, ayudado por su amigo Acteón y por el pequeño Jack que se había unido a ellos, que la driza terminó por romperse.

Los tres cayeron de espaldas, sin hacerse ningún daño, por fortuna. ¡Jack estaba encantado!

—¡No es nada, no es nada! —gritó el grumete—. Unan provisionalmente los dos cabos, e icen con suavidad.

Todo esto fue hecho ante los propios ojos de Dick Sand, sin que éste hubiera abandonado aún la barra. El Pilgrim navegaba ya con rapidez, con la proa dirigida hacia el este, y sólo quedaba mantenerla en aquella dirección. Nada más fácil, puesto que el viento era manejable y no había que temer ninguna desviación en el rumbo.

—¡Bien, amigos míos! —dijo el grumete—. ¡Ustedes serán unos buenos marinos antes de que termine la travesía!

—Haremos lo que podamos, capitán Sand —respondió Tom.

La señora Weldon felicitó también a aquella buena gente.

El pequeño Jack recibió asimismo sus elogios, pues había trabajado de lo lindo.

—Me parece, señor Jack —dijo Hércules, sonriendo—, que ha sido usted el que ha roto la driza. ¡Vaya unos puños que tiene usted! ¡Si no fuera por

usted, no podríamos hacer nada!

Y el pequeño Jack, muy satisfecho de sí, estrechó con fuerza la mano de su amigo Hércules.

La instalación del velamen del Pilgrim no era completa aún. Faltaban las velas altas, cuya acción no es de despreciar cuando se trata de adquirir una velocidad máxima. El bergantín goleta debía ganar con el papagayo, la cacatúa y las velas de los estays, y Dick Sand resolvió establecerlas.

Esta maniobra tenía que ser más difícil que las otras no por las velas de los estays, las cuales podían izarse, amurarse y entablarse desde abajo, sino por las velas cuadradas del palo de mesana. Había que subir hasta las barras para largarlas, y no queriendo Dick Sand exponer a ninguno de los que componían su improvisada tripulación, se aprestó a hacerlo él mismo.

Llamó, por consiguiente, a Tom, y le confió la rueda del timón, diciéndole cómo había que sujetar el barco. Luego, colocados Hércules, Bat, Acteón y Austin, unos en las drizas del papagayo y los otros en las de la cacatúa, se precipitó por la arboladura. Trepas por los flechastes de los obenques de mesana, por los escapos del envés, y por los flechastes de los obenques del mastelero de la gavia para alcanzar a las barras, sólo fue un juego para el joven grumete. Al cabo de un minuto se hallaba sobre el estribo de la verga de los juanetes, y largaba los tomadores que sujetaban la vela.

Luego, volvió a poner los pies en las barras, y trepó por la verga de la cacatúa, cuya vela largó también con rapidez.

Dick Sand había terminado su tarea, y, agarrándose a un obenque de estribor, se dejó deslizar hasta el puente.

Allí, por indicación suya, las dos velas fueron amuradas y entabladas con fuerza y luego las dos vergas izadas a un tiempo. Establecidas después entre el palo mayor y el mástil de mesana las velas de los estays, quedó terminada la operación.

Hércules no había roto nada esta vez.

El Pilgrim ostentaba entonces todas las velas que constituían su aparejo. Dick Sand habría podido, desde luego, unir a aquéllas las bonetas de mesana a babor; pero ello suponía una maniobra difícil, en aquellas circunstancias, y si, en caso de un trastorno atmosférico, hubiera sido preciso quitarlas, no habría podido hacerse con rapidez. Por tal motivo, el grumete se abstuvo de hacerlo.

Tom fue relevado entonces de su puesto junto a la rueda del timón, que recuperó Dick Sand.

Arreciaba la brisa. El Pilgrim, con una ligera inclinación hacia estribor, se deslizaba con rapidez por la superficie del mar, dejando tras sí una estela muy

fina que determinaba la pureza de sus líneas de agua.

—Ya estamos en marcha, señora Weldon —dijo entonces Dick Sand—. ¡Ahora, que Dios nos conserve este viento favorable!

La señora Weldon estrechó la mano del joven grumete. Luego, fatigada por todas las emociones recientes, entró en su camarote, y en una especie de penoso sopor que no podía llamarse sueño.

La nueva tripulación continuó en el puente del bergantín goleta vigilando el castillo de proa y dispuesta a obedecer las órdenes de Dick Sand, es decir, a modificar la orientación de las velas, siguiendo las variaciones del viento, sí bien mientras la brisa conservara aquella fuerza y aquella dirección, no habría que hacer nada en absoluto.

Durante todo este tiempo, ¿qué había sido del primo Benedicto?

El primo Benedicto se dedicaba a estudiar con ayuda de la lupa un articulado que había descubierto, por fin, a bordo un simple ortóptero cuya cabeza desaparecía bajo él protórax; un insecto de élitros planos, abdomen redondo y alas bastante largas que pertenecía a la familia de las cucarachas y a la especie de las cucarachas americanas.

Hurgando en la cocina de Negro había hecho aquel precioso hallazgo, en el momento en que el cocinero iba a aplastar sin piedad al mencionado insecto. Esto produjo en el sabio un arrebato de ira que Negro dejó pasar con indiferencia.

¿Conocía el primo Benedicto el cambio que se había producido a bordo, a partir del momento en que el capitán Hull y sus compañeros habían comenzado la funesta pesca de la yubarta? No podía dudarse que sí. Incluso se hallaba sobre cubierta cuando el Pilgrim llegó al sitio donde habían caído los restos de la ballenera. La tripulación del bergantín goleta había perecido ante sus propios ojos.

Pretender que aquella catástrofe no le había conmovido, sería acusar a su corazón. Había experimentado esa lástima que todo el mundo siente por sus semejantes. Del mismo modo, se había emocionado al considerar la situación en que quedaba su prima, y había acudido a estrechar la mano de la señora Weldon, como para decirle: «¡No tengas cuidado! ¡Estoy aquí! ¡Te quedo yo!».

Luego, el primo Benedicto había vuelto a su camarote, sin duda para reflexionar acerca de las consecuencias de aquel acontecimiento desastroso y de las enérgicas medidas que convenía tomar.

Pero, en el camino, había encontrado la cucaracha en cuestión, y como tenía la pretensión de demostrar a ciertos entomólogos que las cucarachas del

género phoraspés, notables por sus colores, tienen costumbres muy diferentes a las de las cucarachas propiamente dichas, se había puesto a estudiarla, olvidando que había existido un capitán Hull que mandaba el Pilgrim y que el infortunado acababa de perecer con toda su tripulación. ¡La cucaracha le absorbía por entero! No cesaba de admirarla, y prestaba tanta atención a aquel horrible insecto como si se tratase de un escarabajo de oro.

La vida a bordo había reanudado su curso habitual, aunque todos tenían que permanecer aún por mucho tiempo bajo la impresión de tan conmovedora e imprevista catástrofe.

Durante aquella jornada, Dick Sand se multiplicó para que todo estuviese en condiciones y poder así prevenir las menores eventualidades. Los negros le obedecían con sumisión. El orden más perfecto reinaba a bordo del Pilgrim. Podía esperarse, por consiguiente, que todo marcharía a las mil maravillas.

Por su parte, Negro no volvió a hacer ninguna otra tentativa para sustraerse a la autoridad de Dick Sand. Pareció haberle reconocido tácitamente. Atareado, como siempre, en su reducida cocina, ya no volvió a vérselo, como ocurría antes. Por otra parte, Dick Sand había resuelto enviarle a la bodega para que permaneciera allí durante el resto de la travesía, ante la menor infracción, ante el primer síntoma de insubordinación. A una seña suya, Hércules habría sujetado al cocinero por el cuello, lo cual no le habría costado gran trabajo. En tal caso, Nan, que sabía cocinar, habría substituido al cocinero en sus funciones. Podía decirse, pues, que Negro no era indispensable, y, como se le vigilaba de cerca, pareció no querer dar ningún motivo de disgusto contra él.

Como el viento siguió soplando hasta que llegó la noche, no hubo necesidad de efectuar ningún cambio en el velamen del Pilgrim. Su sólida arboladura y su aparejo de hierro, que se hallaba en perfecto estado, le habrían permitido, incluso, soportar una brisa más fuerte.

Durante la noche, se acostumbra con frecuencia disminuir el velamen, y, en particular, a plegar las velas altas, la flecha, el papagayo, la cacatúa, etc. Esto es prudente, para el caso en que se reciba a bordo una ráfaga instantánea. Pero Dick Sand creyó poder prescindir de tomar esa precaución. El estado de la atmósfera no dejaba presagiar ningún contratiempo, y además, como el joven grumete pensaba pasarse toda aquella primera noche sobre el puente, procuraría prestar atención a todo. Así, sería también más rápida la marcha, y no tardaría tanto en llegar a otros parajes menos desiertos.

Ya se ha dicho que la corredera y la brújula eran los únicos instrumentos de que Dick Sand podía valerse para apreciar de un modo aproximado el camino recorrido por el Pilgrim.

Durante toda aquella jornada, el grumete hizo funcionar la corredera cada media hora, y anotó las indicaciones suministradas por el instrumento.

En cuanto a la brújula, que recibe también el nombre de compás, había dos a bordo. Una estaba colocada en la bitácora, a la vista del hombre encargado de la barra. Su esfera, iluminada durante el día por la luz del sol y durante la noche por dos lámparas laterales, señalaba en todo momento la situación de la proa del navío, esto es, la dirección que éste seguía.

El otro compás era una brújula invertida que estaba fija a los barrotes del camarote que ocupaba en otro tiempo el capitán Hull. De este modo, sin salir del camarote, podía comprobar siempre si la ruta que seguía el barco era la ordenada por él, y si el hombre encargado de la barra, por inhabilidad o negligencia, dejaba que la embarcación se tambaleara.

Además, no es un buen navío que pueda emplearse en prolongados viajes el que no posee por lo menos dos brújulas, de la misma manera que deben poseerse dos cronómetros. Es preciso que puedan compararse estos dos instrumentos entre sí, y en consecuencia, comprobar sus indicaciones.

A este respecto, el Pilgrim estaba suficientemente provisto, y Dick Sand recomendó a su gente que trataran con el mayor cuidado los dos compases que tan necesarios le eran.

Por desgracia, durante la noche del 12 al 13 de febrero, mientras el grumete estaba de guardia y atendía a la rueda del timón, se produjo un lamentable incidente. La brújula invertida, que estaba fija por medio de una virola de cobre al barrotín del camarote, se desprendió y cayó sobre el pavimento. Nadie se dio cuenta de ello hasta el día siguiente.

¿Cómo podía haberse inutilizado aquella virola? Aquello era bastante inexplicable. Era posible, sin embargo que estuviese oxidada, y que, a impulsos de la arfada o del vaivén, se hubiera desprendido del barrotín, pues precisamente el mar había estado más agitado durante la noche. Fuera como fuese, la brújula se había roto de manera que no podía ser reparada.

Dick Sand se contrarió mucho. Estaba obligado, para lo sucesivo, a concretarse sólo al compás de la bitácora. Desde luego, nadie era responsable de la rotura de la segunda brújula, aunque aquello podía tener enojosas consecuencias. El grumete tomó, pues, toda clase de medidas para que el compás restante quedase resguardado de todo incidente.

Hasta entonces, salvo lo que queda relatado, todo marchó bien a bordo del Pilgrim.

La señora Weldon, al ver la calma de Dick Sand, había adquirido confianza, lo cual no quiere decir que se hubiese abandonado nunca a la

desesperación. Ante todo, confiaba en la bondad de Dios. Así, pues, sincera y piadosa católica, se reconfortaba con la oración.

Dick Sand se las había arreglado de manera que permanecía junto a la barra durante la noche. Dormía cinco o seis horas por el día, y esto parecía bastarle, ya que no sentía demasiado cansancio. Durante este tiempo, Tom o su hijo Bat le sustituían en la rueda del timón, y, gracias a los consejos de Dick, se iban haciendo poco a poco unos timoneles pasaderos.

Con frecuencia, conversaban la señora Weldon y el grumete. Dick Sand aceptaba de buen grado los consejos de aquella mujer inteligente y valerosa. Todos los días le mostraba sobre el mapa el camino recorrido, que deducía por cálculo, teniendo sólo en cuenta la dirección y la velocidad del navío.

—Vea usted, señora Weldon —le decía a menudo—, con estos magníficos vientos no tardaremos en alcanzar el litoral de la América meridional. Supongo, y hasta me atrevería a afirmarlo, que nuestro barco no arribará muy lejos de Valparaíso.

La señora Weldon no podía dudar de que era buena la dirección de la nave, sobre todo porque era favorecida por aquellos vientos del noroeste; pero ¡cuán alejado le parecía que estaba aún el Pilgrim del litoral americano! ¡Cuántos peligros veía inminentes en tan larga travesía, sin contar los que podían derivarse de un cambio en el estado del mar y del cielo...!

Jack, indiferente, como son todos los niños de su edad, había reanudado sus juegos habituales, corriendo sobre cubierta y distrayéndose con Dingo. Se quejaba de que su amigo Dick se ocupaba de él menos que en otro tiempo; pero su madre le hizo comprender que era preciso dejar que el joven grumete se dedicase por entero a sus ocupaciones. El pequeño Jack atendió aquellas razones, y no volvió a molestar al «capitán Sand».

Así transcurría el tiempo a bordo. Los negros realizaban bien su tarea, y cada día se hacían más prácticos en el oficio de marino. Como era natural, Tom fue nombrado el jefe de la tripulación, y, de no ser así, sus compañeros lo habrían elegido para que ejerciese aquellas funciones. Él dirigía la guardia mientras descansaba el grumete, y retenía a su lado a su hijo Bat y a Austin. Acteón y Hércules constituían la otra guardia bajo la dirección de Dick Sand. De este modo, mientras uno gobernaba, los otros vigilaban a proa.

Aunque aquellos parajes estaban desiertos y no era de temer en realidad un abordaje, el grumete exigía una vigilancia rigurosa durante la noche. Nunca navegaba sin llevar encendidas las luces de posición —una luz verde a estribor y otra roja a babor—, y en esto hacía bien.

Durante las noches que Dick pasaba enteras junto a la barra, sentía a veces que un irresistible cansancio se apoderaba de él. Su mano gobernaba entonces

por puro instinto. Aquello era efecto de una fatiga que no reparaba.

Esto ocurrió durante la noche del 13 al 14 de febrero, en que Dick Sand, muy fatigado, hubo de proporcionarse algunas horas de reposo, y fue reemplazado en la barra por el viejo Tom.

El cielo aparecía cubierto de espesas nubes que se habían disgregado al anochecer, bajo la influencia del aire frío. Estaba, pues, muy oscuro, y hubiera sido imposible distinguir las velas altas, perdidas en las tinieblas. Hércules y Acteón estaban de guardia en el castillo de proa.

A popa, la luz de la bitácora sólo dejaba llegar un vago resplandor que hacía brillar tenuemente la guarnición metálica de la rueda del timón. Los faroles, proyectando sus luces laterales, dejaban el puente del navío en una oscuridad profunda.

A las tres de la mañana, aproximadamente, se produjo una especie de fenómeno de hipnotismo del que ni siquiera tuvo conciencia el viejo Tom. Sus ojos, que habían estado fijos demasiado tiempo en un punto luminoso de la bitácora, perdieron de súbito el sentido de la visión, y él en una verdadera somnolencia anestésica.

No sólo no veía, sino que aunque le hubieran golpeado con fuerza, probablemente no habría sentido nada.

No vio, por tanto, que una sombra se deslizaba por el puente.

Era Negro.

Cuando llegó a proa, el cocinero colocó debajo de la bitácora un objeto bastante pesado que llevaba en la mano.

Luego, después de haber observado por un instante la esfera luminosa de la brújula, se retiró, sin haber sido descubierto.

Si, al día siguiente, Dick Sand hubiera visto el objeto colocado por Negro debajo de la bitácora, se habría apresurado a apartarlo.

Era un trozo de hierro cuya influencia alteraba las indicaciones del compás. La aguja de marear había sido desviada, y en lugar de señalar el norte magnético, señalaba el nordeste. Se producía, pues, una desviación de un cuarto de cuadrante, o, dicho de otro modo de medio ángulo recto.

Tom volvió al poco tiempo de su sopor. Sus ojos se dirigieron hacia el compás... Creyó, hubo de creer que el Pilgrim no se hallaba en buena dirección...

Por consiguiente, movió la barra, con el fin de colocar la proa del navío hacia el este... Esto era, al menos, lo que creía.

Y, dada la desviación de la aguja, que él no podía suponer, la proa, desviada de un cuarto de cuadrante, se dirigió hacia el sudoeste...

Así, mientras se suponía que bajo la acción de un viento favorable el Pilgrim seguía la dirección deseada, sufría en su orientación un error de cuarenta y cinco grados...

CAPÍTULO XI

TEMPESTAD

Durante la semana que siguió a este acontecimiento, del 14 al 21 de febrero, ningún incidente se produjo a bordo. El viento del noroeste aumentaba poco a poco, y el Pilgrim se deslizaba con rapidez, a razón de ciento sesenta millas cada veinticuatro horas, como término medio. Ésta era la velocidad máxima que podía esperarse de un barco de aquellas dimensiones.

Según opinaba Dick Sand, el bergantín goleta debía estar próximo a los parajes más frecuentados por los correos que hacen el viaje de un hemisferio al otro. El grumete continuaba acariciando la esperanza de encontrar uno de estos barcos, y tenía la formal intención de transbordarle sus pasajeros o de pedirles prestados algunos marineros de refuerzo e incluso un oficial; pero, a pesar de que la vigilancia era muy activa, no se había visto ningún navío, y la mar continuaba completamente desierta.

Esto no dejaba de extrañarle un poco a Dick Sand. Había atravesado varias veces aquella parte del Pacífico durante sus tres campañas de pesca en los mares australes. Por consiguiente, dada la longitud y latitud en que debía encontrarse, según sus cálculos, era raro que no se viese ninguna embarcación inglesa o americana, bien subiendo en dirección del cabo de Hornos al Ecuador, o bien descendiendo hacia el punto extremo de la América del Sur.

Y lo que Dick Sand ignoraba, lo que ni siquiera podía reconocer, era que el Pilgrim se hallaba ya a más alta latitud, esto es, más próximo al sur de lo que él suponía.

Esto obedecía a dos razones.

La primera, a que las corrientes de aquellos parajes, cuya velocidad sólo podía calcular de un modo imperfecto el grumete, habían contribuido, sin que le fuese posible darse cuenta de ello, a llevar al navío fuera de su ruta.

La segunda era que la brújula, inutilizada por la mano culpable de Negoro, sólo acusaba ya arrufaduras inexactas, arrufaduras que, a partir de la pérdida del segundo compás, Dick Sand no podía comprobar; de suerte que,

suponiéndose, como debía suponerse, que se caminaba hacia el este, en realidad se caminaba hacia el sudeste.

La brújula seguía siendo observada por el grumete. La corredera funcionaba con regularidad. Los dos instrumentos permitían, en cierto modo, dirigir el Pilgrim y calcular el número de millas recorridas. Pero, ¿era esto suficiente?

El grumete tranquilizaba de continuo a la señora Weldon, a quien los incidentes de aquella travesía llegaban a inquietar a veces.

—¡Ya llegaremos, ya llegaremos! —Repetía el joven—. Arribaremos a la costa americana, estoy seguro, bien a un punto o a otro, pero no podemos dejar de arribar.

—No lo dudo, Dick.

—Yo estaría más tranquilo, señora Weldon, si usted no se hallase a bordo, si sólo tuviésemos que responder de nosotros; pero...

—Si yo no estuviese a bordo —respondió la señora Weldon—; si el primo Benedicto, Jack, Nan y yo no hubiésemos tomado pasaje en el Pilgrim; y si, por otra parte, Tom y sus compañeros no hubiesen sido encontrados en el mar, ahora no habría aquí más que dos hombres, Dick: tú, y Negro... ¿Qué habría sido de ti, solo con ese mal hombre, en el cual no puedes tener confianza...? Sí, hijo mío; ¿qué habría sido de ti...?

—Hubiera comenzado —respondió Dick Sand con resolución— por conseguir que Negro no hubiera podido perjudicarme.

—¿Y habrías maniobrado tú solo?

—Sí... Solo... ¡Con la ayuda de Dios!

La firmeza con que fueron pronunciadas estas palabras debía alentar la esperanza de la señora Weldon. Y, sin embargo, preocupándose de su hijito Jack, muchas veces se sentía inquieta. Aunque la mujer no quería dejar de ver nada de lo que experimentaba la madre, no siempre impedía que una secreta angustia le oprimiese el corazón.

Si el joven grumete no estaba lo bastante adelantado en sus estudios hidrográficos para no equivocarse, poseía un verdadero olfato de marino, cuando se trataba de «barruntar el tiempo». El aspecto del cielo, por una parte, y las indicaciones del barómetro, por otra, le permitían ponerse en guardia. El capitán Hull, buen meteorólogo, le había enseñado a consultar el citado instrumento, cuyos pronósticos presentaban una notable seguridad.

He aquí, en pocas palabras, lo que contienen las noticias relativas a la observación del barómetro:

1.º Cuando, después de una prolongada duración del buen tiempo, el barómetro comienza a bajar de una manera brusca y continua, sobrevendrá la lluvia, de seguro; pero si el buen tiempo ha tenido una larga duración, el mercurio puede bajar durante dos o tres días en el tubo barométrico, antes de que llegue a advertirse un cambio en el estado de la atmósfera. Entonces cuanto más tiempo transcurra entre la caída del mercurio y la efectividad de la lluvia, más prolongada será la duración del tiempo lluvioso.

2.º Si, por el contrario, durante una temporada de lluvia que ha tenido ya una larga duración, el barómetro comienza a subir con lentitud y regularidad, de seguro, llegará el buen tiempo, y durará tanto más cuanto más largo sea el intervalo que transcurra entre su llegada y el comienzo de la subida del barómetro.

3.º En los dos casos que preceden, si el cambio de tiempo sigue inmediatamente al movimiento de la columna barométrica, el referido cambio durará muy poco.

4.º Si el barómetro sube con lentitud y de una manera continua durante dos o tres días o más, anuncia buen tiempo, aun cuando la lluvia no cese durante esos tres días, y viceversa; pero si el barómetro sube durante dos días o más, estando lloviendo, una vez que el buen tiempo ha llegado, cuando comienza a bajar, el buen tiempo durará poco, y viceversa.

5.º En primavera y en otoño, un brusco descenso del barómetro presagia viento. En verano, si la temperatura es muy elevada, anuncia tormenta. En invierno, después de una helada de alguna duración, un rápido descenso de la columna barométrica anuncia un cambio de viento, acompañado de deshielo y de lluvia; y una elevación que sobreviene durante una helada que se ha prolongado por algún tiempo, pronostica nieve.

6.º Las oscilaciones rápidas del barómetro no deben ser interpretadas nunca como presagios de un tiempo seco o lluvioso de cierta duración. Estas indicaciones se obtienen exclusivamente mediante la subida o el descenso que se produce de una manera lenta y continua.

7.º Hacia fines de otoño, si, después de un tiempo lluvioso y ventoso prolongado, el barómetro llega a subir, esta subida anuncia el paso del viento hacia el norte y la proximidad de la helada.

Tales son las consecuencias generales que se deducen de las indicaciones de tan precioso instrumento.

Todo ello lo sabía muy bien Dick Sand. Lo había comprobado por sí mismo en diversas circunstancias de su vida de marino, y su experiencia le permitía prevenirse contra toda eventualidad.

Hacia el 20 de febrero, las oscilaciones de la columna barométrica comenzaron a preocupar al joven grumete, que las comprobaba varias veces al día con gran cuidado. El barómetro comenzó a bajar de una manera lenta y continua, lo cual presagiaba lluvia; pero como la lluvia debía tardar en caer, Dick Sand comprendió que el mal tiempo duraría. Esto era lo que debía ocurrir.

Pero a la lluvia la sustituía el viento, y, en efecto, la brisa soplaba entonces bastante, corriendo el aire con una velocidad de sesenta pies por segundo, o sea de treinta y una millas por hora.

Dick Sand hubo de adoptar entonces algunas precauciones para no comprometer la arboladura y el velamen del Pilgrim.

Había hecho ya plegar la cacatúa, la flecha y el petifoque, y determinó hacer lo mismo con el papagayo, después de haber cogido dos rizos a la gavia.

Esta última operación tenía que ofrecer algunas dificultades para una tripulación poco experimentada aún. No había que vacilar, sin embargo, y nadie vaciló.

Dick Sand, acompañado de Bat y de Austin, subió al aparejo del mástil de trinquete y consiguió no sin dificultad, plegar el papagayo. Si el tiempo hubiera sido menos amenazador, habría dejado las dos vergas sobre el mástil, mas previendo que probablemente se vería obligado a arriar aquel mástil, desaparejó las dos vergas y las dejó sobre el puente. Como se comprenderá, cuando el viento se hace demasiado fuerte, no sólo hay que disminuir el velamen, sino también la arboladura. Esto constituye un gran consuelo para el navío, el cual, menos pesado en la parte alta, no sufre tantos vaivenes y arfadas.

Realizado este primer trabajo, que duró dos horas, Dick Sand y sus compañeros se ocuparon de reducir la superficie de la gavia, recogéndole dos rizos. El Pilgrim no llevaba, como la mayor parte de los barcos modernos, una gavia doble, lo cual facilita la maniobra. Hubo que operar, por tanto, como otras veces, es decir, corriendo sobre los estribos, recogiendo una vela azotada por el viento y amarrándola fuertemente con sus grateles. Esto fue difícil, entretenido y peligroso; pero disminuida, por fin, la gavia, tomó menos viento, y el bergantín goleta quedó notablemente aliviado.

Dick Sand descendió con Bat y Austin. El Pilgrim se encontró entonces en las condiciones de navegación exigidas por el estado de la atmósfera, al que se dio el calificativo de viento frescachón.

Durante los tres días que siguieron (20, 21 y 22 de febrero), la fuerza y la dirección del aire se modificaron sensiblemente. Sin embargo, el mercurio continuaba bajando en el tubo barométrico, y, durante el último día citado el

grumete observó que se estacionaba de continuo por debajo de las veintiocho pulgadas y siete décimas.

Nada indicaba, por otra parte, que el barómetro volviera a subir antes de algún tiempo. El aspecto del cielo era malo y en extremo ventoso. Además, las densas brumas le cubrían de un modo constante. Su espesor era tan grande, que no se distinguía el sol, y era difícil precisar el punto por donde se ponía o por donde salía.

Dick Sand empezó a inquietarse. No abandonaba nunca el puente. Apenas dormía. No obstante, su energía moral le permitía retener su angustia en lo más profundo de su corazón.

Al día siguiente —el 23 de febrero—, la brisa pareció ceder un poco por la mañana; pero Dick Sand no se fio de aquello, e hizo bien, pues, por la tarde, el viento arreció y el mar se puso más agitado.

A eso de las cuatro, Negro, que se dejaba ver muy de tarde en tarde, abandonó la cocina y subió al castillo de proa, Dingo dormía, sin duda, en cualquier rincón, pues no ladró, como de ordinario.

Negro, silencioso siempre, permaneció durante una media hora observando el horizonte.

Grandes olas se sucedían, sin entrechocarse aún. Sin embargo, eran más elevadas de lo que el viento podía soportar. Podía asegurarse que el tiempo era muy malo hacia el oeste, a una distancia quizá bastante próxima, y que no tardaría en llegar a aquellos parajes.

Negro contempló aquella vasta extensión de mar que se agitaba alrededor del Pilgrim. Luego sus ojos siempre fríos y secos, se dirigieron hacia el cielo.

El aspecto del cielo era inquietante. Los vapores se desplazaban con velocidades muy diferentes. Las nubes de la zona superior corrían con más rapidez que las de las capas bajas de la atmósfera. Había, pues, que prever el caso, bastante próximo, de que descendieran las masas y pudieran degenerar en tempestad, quizá en huracán, aunque sólo soplaba una brisa de la llamada viento frescachón, es decir, con una velocidad a razón de cuarenta y tres millas por hora.

Bien porque Negro no era hombre que se asustara, o bien porque desconociese el sentido de las amenazas del tiempo, no pareció estar impresionado. Sin embargo, una malévola sonrisa asomó a sus labios. Hubiérase dicho que aquel estado de cosas le agradaba, más bien que disgustarle. Por un instante, subió sobre el bauprés y se deslizó hasta las trincas, con el fin de ampliar el alcance de su mirada como si buscara algún indicio en el horizonte. Luego, bajó, y, con tranquilidad, sin haber pronunciado

una sola palabra, sin haber hecho un gesto, volvió a ocupar su puesto.

Sin embargo, en medio de aquellas terribles circunstancias, existía otra forma, que debía tenerse en cuenta por todos a bordo, y era la de que, aquel viento, por muy violento que pudiera ser, resultaba favorable, pues el Pilgrim parecía acercarse con rapidez a la costa americana. Si no estallaba la tempestad, la navegación continuaría realizándose sin ofrecer gran peligro, y éste no surgiría en verdad sino en el caso de que se arribase a un punto del litoral mal determinado.

Esto era lo que se preguntaba a la sazón Dick Sand. Una vez que se acercaran a la tierra, ¿cómo maniobraría, si no encontraba un piloto o un práctico de la costa? En el caso en que el mal tiempo le obligase a buscar un puerto de refugio ¿qué haría, puesto que el litoral le era desconocido en absoluto? Desde luego que aún no tenía que preocuparse de semejante eventualidad. Sin embargo, llegada la hora, habría que adoptar una determinación. Pues bien; Dick Sand la adoptaría.

Durante los trece días que transcurrieron del 24 de febrero al 9 de marzo, el estado de la atmósfera no se modificó de una manera sensible. El cielo continuaba cargado de pesadas brumas. Durante algunas horas, el viento disminuía, y luego empezaba a soplar con la misma fuerza. El barómetro volvió a subir dos o tres veces; pero su oscilación, que comprendía una docena de líneas, era demasiado brusca para anunciar un cambio de tiempo y la vuelta a los vientos más manejables. Además, la columna barométrica volvía a bajar casi en seguida, y nada podía hacer esperar el final de aquel mal tiempo en un plazo cercano.

También estallaron grandes tormentas que inquietaron muy seriamente a Dick Sand. Dos o tres veces hirió el rayo a las olas, sólo a algunos cables del navío. Luego, la lluvia a torrentes, y se formaron torbellinos medio condensados que rodearon al Pilgrim de una espesa niebla.

Durante horas enteras, el hombre que estaba de centinela no veía nada, y se caminaba, por tanto, a la aventura.

Aunque el barco, no obstante ir apoyado con gran fuerza sobre las olas, era horrorosamente sacudido por fortuna, la señora Weldon soportaba el vaivén y la arfada sin sentirse muy molesta. Su hijito, en cambio, padecía mucho, y hubo que prodigarle toda clase de cuidados.

En cuanto al primo Benedicto, no se hallaba más enfermo que las cucarachas americanas, con las cuales se reunía y pasaba el tiempo estudiando, como si estuviese instalado con toda comodidad en su despacho de San Francisco.

Por fortuna, también Tom y sus compañeros se encontraron poco sensibles

al mareo, y pudieron continuar yendo en ayuda del joven grumete, acostumbrado éste en absoluto a todos los movimientos desordenados del barco que navega con mal tiempo.

El Pilgrim corría con rapidez bajo aquel reducido velamen, y Dick Sand preveía ya que habría que reducirlo más aún, si bien deseaba mantenerlo lo más posible, siempre que no ofreciese ningún peligro. Según sus cálculos, la costa no debía estar muy lejos. Por consiguiente, se vigilaba con cuidado. Sin embargo, el grumete no podía fiarse mucho de la vista de sus compañeros para descubrir los primeros indicios de tierra. Por muy buena vista que se tenga, en efecto, el que no está acostumbrado a interrogar a los horizontes del mar, resulta inhábil para determinar los primeros contornos de una costa, sobre todo a través de la bruma. Así, pues, Dick Sand tenía que vigilar por sí mismo, y con frecuencia, se subía hasta las barras para ver mejor. Pero no aparecía aún el litoral.

Esto le extrañaba, y por algunas palabras que se le escaparon, la señora Weldon se dio cuenta de aquella extrañeza.

Era el 9 de marzo. El grumete estaba en la proa, observando unas veces el mar y otras el cielo, y también contemplando la arboladura del Pilgrim que comenzaba a padecer a impulsos del viento.

—¿No ves todavía nada, Dick? —preguntó la señora Weldon, en el momento en que el grumete acababa de abandonar el antejojo.

—Nada, señora Weldon, nada —respondió Dick Sand—; y, sin embargo, el horizonte va a despejarse un poco, según parece, gracias al viento fuerte que continuará soplando...

—Y según tus cálculos, Dick, la costa americana no debe estar ya muy lejos...

—No puede estarlo, señora Weldon, y si algo me extraña, es no haberla visto ya...

—No obstante —insistió la señora Weldon—, el navío sigue avanzando a buena velocidad...

—Desde que se formalizó el viento del noroeste —añadió Dick Sand—, es decir, desde el día en que perdimos a nuestros desdichados capitán y su tripulación... Era el 10 de febrero... Estamos a 9 de marzo... ¡Hace ya veintisiete días...!

—Y, en aquella época, ¿a qué distancia de la costa nos encontrábamos? —preguntó la señora Weldon.

—A unas cuatro mil quinientas millas, señora Weldon... Ésa es una cifra que puedo garantizar con un error máximo de veinte millas...

—¿Y cuál ha sido la velocidad del navío?

—Como término medio, ciento ochenta millas al día, desde que se formalizó el viento —respondió el grumete—. Por eso me sorprende que no hayamos visto tierra... Y lo más extraordinario aún, es que ni siquiera encontremos uno de esos barcos que de ordinario frecuentan estos parajes...

—¿No te habrás equivocado, Dick —insistió la señora Weldon—, al calcular la velocidad del Pilgrim?

—No, señora Weldon. En eso, no puedo equivocarme. La corredera ha funcionado cada media hora, y he obtenido sus indicaciones con toda exactitud... Mire, voy a hacerla funcionar de nuevo, para que vea usted que en este momento navegamos a razón de diez millas por hora, o sea a más de doscientas millas al día...

Dick Sand llamó a Tom y le dio orden de que hiciese funcionar la corredera, operación a la que el viejo negro se hallaba muy acostumbrado a la sazón.

La corredera, amarrada con fuerza al extremo de una sondaleza, fue arrojada al agua.

Apenas se habían desenrollado veinticinco brazas, cuando de pronto cedió la sondaleza entre las manos de Tom.

—¡Ah, señor Dick! —exclamó éste.

—¿Qué pasa, Tom?

—La sondaleza se ha roto.

—¡Se ha roto! —exclamó Dick Sand—. ¿Y se ha perdido la corredera?

El viejo Tom enseñó el extremo de la sondaleza, que había quedado entre sus manos.

Era verdad. No era que se hubiese soltado el amarre. La sondaleza se había roto por en medio. Y, sin embargo, aquella sondaleza estaba hecha con jarcia de inmejorable calidad. Los cordones debían de estar muy usados en el punto de la rotura... Lo estaban, en efecto, y esto fue lo que pudo comprobar Dick Sand, cuando tuvo el trozo de sondaleza entre sus manos... Pero ¿estarían desgastados por efecto del uso...? Esto fue lo que se preguntó el grumete, que se había tornado desconfiado.

Fuera por lo que fuese estaba ya perdida la corredera y Dick Sand no disponía de ningún medio para averiguar con exactitud la velocidad de su navío. Por todo instrumento, sólo poseía una brújula, sin que supiera que sus indicaciones estaban equivocadas...

La señora Weldon lo vio tan contrariado a causa de aquel incidente, que no quiso insistir, y, muy apesadumbrada, se retiró a su camarote.

Pero si la velocidad del Pilgrim, y, por consiguiente, el camino recorrido no podían ser ya determinados, fue fácil comprobar que la estela del navío no disminuía.

Al día siguiente —10 de marzo— el barómetro descendió a veintiocho pulgadas y dos décimas.

Esto constituía el anuncio de que soplaría un viento a razón de sesenta millas por hora.

Se hizo urgente modificar una vez más el estado del velamen, para no comprometer la seguridad de la embarcación.

Dick Sand determinó arriar el mastelero de juanete y el mastelero de la flecha y plegar las velas bajas, con el fin de no navegar ya más que con el petifoque y la gavia rizada.

Llamó a Tom y a sus compañeros, para que le ayudaran en aquella difícil operación, que, por desgracia, no podía ejecutarse con rapidez.

El tiempo apremiaba, sin embargo, pues la tempestad se desencadenaba ya con violencia.

Dick Sand, Austin, Acteón y Bat subieron a la arboladura, mientras Tom permanecía junto al timón y Hércules sobre el puente para aflojar las drizas tan pronto como se le ordenase.

Después de innumerables esfuerzos, el mastelero de la flecha y el mastelero de juanete fueron arriados, no sin que aquella buena gente se hubiera expuesto cien veces a caer al mar, pues los vaivenes sacudían con fuerza la arboladura. Luego, disminuida la garra y plegada la mesana, el bergantín goleta quedó solo con el petifoque y la gavia rizada.

Aunque el velamen estaba entonces reducido en extremo, el Pilgrim no dejó por eso de navegar con una velocidad excesiva.

El día 12 el tiempo tomó peor aspecto. Desde el amanecer, Dick Sand no vio sin espanto cómo había descendido el barómetro a veintisiete pulgadas y nueve décimas.

Se declaraba una verdadera tempestad, hasta el extremo de que el Pilgrim no podía seguir con las pocas lonas que le quedaban.

Viendo que la gavia iba a ser desgarrada, Dick Sand dio orden de plegarla.

Pero fue en vano. Una ráfaga más violenta se abatió en aquel momento sobre el navío y le arrancó la vela. Austin, que se hallaba sobre la verga de la

gavia, recibió un golpe contra la escota de babor. Herido, aunque levemente, pudo descender sobre el puente.

Dick Sand, inquieto en extremo, sólo temía una cosa: que el navío, empujado con tanta furia, fuera a estrellarse de un momento a otro, pues, según sus cálculos, los escollos del litoral no podían estar lejos. Volvió de nuevo hacia la proa, pero no vio nada que presentase el aspecto de la tierra, y volvió entonces junto al timón.

Un instante después, Negro subió al puente. Allí, de pronto, como a pesar suyo, extendió el brazo hacia un punto del horizonte. Hubiérase dicho que distinguía la tierra a través de la bruma.

Una vez más sonrió malévolamente, y, sin decir qué era lo que había podido ver, volvió a su puesto.

CAPÍTULO XII

EN EL HORIZONTE

La tempestad tomó entonces un aspecto más terrible, que es el del huracán. Sopló el viento del sudoeste. El aire corría con una velocidad de noventa millas por hora.

Se trataba de un huracán, en efecto; de uno de esos golpes de viento terribles que arrojan hacia la costa a los navíos, y a los cuales ni siquiera pueden resistir en la tierra las construcciones más sólidas. Tal fue el que, el 25 de julio de 1825, devastó Guadalupe. Con decir que los pesados cañones de veinticuatro son arrancados de sus cureñas, ya podrá suponerse lo que puede ocurrirle a un barco que no tiene más punto de apoyo que el de la mar movediza... Y, sin embargo, sólo a esta movilidad puede deber su salvación... Cede a los impulsos del viento, y, si está construido con solidez, se encuentra en condiciones de soportar los embates más violentos del mar. En este caso se hallaba el Pilgrim.

Transcurridos algunos minutos desde que la gavia había sido hecha pedazos, fue arrebatado el petifoque. Dick Sand hubo de renunciar entonces, incluso a establecer un contrafoque, velita de lienzo fuerte que habría hecho más gobernable el navío.

El Pilgrim navegaba, pues, sin lona alguna; mas el viento había hecho presa en su casco, en su arboladura y en su aparejo, y esto era ya suficiente para que adquiriese una excesiva rapidez. Algunas veces, parecía incluso emerger de las olas, y era de suponer que apenas las rozaba.

En semejantes condiciones, el vaivén del navío, zarandeado por las enormes ondas que levantaba la tempestad, era espantoso. Era de temer que se recibiese una monstruosa oleada por la popa. Las montañas de agua corrían con mayor velocidad que el bergantín goleta y amenazaban envolver a éste por la popa, si no se elevaba con suficiente rapidez. Esto constituye un extremo peligroso para todo navío que huye ante la tempestad.

Y ¿qué podía hacerse para prevenir aquella eventualidad? No podía imprimirse al Pilgrim una velocidad más considerable, pues se habría quedado sin el menor trozo de lona. Había que procurar, por consiguiente, dominarlo, en cuanto fuera posible, por medio del timón, cuya acción era impotente muchas veces.

Dick Sand no abandonaba la barra. Se había amarrado por la mitad del cuerpo, con el fin de no ser derribado por el oleaje. Tom y Bat, atados también, se hallaban dispuestos a acudir en su ayuda. Hércules y Acteón, sujetos a las bitas, exploraban el horizonte.

En cuanto a la señora Weldon, el pequeño Jack, el primo Benedicto y Nan, permanecían en los camarotes de popa por orden del grumete. La señora Weldon hubiera preferido permanecer sobre cubierta, pero Dick Sand se había opuesto a ello terminantemente, toda vez que hubiera sido exponerse sin necesidad.

Todas las escotillas habían sido cerradas herméticamente. Podía esperarse que opondrían la suficiente resistencia, en el caso de que entrase a bordo una ola formidable. Si por desdicha cedían bajo el peso de semejantes avalanchas, el navío podía llenarse de agua y hundirse. Por fortuna, el arrumaje había sido hecho a conciencia, y, de aquella suerte, a pesar de la gran inclinación que llevaba el bergantín goleta, no se desparramaba el cargamento.

Dick Sand había reducido más aún el número de horas que dedicaba al sueño, por lo que la señora Weldon llegó a creer que caería enfermo. Logró que el grumete consintiese en proporcionarse algún descanso.

Mientras Dick estaba acostado, durante la noche del 13 al 14 de marzo, se produjo un nuevo incidente.

Tom y Bat se hallaban a popa, cuando Negoro, que muy de tarde en tarde acudía a aquella parte del puente, se acercó a ellos y pareció querer trabar conversación, si bien Tom y su hijo no le contestaron.

De pronto, Negoro cayó, a impulsos de un violento vaivén y de fijo habría ido a parar al mar, si no se hubiera agarrado a la bitácora.

Tom profirió un grito, temiendo que se hubiera roto la brújula.

Dick Sand, en un instante de insomnio, percibió aquel grito, y,

precipitándose fuera del camarote acudió hacia popa.

Negoro se había levantado ya. Tenía en la mano el pedazo de hierro que acababa de recoger de debajo de la bitácora, y lo hizo desaparecer, antes de que Dick Sand se diese cuenta.

¿Acaso tendría Negoro algún interés en que la aguja de marcar recobrase su verdadera dirección? Si, pues a la sazón le servían aquellos vientos del sudoeste.

—¿Qué pasa? —gritó el grumete.

—Este maldito cocinero, que acaba de caerse encima de la brújula —respondió Tom.

Al oír estas palabras, Dick Sand, inquieto en extremo, se inclinó sobre la bitácora. Se hallaba en buen estado, y el compás, iluminado por las luces, continuaba descansando sobre sus dos círculos concéntricos.

El joven grumete se tranquilizó. La rotura de la brújula que había a bordo hubiera constituido una desgracia irreparable.

Pero lo que Dick Sand no había podido observar era que, después de haber desaparecido el pedazo de hierro, la aguja había recuperado su posición normal y señalaba con exactitud el norte magnético, y tal como debía señalar bajo aquel meridiano.

No podía considerarse a Negoro responsable de una caída que parecía haber sido involuntaria, si bien Dick Sand tenía motivos para extrañarse de que a aquella hora estuviese en la popa del navío.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó.

—Lo que me da la gana —contestó Negoro.

—¿Qué ha dicho? —exclamó Dick Sand, que no pudo contener un movimiento de ira.

—Digo —rectificó el cocinero— que no hay un reglamento que prohíba pasearse por la popa.

—Pues bien; ese reglamento lo impongo yo —dijo Dick Sand—, y le prohíbo a usted que venga a popa.

—¿De veras? —interrogó Negoro.

Aquel hombre, tan dueño de sí, hizo entonces un movimiento de amenaza.

El grumete sacó de su bolsillo un revólver, y apuntando con él al cocinero, le dijo:

—Sepa usted, Negoro, que este revólver no me abandona nunca, y que al

primer acto de insubordinación le levantaré la tapa de los sesos.

En aquel momento, Negro se sintió irresistiblemente abatido sobre el puente.

Sólo se trataba de que Hércules acababa de dejar caer la pesada mano sobre su hombro.

—Capitán Sand —dijo el gigante—, ¿quiere usted que arroje a este tunante por la borda...? ¡Servirá de pasto a los peces, que deben ser muy abundantes...!

—Todavía no —respondió el grumete.

Negoro volvió a levantarse, cuando la mano del negro dejó de pesar sobre él. Y, al pasar por delante de Hércules, murmuró:

—¡Ya me las pagarás, negro maldito!

Entretanto, el viento había cambiado, o al menos así lo parecía, con una diferencia de dirección de cuarenta y cinco grados. Sin embargo, nada en el mar indicaba aquel cambio, cosa singular que extrañó al grumete. El navío presentaba la misma orientación, pero el viento y las olas, en lugar de herirle directamente por la popa, le empujaban a la sazón por la banda de babor, situación ésta bastante peligrosa, que expone a los barcos a recibir perniciosas oleadas. Dick Sand se vio obligado, por tanto, a dejarse desviar en un cuarto para continuar huyendo de la tempestad.

Su atención se hallaba más despierta que nunca. Se preguntaba si existiría alguna relación entre la caída de Negro y la rotura de la primera brújula. ¿Qué habría ido a hacer allá el cocinero? ¿Acaso tendría algún interés en que el segundo compás quedase también inutilizado? ¿A qué podría obedecer aquel interés...? No se lo explicaba de ningún modo... Como todos lo deseaban, ¿no debería desear así mismo Negro llegar cuanto antes a la costa americana...?

Cuando Dick Sand habló de aquel incidente a la señora Weldon, ésta, si bien participaba de su desconfianza hasta cierto punto, no podía encontrar motivo alguno para que existiese una premeditación criminal por parte del cocinero.

No obstante, por prudencia, Negro fue más vigilado. Por otra parte, el cocinero tuvo en cuenta las órdenes del grumete, y no volvió a aventurarse a ir a la popa del barco, adonde no le llamaba su servicio. Además, Dingo había sido trasladado allí con carácter permanente, y Negro se guardó bien de acercarse al perro.

La tempestad no disminuyó durante toda la semana. El barómetro bajó más. Del 14 al 26 de marzo, fue imposible aprovechar calma alguna para

instalar algunas velas. El Pilgrim huía hacia el noroeste, con una velocidad no inferior a doscientas millas por cada veinticuatro horas, y la tierra no aparecía. Y aquella tierra debía de ser la de América, que constituye un inmenso dique entre el Atlántico y el Pacífico, en una longitud de más de ciento veinte grados.

Dick Sand se preguntó si estaría loco; si conservaría aún el sentido de lo verdadero; si, desde hacía tantos días, no correría, sin saberlo, en una dirección diferente... ¡No! ¡No podía equivocarse hasta aquel punto! Aunque no podía distinguirlo a través de las brumas, el sol continuaba saliendo frente a él para ponerse por la parte de atrás... ¿Entonces, aquella tierra había desaparecido...? Si no estaba allí ¿dónde estaría entonces América, contra la cual llegaría tal vez a estrellarse su navío? Fuese al continente meridional o al continente septentrional —pues todo podía suceder en aquel caso—, el Pilgrim no podía dejar de alcanzar el uno o el otro... ¿Qué había pasado desde el comienzo de aquella tempestad...? ¿Qué continuaba pasando aún, toda vez que no aparecía la costa, que podía ser su salvación o su perdición? Dick Sand tenía que suponer que se había engañado con la brújula, cuyas indicaciones no podía comprobar, puesto que le faltaba el segundo compás para hacer aquella comprobación... En realidad semejante sospecha podía justificar la ausencia de la tierra.

Cuando no estaba junto a la barra, Dick Sand no cesaba de devorar el mapa con los ojos; pero, por más que lo interrogaba, aquel plano no podía suministrarle la palabra que explicase un enigma, el cual, a causa de la situación en que Negro lo había colocado, era incomprendible para él, como lo hubiera sido para cualquier otro.

Aquel día —26 de marzo—, a eso de las ocho de la mañana se produjo otro incidente de suma importancia.

Hércules, que estaba de vigía a proa, dejó oír el siguiente grito:

—¡Tierra! ¡Tierra!

Dick Sand dio un salto hacia el castillo de proa. ¿Se equivocaría Hércules, que no podía tener los ojos de un marino?

—¿Tierra? —exclamó Dick Sand.

—¡Allí! —pronunció Hércules, señalando a un punto casi imperceptible en el horizonte, hacia el nordeste.

Apenas se oían las palabras, en medio de los rugidos del mar y del cielo.

—¿Ha visto usted tierra? —interrogó el grumete.

—Sí —respondió Hércules, afirmando con un movimiento de cabeza.

Y su mano volvió a extenderse hacia babor.

El grumete miraba... Nada veía.

En aquel momento, la señora Weldon, que había oído el grito lanzado por Hércules, subió a cubierta, a pesar de la promesa que había hecho de no acudir a aquel sitio.

—¡Señora! —exclamó Dick Sand.

No pudiendo hacerse oír, la señora Weldon trató también de distinguir la tierra señalada por el negro, y parecía haber concentrado toda la vida en los ojos.

Había que creer que la mano de Hércules señalaba mal el punto del horizonte que quería poner de manifiesto, pues ni la señora Weldon ni el grumete pudieron ver nada.

De pronto, Dick Sand extendió la mano a su vez.

—¡Sí, sí! ¡Tierra! —dijo.

Una especie de cima acababa de aparecer en un claro que presentaban las brumas. Sus ojos de marino no podían engañarle.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡Por fin!

Se agarraba, febril, al empañetado. La señora Weldon, sostenida por Hércules, no dejaba de contemplar aquella tierra inesperada.

La costa, determinada por aquella alta cima, se manifestaba entonces a unas diez millas, por babor. Restablecida la luz, por un desgarrar de las nubes, se dejó ver con toda claridad. Debía de ser un promontorio de la costa americana. Sin velas, el Pilgrim no se hallaba en estado de atracar, si bien no podía dejar de hacerlo. Sólo debía ser ya cuestión de algunas horas. Eran las ocho de la mañana. De seguro, antes de las doce, el Pilgrim llegaría a tierra.

A una seña de Dick Sand, Hércules se llevó hacia popa a la señora Weldon, que no hubiera podido resistir la violencia del vaivén.

El grumete permaneció todavía un instante a proa, y luego volvió a la barra, al lado del viejo Tom.

¡Por fin veía la costa que había sido tan tardía, tan ardientemente deseada! A la sazón la veía con cierto sentimiento de espanto...

En las condiciones en que se encontraba el Pilgrim al huir ante la tempestad, la tierra constituía un escollo, con todas sus terribles eventualidades.

Transcurrieron dos horas. El promontorio se mostraba entonces a la altura

del navío.

En aquel momento, se vio que Negro subía a cubierta. Esta vez contempló la costa con extremada atención, movió la cabeza como un hombre que sabe a qué atenerse, y volvió a bajar, después de haber pronunciado un nombre que nadie pudo entender.

Dick Sand procuraba distinguir el litoral que debía dibujarse detrás del promontorio.

Transcurrieron otras dos horas. El promontorio se erguía por babor, pero la costa no se dibujaba aún.

Entretanto, el cielo se aclaraba hacia el horizonte, y una costa elevada, como precisamente debía ser la tierra americana atravesada por la cordillera de los Andes, se hizo visible, a más de veinte millas.

Dick Sand cogió sus anteojos de larga vista, y lo paseó con lentitud por todo el horizonte oriental.

¡Nada! ¡Ya no veía nada!

A las dos de la tarde, todo indicio de tierra se había desvanecido tras el Pilgrim. Por delante, el antejo no lograba encontrar ningún perfil de costa, fuese ésta alta o baja.

Un grito exhaló entonces Dick Sand, y abandonando de pronto el puente, descendió con precipitación al camarote donde se hallaba la señora Weldon con el pequeño Jack, Nan y el primo Benedicto.

—¡Una isla! ¡No era más que una isla! —dijo.

—¿Una isla, Dick...? ¿Y cuál? —preguntó La señora Weldon.

—El mapa nos lo dirá —respondió el grumete.

Salió afuera, y volvió con el mapa del barco.

—¡Ésta, señora Weldon, ésta! —pronunció—. La tierra que hemos visto, no puede ser más que este punto perdido en medio del Pacífico. ¡No puede ser más que la isla de Pascua...! ¡No existe otra en estos parajes!

—¿Y ya la hemos dejado atrás? —interrogó la señora Weldon.

—Sí.

La señora Weldon contemplaba con atención la isla de Pascua, que sólo ocupaba un punto imperceptible en el mapa.

—¿A qué distancia está de la costa americana?

—A treinta y cinco grados.

—Que viene a ser...

—Cerca de dos mil millas.

—Cuando todavía nos encontramos tan alejados del continente, será porque no ha caminado el Pilgrim...

—Señora Weldon —respondió Dick Sand, pasándose por un instante la mano por la frente, como para concretar sus ideas—, no sé... No puedo explicarme este retraso increíble... ¡No! No puedo... ¡Como no sea que las indicaciones de la brújula hayan sido falsas...! Pero esa isla no puede ser más que la isla de Pascua, puesto que hemos debido ir hacia atrás... Y hay que dar gracias al Cielo por habernos permitido volver a nuestra posición... ¡Sí...! ¡Es la isla de Pascua...! ¡Sí! ¡Está a dos mil millas de la costa...! Por fin sé a dónde nos ha traído la tempestad, y, si se apacigua, podremos arribar con ciertas probabilidades de salvación al continente americano... ¡Por lo menos, nuestro navío ya no está perdido en la inmensidad del Pacífico...!

Todos los que le oían hablar participaron de la confianza manifestada por el joven grumete. La misma señora Weldon se dejó convencer. Parecía que, en realidad, aquella pobre gente había llegado al final de sus sufrimientos, y que el Pilgrim, bien orientado ya hacia su puerto, sólo podía atravesar el mar para llegar por fin a su destino...

La isla de Pascua —su verdadero nombre es el de Vai-Hou—, descubierta por David en 1686 y visitada por Cook y Laperouse, está situada entre los 27° de latitud sur y 112° de longitud este. Si el bergantín goleta se había trasladado a más de quince grados al norte, habría sido debido sin duda a la tempestad procedente del sudoeste, ante la cual se había visto obligado a huir.

Por tanto, el Pilgrim se hallaba aún a dos mil millas de la costa. Sin embargo, a impulsos de aquel viento que soplaba con fuerza, en menos de diez días debían alcanzar cualquier punto del litoral americano.

¿Y no podría esperarse, como había dicho el grumete, que el tiempo se tornase más soportable y fuese posible establecer alguna vela, cuando apareciera la tierra de nuevo?

Tal era la esperanza que le quedaba a Dick Sand. Se decía que aquel huracán, que duraba desde hacía tantos días, acabaría tal vez «por consunción». Entonces, gracias al descubrimiento de la isla de Pascua, conocía con exactitud su posición; estaba a punto de creer que se había hecho dueño de su barco, y sabría conducirlo a un lugar seguro.

¡Sí! El haber tenido conocimiento de aquel punto aislado en medio del mar como por un providencial favor, había devuelto la confianza a Dick Sand. Si continuaba navegando a impulsos del huracán, al que no podía dominar, al

menos no iba a ciegas por completo.

Por otra parte, el Pilgrim, construido y aparejado con solidez había sufrido poco durante los rudos ataques de la tempestad. Sus averías se reducían sólo a la pérdida de la gavia y del petifoque, pérdida que sería fácil de reparar. Ni una gota de agua había penetrado por las bien restañadas junturas del casco y del puente. Las bombas funcionaban con toda perfección. A este respecto, nada había que temer.

Quedaba, pues, aquel interminable huracán, cuyo furor parecía que nada podría aplacar. Si, hasta cierto punto, Dick Sand podía poner su navío en condiciones de luchar contra la tormenta, no podía ordenar al viento que cediese, a las olas que se apaciguaran y al cielo que se serenase. Si a bordo era el dueño, después de Dios, fuera, sólo mandaba Dios en los vientos y en las olas.

CAPÍTULO XIII

¡TIERRA! ¡TIERRA!

Aquella confianza con que se henchía por instinto el corazón de Dick Sand iba a quedar justificada en parte.

Al día siguiente, 27 de marzo, la columna de mercurio ascendió en el tubo barométrico. La oscilación no fue brusca ni considerable: sólo en algunas líneas si bien la progresión pareció que debía ser continuada. La tempestad iba a entrar sin duda en su período decreciente, y si la mar permanecía agitada con exceso, pudo comprobarse que el viento disminuía, desviándose ligeramente hacia el oeste.

Dick Sand no podía pensar aún en izar las velas. La lona más insignificante habría sido arrancada. No obstante, esperaba que no transcurrirían veinticuatro horas sin que tuviese la posibilidad de aparejar un contrafoque.

Durante la noche, en efecto, el viento cedió bastante, si se comparaba con lo que había sido hasta entonces, y el navío fue menos sacudido por los vaivenes que habían amenazado dislocarle.

Los pasajeros comenzaron a reaparecer sobre cubierta. Ya no corrían el riesgo de ser arrastrados por cualquier embate del mar.

La señora Weldon fue la primera que abandonó el recinto donde, por prudencia, Dick Sand le había obligado a encerrarse mientras duró aquella larga tempestad. Fue a hablar con el grumete, al que una voluntad verdaderamente sobrehumana había hecho capaz de resistir tantas fatigas.

Adelgazado y empalidecido, aparecía debilitado por la privación del sueño, tan necesario a su edad. ¡No! Su valerosa naturaleza lo resistía todo. ¡Quizá pagase cara algún día aquella época de privaciones...! Pero no era aquél el momento de dejarse abatir... Dick Sand se había dicho todo esto, y la señora Weldon lo encontró más enérgico que nunca.

Además, el buen Sand tenía confianza, y si la confianza no resuelve nada, por lo menos ayuda.

—¡Dick, hijo mío, capitán! —dijo la señora Weldon, tendiéndole la mano al joven grumete.

—¡Ah, señora Weldon! —exclamó, sonriendo, Dick Sand—. ¡Usted desobedece a su capitán...! ¡Vuelve usted sobre cubierta, y abandona su camarote, a pesar de sus... promesas!

—Sí; te desobedezco —respondió la señora Weldon—, porque tengo el presentimiento de que la tempestad se ha calmado o va a calmarse...

—Se calma en efecto, señora Weldon —corroboró el grumete—. No se equivoca usted... El barómetro no ha bajado desde ayer. El viento ha cedido, y tengo motivo para creer que han pasado los peores momentos.

—¡Que el cielo te escuche, Dick...! ¡Ah...! ¡Bastante has sufrido, pobre hijo mío...! ¡Has hecho tanto...!

—Es mi estricto deber, señora Weldon...

—¿Y vas, por fin, a proporcionarte algún descanso?

—¡Descanso! —pronunció el grumete—. No necesito descanso, señora Weldon. Me encuentro bien, a Dios gracias, y es necesario que llegue hasta el final. Usted me nombró capitán, y seré capitán hasta el momento en que todos los pasajeros del Pilgrim se hallen en lugar seguro.

—Dick —murmuró la señora Weldon—, mi marido y yo no olvidaremos nunca lo que acabas de hacer.

—¡Dios lo ha hecho todo! —respondió Dick Sand—; ¡todo!

—Hijo mío, repito que, con tu energía moral y física, te has portado como un hombre; como un hombre digno de mandar. Y, dentro de poco, tan pronto como tus estudios estén terminados (no me desmentirá mi marido), mandarás por la casa James W. Weldon.

—¡Yo! ¡Yo! —exclamó Dick Sand, cuyos ojos se anegaron en lágrimas.

—¡Dick! —prosiguió la señora Weldon—. ¡Ya eras nuestro hijo adoptivo, y ahora eres nuestro verdadero hijo: el salvador de tu madre y de tu hermanito Jack...! ¡Mi querido Dick, yo te abrazo en el nombre de mi marido y en el

mío!

La valerosa mujer hubiera querido no enternecerse hasta el punto de estrechar al joven grumete entre sus brazos, pero su corazón se desbordaba. En cuanto a los sentimientos que experimentaba Dick Sand, ¿qué pluma podría describirlos...? Se preguntaba si ya no podría hacer otra cosa que dar su vida por sus bienhechores y aceptaba de antemano todos los sufrimientos que le estuviesen reservados para el porvenir.

Después de esta conversación, Dick Sand se sintió más fuerte. Que el viento se hiciese más soportable que le fuese permitido establecer alguna vela, y no dudaba que entonces podría dirigir su navío hacia algún puerto donde todos los que le acompañaban encontrasen, por fin, su salvación.

El día 29, habiendo disminuido un poco el viento, Dick Sand pensó en restablecer la mesana y el juanete, y, en consecuencia, aumentar la velocidad del Pilgrim asegurando su dirección.

—¡Vamos, Tom! ¡Vamos, amigos míos! —exclamó, cuando apareció sobre cubierta, al amanecer el día—. ¡Vengan ustedes! ¡Necesito sus brazos!

—Estamos dispuestos, capitán Sand —respondió el viejo Tom.

—Dispuestos a todo —añadió Hércules—. ¡No había nada que hacer durante la tempestad, y ya empezaba a enmollecerme!

—¡Haber soplado con tu enorme boca! —dijo el pequeño Jack—. ¡De seguro que habría tenido tanta fuerza como el viento!

—¡Sí que es una idea, Jack! —intervino Dick Sand, riendo—. Cuando se restablezca la calma, haremos que Hércules sople sobre las velas.

—¡A sus órdenes, señor Dick! —pronunció el negro, inflando las mejillas como un gigantesco Bóreas.

—Ahora, amigos míos —prosiguió el grumete—, vamos a empezar por envergar una vela de recambio, puesto que la gavia ha sido arrebatada por la tormenta. Tal vez resulte difícil, pero es preciso que se haga.

—¡Se hará! —afirmó Acteón.

—¿Puedo yo ayudarles? —preguntó el pequeño Jack, siempre dispuesto a la maniobra.

—Si, Jack —contestó el grumete—. Te vas a poner junto a la rueda con nuestro amigo Bat, y le ayudarás a gobernar.

El pequeño Jack se consideró muy orgulloso de haber sido nombrado ayudante del timonel del Pilgrim, como se podrá suponer.

—Ahora, manos a la obra —continuó Dick Sand—; y mientras sea posible,

no nos esponíamos.

Los negros, guiados por el grumete, comenzaron al punto la tarea. Envergar una gavia presentaba algunas dificultades para Tom y sus compañeros. Se trataba de izar la vela que estaba plegada, y fijarla luego en la verga.

No obstante, Dick Sand ordenó tan bien y fue tan bien obedecido, que después de una hora de trabajo la vela estaba envergada, la verga izada y la gavia convenientemente establecida con dos rizos.

En cuanto a la mesana y al segundo foque, que habían podido ser plegados antes de la tempestad, fueron instalados sin demasiado trabajo, a pesar de la fuerza del viento.

Por fin, aquel día, a las diez de la mañana, el Pilgrim reanudaba su travesía bajo la mesana, la gavia y el foque.

Dick Sand no había considerado prudente desplegar más velas. Mientras el viento no cediera, el velamen que llevaba el barco debía asegurarle una velocidad de doscientas millas por lo menos cada veinticuatro horas, y no necesitaba más para alcanzar la costa americana antes de diez días.

El grumete quedó muy satisfecho cuando volvió junto a la barra y recuperó su puesto, después de haber dado las gracias a maese Jack, ayudante del timonel del Pilgrim. Ya no estaba a merced de las olas. Se orientaría bien. Todos los que están familiarizados con las cosas del mar comprenderán cuán grande era el júbilo de Dick.

Al día siguiente, las nubes continuaban corriendo con la misma velocidad, si bien dejaban entre sí grandes claros por los cuales se proyectaban los rayos del sol hasta la superficie de las aguas. El Pilgrim se veía a veces inundado de luz. ¡Qué buena es la luz vivificadora! De cuando en cuando, se extinguía tras una amplia masa de vapores que se dirigían hacia el este, y luego volvía a aparecer para desaparecer de nuevo, y el tiempo mejoraba cada vez más.

Habían sido abiertas las escotillas, con el fin de que se ventilase el interior del navío. Un aire saludable penetraba en la bodega, en el departamento de popa y en el puesto de la tripulación. Se pusieron a secar las velas húmedas, extendiéndolas sobre el maderamen. También fue limpiada la cubierta. Dick Sand no quería que su navío arribase a un puerto sin haber sido aseado como correspondía. Sin sobrecargar de trabajo a la tripulación, algunas horas al día empleadas en esta tarea debían bastar para realizarla.

Aunque el grumete no pudo volver a hacer funcionar la corredera, estaba bastante acostumbrado a calcular la velocidad de un navío por su estela. No dudaba, pues, de que vería la tierra antes de transcurridos siete días, e hizo que

participase de esta opinión la señora Weldon, después que le hubo indicado sobre el mapa la posición probable del navío.

—Bien; ¿y a qué punto de la costa llegaremos, querido Dick? —preguntó la señora Weldon.

—Aquí, señora Weldon —respondió el grumete, señalando a lo largo del cordón litoral que se extiende desde el Perú hasta Chile—. No puedo precisar más. Aquí está la isla de Pascua, que hemos dejado hacia el oeste; y, por la dirección del viento, que ha sido constante, supongo que encontraremos tierra hacia el este. Los puertos de escala son bastante numerosos en esta costa, pero de momento no me es posible determinar a cuál arribaremos.

—Sea el que sea, Dick, ese puerto será bien acogido...

—Sí, señora Weldon; y en él encontrará usted de seguro los medios necesarios para llegar pronto a San Francisco. La Compañía de Navegación del Pacífico mantiene un servicio muy bien organizado por ese litoral. Sus steamers tocan en los principales puntos de la costa, y nada le será a usted tan fácil como adquirir pasaje para California.

—¿Entonces, no piensas conducir el Pilgrim a San Francisco? —interrogó la señora Weldon.

—Sí; después que haya usted desembarcado señora Weldon. Si podemos proveernos de un oficial y de tripulación, iremos a Valparaíso para dejar nuestro cargamento, como debía hacer el capitán Hull. Luego, volveremos a nuestro puerto de origen... Pero todo esto la retrasaría a usted demasiado, y aunque me entristece mucho separarme de usted...

—Bien, Dick —interrumpió la señora Weldon—; ya veremos más adelante lo que conviene hacer. Dime: ¿temes los peligros que presenta la tierra?

—Son de temer, en efecto —respondió el grumete—; pero continúo con la esperanza de que encontraremos algún barco por estos parajes, y mucho me extrañará no verlo. Aunque no pasase más que uno nos pondríamos en comunicación con él y nos suministraría nuestra situación exacta, lo cual nos facilitaría mucho la llegada a tierra.

—¿No hay pilotos que hagan el servicio de esta costa? —preguntó la señora Weldon.

—Debe de haberlos —contestó Dick Sand—; pero mucho más próximos a tierra. Será preciso que continuemos acercándonos.

—¿Y si no encontramos piloto? —preguntó de nuevo la señora Weldon, que insistió para enterarse de cómo resolvería el joven grumete todas las eventualidades.

—En ese caso, señora Weldon, el tiempo estará claro, el viento será manejable y procuraré remontar la costa de cerca para encontrar en ella un refugio, o, de lo contrario, el viento arreciará y entonces...

—¿Entonces qué harás, Dick?

—Entonces, en las condiciones en que se encuentra el Pilgrim —respondió Dick Sand—, una vez inutilizado será muy difícil volver a ponerlo en condiciones...

—¿Y qué harás? —repitió la señora Weldon.

—Me veré obligado a acercar el navío a la costa —contestó el grumete, cuya frente se ensombreció por un instante—. ¡Ah! Eso sería ya demasiado... ¡Quiera Dios que no lleguemos a ese extremo...! Le repito, señora Weldon, que el aspecto del cielo es tranquilizador, y no es posible que no encontremos un barco o un batel-piloto. ¡Tengamos esperanza! Vamos en dirección a la tierra, y dentro de poco la divisaremos...

Sí; acercar el navío a la costa, en último extremo, no se atrevería a hacerlo sin espanto el más enérgico marino. Por eso, Dick Sand no quería pensar en semejante caso, mientras previese algunas probabilidades de escapar a él.

Durante algunos días se produjeron en el estado de la atmósfera ciertas alternativas que inquietaron de nuevo al grumete. La brisa continuaba presentándose en la forma de «viento frescachón», y determinadas oscilaciones de la columna barométrica indicaban que tenía tendencia a arreciar. Dick Sand se preguntaba, por consiguiente, no sin aprensión, si de nuevo se vería obligado a huir sin velamen alguno. Tenía, sin embargo, tanto interés en conservar por lo menos la gavia, que resolvió dejarla puesta, mientras no corriera el riesgo de ser arrebatada. Para asegurar la solidez de los mástiles hizo apretar los obenques. Sobre todo, no había que comprometer la situación, que sería de las más graves, en el caso de que el Pilgrim se viese desprovisto de la arboladura. Una o dos veces también, al subir el barómetro, pudo temerse que el viento cambiase por completo, esto es, que se dirigiese hacia el este.

Nueva ansiedad para Dick Sand. ¿Qué hubiera hecho, al encontrarse con un viento contrario...? ¿Dar bordadas...? Si se viese obligado a llegar a eso, ¡cuánto retraso se produciría y cuántos nuevos peligros habrían de amenazarle...!

Tales sospechas no se realizaron, por fortuna. El viento, después de haber variado durante algunos días, llegando unas veces del norte y otras del sur, se normalizó de un modo definitivo, soplando del oeste, si bien la brisa continuaba en la forma de «viento frescachón», que tanto hacía padecer a la arboladura.

Era el día 5 de abril. Por tanto, habían transcurrido ya más de dos meses desde que el Pilgrim había abandonado Nueva Zelanda. Durante veinte días, un viento contrario y las prolongadas calmas habían aminorado su marcha. Después, se había encontrado en condiciones favorables para alcanzar con rapidez la tierra. Su velocidad debía de haber sido asimismo muy considerable durante la tempestad. Dick Sand calculaba que el recorrido medio había pasado de doscientas millas al día. ¿Cómo no había encontrado la costa...? ¿Huiría delante del Pilgrim? Aquello era en absoluto inexplicable...

Y, sin embargo, la tierra no había aparecido, aunque uno de los negros se hallaba de continuo en las barras.

También Dick Sand subía a ellas con frecuencia. Desde allí, con el anteojo aplicado a la vista, procuraba descubrir algo que presentase el aspecto de las montañas. La cordillera de los Andes es muy elevada. Por consiguiente, era de esperar que emergiese cualquier pico entre los vapores del horizonte.

Varias veces fueron engañados Tom y sus compañeros con falsos indicios de tierra. Sólo se trataba de nubes que presentaban extrañas formas. Ocurrió incluso, que aquella buena gente llegó algunas veces a obstinarse en su afirmación, si bien después de cierto tiempo se veía obligada a reconocer que había sido engañada por una ilusión óptica. La pretendida tierra se apartaba, cambiaba de forma y acababa por desvanecerse por completo.

El día 6 de abril ya no hubo duda posible.

Eran las ocho de la mañana. Dick Sand acababa de subir a las barras. En aquel momento las brumas se condensaron bajo los primeros rayos del sol, y el horizonte se despejó en absoluto.

De los labios de Dick se escapó, por fin, el anhelado grito:

—¡Tierra! ¡Tierra a la vista!

Al oír aquel grito, todo el mundo acudió sobre la cubierta: el pequeño Jack, curioso como lo son siempre los niños de corta edad; la señora Weldon, cuyos padecimientos iban a terminar por fin al llegar a tierra; Tom y sus compañeros, que lograrían poner los pies en el continente americano; el primo Benedicto mismo, que esperaba recoger toda una colección de insectos desconocidos para él...

Sólo dejó de aparecer Negoro.

Todos vieron entonces lo que Dick Sand había visto, unos con toda claridad y otros con los ojos de la fe. Por lo que se refiere al grumete, se hallaba tan acostumbrado a observar el mar, que no podía suponer un posible error, y al cabo de una hora pudo comprobar que no se había equivocado.

A una distancia aproximada de cuatro millas hacia el este, se perfilaba una

costa bastante baja, o al menos lo parecía. Debía estar dominada por detrás por la cordillera de los Andes, si bien la última zona de nubes no permitía distinguir las cimas.

El Pilgrim corría con rapidez y en dirección al litoral que se extendía ante la vista.

Dos horas después, sólo quedaban por recorrer unas tres millas.

Aquella parte de la costa terminaba por el nordeste con un cabo bastante elevado que cubría una especie de rada forana. Por el contrario, hacia el sudeste, se prolongaba como una estrecha lengua de tierra.

Algunos árboles coronaban una sucesión de acantilados poco elevados que se destacaban entonces sobre el cielo. Dado el carácter geográfico del país, era evidente que detrás se hallaba la cordillera de los Andes.

No aparecía ninguna casa, ningún puerto, ninguna ría que pudiese servir de refugio a un barco.

En aquel momento, el Pilgrim navegaba en dirección a la tierra. A causa del reducido velamen de que disponía y de que el viento azotaba a la embarcación por el costado, Dick Sand no podía detenerla.

Delante, se presentaba una extensa zona de arrecifes, entre los cuales efervescía el mar con blanca espuma. Se veía que las olas ascendían hasta la mitad del acantilado. Allí debía producirse una resaca monstruosa.

Dick Sand, después de haber permanecido durante algún tiempo en el castillo de proa observando la costa, volvió a popa y, sin pronunciar una palabra, se hizo cargo de la barra. El viento continuaba arreciando. El bergantín goleta se encontró bien pronto sólo a una escasa milla de la costa.

Dick Sand distinguió entonces una especie de pequeña ensenada, y determinó dirigirse a ella; pero antes de llegar, había que atravesar una línea de arrecifes cuyo paso resultaba difícil. La resaca indicaba que faltaba el agua en todas partes.

En aquel momento, Dingo, que se paseaba sobre cubierta, se precipitó hacia proa, y contemplando la tierra dejó oír unos ladridos lastimeros. Hubiérase dicho que el perro reconocía aquel litoral y que su instinto provocaba en él algún doloroso recuerdo.

Negoro lo oyó sin duda, pues un irresistible sentimiento le impulsó fuera de su camarote, y aunque debía de temer al perro, fue en seguida a acodarse sobre el empalmetado.

Afortunadamente para él, Dingo, cuyos tristes ladridos seguían dirigiéndose a tierra, no le vio.

Negoro contemplaba aquella furiosa resaca y parecía no amedrentarle. La señora Weldon, que lo estaba observando, creyó ver que su semblante enrojecía un tanto y que por un instante se contraían sus facciones.

¿Conocía Negoro aquel punto del continente a donde los vientos dirigían al Pilgrim?

En aquel momento, Dick Sand abandonó la barra, confiándosela al viejo Tom. Por última vez, fue a contemplar la ensenada que se iba abriendo poco a poco. Luego, dijo con voz firme:

—Señora Weldon, ya no tengo esperanza de encontrar ningún refugio. Antes de media hora, a pesar de todos mis esfuerzos, el Pilgrim estará sobre los arrecifes. ¡Tenemos que acercarnos a la costa! ¡No podré conducir el navío a puerto! ¡Me veo obligado a perderlo para salvarles a ustedes! ¡Y entre la salvación de ustedes y la suya, no he de vacilar!

—¿Has hecho todo cuanto dependía de ti, Dick? —preguntó la señora Weldon.

—Todo —respondió el joven grumete.

Inmediatamente, comenzó a hacer los preparativos para encallar.

Ante todo, la señora Weldon, Jack, el primo Benedicto y Nan hubieron de proveerse de cinturones de salvamento. Dick Sand, Tom y los negros, hábiles nadadores, se pusieron también en condiciones de poder llegar a la costa, en el caso de que fuesen precipitados al mar.

Hércules, en particular, debía cuidar de la señora Weldon. El grumete se encargaría del pequeño Jack. El primo Benedicto, por cierto muy tranquilo, apareció sobre cubierta con su caja de entomólogo terciada. El grumete lo recomendó a Bat y a Austin. En cuanto a Negoro, su calma singular daba a entender que no necesitaba la ayuda de nadie.

Dick Sand, por suprema precaución, hizo subir además al castillo de proa una docena de barriles de los que contenían aceite de ballena.

Aquel aceite, vertido a tiempo, en el momento en que el Pilgrim fuese alcanzado por la resaca, debía calmar por un instante el mar, lubricando, por decirlo así, las moléculas de agua, y tal vez aquella maniobra facilitase el paso del navío por entre los arrecifes.

Dick Sand no quería descuidar nada que pudiera asegurar la salvación común.

Tomadas todas aquellas precauciones, el grumete volvió a ocupar su puesto junto a la rueda del timón.

El Pilgrim se hallaba ya sólo a dos cables de la costa, es decir próximo a

tocar los arrecifes. Su flanco de estribor se bañaba ya en la blanca espuma de la resaca. El grumete creía a cada instante que la quilla del barco iba a tropezar con alguna roca.

De pronto, Dick Sand reconoció en un cambio de color del agua que pasaba un canalizo por entre los arrecifes. Había que entrar con resolución y sin vacilar, para acercarse lo más posible a la costa.

El grumete no vaciló. Un golpe de barra introdujo al navío en el estrecho y sinuoso canal.

En aquel sitio la mar se mostraba más furiosa aún, y las olas saltaban sobre cubierta.

Los negros se hallaban situados en la proa, junto a los barriles, aguardando las órdenes del grumete.

—¡Verted el aceite! —gritó Dick Sand.

Por efecto del aceite, que caía a oleadas, se calmó el mar como por encanto, dispuesto a tornarse más terrible un momento después.

El Pilgrim se deslizó con rapidez sobre las aguas lubricadas, y se dirigió hacia la costa de línea recta.

De pronto, se produjo un choque. El navío, levantado por una ola formidable, acababa de encallar, y su arboladura se había derrumbado sin alcanzar a nadie.

El casco del Pilgrim, entreabierto por el choque, fue invadido por el agua con extrema violencia. Pero la costa se hallaba a una distancia de menos de medio cable, y una corta cadena de rocas ennegrecidas permitía llegar hasta ella con facilidad.

Así pues al cabo de diez minutos, todos los que tripulaban el Pilgrim habían desembarcado en el acantilado.

CAPÍTULO XIV

LO QUE CONVIENE HACER

Así, pues, después de una travesía contrariada durante mucho tiempo por las calmas y favorecida luego por los vientos del nordeste y del sudeste —travesía que no había durado menos de setenta y cuatro días—, el Pilgrim acaba de encallar junto a la costa.

Sin embargo, la señora Weldon y sus compañeros dieron las gracias a la

Providencia cuando se vieron sobre seguro. Era, en efecto, a un continente, y no a una de las funestas islas de la Polinesia, a donde les había llevado la tempestad. Su repatriación, cualquiera que fuese el punto de América donde hubiesen desembarcado, no debía ofrecer dificultades serias al parecer.

En cuanto al Pilgrim, se había perdido. No era más que un casco de navío sin valor alguno, cuyos restos dispersaría la resaca al cabo de algunas horas. Habría sido imposible salvar algo. Mas si Dick Sand no tenía la satisfacción de reintegrar a su armador un barco intacto, por lo menos, gracias a él, los que lo tripulaban estaban sanos y salvos en una costa hospitalaria, entre ellos la esposa y el hijo de James W. Weldon.

En cuanto a saber en qué parte del litoral americano había encallado el bergantín goleta, habría podido discutirse mucho. ¿Se trataba de la costa del Perú, como suponía Dick Sand? Podría ser; pues él sabía, por la misma presencia de la isla de Pascua, que el Pilgrim se había dirigido hacia el nordeste bajo la acción del viento, y también, sin duda, bajo la influencia de las corrientes de la zona ecuatorial. Del cuadragésimo tercero grado de latitud, había podido derivar hasta el decimoquinto.

Era muy importante que quedase determinado, en cuanto fuese posible el punto preciso de la costa donde acababa de perderse el bergantín goleta. Suponiendo que aquella costa fuese la del Perú no faltarían en ella los puertos, los lugares o los pueblos, y, por consiguiente, sería fácil llegar a algún sitio habitado. En cuanto a aquella parte del litoral, parecía estar desierta.

Era una playa estrecha, sembrada de negras rocas, que cerraban un acantilado de mediana altura, recortada con mucha irregularidad por grandes entrantes debidos a la rotura de la roca. Por uno y otro lado, algunas suaves pendientes daban acceso a la parte alta.

Por el norte, a un cuarto de milla del lugar de la encalladura, se abría la desembocadura de un riachuelo que no había podido ser descubierto a distancia. Sobre sus orillas se inclinaban numerosos «rizóforos», especie de mangles esencialmente distintos de sus congéneres de la India.

La parte alta del acantilado que al punto fue reconocido estaba dominada por una espesa selva cuyo verdor ondulaba ante los ojos y se extendía hasta las montañas lejanas. Si el primo Benedicto hubiera sido botánico, ¡cuántos árboles nuevos para él habrían provocado su admiración!

Había elevados baobabes, a los que se ha atribuido equivocadamente una extraordinaria longevidad y cuya corteza se asemeja a la sienita egipcia, lataneros, pinos negrales, tamarindos, pimenteros de una especie particular, y cien vegetales más que un americano no está acostumbrado a ver en la región septentrional del nuevo continente.

Concurría, no obstante, la curiosa circunstancia de que en toda aquella abundancia forestal no se encontraba un solo ejemplar de la variada familia de palmeras que comprende más de mil especies, extendidas con profusión por casi toda la superficie del globo.

Por encima de la playa revoloteaba un gran número de pájaros chillones, que pertenecían en su mayor parte a diferentes variedades de golondrinas de plumaje negro, con reflejos azules acerados y de un color castaño en la parte superior de la cabeza. En distintas direcciones aparecían también algunas perdices con el cuello pelado por completo y de color gris.

La señora Weldon y Dick Sand observaron que aquellos diferentes volátiles no parecían demasiado salvajes. Les dejaban que se acercasen sin temor alguno. ¿No habrían aprendido aún a temer la presencia del hombre, por hallarse tan abandonada aquella costa que nunca hubiera sonado en ella la detonación de un arma de fuego?

En los límites de los escollos se paseaban algunos pelicanos de la especie del «pelicano menor», que se entretenían en llenar de pececillos el saco que llevan entre las branquias de la mandíbula inferior.

Algunas gaviotas que habían acudido comenzaban a dar vueltas alrededor del Pilgrim.

Todos aquellos pájaros aprecian ser los únicos seres vivos que frecuentaban aquella parte del litoral, desde luego, sin contar la multitud de insectos interesantes que el primo Benedicto sabría descubrir muy bien, aunque no podría preguntárseles el nombre de aquél, por lo que, para saberlo, era de todo punto indispensable dirigirse a cualquier indígena.

No había ninguno, o, por lo menos, ninguno se veía. Tampoco se encontraba una sola casa, una choza o una cabaña, ni por el norte, más allá del riachuelo, ni por el sur, ni tampoco en la parte superior del acantilado, entre los árboles de la espesa selva. Ni una nube de humo se veía en el aire. Ningún indicio, señal o huella revelaba que aquella porción del continente hubiese sido visitada por los seres humanos.

Dick Sand no dejaba de encontrarse bastante sorprendido.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde podremos estar? —Se preguntaba—. ¿Cómo? ¿No habrá aquí nadie a quien poder hablarle...?

Nadie, en verdad; y, de seguro, si algún indígena se hubiese acercado, Dingo lo habría oído y habría anunciado su presencia con un ladrido. El perro se paseaba por la playa con el hocico junto al suelo y la cola baja, gruñendo sordamente y ofreciendo un aspecto muy singular, pero sin indicar la llegada de un hombre ni de animal ninguno.

—¡Dick, mira a Dingo! —exclamó la señora Weldon.

—¡Sí...! ¡Es extraño! —respondió el grumete—. ¡Parece que trata de encontrar una pista...!

—¡Es muy extraño, en efecto! —murmuró la señora Weldon.

Y después de una pausa, preguntó:

—¿Qué hace Negoro?

—Lo mismo que Dingo —contestó Dick Sand—. ¡Va de un lado a otro...! Después de todo, aquí es libre. Ya no tengo derecho a hacerle respetar mis órdenes. ¡Su servicio ha terminado con la encalladura del Pilgrim...!

Negoro, en efecto, media la playa con los pies, se volvía y contemplaba la costa y el acantilado, como un hombre que tratase de concentrar sus recuerdos y fijarlos. ¿Conocería aquella comarca? Tal vez se hubiera negado a responder a semejante pregunta, si le hubiera sido formulada. Lo mejor era no volver a ocuparse de aquel personaje tan poco tratable. Dick Sand lo vio dirigirse de pronto hacia el riachuelo, y una vez que Negoro hubo desaparecido, dejó de pensar en él.

Dingo empezó a ladrar cuando el cocinero llegó a la orilla, pero en seguida se calló.

Había que ocuparse de lo más urgente. Lo más urgente era encontrar un refugio, un abrigo cualquiera donde pudieran instalarse provisionalmente y tomar algún alimento. Luego, se celebraría consejo y se decidiría acerca de lo que conviniese hacer.

Del alimento, no había que preocuparse. Sin contar con los recursos que debía ofrecer el país, la despensa del navío se había vaciado en favor de los supervivientes del naufragio. La resaca había desparramado por entre los escollos que la bajamar dejaba al descubierto a la sazón una gran cantidad de objetos. Tom y sus compañeros habían recogido ya algunos barriles de galleta, latas de conservas alimenticias y cajas de fiambre. El agua no las había echado a perder aún, y la alimentación de aquel grupo quedaba asegurada por más tiempo del que quizá fuera preciso para llegar a una aldea o a algún pueblo. Desde este punto de vista, nada había que temer. Aquellos diversos hallazgos, colocados ya en un lugar seguro, no podían ser arrastrados de nuevo cuando subiese la marea.

El agua potable no faltaba tampoco. Dick había tenido la precaución de ordenar a Hércules que fuera a buscarla al riachuelo, y el vigoroso negro se cargó las espaldas un tonel, después de haberlo llenado de agua fresca y pura que el reflujo de la marea hacía perfectamente potable.

En cuanto al fuego, si fuese preciso encenderlo, no faltaría leña por los

alrededores y raíces de los añosos mangles que podían suministrar todo el combustible que se necesitase. El viejo Tom, fumador empedernido, se hallaba provisto de cierta cantidad de yesca, bien conservada en una caja que cerraba herméticamente, y, cuando se quisiese, golpearía el eslabón, aunque fuese con sílice de la playa.

Quedaba por descubrir el sitio donde pudiera guarecerse aquel grupo, en el caso de que conviniese una noche de descanso antes de ponerse en camino.

Por cierto que fue el pequeño Jack el que encontró la alcoba apetecida. Correteando por la parte baja del acantilado, detrás del recodo formado por una roca encontró una de esas grutas muy limpias y bien construidas que forma el mismo mar cuando sus olas, agrandadas por la tempestad, azotan la costa.

El niño estaba entusiasmado. Llamó a su madre, profiriendo gritos de júbilo, y le mostró su descubrimiento con aire de triunfo.

—¡Bien, querido Jack! —exclamó la señora Weldon—. Si fuésemos unos Robinsones destinados a vivir durante mucho tiempo en esta costa, no nos olvidaríamos de dar tu nombre a esta gruta.

La gruta no tenía más que diez o doce pies de profundidad, pero, para los ojos de Jack era una caverna enorme. Después de todo, debía bastar para contener a los náufragos, y, como comprobaron la señora Weldon y Nan, estaba muy seca. La luna se hallaba a la sazón en cuarto creciente, y no podía temerse que las mareas llegasen al pie del acantilado, y, por consiguiente, a la gruta. Bastaba, pues, para descansar durante algunas horas.

Diez minutos después, todo el mundo se hallaba tendido sobre una alfombra de fuco. El mismo Negoro había considerado que debía unirse a aquel grupo y compartir con él la comida que iba a ser hecha en común. Tal vez no le hubiera parecido bien aventurarse solo por la frondosa selva, en la que se perdía el sinuoso riachuelo.

Era la una de la tarde. La carne en conserva, la galleta, y el agua potable, a la que se añadieron algunas gotas de ron —licor del cual habla salvado Bat una cuarterola— constituyeron la comida.

Y si Negoro participó en ella, no tomó parte alguna en la conversación, en el transcurso de la cual fueron discutidas las medidas que exigía la situación de los náufragos. En cambio, sin aparentarlo, escuchó y obtuvo sus consecuencias correspondientes.

Mientras tanto, Dingo, que no había sido olvidado, vigilaba fuera de la gruta. Podían estar tranquilos. No se habría manifestado ser viviente alguno sobre la playa, sin que el fiel animal no hubiera dado la voz de alarma.

La señora Weldon, que tenía a su hijito Jack en los brazos y casi dormido, tomó la palabra.

—Amigo Dick —dijo—, en nombre de todos te doy las gracias por el aprecio que nos has manifestado hasta el presente, si bien nosotros no te apreciamos menos. Serás nuestro guía en la tierra, del mismo modo que eras nuestro capitán a bordo. Tienes toda nuestra confianza. ¡Habla, pues! ¿Qué debemos hacer? La señora Weldon, la vieja Nan, Tom y sus compañeros, tenían los ojos fijos en el joven grumete. Negoro también lo contemplaba con una insistencia singular.

Sin duda alguna, lo que iba a responder Dick Sand le interesaba mucho.

Dick Sand reflexionó durante algunos instantes. Luego, dijo:

—Señora Weldon, lo importante es que sepamos antes dónde estamos. Creo que nuestro navío no puede haber llegado más que a un punto del litoral americano que forma la costa peruana. Los vientos y las corrientes han debido conducirlo a esa latitud. ¿Estaremos en alguna provincia meridional del Perú, es decir, en la parte menos habitada, que confina con las pampas...? Tal vez... Y hasta llegaría a creerlo, al ver esta playa tan desierta y que debe de ser tan poco frecuentada. En este caso, pudiera ser que estuviésemos bastante alejados del lugar más próximo, lo cual constituiría una gran contrariedad.

—¿Y qué debemos hacer? —repitió la señora Weldon.

—Opino —prosiguió Dick Sand— que no debemos abandonar este refugio sin habernos enterado de cuál es nuestra situación. Mañana, después de una noche de descanso, podríamos ir dos de nosotros a hacer algunas indagaciones. Sin alejarnos demasiado, procuraríamos encontrar algunos indígenas, informarnos por ellos y volver a la gruta. No es posible que en diez o doce millas a la redonda no se encuentre a nadie.

—¡Separarnos! —exclamó la señora Weldon.

—Lo considero necesario —contestó el grumete—. Si no pudiera obtenerse ningún informe; si la comarca estuviese desierta en absoluto (cosa que me parece imposible) entonces, ya veríamos...

—¿Y quién hará esas investigaciones? —preguntó la señora Weldon, tras un instante de reflexión.

—Eso es lo que hay que decidir —contestó Dick Sand—. Desde luego, creo, señora Weldon, que usted, Jack, el señor Benedicto y Nan no deben abandonar esta gruta. Bat, Hércules, Acteón y Austin se quedarían con ustedes, en tanto que Tom y yo haríamos algunas exploraciones... Porque Negoro preferirá, sin duda, permanecer aquí —añadió Dick Sand, mirando al cocinero.

—Según —respondió Negro, que no era hombre que se comprometiera a nada de antemano.

—Llevaríamos con nosotros a Dingo —prosiguió el grumete—. Quizá podría ayudarnos en nuestras investigaciones.

Al oír que pronunciaban su nombre, Dingo apareció en la puerta de la gruta, y pareció aprobar con un breve ladrido los proyectos de Dick Sand.

Desde que el grumete había hecho esta proposición la señora Weldon estaba pensativa. Su disgusto ante la idea de la separación, aunque ésta fuese corta, era considerable ¿No podría suceder que el naufragio del Pilgrim fuese conocido muy pronto por las tribus indias que debían de frecuentar el litoral, bien al norte o bien al sur, y, en el caso de que se presentaran algunos malhechores, no era preferible estar todos reunidos para hacerles frente...?

Esta objeción formulada ante la proposición del grumete merecía ser discutida.

Sucumbió, no obstante, bajo los argumentos de Dick Sand, quien hizo observar que los indios no debían ser confundidos con los salvajes del África o de la Polinesia, y que una agresión de aquéllas no podía ser temible. En cambio, aventurarse por aquel país sin saber siquiera a qué provincia de la América del Sur pertenecía, ni a qué distancia se encontraban del lugar más próximo de la provincia, era exponerse a pasar muchas fatigas. La separación podía presentar, sin duda, sus inconvenientes, si bien menos que la marcha a ciegas por un bosque que parecía prolongarse hasta la base de las montañas.

—Además —añadió Dick Sand, insistiendo—, no puedo admitir que esa separación dure mucho, y afirmo que no durará. Al cabo de dos días, todo lo más, Volveremos a la gruta Tom y yo, sí no hemos encontrado una casa ni un habitante. A más de que eso es inverosímil; en cuanto hayamos recorrido unas veinte millas por el interior del país, de seguro habremos podido determinar su situación geográfica. Después de todo, puedo equivocarme en mis cálculos, toda vez que carezco de los conocimientos suficientes para determinarla astronómicamente, y pudiera ser que nos encontrásemos un poco más arriba o más abajo del punto de latitud que yo obtuviese en mis cálculos.

—Sí... Tal vez tengas razón, hijo mío —concluyó la señora Weldon, convencida.

—¿Y usted, qué opina de este proyecto, señor Benedicto? —preguntó Dick Sand.

—¿Yo? —interrogó el primo Benedicto.

—Sí. ¿Cuál es su opinión?

—Yo no tengo opinión —respondió el primo Benedicto—. Me parece bien

todo lo que se proponga y haré todo lo que ustedes quieran... ¿Que quieren que permanezcamos aquí un día o dos...? Bueno. Yo emplearé el tiempo en estudiar esta costa, desde el punto de vista puramente entomológico...

—Hágase, pues, tu voluntad —dijo la señora Weldon, dirigiéndose a Dick Sand—. Nos quedaremos aquí, y tú saldrás con el viejo Tom.

—Convenido —dijo el primo Benedicto, con la mayor tranquilidad del mundo—. Yo voy a hacer una visita a los insectos de la comarca.

—No se aleje usted demasiado, señor Benedicto —advirtió seriamente el grumete—; se lo recomiendo.

—No tenga ningún cuidado, muchacho.

—Sobre todo, no nos traiga demasiados mosquitos —agregó el viejo Tom.

Algunos instantes después, el entomólogo, con su preciosa caja de hojalata terciada, abandonaba la gruta.

Casi al mismo tiempo, Negro la abandonaba también. Todo parecíale muy natural a aquel hombre que sólo se ocupaba de sí mismo. Y, en tanto que el primo Benedicto subía las pendientes del acantilado para ir a explorar los linderos de la selva, él dirigiéndose de nuevo hacia el río, se alejaba con paso lento y desaparecía por segunda vez a lo largo de la orilla.

Jack continuaba durmiendo. Colocándolo sobre las rodillas de Nan, la señora Weldon descendió, entonces, hacia la playa. Dick Sand y sus compañeros la siguieron. Se trataba de ver si el estado del mar permitía llegar hasta el casco del Pilgrim, donde se encontraban aún muchos objetos que podían ser útiles a aquel grupo.

Los arrecifes entre los que había encallado el bergantín goleta estaban secos a la sazón. En medio de los restos de todas clases se erguía el casco del barco que la marea alta había cubierto en parte. Esto no dejó de extrañar a Dick Sand, pues sabía que las mareas son muy débiles en el litoral americano del Pacífico. Después de todo, aquel fenómeno podía explicarse por el furor del viento que soplaba hacia la costa.

Cuando volvieron a ver su barco, la señora Weldon y sus compañeros experimentaron una penosa impresión. ¡Allí habían vivido durante muchos días y habían sufrido! El aspecto de aquel pobre navío destrozado, sin mástiles ni velas, echado de costado como un ser privado de vida les oprimió dolorosamente el corazón.

Había que visitar aquel casco, antes de que el mar acabase de destruirlo.

Dick Sand y los negros pudieron introducirse con facilidad en el interior, después de haber subido al puente valiéndose de las jarcias que colgaban del

costado del Pilgrim. Mientras Tom, Hércules, Bat y Austin se ocupaban de extraer de la despensa todo lo que podía ser útil —tanto comestibles como líquidos—, el grumete entró en el departamento de la tripulación. A Dios gracias, el agua no había hecho irrupción en aquella parte del barco, pues la popa había quedado levantada después de la encalladura.

Allí encontró Dick Sand cuatro fusiles en buen estado —excelentes remingtons de la fábrica de «Purdey and Company»—, así como también un centenar de cartuchos cuidadosamente colocados en sus cartucheras. Con aquello tenía para armar a los suyos y ponerlos en condiciones de que resistiesen, en el caso de que los indios les atacasen por el camino.

El grumete no se olvidó tampoco de coger una linterna de bolsillo. Los mapas del buque, que se hallaban en el puesto de proa, habían sido estropeados por el agua y habían quedado inutilizados.

También había en el arsenal del Pilgrim algunos de esos magníficos cuchillos que sirven para despedazar las ballenas. Dick Sand eligió seis, destinados a completar el armamento de sus compañeros, y también se acordó de recoger un inofensivo fusil de juguete que pertenecía al pequeño Jack.

En cuanto a los demás objetos que contenía el navío, habían sido dispersados o no servían para nada. Además, resultaba inútil pertrecharse demasiado para hacer un viaje que sólo duraría algunos días. Ya estaban más que provistos de víveres, de armas y de municiones. Sin embargo, Dick Sand, por encargo de la señora Weldon, recogió todo el dinero que había a bordo: unos quinientos dólares.

¡Era bien poco! La señora Weldon había llevado una suma superior a aquélla, pero no se encontraba...

De no ser Negoro, ¿quién habría podido adelantarse en aquella visita al navío y mermar las reservas del capitán Hull y de la señora Weldon...? De seguro, nadie que no fuera él las habría encontrado. Sin embargo, Dick Sand vaciló por un instante. Por lo que sabía y adivinaba acerca de él, todo debía temerse de aquel carácter concentrado al que el mal ajeno podía arrancarle arma sonrisa... Sí, Negoro era un ser detestable; pero, ¿podía asegurarse que fuese un malhechor...? A la conciencia de Dick Sand le costaba trabajo creerlo... No obstante, no podía sospecharse de ningún otro. ¡No! Los honrados negros no habían abandonado un instante la gruta en tanto que Negoro había estado deambulando por la playa. Sólo él podía ser el culpable. Dick Sand resolvió, pues, interrogar a Negoro cuando volviese, y hasta registrarlo, si fuese preciso. Quería decididamente saber a qué atenerse.

El sol se hundía entonces en el horizonte. En aquella época, todavía no había traspasado el ecuador para proporcionar calor y luz al hemisferio austral,

aunque pronto los proporcionarla. Por tanto, bajó casi en sentido perpendicular a la línea circular en donde se confundían el mar y el cielo. El crepúsculo duró poco y la oscuridad se formó pronto, lo cual corroboró al grumete en la idea de que había arribado a un punto del litoral situado entre el Trópico de Capricornio y el Ecuador.

La señora Weldon, Dick Sand y los negros volvieron entonces a la gruta, donde debían procurarse algunas horas de descanso.

—Hará mala noche —observó Tom, señalando el horizonte, que aparecía cargado de espesas nubes.

—Sí —respondió Dick Sand—; soplará un viento muy fuerte... ¿Qué importa, ahora...? Nuestro pobre navío se ha perdido, y la tempestad ya no puede hacernos naufragar...

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! —dijo la señora Weldon.

Quedó convenido que durante aquella noche, que sería muy oscura, los negros turnarían en su vigilancia a la entrada de la gruta. Además, podían contar con Dingo, que los guardaría bien.

Entonces, se dieron cuenta de que el primo Benedicto no había regresado.

Hércules lo llamó con toda la fuerza de sus vigorosos pulmones, y al poco tiempo se vio al entomólogo bajar las pendientes del acantilado, con riesgo de romperse la cabeza.

El primo Benedicto estaba furioso en extremo. No había encontrado un solo insecto nuevo en la selva no; ni uno solo que fuese digno de figurar en su colección... Escorpiones, escolopendras y otros miriápodos, todos cuantos se quisieran, y aún más... Y ya se sabe que el primo Benedicto no simpatizaba con los miriápodos...

—No vale la pena —dijo— haber recorrido cinco o seis mil millas, haber desafiado a la tempestad y haber sido arrojado a la costa para no encontrar luego en ella ni siquiera uno solo de estos hexápodos americanos que constituyen la honra de un musco entomológico... ¡No! ¡No valía la pena!

Como conclusión, el primo Benedicto pretendía que se fueran de allí. No quería permanecer una hora más en aquella costa abominable.

La señora Weldon tranquilizó al niño grande. Le hizo creer que al día siguiente sería más afortunado, y todos iban ya a meterse en la gruta para dormir hasta que saliera el sol, cuando Tom observó que Negro no estaba aún de vuelta, aunque la noche había cerrado por completo.

—¿Dónde podrá estar? —preguntó la señora Weldon.

—¡Qué nos importa! —exclamó Bat.

—Por el contrario, nos importa —insistió la señora Weldon—. Preferiría saber que ese hombre estaba a nuestro lado.

—Sin duda, señora Weldon —intervino Dick Sand—; pero si ha renunciado voluntariamente a nuestra compañía, no veo por qué medio podríamos obligarle a que se uniera de nuevo a nosotros... ¡Quién sabe si tendrá sus motivos para abandonarnos para siempre...!

Y, llamando aparte a la señora Weldon, Dick Sand le comunicó sus sospechas. No le extrañó saber que ella también las tenía. Ambos diferían sólo en un punto.

—Si Negroro vuelve a aparecer, será porque habrá puesto el producto de su robo en lugar seguro —dijo la señora Weldon—. En mi opinión, lo mejor que podemos hacer, puesto que no lograremos hacerle que confiese su delito, es ocultarle nuestras sospechas y dejarle creer que estamos ignorantes de todo.

La señora Weldon tenía razón. Dick Sand se rindió a la evidencia.

Entretanto Negroro había sido llamado varias veces... No había respondido... O estaba ya demasiado lejos para poder oír o no quería volver...

Los negros no lamentaban haberse librado de su persona; pero, como había dicho hacía poco la señora Weldon, tal vez fuese más de temer aún de lejos que de cerca. Además, ¿cómo explicarse que Negroro quisiera aventurarse solo por aquella región desconocida? ¿Se habría extraviado y buscaría en vano, en la oscuridad de la noche, el camino de la gruta...?

La señora Weldon y Dick Sand no sabían qué pensar. Ocurriese lo que ocurriera, por esperar a Negroro, no podían privarse de un descanso que era tan necesario para todos.

En aquel momento, el perro, que correteaba por la playa, ladró con fuerza.

—¿Qué pasa, Dingo? —interrogó la señora Weldon.

—Hay que enterarse a toda costa —dijo el grumete—. Tal vez sea que vuelve Negroro...

En seguida, Hércules, Bat, Austin y Dick Sand se dirigieron hacia la desembocadura del río.

Pero, una vez que llegaron a la orilla, no vieron ni oyeron nada; Dingo callaba entonces.

Dick Sand y los negros volvieron a la gruta.

El lecho fue preparado lo mejor que se pudo. Los negros se dispusieron a velar afuera por turno.

Pero la señora Weldon, inquieta, no pudo dormir. Le parecía que aquella

tierra, tan ardientemente deseada, no le proporcionaba lo que ella había podido esperar, que era la seguridad para los suyos y el reposo para ella...

CAPÍTULO XV

HARRIS

Al día siguiente, 7 de abril, Austin, que estaba de guardia al amanecer, vio a Dingo que corría ladrando hacia el riachuelo. Poco después, la señora Weldon, Dick Sand y los negros salieron de la gruta.

De seguro pasaba algo.

—Dingo ha olido a algún ser vivo, bien sea un hombre o un animal —dijo el grumete.

—Desde luego, no se trata de Negro —observó Tom—; pues, de ser así, ladraría furioso.

—Si no es Negro, ¿quién podrá ser? —preguntó la señora Weldon, dirigiendo a Dick Sand una mirada que sólo fue comprendida por él—. Si no es Negro, ¿quién puede ser, entonces...?

—Ahora vamos a saberlo, señora Weldon —contestó el grumete.

Luego, dirigiéndose a Bat, a Austin y a Hércules, agregó:

—Ármense y vengan ustedes, amigos míos.

Cada negro cogió un fusil y un cuchillo, como había hecho Dick Sand. Un cartucho fue deslizado por la culata de cada Remington, y una vez armados así los cuatro se dirigieron hacia la orilla del río.

La señora Weldon, Tom y Acteón se quedaron a la entrada de la gruta, donde el pequeño Jack y Nan se hallaban aún.

Entonces, salía el sol. Sus rayos, interceptados por las altas montañas del este, no llegaban directamente al acantilado; pero, hasta el horizonte occidental, el mar brillaba a los primeros reflejos del día.

Dick Sand y sus compañeros seguían el ribazo de la costa cuya curva coincidía con la desembocadura del río.

Inmóvil y como en espera, Dingo continuaba allí ladrando. Era evidente que veía u olía a algún indígena.

Y, en efecto, aquella vez no era a Negro, su enemigo, al que presentía el perro.

En aquel momento, un hombre volvió la última esquina del acantilado. Avanzaba con prudencia por el ribazo, y, con sus gestos familiares, trataba de tranquilizar a Dingo. Se comprendía que no se preocupaba de hacer frente a la cólera del vigoroso animal.

—¡No es Negro! —exclamó Hércules.

—¡Nada podemos perder en el cambio! —dijo Bat.

—Nada —corroboró el grumete—. Tal vez sea un indígena y nos ahorre la molestia de la separación... ¡Por fin vamos a saber con exactitud dónde estamos!

Y echándose los fusiles al hombro, se dirigieron los cuatro con rapidez hacia el desconocido.

Al verles acercarse, éste dio muestras en un principio de la más viva sorpresa. De seguro no esperaba encontrar a unos extranjeros en aquella parte de la costa. Así mismo, no había distinguido aún los restos del Pilgrim, en cuyo caso se hubiera explicado la presencia de los náufragos. Además, la resaca había acabado de destrozarse el casco del navío durante la noche, y sólo se veían ya unos cuantos objetos flotantes.

El desconocido, cuando vio que caminaban hacia él aquellos cuatro hombres armados, hizo un movimiento como para volver sobre sus pasos. Llevaba terciado un fusil que cogió con rapidez entre sus manos y luego apoyó en el hombro. Se conocía que no estaba muy tranquilo.

Dick Sand hizo un gesto de saturación que debió ser comprendido por el desconocido, puesto que, tras cierta vacilación, continuó avanzando.

Dick Sand pudo entonces examinarlo con atención.

Era un hombre vigoroso, de unos cuarenta años todo lo más, de mirada penetrante, con los cabellos y la barba canosa y la tez curtida, como la del hombre nómada que ha vivido siempre al aire libre en la selva o en la llanura. Una especie de blusa de piel curtida le servía de chaqueta, un amplio sombrero cubría su cabeza, usaba unas botas de cuero que le llegaban hasta cerca de las rodillas y unas espuelas de gran acicate resonaban en sus altos tacones.

Dick Sand comprendió desde el primer momento, como así era en efecto, que no tenía delante a uno de los indios corredores propios de las pampas, sino uno de esos aventureros de sangre extranjera, a menudo poco recomendables, que se encuentran con frecuencia en las regiones lejanas. Por su actitud, bastante altiva, y por el color rojizo de algunos pelos de su barba, parecía que aquel desconocido debía ser de origen anglosajón. Desde luego, no era un indio ni un español.

Dick Sand se aseguró más en ello cuando, al decirle en inglés «Sea usted

bien venido», respondió en la misma lengua y sin que en su pronunciación se advirtiese ningún acento extraño:

—Bien venido sea usted también, joven amigo.

Y adelantándose hacia el grumete, le estrechó la mano.

En cuanto a los negros, se contentó con hacerles un movimiento de cabeza, sin dirigirles la palabra.

—¿Son ustedes ingleses? —preguntó al grumete.

—Americanos —respondió Dick Sand.

—¿Del sur?

—Del norte.

Esta respuesta pareció agrandar al desconocido, que sacudió con más fuerza la mano del grumete, esta vez, muy a la americana.

—¿Y puedo saber, joven amigo, cómo es que se encuentran ustedes en esta costa? —preguntó.

En aquel momento, sin esperar a que el grumete contestase a su pregunta, se quitó el sombrero y saludó.

La señora Weldon había avanzado hasta el ribazo, y se hallaba entonces frente a él.

Fue ella la que respondió a la pregunta.

—Caballero —le dijo—, somos unos náufragos cuyo navío se estrelló ayer contra esos arrecifes.

Un sentimiento de lástima se reflejó en el semblante del desconocido, cuya mirada buscó el barco encallado.

—Ya no queda nada de nuestro navío —agregó el grumete—. La resaca ha acabado de destruirlo durante la noche.

—Nuestra primera pregunta —prosiguió la señora Weldon— ha de ser para averiguar dónde estamos.

—Pues están ustedes en el litoral de la América del Sur —respondió el desconocido, que parecía sorprendido ante la pregunta—. ¿Acaso pueden ustedes tener alguna duda a este respecto?

—Sí, señor; porque la tempestad había podido desviarnos de nuestra ruta, que no he podido determinar con precisión —contestó Dick Sand—. Ahora, he de preguntarle dónde estamos con más exactitud... Supongo que nos hallamos en la costa del Perú...

—¡No, joven amigo, no! ¡Un poco más al sur...! Han encallado ustedes en la costa boliviana.

—¡Ah! —exclamó Dick Sand.

—Y se encuentran ustedes en la parte meridional de Bolivia que confina con Chile.

—¿Qué punto es éste, entonces? —preguntó Dick Sand, señalando al promontorio del norte.

—No puedo decirles su nombre —respondió el desconocido—, pues aunque conozco el país de un modo pasadero por el interior, por haberlo recorrido a menudo, ésta es la primera vez que visito esta parte de la costa.

Dick Sand reflexionaba acerca de lo que acababa de escuchar. Aquello no le extrañaba mucho, pues su cálculo podía haberle engañado en lo que concernía a las corrientes; pero el error no era considerable. En efecto, teniendo en cuenta el sitio donde había dejado la isla de Pascua, debía hallarse entre el vigesimoséptimo y el trigésimo paralelos, sobre poco más o menos, y había encallado en el vigesimoquinto paralelo. No existía imposibilidad alguna de que el Pilgrim se hubiera desviado de aquel modo, hasta cierto punto insignificante, durante una travesía tan larga.

Además, ningún motivo había para dudar de los asertos del desconocido, y puesto que aquella costa era la de la baja Bolivia, nada de extraño tenía que estuviese tan desierta.

—Caballero —dijo entonces Dick Sand—, de su respuesta deduzco que nos encontramos a gran distancia de Lima.

—Sí; Lima está lejos... Por allá, por el norte...

La señora Weldon, que había adquirido cierta desconfianza, a causa de la desaparición de Negoro, observaba al recién llegado con extremada atención; pero ni en su actitud ni en su manera de expresarse sorprendió nada que pudiera hacer sospechosa su presencia.

—Caballero —dijo—, acaso sea indiscreta mi pregunta... ¿Es usted de origen peruano?

—Soy americano, como usted debe de serlo también, señora... —contestó el desconocido, esperando que la americana le diese a conocer su nombre.

—Señora Weldon —respondió ésta.

—Yo me llamo Harris, y he nacido en Carolina del Sur; pero hace veinte años que me trasladé de mi país a las pampas de Bolivia, y por eso me congratula tanto encontrarme con unos compatriotas.

—¿Vive usted en esta parte de la provincia, señor Harris? —preguntó la señora Weldon.

—No, señora Weldon —respondió Harris—, habito al sur, en la frontera chilena, y, en este momento, me dirijo a Atacama, en la parte nordeste.

—¿Estamos en los límites del desierto de ese nombre? —interrogó Dick Sand.

—Precisamente, joven amigo; y ese desierto se extiende más allá de las montañas que cierran el horizonte.

—¿El desierto de Atacama? —replicó Dick Sand.

—Sí —respondió Harris—. Ese desierto es como un país aparte en la vasta América del Sur, de la que se diferencia bajo todos conceptos. Es la región más curiosa y al mismo tiempo menos conocida del continente.

—¿Y viaja usted solo? —preguntó la señora Weldon.

—¡Oh! No es la primera vez que hago este viaje —contestó el americano—. A doscientas millas de aquí, hay una quinta importante, la hacienda de San Felice, que pertenece a un hermano mío, y voy a su casa para ventilar un asunto. Si quieren acompañarme, serán ustedes bien recibidos y no les faltarán medios de transporte para llegar a la ciudad de Atacama. Mi hermano tendrá mucho gusto en proporcionárselos.

Aquellos ofrecimientos, hechos de un modo espontáneo, sólo podían prevenirles en favor del americano, el cual, dirigiéndose a la señora Weldon, preguntó:

—¿Estos negros son esclavos suyos?

Y señalaba con la mano a Tom y sus compañeros.

—En los Estados Unidos ya no hay esclavos —respondió con apresuramiento la señora Weldon—. Hace mucho tiempo que el norte abolió la esclavitud, y el sur ha debido seguir el ejemplo del norte.

—¡Ah! Es verdad —respondió Harris—. Había olvidado que la guerra de 1862 dejó resuelta esa grave cuestión... Pido por ello perdón a esa buena gente —añadió Harris, con el asomo de ironía que pondría en su expresión un americano del sur al hablar de los negros—; pero, como vi a esos señores a su servicio, creí...

—No están a mi servicio ni lo han estado nunca, caballero —respondió con seriedad la señora Weldon.

—Nos consideraríamos muy honrados al servir a la señora Weldon —dijo entonces el viejo Tom—; pero sepa el señor Harris que nosotros no

pertenecemos a nadie. Cierto que fui esclavo, y vendido como tal en África, cuando sólo tenía seis años pero mi hijo Bat, aquí presente, ha nacido de padre manumitido, y en cuanto a nuestros compañeros, son hijos de padres libres.

—¡No puedo por menos de felicitarles! —exclamó Harris, con una entonación que parecía a la señora Weldon poco sincera—. En Bolivia, por supuesto, no tenemos esclavos. Por consiguiente, nada tienen ustedes que temer, y pueden estar aquí tan seguros como en los Estados Unidos de Nueva Inglaterra.

En aquel momento, el pequeño Jack salió de la gruta frotándose los ojos y seguido de Nan.

Una vez que hubo visto a su madre, corrió hacia ella. La señora Weldon lo besó con ternura.

—¡Qué niño tan encantador! —exclamó el americano, acercándose a Jack.

—Es hijo mío —dijo la señora Weldon.

—¡Oh, señora Weldon! ¡Ha debido usted padecer más al ver a su hijo expuesto a tanto sufrimiento!

—Dios lo ha conservado sano y salvo, lo mismo que a nosotros, señor Harris —respondió la señora.

—¿Me permite usted que le bese en sus hermosas mejillas? —preguntó Harris.

—Con mucho gusto —contestó la señora Weldon.

Pero el rostro del «señor Harris» no le gustó al pequeño Jack, que se aproximó a su madre, como buscando en ella refugio.

—¡Calle! —exclamó Harris—. ¿No quiere usted que le bese...? ¿Le infundo miedo, querido niño...?

—Dispéñese, caballero —se apresuró a decir la señora Weldon—. Le da vergüenza...

—¡Bueno! ¡Ya nos conoceremos más a fondo! —concluyó Harris—. Una vez en la hacienda, se divertirá montando un lindo poney que le hablará muy bien de mí...

Pero el ofrecimiento del lindo poney no llegó a halagar a Jack, como tampoco le había halagado la proposición de besar al señor Harris.

La señora Weldon, bastante contrariada, se apresuró a desviar la conversación. No quería que se considerase ofendido un hombre que les había ofrecido sus servicios con tanto desinterés.

Entretanto Dick Sand reflexionaba acerca de la proposición de ir a la hacienda de San Felice. Como había dicho Harris, un recorrido de más de doscientas millas por entre selvas y llanuras, resultaba un viaje muy fatigoso, puesto que faltaban en absoluto los medios de transporte.

El joven grumete hizo, por tanto, algunas observaciones a este respecto, y esperó la respuesta del americano.

—El viaje es un poco largo, en efecto —contestó Harris—; pero allá, a unos centenares de pasos del ribazo, tengo un caballo que pongo a la disposición de la señora Weldon y de su hijo. Para nosotros, no resulta difícil, ni tampoco fatigoso, que hagamos el recorrido a pie. Además, las doscientas millas de camino a que he hecho referencia, existen siguiendo el curso de este río, como yo lo he hecho otras veces. En cambio, si atravesamos el bosque, ese recorrido disminuirá en unas ochenta millas, por lo menos... Ahora bien a razón de diez millas por día, creo que podremos llegar a la hacienda sin demasiado esfuerzo.

La señora Weldon dio las gracias al americano.

—No puede usted demostrarme su agradecimiento de mejor manera que aceptando —dijo Harris—. Aunque nunca he atravesado ese bosque, no creo que me ofrezca dificultades el camino, pues estoy bastante acostumbrado a la pampa... En cambio, existe una cuestión grave, que es la de los víveres... Yo no traigo más que lo estrictamente necesario para llegar a la hacienda de San Felice...

—Señor Harris —dijo la señora Weldon—, por fortuna, nosotros disponemos de víveres en cantidad más que suficientes, y tendremos mucho gusto en compartirlos con usted.

—Pues bien, señora Weldon; creo que entonces todo está arreglado, y que no hay nada que hacer más que partir.

Harris se dirigía ya hacia la orilla del río para ir a recoger el caballo del sitio donde lo había dejado, cuando Dick Sand le detuvo, haciéndole una nueva pregunta.

No le satisfacía mucho al joven grumete abandonar el litoral para introducirse en el interior del país por aquel interminable bosque. El marino reaparecía en él, y entre seguir por la costa o abandonarla, la elección para él no era dudosa.

—Señor Harris —dijo—, ¿por qué en lugar de recorrer ciento veinte millas por el desierto de Atacama, no hemos de seguir el litoral...? Distancia por distancia, ¿no sería mejor procurar llegar a la ciudad más próxima, ya sea al norte o al sur?

—Joven amigo —respondió Harris, frunciendo un tanto el ceño—, creo que a menos de tres o cuatrocientas millas no se encuentra una ciudad junto a la costa, la cual conozco con mucha imperfección...

—Al norte, no —dijo Dick Sand—; pero, ¿y al sur?

—Por el sur —replicó el americano—, habría que bajar hasta Chile. El recorrido es casi lo mismo de largo, y, si he de decirle la verdad, no me gustaría atravesar las pampas argentinas, pues, con gran sentimiento mío, no podría acompañarles...

—Los navíos que van de Chile al Perú, ¿no pasan por frente de esta costa? —pregunto entonces la señora Weldon.

—No; pasan a mucha distancia —contestó Harris—. Prueba de ello es que no habrán ustedes visto ninguno...

—En efecto —afirmó la señora Weldon.

Y dirigiéndose al grumete, continuó:

—Dick, ¿tienes por hacer alguna otra pregunta al señor Harris?

—Una sola, señora Weldon —dijo el grumete, al que le costaba trabajo ceder—. He de preguntar al señor Harris en qué puerto cree que podemos encontrar un navío que nos lleve a San Francisco.

—No puedo decírselo a usted, joven amigo —respondió el americano—. Todo lo que sé es que en la hacienda de San Felice les proporcionaremos los medios de llegar a la ciudad de Atacama, y desde allí...

—Señor Harris —intervino entonces la señora Weldon—, no crea usted que Dick Sand no se determina a aceptar sus ofrecimientos.

—No, señora Weldon, no; yo no vacilo —dijo el joven grumete—; pero no puedo por menos de lamentar el no seguir a lo largo de la costa, unos grados más al norte o al sur... Nos habríamos aproximado a un puerto, y esta circunstancia, facilitando nuestra repatriación, nos hubiera evitado el poner a contribución la buena voluntad del señor Harris.

—No tema abusar de mí, señora Weldon —insistió Harris—. Le repito que para mí es muy poco frecuente la ocasión de encontrarme entre compatriotas, y que tendría un verdadero placer en servirles...

—Aceptamos su ofrecimiento, señor Harris —resolvió la señora Weldon—; pero, sin embargo no quisiera privarle a usted de su caballo... Yo soy buena andadora...

—Y yo muy buen andador —interrumpió Harris, inclinándose—. Estoy acostumbrado a hacer largas travesías por las pampas, y no seré yo el que haga

que se retrase la caravana... No, señora Weldon; usted y su hijito Jack se servirán del caballo. Además, es probable que nos encontremos por el camino algunos criados de la hacienda, y, si van a caballo, nos cederán las monturas...

Dick Sand comprendió que haciendo nuevas objeciones contrariaba a la señora Weldon.

—Señor Harris, ¿cuándo hemos de partir? —preguntó entonces.

—Hoy mismo, joven amigo —respondió Harris—. La mala estación comienza en el mes de abril, y es preciso que llegemos cuanto antes a la hacienda de San Felice. El camino por el bosque, en fin, es el más corto, y tal vez también el más seguro. Es menos expuesto que el de la costa a las incursiones de los indios nómadas, que son unos bribones redomados.

—Amigos míos —dijo Dick Sand, volviéndose hacia los negros—, hay que hacer los preparativos para emprender la marcha. Elijamos, pues, de las provisiones que llevábamos a bordo las que puedan ser más fáciles de transportar, y hagamos con ellas los paquetes necesarios que nos repartiremos entre todos.

—Señor Dick —dijo Hércules—, si usted quiere, yo llevaré toda la carga.

—No, mi buen Hércules —contestó el grumete—. Más vale que nos la repartamos entre todos.

—Es usted un vigoroso compañero Hércules —dijo entonces, Harris, que contemplaba al negro como si éste hubiese de ser vendido—. En los mercados de África, hubiera usted valido mucho...

—Valga lo que valga —respondió Hércules, riendo— los compradores tendrán que correr mucho, si quieren atraerme...

Todo estaba convenido, y para apresurar la salida todos se aprestaron a la tarea. Además, no había qué preocuparse del avituallamiento más que para el viaje del litoral a la hacienda, es decir, para unos diez días de camino.

—Antes de partir, señor Harris —dijo la señora Weldon—; antes de aceptar su hospitalidad, he de rogarle que acepte usted la nuestra. ¡Se la ofrecemos de todo corazón!

—Acepto, señora Weldon, acepto con gusto —respondió Harris, con jovialidad.

—Dentro de algunos minutos el desayuno estará servido.

—Muy bien, señora Weldon. Voy a aprovechar esos minutos para ir a recoger el caballo y conducirlo hasta aquí. ¡Él ya se habrá desayunado!

—¿Quiere usted que le acompañe, caballero? —preguntó Dick Sand al

americano.

—Como usted guste, joven amigo —respondió Harris—. Venga usted, y le daré a conocer el nacimiento de este río.

Partieron ambos.

Entretanto, Hércules fue enviado en busca del entomólogo. Al primo Benedicto le tenía sin cuidado lo que pasaba a su alrededor. Deambulaba entonces por lo alto del acantilado, en busca de un insecto «inhallable», que no encontraba, como es natural.

Hércules le hizo volver, en contra de su voluntad. La señora Weldon le hizo saber que la marcha estaba decidida, y que, durante unos diez días, había que viajar por el interior de la comarca.

El primo Benedicto respondió que estaba dispuesto a partir, y que accedería a atravesar toda la América, con tal de que le dejasen «coleccionar» por el camino.

La señora Weldon se decidió entonces con la ayuda de Nan a preparar una comida reconfortante. Buena precaución, antes de ponerse en marcha.

A la sazón, Harris, acompañado de Dick Sand, había vuelto el recodo del acantilado. Anduvieron unos trescientos pasos, siguiendo la orilla del río. Un caballo, que estaba atado a un árbol, dejó oír alegres relinchos al notar que se acercaba su amo.

Era una bestia vigorosa, de una especie que Dick Sand no pudo reconocer. Con el cuello largo, el lomo estrecho, la cola larga, el cuerpo ancho y la cabeza grande, aquel caballo presentaba las características de las razas a las cuales se les atribuye un origen árabe.

—Ya ve usted, joven amigo —dijo Harris—, que es un vigoroso animal. Sepa que no se cansará en el camino.

Harris desató su caballo, lo cogió de la brida y echó a andar, delante de Dick Sand. Éste dirigió unas rápidas miradas al río y a la selva que abarcaba sus dos orillas, y no vio nada que pudiera inquietarle.

Cuando alcanzó el americano, le dirigió con brusquedad la pregunta siguiente, que él no podía esperar:

—Señor Harris, ¿no se ha encontrado usted esta noche con un portugués llamado Negoro?

—¿Negoro? —preguntó Harris, con la entonación del hombre que no comprende lo que se le quiere decir—. ¿Quién es ese Negoro?

—Era el cocinero del barco —respondió Dick Sand—, y ha desaparecido.

—¿Ahogado, quizá? —interrogó Harris.

—¡No, no! —dijo Dick Sand—. Ayer tarde, estaba todavía con nosotros; pero por la noche nos abandonó, y es probable que siguiera la orilla del río... Como usted ha llegado de ese lado, por eso le pregunto si lo había encontrado.

—No he encontrado a nadie —replicó el americano—; y si el cocinero se ha aventurado solo por la selva, ha podido extraviarse... Tal vez nos lo encontremos en el camino...

—Sí... ¡tal vez! —exclamó Dick Sand.

Cuando ambos hubieron vuelto a la gruta, el desayuno estaba dispuesto. Se componía, como la cena de la víspera, de conservas alimenticias, cornbeef y galleta. Harris lo recibió como un hombre dotado por la naturaleza de un gran apetito.

—¡Vaya! —dijo—. Veo que no nos moriremos de hambre por el camino... No diré lo mismo de ese pobre diablo portugués de quien me ha hablado nuestro joven amigo...

—¡Ah! —exclamó la señora Weldon—. ¿Le ha dicho Dick Sand que no hemos vuelto a ver a Negro?

—Sí, señora Weldon —dijo el grumete—. Deseaba saber si el señor Harris se lo habla encontrado.

—No —insistió Harris—. Dejemos, pues, a ese desertor en donde esté, y ocupémonos de la partida... ¡Cuando usted quiera, señora Weldon!

Cada uno cogió el paquete que le había sido destinado. La señora Weldon, con la ayuda de Hércules, montó en el caballo, y el ingrato Jack, con su fusil terciado, lo cabalgó también, sin pensar siquiera en dar las gracias al que ponía a su disposición tan excelente montura.

Jack, que se había colocado delante de su madre, dijo que él sabía conducir muy bien el caballo de «aquel señor».

Se le entregaron entonces las riendas, y se quedó convencido de que él era el verdadero jefe de la caravana.

CAPÍTULO XVI

EL CAMINO

No sin cierta aprensión —que nada por cierto parecía justificar—, Dick Sand, después de haber andado trescientos pasos siguiendo la orilla del río,

penetró en la espesa selva cuyos difíciles senderos iban a recorrer durante diez días él y sus compañeros.

Por el contrario, tenía plena confianza la señora Weldon, mujer y madre, a la que los peligros podían haberla inquietado doblemente.

Dos motivos muy importantes habían contribuido a tranquilizarla. En primer término, porque aquella región de las pampas no era muy temible, ni por los indígenas ni por los animales que encerraba. Además, porque bajo la dirección de Harris —un guía tan seguro de sí como parecía serlo el americano—, no podía haber temor alguno de extraviarse.

He aquí el orden de la caravana, que debía ser mantenido, en cuanto fuera posible, durante el viaje:

Dick Sand y Harris, ambos armados —uno con su largo fusil y el otro con una Remington—, figuraban a la cabeza del grupo.

Después, iban Bat y Austin, también armados con un fusil y con un cuchillo cada uno.

Detrás de ellos, seguían la señora Weldon y el pequeño Jack, a caballo. Luego, Nan y Tom.

A retaguardia, Acteón, armado con una cuarta Remington, y Hércules, con un hacha a la cintura, cerraba el cortejo.

Dingo corría de un lado para otro, y, como observó Dick Sand, parecía un perro inquieto que buscase una pista. Su aspecto había cambiado mucho desde que el naufragio del Pilgrim le había arrojado a aquel litoral. Parecía agitado, y, casi sin cesar, dejaba oír un gruñido sordo, más bien lastimero que furioso. Esto fue reconocido por todos, aunque nadie podía explicárselo.

En cuanto a primo Benedicto, había sido imposible asignársele puesto, lo mismo que a Dingo. A no ser que lo hubieran atado, no lograrían hacérselo conservar. Con su caja de hoja de lata terciada, con su gasa de cazar mariposas en la mano y su gran lupa pendiente del cuello, unas veces detrás y otras delante, registraba la hierba crecida, persiguiendo a los ortópteros o a cualquier otro insecto terminado en «ptero», con riesgo de ser mordido por cualquier serpiente venenosa.

Durante la primera hora, la señora Weldon, inquieta, le llamó veinte veces. Nada consiguió.

—Primo Benedicto —le dijo por último—, te ruego con toda formalidad que no te alejes demasiado, y por última vez te suplico que tengas en cuenta mi recomendación.

—Bueno, prima; pero cuando vea un insecto...

—Cuando veas un insecto —continuó la señora Weldon—, le dejarás correr en paz, o, de lo contrario me veré en la necesidad de quitarte la caja que llevas.

—¡Quitarme la caja! —exclamó el primo Benedicto, como si se tratase de arrancarle las entrañas.

—La caja y la gasa de cazar mariposas —insistió, despiadadamente la señora Weldon.

—¡La gasa de cazar mariposas, prima...! ¿Y por qué no las gafas...? ¡No te atreverías! ¡No! ¡No te atreverías!

—¡Y hasta las gafas, que se me habían olvidado! Te agradezco, primo Benedicto, que me hayas recordado ese medio de dejarte ciego, y, por consiguiente, de obligarte a que seas razonable.

Aquella triple amenaza produjo el efecto apetecido, y el rebelde primo Benedicto estuvo sometido durante cerca de una hora. Luego comenzó a alejarse de nuevo, y, como quiera que habría hecho otro tanto, aun sin gasa para cazar mariposas, sin su caja y sin gafas, hubo que dejarle obrar a su antojo. Hércules se encargó de vigilarle, y quedó convenido que obraría como el primo Benedicto con un insecto, esto es, que, cuando fuese necesario, le echaría una mano y lo reintegraría a su puesto con la misma delicadeza con que el otro se habría posesionado del más extraño de los lepidópteros.

Convenido esto, nadie volvió a ocuparse del primo Benedicto.

Como se ha visto, aquel grupo iba bien armado y se sometía a una disciplina severa. Sin embargo, Harris repitió que sólo podía temerse algún encuentro con los indios nómadas, y que, aun esto, no era probable.

Desde luego, las precauciones adoptadas bastarían para hacerse respetar por ellos.

Los senderos que atravesaban la frondosa selva no merecían este nombre. Estaban hechos por las pisadas de los animales, más bien que por las pisadas del hambre. Sólo permitían avanzar con dificultad. Por tanto, como no podían recorrerse más de cinco o seis millas durante cada doce horas, como término medio, Harris había calculado con exactitud.

Por otra parte, el tiempo estaba hermoso. El sol ascendía al cénit, esparciendo a oleadas sus rayos casi perpendiculares. En la llanura, hubiera sido insoportable aquel calor, como Harris hizo notar, mientras que bajo aquella impenetrable espesura se soportaba fácil e impunemente.

La mayor parte de los árboles que formaban aquella selva eran desconocidos, tanto para la señora Weldon como para sus compañeros — blancos o negros—. Sin embargo, un hombre experto habría observado que

eran más notables por su calidad que por su tamaño. Aquí se encontraba la bohinia o madera de hierro; allá, el molompi idéntico al pterocarpo madera sólida y ligera, a propósito para hacer pagayas o remos, y cuyo tronco exuda una resina abundante; más lejos, fustetes, muy cargados de materia colorante, y guayacos, que medían hasta doce pies de diámetro.

Mientras caminaban, Dick Sand preguntaba a Harris los nombres de aquellas diversas especies.

—¿No ha estado usted nunca en el litoral de la América del Sur? —le preguntó Harris, antes de contestar a su primera pregunta.

—Nunca —respondió el grumete—; en ninguno de mis viajes tuve ocasión de visitar estas costas, y, a decir verdad, no creo que me haya hablado nadie de conocerlas...

—Por lo menos, habrá usted explorado las costas de Colombia, las de Chile o las de la Patagonia...

—No; nunca.

—La señora Weldon tal vez haya visitado esta parte del Nuevo Continente —insistió Harris—. Los americanos no tenemos miedo a los viajes, y sin duda...

—No, señor Harris —respondió la señora Weldon—. Los intereses comerciales de mi marido sólo le han llamado siempre a Nueva Zelanda, y no he tenido ocasión de acompañarle a ninguna otra parte... Nadie nos conoce en esta parte de la baja Bolivia...

—Pues bien, señora Weldon; usted y sus compañeros verán un singular país, que contrasta de un modo extraño con las regiones del Perú, del Brasil o de la República Argentina. Su flora y su fauna causarían el asombro de un naturalista. ¡Ah...! Puede decirse que han naufragado ustedes en un buen lugar, y, si no fuera demasiado importuno, podrían dar gracias al destino...

—Creo que no ha sido el destino el que nos ha traído aquí, señor Harris, sino Dios.

—¡Dios! ¡Sí! ¡Dios! —afirmó Harris, con la entonación de un hombre que apenas admite la intervención providencial en las cosas del mundo.

Puesto que ninguno del grupo conocía aquel país ni sus producciones, Harris sintió una profunda satisfacción nombrando los árboles más curiosos del bosque.

En verdad, era una lástima que en el primo Benedicto no se uniese el botánico al entomólogo. Si, hasta entonces, apenas habla encontrado algún que otro insecto raro o nuevo, en cambio habría hecho magníficos descubrimientos

de botánica. Allí había con profusión vegetales de todos los tamaños, cuya existencia no había podido ser comprobada aún en las selvas tropicales del Nuevo Mundo. El primo Benedicto podía haber hecho célebre su nombre, de seguro. Pero no le gustaba la botánica, ni la conocía. Incluso, como es natural, tenía aversión a las flores, con el pretexto de que algunas se permiten aprisionar a los insectos en sus corolas e intoxicarlos con sus sustancias venenosas.

La selva aparecía a veces pantanosa. Bajo los pies se notaba una red de hilillos líquidos que debían aumentar a los afluentes del riachuelo. Algunos de estos arroyos, un poco anchos, sólo pudieron ser atravesados después de haber encontrado los lugares vadeables.

Junto a sus orillas, crecían espesos cañaverales, a los que Harris dio el nombre de papiros. No se equivocaba. Aquellas plantas herbáceas crecían con abundancia en aquellas húmedas orillas.

Luego, atravesando el pantano, la espesura de árboles cubría de nuevo los estrechos caminos de la selva.

Harris hizo notar a la señora Weldon y a Dick Sand unos ébanos hermosos, más grandes que el ébano común y que dan una madera más negra y más dura que la del comercio. Luego, aparecieron unos manglares bastante numerosos aunque se hallaban bastante alejados del mar. Una especie de capa de orchilla les llegaba hasta las ramas. Su densa sombra y su fruto delicioso hacían de ellos unos preciosos árboles, y, sin embargo, según refirió Harris, ningún indígena se habría atrevido a propagar la especie. «El que planta un manglar muere». Tal es la frase supersticiosa del país.

Durante la segunda mitad de aquella primera jornada de viaje, después de la parada hecha a mediodía, la caravana empezó a subir un terreno ligeramente inclinado. No se trataba aún de las pendientes en la cadena del primer llano, sino de una especie de terraplén que unía la llanura con la montaña.

Allí, los árboles, un poco menos tupidos, y a veces reunidos en grupos, habrían hecho la marcha más difícil, si el suelo no estuviera invadido por las plantas herbáceas. Entonces, podían haber creído que se encontraban en las selvas de la India Oriental. La vegetación parecía ser menos lujuriosa que en el bajo valle del riachuelo; pero, en cambio, era superior a la de las regiones templadas del Antiguo y del Nuevo Continente. El añil crecía allí con profusión, y, según Harris, aquella leguminosa pasaba con razón por ser la planta más invasora de la región. En cuanto un campo acababa de ser abandonado, aquel parásito, tan desdeñado como el cardo y la ortiga, se apoderaba de él inmediatamente.

Un árbol parecía faltar en aquella selva y que debería haber sido muy

frecuente en aquella parte del Nuevo Continente. Era el árbol del caucho. En efecto, el ficus prinoides, el castilloa elastica, el cecropia peltata, el collophora utilis, el cameraria latifolia y, sobre todo, el syphonia elastica abundan en las provincias de la América meridional. Y, sin embargo —cosa singular en extremo—, no se veía uno solo...

Precisamente, Dick Sand había prometido a su amigo Jack enseñarle los árboles del caucho. Aquello habría constituido una gran decepción para el pequeño, que se figuraba que las pelotas, los muñecos parlantes, los polichinelas articulados y los balones elásticos, brotaban espontáneamente de los árboles. Se lamentó mucho por ello.

—¡Paciencia, muchacho! —dijo Harris—. Ya encontraremos cauchos a centenares en los alrededores de la hacienda.

—¿Muy elásticos, muy elásticos? —preguntó el pequeño Jack.

—De lo más elástico que hay. ¡Mire...! ¿Quiere usted un fruto para refrescar?

Mientras decía esto, Harris se dirigió a un árbol para coger un fruto que parecía ser tan sabroso como el del albaricoquero.

—¿Está usted seguro, señor Harris —interrogó la señora Weldon—, de que ese fruto no puede hacer daño?

—Voy a tranquilizarla a usted, señora Weldon —respondió el americano, mordiendo uno de aquellos frutos—. Esto es un mango.

Y el pequeño Jack, sin hacerse rogar, siguió el ejemplo de Harris. Declaró que estaban muy buenas «aquellas peras», y el árbol fue puesto en seguida a contribución.

Aquellos mangos pertenecían a la especie cuyos frutos están maduros en marzo y abril, y, por consiguiente, estaban en sazón, pues hay otros que no lo están hasta setiembre.

—¡Sí! ¡Están muy buenos, muy buenos! —Decía el pequeño Jack, con la boca llena—. Pero el amigo Dick me ha prometido cauchos si era bueno, y yo quiero cauchos...

—Los tendrás, Jack mío —dijo la señora Weldon—, puesto que el señor Harris te lo asegura.

—Eso no es todo —insistió Jack—. Mi amigo Dick me ha prometido además otra cosa...

—¿Qué le ha prometido el amigo Dick? —pregunto Harris, sonriendo.

—Pájaros moscas.

—También tendrá usted pájaros moscas, muchacho; pero más adelante, más adelante...

El hecho es que el pequeño Jack tenía derecho a reclamar algunos encantadores colibríes, puesto que se encontraba en un país donde debían abundar. Los indios, que saben trenzar con arte sus plumas, han prodigado los nombres más poéticos a esas alhajas del género volátil. Les llaman los «rayos» o «los cabellos del sol». Aquí es el reyezuelo de las flores; allá, «la flor celeste que viene a acariciar con su vuelo la flor terrestre...». También es «el penacho de pedrería que resplandece a la luz del día...». Puede llegar a creerse que la imaginación de los indígenas habría sabido crear un nuevo apelativo poético para cada una de las ciento cincuenta especies que constituyen la maravillosa familia de los colibríes.

Sin embargo, a pesar de que debían ser tan numerosos en los bosques de Bolivia los pájaros moscas, el pequeño Jack tuvo que contentarse con la promesa de Harris. Según el americano, todavía estaban muy cerca de la costa, y a los colibríes no les gustaban aquellos desiertos próximos al océano. La presencia del hombre no les asustaba, y en la hacienda no se oía en todo el día más que el grito de terter y el zumbido de sus alas, semejante al de una rueca.

—¡Ah, cómo quisiera estar allá! —exclamó el pequeño Jack.

El medio más seguro de llegar cuanto antes a la hacienda de San Felice era el de no detenerse en el camino. La señora Weldon y sus compañeros, por tanto, sólo se tomaban el tiempo absolutamente necesario para descansar.

El bosque cambiaba ya de aspecto. Entre los árboles, menos espesos, aparecían grandes claros. El suelo, rompiendo la alfombra de hierba, mostraba su osamenta de granito rosa y de siena, semejante a placas de lapislázuli. En algunas alturas abundaba la zarzaparrilla, planta de tubérculos carnosos, que formaba un intrincado enmarañamiento... Eran preferibles la selva y sus angostos senderos...

Antes de ponerse el sol, la caravana se encontraba a unas ocho millas del punto de partida. Aquel recorrido se había hecho sin ningún incidente, y hasta sin mucho trabajo. Ciertamente es que se trataba del primer día de camino, y sin duda las sucesivas etapas serían más rudas...

De común acuerdo, se decidió acampar en aquel sitio. No se trataba de establecer un verdadero campamento, sino simplemente de dormir. Un hombre de guardia, relevado cada dos horas, bastaría para vigilar durante la noche, pues ni los indígenas ni las fieras eran temibles en realidad.

No se encontró mejor abrigo que el de un enorme mango, cuyas amplias ramas, muy tupidas, formaban una especie de dosel natural. Si fuera preciso, podrían ocultarse entre el follaje.

No hizo más que llegar la caravana, y un concierto ensordecedor surgió de la copa del árbol.

El mango servía de albergue a una colonia de papagayos grises, chillones, escandalosos, feroces volátiles que atacan a los demás pájaros y que de ningún modo podrían ser juzgados como sus congéneres que en Europa se encierran en las jaulas.

Aquellos papagayos gritaban de tal manera, que Dick Sand estuvo tentado a dispararles un tiro de fusil para obligarles a que emprendieran la fuga; pero Harris le disuadió de ello, con el pretexto de que, en medio de aquella soledad, no convenía manifestarse mediante la detonación de un arma de fuego.

—No hagamos ruido —dijo—, y salvaremos todo peligro.

La cena fue preparada en seguida, sin que ni siquiera hubiese necesidad de proceder a la cocción de conservas y galleta. Un arroyuelo que serpenteaba por entre la hierba les suministró agua potable que sólo fue bebida después de haberle agregado algunas gotas de ron. En cuanto al postre, allí estaba el mango, con sus succulentos frutos, que no dejarían arrancar los papagayos sin protestar con sus abominables gritos.

Al finalizar la cena, comenzó a intensificarse la oscuridad. La sombra ascendió con lentitud del suelo hasta las cimas de los árboles, cuyo follaje se destacó como un fino calado en el fondo más luminoso del cielo. Las primeras estrellas parecían flores abiertas que centelleaban en los extremos de las últimas ramas. Cedía el viento al entrar la noche, y la enramada no se estremecía siquiera. Los mismos papagayos habían quedado mudos. La naturaleza iba a dormirse, e invitaba a todo ser viviente a que le siguiese en aquel profundo sueño.

Los preparativos del lecho tenían que ser muy rudimentarios.

—Encenderemos una hoguera para pasar la noche —dijo Dick Sand al americano.

—¿Para qué? —preguntó Harris—. Las noches no son frías, por fortuna, y este enorme mango preservará al suelo de toda evaporación. No podemos temer al frío ni a la humedad. Le repito, joven amigo, lo que le dije hace poco. Pasemos de incógnito. No encendamos lumbre ni disparemos tiros, a ser posible.

—Creo —dijo entonces la señora Weldon— que nada tendremos que temer de los indios, ni tampoco de esos merodeadores de los bosques de que nos ha hablado usted, señor Harris... Pero, ¿no existirán otros merodeadores de cuatro patas a quienes la presencia del fuego contribuya a alejar...?

—Señora Weldon —respondió el americano—, hace usted demasiado

honor a las fieras de este país. En realidad, ellas temen más al hombre que éste a ellas.

—Estamos en un bosque —dijo Jack—, y en un bosque siempre hay fieras.

—Hay bosques de bosques, muchacho, como hay fieras de fieras —respondió Harris, riendo—. Figúrese usted que está en medio de un gran parque... En realidad, no sin motivo dicen de este país los indios: «Es como el Paraíso». Y es, en efecto, como un paraíso terrenal.

—¿Entonces hay serpientes? —interrogó Jack.

—No, Jack mío —contestó la señora Weldon—; no hay serpientes, y puedes dormir tranquilo.

—¿Y leones? —preguntó Jack.

—¡Ni pensarlo, muchacho! —exclamó Harris.

—¿Y tigres?

—Pregúntele a su mamá si ha oído decir alguna vez que hay tigres en este continente.

—Nunca —corroboró la señora Weldon.

—¡Bueno! —exclamó el primo Benedicto que, por casualidad, estaba en la conversación—. Si no hay leones ni tigres en el Nuevo Mundo (lo cual es, en efecto, verdad), en cambio hay cuguardos y jaguares.

—¿Y son malos? —preguntó el pequeño Jack.

—¡Psé...! Un indígena no tendría inconveniente en atacar a esos animales y nosotros tenemos suficiente fuerza para hacerlo —dijo Harris—. ¡Mire! Hércules es tan vigoroso que podría aplastar a dos jaguares a la vez, con una mano a cada uno.

—Tú vigilarás bien, Hércules —dijo, entonces, el pequeño Jack—, por si viene algún animal a mordernos...

—Yo seré el que le muerda a él, señor Jack —respondió Hércules, abriendo su boca, provista de soberbios dientes.

—Sí; usted vigilará, Hércules —dijo el grumete—, y sus compañeros y yo le relevaremos por turno.

—No, señor Dick —intervino Acteón—. Hércules, Bat, Austin y yo somos suficientes para esa tarea. Es preciso que usted descanse durante toda la noche.

—Gracias, Acteón —dijo Dick Sand—; pero debo...

—¡No! Deja obrar a esa buena gente, mi querido Dick —dijo, entonces, la

señora Weldon.

—¡Yo también vigilaré! —exclamó el pequeño Jack, cuyos párpados se cerraban.

—Sí, Jack mío, sí; tú vigilarás —asintió su madre, no queriendo contrariarle.

—Porque si no hay leones ni tigres en el bosque —insistió el niño—, hay lobos.

—¡Oh! ¡Vaya unos lobos! —exclamó el americano—. No son lobos, sino una especie de zorros, o, más bien, unos perros de los bosques que se llaman guaras...

—¿Y las guaras muerden? —preguntó el pequeño.

—¡Bah! ¡Dingo se comería a una de esas fieras de un solo bocado!

—No importa —dijo Jack, lanzando el último bostezo—; las guaras son lobos, puesto que se llaman lobos...

Al terminar esta frase, se durmió pesadamente en los brazos de Nan, que se había recostado en el tronco del mango. La señora Weldon, echada junto a ella, dio un último beso a su hijo, y sus cansados ojos no tardaron en cerrarse.

Algunos instantes después, Hércules conducía al campamento al primo Benedicto, que acaba de alejarse para emprender una caza de piróforos. Éstos son los cocuyos o moscas luminosas que los elegantes se colocan en sus cabelleras como si se tratase de gemas vivas. Estos insectos, que proyectan una luz fuerte y azulada, por medio de dos manchas situadas en la base del coselete, son muy numerosos en la América del Sur. El primo Benedicto pensaba, pues, hacer una buena provisión de ellos; pero Hércules no le dejó tiempo, y, a pesar de sus recriminaciones, le condujo al lugar donde habían acampado. Y es que, cuando Hércules recibía una consigna, la ejecutaba militarmente, lo cual libró aquella vez de la encarcelación en la caja de hojalata del entomólogo a una notable cantidad de moscas luminosas.

Algunos instantes después, todos dormían con profundo sueño, excepción hecha del gigante, que vigilaba...

CAPÍTULO XVII

CIEN MILLAS EN DIEZ DÍAS

De ordinario, los viajeros y merodeadores de los bosques que han dormido

en la selva a la intemperie son despertados con unos aullidos tan fantásticos como desagradables. Hay de todo en este concierto matinal: cloqueos, gruñidos graznidos, carcajadas, ladridos y casi «parlamentos» —valga la palabra— que completan la serie de estos diversos ruidos.

Es que los monos saludan así el comienzo del día. Allí se encuentran el diminuto marikina, el zagüí de máscara abigarrada; el mono gris, cuya piel emplean los indios para tapar las cazoletas de sus fusiles, los sangües, reconocibles por sus dos grandes penachos de pelo, y otros muchos especímenes de esta numerosa familia.

De estos diversos cuadrumanos los más notables son sin duda los gueribas, de cola prensil y con cara de Belcebú. Cuando sale el sol el más viejo de la banda entona con voz imponente y siniestra una salmodia monótona. Es el barítono del grupo. Los jóvenes tenores repiten después que él la sinfonía matinal. Los indios dicen que los gueribas recitan entonces sus padrenuestros.

Pero parece ser que aquel día los monos no hicieron sus oraciones, pues no se les oyó, no obstante llegar muy lejos su voz, que es producida por la rápida vibración de una especie de tambor óseo formado por el desarrollo del hueso hioides del cuello.

En suma, por una razón o por otra, ni los gueribas, ni los sagües, ni otros cuadrumanos de aquella inmensa selva, entonaron aquella mañana su acostumbrado concierto.

Esto no habría satisfecho a los indios nómadas. No es que los indígenas gusten de este género de música coral, sino que se dedican a la caza de monos, y si lo hacen es porque la carne de esta clase de animales, sobre todo acecinada, resulta excelente.

Dick Sand y sus compañeros no se hallaban de fijo al corriente de las costumbres de los gueribas, pues, de no ser así, les habría sorprendido no oírlos. Se despertaron uno tras otro, repuestos con aquellas horas de descanso que ningún incidente había turbado.

El pequeño Jack no fue el último en estirar los brazos. Sus primeras palabras fueron pronunciadas para preguntarle a Hércules si se había comido algún lobo durante la noche. Ningún lobo se había presentado, y, por consiguiente, Hércules no se había desayunado aún.

Además, todos estaban en ayunas como él, y, una vez recitada la oración de la mañana, Nan se dispuso a preparar la comida.

El menú fue el de la cena de la víspera, y, con aquel apetito que despertaba el aire matinal de la selva, nadie pensaba en rechazarlo. Ante todo, convenía recobrar las fuerzas para emprender una nueva jornada de camino, y se

recobraron. Por primera vez, quizá, el primo Benedicto comprendió que el comer no era un acto indiferente o inútil en la vida; pero declaró que él no había ido a «visitar» aquella región para pasearse por ella con las manos en los bolsillos, y que si Hércules volvía a impedirle que cazase cocuyos y otras moscas luminosas, Hércules se las entendería seriamente con él.

Aquella amenaza no pareció asustar al gigante lo más mínimo. Sin embargo, la señora Weldon le llamó aparte, y le dijo que podía dejarle que corriera de un lado a otro, con la condición de no perderle de vista. No habla que privar por completo al primo Benedicto de las diversiones tan naturales a su edad.

A las siete de la mañana, el grupo reanudó el camino hacia el este, conservando el orden que había sido adoptado la víspera.

Y la selva continuaba. Sobre aquel suelo virgen donde el calor y la humedad se unían para activar la vegetación, el reino vegetal podía aparecer en toda su pujanza. El paralelo de aquella vasta llanura casi se confundía con las latitudes tropicales, y, durante ciertos meses del verano, el sol, pasando al cenit, enviaba sus rayos perpendiculares. Había, por tanto, una cantidad enorme de calor almacenada en aquellos terrenos cuyo subsuelo se mantenía húmedo. Así pues, nada tan magnífico como aquella sucesión de bosques o, más bien, aquel bosque interminable.

Dick Sand no había dejado de observar que, según Harris, había pampas en la región. Ahora bien, «pampa» es una palabra de la lengua «chichua», que significa «llanura», y, si no le era infiel su memoria, creía recordar que tales llanuras presentan los caracteres siguientes: carencia de agua, ausencia de árboles y falta de piedras; abundancia lujuriente de cardos enanos y arbustos durante la época del calor y forman entonces impenetrables malezas; así mismo, árboles enanos y arbustos espinosos, todo lo cual da a tales llanuras un aspecto más bien árido y desolado.

Y no era así, desde el momento en que el grupo, guiado por el americano, se había alejado del litoral. El bosque no había dejado de extenderse hasta los límites del horizonte. No; allí no aparecía la pampa, tal y como el joven grumete se la figuraba. Como había dicho Harris, ¿habría querido hacer la naturaleza una región aparte de la llanura de Atacama, de la cual sólo sabía que formaba uno de los más vastos desiertos de la América del Sur, entre los Andes y el océano Pacífico...?

Aquel día, Dick Sand formuló algunas preguntas a este respecto, y expresó al americano la sorpresa que le causaba aquel singular aspecto de la pampa.

Bien pronto fue convencido por Harris, el cual le suministró los datos más exactos acerca de aquella parte de Bolivia, demostrando así su profundo

conocimiento del país.

—Tiene usted razón, joven amigo —dijo al grumete—. La verdadera pampa es tal y como los libros de viajes la describen, es decir, una llanura bastante árida y cuya travesía es difícil con frecuencia. Recuerda a nuestras sabanas de América del Norte, las cuales son un poco más pantanosas que éstas. Sí; tal es la pampa del río Colorado; tales son los «llanos» de Orinoco y de Venezuela; pero aquí nos hallamos en una comarca cuya apariencia me asombra a mí mismo... Verdad es que ésta es la primera vez que sigo este camino a través de la llanura, camino que tiene la ventaja de abreviar nuestro viaje; pero, aunque no la había visto hasta ahora, sé que contrasta de un modo extraordinario con la pampa verdadera. En cuanto a ésta, la encontraría usted, no entre la cordillera del oeste y la elevada cadena de los Andes, sino más allá de las montañas, sobre toda la parte oriental del continente que se extiende hasta el Atlántico.

—¿Tendremos que franquear la cadena de los Andes? —preguntó, con viveza, Dick Sand.

—No, joven amigo, no —respondió sonriendo el americano—. He dicho que la encontraría usted, y no que la encontrará... Tranquilícese: no abandonaremos esta llanura, cuyas elevaciones más considerables no exceden de mil quinientos pies... ¡Ah! Si hubiese que atravesar la cordillera con los únicos medios de transporte de que disponemos, de ningún modo les hubiera comprometido a ustedes en esta aventura...

—En efecto —afirmó Dick Sand—, había sido preferible subir o descender por la costa.

—¡Oh! ¡Cien veces preferible! —exclamó Harris—. Pero la hacienda de San Felice está situada a la parte acá de la cordillera. Nuestro viaje no ofrecerá ninguna dificultad en su primera ni en su segunda etapa.

—¿Y no teme usted extraviarse en estos bosques que atraviesa por primera vez? —preguntó Dick Sand.

—No, joven amigo, no —respondió Harris—. Ya sé que este bosque es como un mar inmenso o, más bien, como el fondo de un mar, donde un marino mismo no podría reconocer su posición pero acostumbrado a viajar por los bosques, consigo encontrar el camino sólo por la disposición de ciertos árboles, por la dirección de sus hojas, por el movimiento o la composición del suelo y por mil detalles más que para usted pasarían inadvertidos... ¡Tenga la seguridad que le conduciré a usted y a los suyos al sitio a donde tienen que ir!

Todo esto estaba dicho con mucha claridad por Harris. Dick Sand y él, a la cabeza del grupo, hablaban con frecuencia, sin que nadie se mezclase en la conversación. Si el grumete experimentaba algunas inquietudes que no llegaba

a disipar por completo el americano, él prefería reservárselas.

Los días 8, 9, 10, 11 y 12 de abril transcurrieron sin que durante el viaje se produjese ningún incidente. No se recorrían más de ocho o nueve millas cada doce horas. Los instantes consagrados a la comida y al descanso se sucedían con regularidad, y aunque se dejaba sentir un poco de fatiga, el estado sanitario era aún muy satisfactorio.

El pequeño Jack empezaba a padecer un poco, a causa de aquella vida en los bosques, a la que no estaba acostumbrado y que resultaba muy monótona para él. Además, no se le habían cumplido todas las promesas que se le habían hecho. Los juguetes de caucho, los pájaros moscas, y todo, parecían retroceder sin cesar. También se le había prometido enseñarle los papagayos más bonitos del mundo, que no debían faltar en aquellas espesas selvas... ¿Dónde estaban los papagayos de plumaje verde, casi todos originarios de aquellas regiones; los guacamayos de tersas mejillas, de largas colas puntiagudas y de brillantes colores cuyas patas nunca se posan en la tierra, y los camindés, especiales sobre todo en las regiones tropicales, y las cotorras multicolores, con la cara cubierta de plumas, y todos los pájaros parlantes, en fin, que, según dicen los indios, hablan todavía el lenguaje de las tribus extintas...?

A falta de papagayos, el pequeño Jack sólo veía jacos de un gris oscuro y con la cola roja que pululaban bajo los árboles. Pero aquellos jacos no eran nuevos para él. Se han transportado a todas las partes del mundo. En los dos continentes, escandalizan las casas con su insoportable charlatanería, y, de toda la familia de los psitácidos, son los que aprenden a hablar con más facilidad.

Conviene decir además, que si Jack no estaba contento, el primo Benedicto no lo estaba tampoco. Se le había dejado correr un poco de un lado a otro por el camino. Sin embargo, no encontraba ningún insecto que fuese digno de enriquecer su colección. Por la noche, los mismos piróforos se negaban a manifestarse obstinadamente ante él y a atraerle con las fosforescencias de su corselete. La naturaleza parecía querer burlar al desdichado entomólogo, cuyo carácter se tornaba insoportable.

Durante cuatro días más continuó la marcha hacia el nordeste en las mismas condiciones. El 16 de abril podía calcularse por lo menos en cien millas el recorrido que se había hecho desde la costa. Si Harris no se había extraviado —cosa que afirmaba sin vacilar—, la hacienda de San Felice sólo se hallaba a unas veinte millas del punto donde acamparon aquel día. Antes de cuarenta y ocho horas, la caravana encontraría un cobijo confortable donde podría descansar por fin de todas sus fatigas.

Aunque la llanura había sido atravesada casi por entero en su parte central, ningún indígena ni ningún vagabundo habían encontrado en la inmensa selva.

Dick lamentó más de una vez, aunque sin decir nada, el no haber encallado en otro punto del litoral. Más al sur o más al norte, no habrían faltado pueblos, aldeas o plantaciones, y ya haría mucho tiempo que la señora Weldon y sus compañeros habrían encontrado asilo.

Si aquella región parecía estar abandonada por el hombre, en cambio los animales se presentaron con más frecuencia durante aquellos últimos días. A veces se oía una especie de prolongado grito quejumbroso que Harris atribuía a alguno de esos grandes tardígrados, huéspedes habituales de las vastas regiones selváticas y que se llaman calípedes.

Aquel día, también, durante la detención a mediodía, pasó por el aire un silbido tan extraño que no dejó de inquietar a la señora Weldon.

—¿Qué es eso? —preguntó, levantándose.

—¡Una serpiente! —exclamó Dick Sand, que, armado de su fusil, se colocó delante de la señora Weldon.

Podía temerse, en efecto, que se hubiese deslizado por entre la hierba algún reptil hasta el lugar del campamento. No tendría nada de extraño que se tratase entonces de uno de esos enormes chucurus, especie de boas que miden a veces cuarenta pies de longitud.

Harris detuvo a Dick Sand y a los negros, y tranquilizó a la señora Weldon.

Según él, aquel silbido no podía haber sido producido por un chucuru, puesto que esta clase de serpiente no silba, sino que indicaba la presencia de ciertos cuadrúpedos inofensivos, bastante numerosos en aquella región.

—Tranquilícense ustedes —dijo—, y no hagan movimiento alguno que pueda espantar a esos animales.

—¿Qué animales son? —preguntó Dick Sand, que consideraba como un caso de conciencia el interrogar y hacer hablar al americano, el cual, por su parte, nunca se hacía rogar para responder.

—Son antílopes, joven amigo —contestó Harris.

—¡Oh! ¡Yo quisiera verlos! —exclamó Jack.

—Es muy difícil, pequeño —replicó el americano—; muy difícil...

—Podríamos tratar de acercarnos a esos antílopes silbadores —dijo Dick Sand.

—¡Oh! No habría usted dado tres pasos —respondió el americano, sacudiendo la cabeza—, cuando todo el grupo habría emprendido la fuga. Le aconsejo que no los espante.

Pero Dick Sand tenía sus razones para ser curioso.

Quiso ver, y con el fusil en la mano se deslizó por entre la hierba. Inmediatamente, una docena de graciosas gacelas de pequeños y agudos cuernos pasó con la rapidez de una tromba. Su piel de un rojo encendido, manchó, como con una nube de fuego, el tallar de la selva.

—Ya se lo había advertido —dijo Harris, cuando el grumete volvió a ocupar su puesto.

Si había sido imposible distinguir a aquellos antílopes, tan ligeros en su carrera, no ocurrió lo mismo con otro grupo de animales descubierto aquel mismo día. A éstos se les pudo ver —aunque de un modo imperfecto—, y su aparición provocó una discusión bastante singular entre Harris y algunos de sus compañeros.

A las cuatro de la tarde, sobre poco más o menos, la caravana se había detenido por un instante cerca de un claro del bosque, cuando tres o cuatro animales de gran tamaño aparecieron entre la maleza, a un centenar de pasos, y huyeron al punto con una notable velocidad.

A pesar de las recomendaciones del americano, el grumete, apoyándose esta vez con viveza en el hombro el fusil, hizo fuego sobre uno de aquellos animales. En el momento en que salió el tiro, el arma fue desviada con rapidez por Harris, y Dick Sand, no obstante su magnífica puntería, erró el tiro.

—¡No dispare! ¡No dispare! —dijo el americano.

—¡Ah! ¡Si son jirafas! —exclamó Dick Sand, sin responder de otro modo a la observación de Harris.

—¡Jirafas! —repitió Jack, irguiéndose sobre la silla del caballo—. ¿Dónde están?

—¡Jirafas! —repitió la señora Weldon—. Te equivocas, querido Dick. En América, no hay jirafas.

—En efecto —dijo Harris, que parecía bastante sorprendido—; en este país no puede haber jirafas...

—¿Entonces? —interrogó Dick.

—¡No sé qué pensar! —exclamó Harris—. ¿No le habrán engañado los ojos, joven amigo, y no serían avestruces esos animales?

—¿Avestruces? —Repitieron a un tiempo Dick Sand y la señora Weldon, mirándose muy sorprendidos.

—Sí, avestruces —insistió Harris.

—Pero los avestruces son pájaros —arguyó Dick Sand—, y, por consiguiente, no tienen más que dos patas...

—Pues bien —dijo Harris—; precisamente me ha parecido ver que esos animales que acaban de huir con tanta rapidez eran unos bípedos...

—¿Unos bípedos? —interrogó el grumete.

—Me parece haber visto que se trataba de unos animales de cuatro patas —corroboró, entonces, la señora Weldon.

—A mí también —añadió el viejo Tom, cuyas palabras confirmaron Bat, Acteón y Austin.

—¡Unos avestruces con cuatro patas! —exclamó Harris, prorrumpiendo en una carcajada—. ¡Tendría gracia!

—A nosotros nos ha parecido que eran jirafas, y no avestruces —dijo Dick Sand.

—No, joven amigo, no —dijo Harris—. Seguramente, han visto ustedes mal, lo cual se explica por la rapidez con que esos animales han huido... Más de una vez ha ocurrido a los cazadores equivocarse, como ustedes, con la mejor buena fe del mundo...

Lo que decía el americano era muy plausible. Entre un avestruz de gran tamaño y una jirafa de mediana talla, vistos a cierta distancia, es fácil equivocarse. Con pico o con hocico, tanto un animal como el otro tienen un largo cuello vuelto hacia atrás, y, en rigor, puede decirse que un avestruz no es más que la mitad de una jirafa. Sólo le faltan las patas de atrás. Así, pues, tanto el bípedo como el cuadrúpedo, cuando se ven pasar con mucha rapidez, pueden ser confundidos el uno con el otro.

Además, la mejor prueba de que la señora Weldon y los demás se equivocaban era la de que en América no hay jirafas.

Dick Sand hizo entonces esa reflexión:

—Yo creía que, como no hay jirafas, tampoco había avestruces en el Nuevo Mundo.

—Sí, joven amigo —contestó Harris—; y precisamente América del Sur posee una especie particular. A esta especie pertenece el ñandú, que es el que acaba usted de ver.

Harris tenía razón. El ñandú es un ave zancuda bastante común en las llanuras de Sudamérica, y su carne puede comerse cuando el animal es joven. Este robusto pájaro, cuya estatura pasa algunas veces de dos metros, tiene el pico recto, las alas largas y revestidas de espesas plumas de color azulado, y los pies formados por tres dedos provistos de uñas, lo cual lo distingue de los avestruces de África.

Estos detalles fueron dados con toda exactitud por Harris, el cual parecía

estar muy al corriente de las costumbres de los ñandúes. La señora Weldon y sus compañeros tuvieron que reconocer que se habían equivocado.

—Además —añadió Harris—, es posible que encontremos otra bandada de avestruces. Entonces, miren ustedes mejor, y no se expongan a confundir a los pájaros con los cuadrúpedos... Sobre todo, joven amigo, no olvide mis recomendaciones, y no dispare sobre ningún animal, sea el que sea. No tenemos necesidad de cazar para proporcionarnos víveres, y le repito que no conviene que la detonación de un arma de fuego delate nuestra presencia en este bosque.

Dick Sand, sin embargo, permanecía pensativo. Una vez más, la duda surgía en su inteligencia.

Al día siguiente —17 de abril— fue reanudada la marcha, y el americano afirmó que no transcurrirían veinticuatro horas sin que quedasen instalados en la hacienda de San Felice.

—Allí, señora Weldon —añadió—, recibirá usted todos los cuidados necesarios de acuerdo con su posición, y algunos días de descanso la repondrán por completo. Tal vez no encuentre usted en la finca todo el lujo a que está usted acostumbrada en su casa de San Francisco; pero ya verá usted cómo nuestras posesiones del interior no dejan de ser confortables. No somos salvajes en absoluto...

—Señor Harris —respondió la señora Weldon—, si no podemos ofrecerle más que nuestro agradecimiento por su generoso concurso, por lo menos se lo ofreceremos de todo corazón... ¡Sí! ¡Ya es tiempo de que llegemos!

—¿Está usted muy cansada, señora Weldon?

—Por mí, poco importa —respondió la señora Weldon—; pero me doy cuenta de que mi pequeño Jack se fatiga por momentos... Comienza a atacarle la fiebre durante ciertas horas...

—Sí —afirmó Harris—; y aunque el clima de esta llanura es muy sano, hay que confesar que en marzo y en abril reinan aquí fiebres intermitentes...

—Sin duda —dijo entonces Dick Sand—; pero la naturaleza, que es siempre previsor, ha puesto aquí el remedio a ese mal...

—¿Cómo es eso, joven amigo? —interrogó Harris, que parecía no haber comprendido.

—¿No estamos en la región de los quinos? —preguntó, a su vez, Dick Sand.

—En efecto —dijo Harris—; tiene usted mucha razón. Los árboles que producen la preciosa corteza febrífuga se encuentran aquí.

—Y me extraña que no hayamos visto uno solo todavía —pronunció Dick Sand.

—¡Ah, joven amigo! —exclamó Harris—. Esos árboles no son fáciles de distinguir. Aunque con frecuencia son muy elevados; aunque sus hojas suelen ser grandes y sus flores sonrosadas y olorosas, no se los descubre con facilidad. Es raro que se encuentren agrupados. Están, más bien, diseminados en los bosques, y los indios que realizan la recolección de la quina, sólo pueden conocerlos por el follaje, que siempre está verde.

—Señor Harris —dijo la señora Weldon—, si ve usted alguno de esos árboles, dígamelo.

—Desde, luego, señora Weldon; pero en la hacienda encontrará usted sulfato de quinina: es mucho mejor, para cortar la fiebre, que la simple corteza del árbol.

Este último día de viaje transcurrió sin ningún nuevo incidente. Llegó la noche, y quedó organizado el campamento como de costumbre. Hasta entonces, no había llovido; pero el tiempo estaba para cambiar, pues del suelo subió un vaho caliente y formó en poco tiempo una espesa niebla.

Empezaba, en efecto, la época de las lluvias. Por fortuna, al día siguiente, les sería ofrecido un albergue hospitalario y confortable. Ya sólo tenían que transcurrir algunas horas.

Aunque, según Harris, el cual no podía determinar su cálculo sino por el tiempo que había durado en viaje, sólo debían estar a unas seis millas de la hacienda, fueron adoptadas las precauciones ordinarias para pasar la noche. Tom y sus compañeros hubieron de vigilar, uno después de otro. Dick Sand cuidó de que nada faltase a este respecto. Menos que nunca quiso prescindir de su prudencia habitual, pues una terrible sospecha se afirmaba en su espíritu, si bien no quería hablar de ella aún.

El lecho había sido preparado junto a un grupo de corpulentos árboles. A causa del cansancio, la señora Weldon y los suyos se hallaban ya durmiendo, cuando fueron despertados por un enorme grito.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —preguntó con viveza Dick Sand, poniéndose en pie el primero de todos.

—¡He sido yo! ¡He sido yo el que ha gritado! —contestó el primo Benedicto.

—¿Y qué te pasa a ti? —preguntó la señora Weldon.

—Que acabo de ser mordido.

—¿Por una serpiente? —interrogó, con espanto, la señora Weldon.

—¡No, no! No ha sido por una serpiente, sino por un insecto —contestó el primo Benedicto—. ¡Ah! ¡Ya le tengo! ¡Ya le tengo...!

—Pues mate usted a ese insecto —dijo Harris—, y déjenos dormir, señor Benedicto.

—¡Matar a un insecto! —exclamó el primo Benedicto—. ¡No, no! Hay que ver qué insecto es...

—¡Algún mosquito! —dijo Harris, encogiéndose de hombros.

—¡No! Es una mosca —contestó el primo Benedicto—; y una mosca que debe de ser muy curiosa...

Dick Sand había encendido una linternita portátil y se la acercó al primo Benedicto.

—¡Bondad divina! —exclamó éste—. ¡Aquí está lo que me consuela de todas mis decepciones! ¡Por fin he hecho un descubrimiento!

El buen hombre deliraba. Contemplaba su mosca en actitud de triunfo. ¡De buena gana la habría besado!

—Pero, ¿de qué se trata? —preguntó la señora Weldon.

—¡De un díptero, querida prima; de un famoso díptero!

Y el primo Benedicto enseñó una mosca más pequeña que una abeja, de color opaco, rayada de amarillo en la parte inferior de su cuerpo.

—¿No será venenosa esa mosca? —interrogó la señora Weldon.

—No, prima, no; por lo menos, para el hombre. Para los animales, para los antílopes, para los búfalos e incluso para los elefantes, ya es otra cosa... ¡Oh, adorable insecto!

—¿Nos dirá usted por fin, señor Benedicto, qué clase de mosca es ésa? —pregunté Dick Sand.

—Esta mosca —respondió el entomólogo—; esta mosca que tengo entre mis dedos; esta mosca es... ¡una tse-tsé...! Se trata de un famoso díptero que constituye la honra de un país, y, hasta ahora, no se ha encontrado una sola tse-tsé en América...

Dick Sand no se atrevió a preguntar al primo Benedicto en qué parte del mundo se encontraba sólo la temible tse-tsé.

Y cuando sus compañeros, después de aquel incidente, reanudaron su interrumpido sueño, Dick Sand a pesar del cansancio que le abrumaba, no volvió a cerrar los ojos en toda la noche.

CAPÍTULO XVIII

¡LA PALABRA TERRIBLE!

Estaban a punto de llegar. Una extrema laxitud ponía a la señora Weldon en la imposibilidad de proseguir por más tiempo un viaje realizado en tan penosas condiciones. Su hijito, muy encendido durante los accesos de fiebre, y muy pálido durante las intermitencias, no podía ser contemplado sin lástima. Su madre, inquieta en extremo, no había querido abandonar a Jack, ni siquiera encomendándolo a los cuidados de Nan. Lo tenía reclinado sobre sus brazos.

¡Sí! ¡Ya iban a llegar! Según el americano, entrada la noche de aquel día que comenzaba —la noche del 18 de abril—, se encontrarían por fin a cubierto en la hacienda de San Felice.

Doce días de viaje para una mujer; doce noches pasadas a la intemperie, eran suficientes para abrumar a la señora Weldon, a pesar de lo enérgica que era; y, para un niño, era peor. El ver al pequeño Jack enfermo y al cual le faltaban los más elementales cuidados, era ya demasiado.

Dick Sand, Nan, Tom y sus compañeros habían soportado mejor las fatigas del viaje.

Aunque comenzaban a agotarse los víveres, no les habían faltado, y su estado era satisfactorio.

En cuanto a Harris, parecía acostumbrado a los contratiempos de los largos recorridos a través de la selva, y no parecía que el cansancio hubiese hecho mella en él. A medida que se acercaba a la hacienda, según observó Dick Sand, parecía más preocupado y menos sincero que antes en su actitud. Lo contrario habría sido más natural. Tal era, al menos, la opinión del grumete, que había adquirido mayor desconfianza con respecto al americano. Sin embargo, ¿qué interés podía tener Harris en engañarles? Dick Sand no habría podido decirlo, pero no dejaba de vigilar al guía muy de cerca.

Probablemente, el americano se veía mal considerado por Dick Sand, y aquella desconfianza le hacía aparecer más taciturno aún en presencia de su joven amigo.

Se reanudó la marcha.

En la selva, menos espesa, los árboles se diseminaban en grupos, sin formar ya impenetrables frondas. ¿Sería aquélla la verdadera pampa de que había hablado Harris?

Durante las primeras horas del día, ningún incidente fue a agravar las

inquietudes de Dick Sand. Sólo dos hechos fueron observados por él. Quizá no tuvieran una gran importancia, pero en aquellas circunstancias nada debía desdeñarse.

La actitud de Dingo fue lo primero que llamó más especialmente la atención del joven grumete.

En efecto: el perro, que durante todo el recorrido había parecido seguir una pista, había cambiado casi de pronto. Hasta entonces, con el hocico junto al suelo las más de las veces, olfateando la hierba o los arbustos, callaba o dejaba oír una especie de ladrido lastimoso, como si fuese la expresión de un dolor o de un pesar.

En cambio, aquel día, los ladridos del singular animal se hicieron estrepitosos y furiosos a veces como los que profería en otro tiempo cuando Negroro aparecía sobre el puente del Pilgrim.

Una sospecha cruzó la imaginación de Dick Sand, y aquella sospecha fue confirmada por Tom, el cual le dijo:

—¡Es singular, señor Dick! ¡Dingo ya no olfatea el suelo, como hasta ayer mismo venía haciendo! Lleva el hocico levantado, parece agitado y tiene erizado el pelo... Diríase que olfatea a lo lejos...

—A Negroro, ¿no es cierto? —concluyó Dick Sand, cogiendo del brazo al viejo negro y haciéndole seña de que hablase en voz baja.

—A Negroro, señor Dick... ¿No será que ha venido siguiendo nuestras huellas...?

—Sí, Tom; y en este mismo instante no debe de estar muy lejos.

—Y... ¿para qué? —dijo Tom.

—O Negroro no conoce este país —explicó Dick Sand—, en cuyo caso habrá tenido mucho interés en no perdernos de vista...

—O... —pronunció Tom, que contemplaba con ansiedad al grumete.

—O lo conoce —prosiguió Dick Sand—; y, entonces...

—¿Y cómo Negroro podrá conocer esta región...? ¡Nunca ha estado en ella!

—¿No ha estado nunca en ella? —murmuró Dick Sand—. Pues es un hecho incontestable que Dingo obra como si ese hombre a quien detesto se acercase a nosotros.

Luego, interrumpiéndose para llamar al perro, el cual, después de alguna vacilación, se llegó hasta él, dijo:

—¡Eh! ¡Negoro! ¡Negoro!

Un furioso ladrido fue la respuesta de Dingo. Aquel nombre produjo en él su efecto habitual, y se abalanzó hacia adelante, como si Negoro se hubiese ocultado tras alguna maleza.

Harris había presenciado toda aquella escena. Con los labios un tanto apretados, se acercó al joven grumete.

—¿Qué quiere usted de Dingo? —preguntó.

—¡Oh! ¡Casi nada, señor Harris! —respondió el viejo Tom, bromeando—. Le pedimos noticias acerca de ese compañero del barco que se nos ha perdido...

—¡Ah! —exclamó el americano—. ¿Ese portugués, ese cocinero de quien me han hablado ya ustedes?

—Sí —contestó Tom—; a juzgar por Dingo, diríase que Negoro está cerca...

—¿Cómo habría podido llegar hasta aquí? —interrogó Harris—. ¡Nunca ha estado en este país, que yo sepa...!

—A menos que nos lo haya ocultado —dijo Tom.

—No es probable —dijo Harris—. Pero, si ustedes quieren, vamos a registrar estos talleres... Es posible que ese pobre diablo necesite auxilio, que se halle en alguna situación apurada...

—Es inútil, señor Harris —respondió Dick Sand—. Si Negoro ha sabido venir hasta aquí, también sabrá ir más lejos. ¡Es un hombre que sabe lo que se hace!

—Como ustedes quieran —terminó Harris.

—¡Vamos, Dingo, cállate! —añadió, con brevedad, Dick Sand, para dar por concluida la conversación.

La segunda observación hecha por el grumete se refería al caballo del americano.

No parecía que oliese la cuadra, como ocurre a los animales de su especie. No husmeaba el aire, ni apresuraba el paso, ni dilataba las narices, ni exhalaba esos relinchos que indican el final de un viaje. Observándole, parecía tan indiferente como si la hacienda, a la cual había ido varias veces y, por tanto, debía conocer, se encontrase aún a algunos centenares de millas.

«¡No parece un caballo que llega!», pensó el joven grumete.

Y, sin embargo, según había dicho Harris la víspera, ya no quedaban por

recorrer más que seis millas, y, a las cinco de la tarde, cuatro de aquellas seis últimas millas habían sido ya recorridas, de seguro...

Ahora bien; si el caballo no olía la cuadra, de la cual debía encontrarse muy necesitado, tampoco se manifestaban las proximidades de una gran posesión, tal y como debía de ser la hacienda de San Felice.

La señora Weldon, aunque entonces se hallaba indiferente a todo lo que no se relacionase con su hijo, se extrañó de ver aún la región tan deshabitada ¡Cómo! ¡Ni un indígena, ni un criado de la hacienda a tan escasa distancia...! ¿Se habría extraviado Harris...? ¡No...! Desechó aquella idea. Un nuevo retraso habría acarreado la muerte a su hijito Jack.

Entretanto, Harris continuaba hacia adelante, y parecía observar las profundidades del bosque y escudriñar a derecha y a izquierda, como un hombre que no está seguro de sí... o de su camino.

La señora Weldon cerró los ojos para no verle.

Después de una extensa llanura de una milla, reapareció la selva, aunque no tan espesa como hacia el oeste, y la caravana se introdujo de nuevo entre los corpulentos árboles.

A las seis de la tarde llegaron a una espesura que parecía haber dejado paso recientemente a un grupo de poderosos animales.

Dick Sand observó con mucha atención a su alrededor.

A una altura que excedía en mucho a la estatura humana, aparecían las ramas arrancadas o rotas. Al mismo tiempo, la hierba, separada con violencia dejaba ver en el suelo, algo pantanoso, huellas de pasos que no podían ser los del jaguar o los del cuguardo.

¿Serían de algunos calípedes o de otros tardígrados cuyo pie hubiese quedado señalado en el suelo...? Pero, ¿cómo explicarse, entonces, que estuviesen rotas las ramas a tanta altura?

Era indudable que sólo unos elefantes habían podido hacer semejantes señales, imprimir aquellas anchas huellas, hacer tal destrozo en el tallar impenetrable. Pero en América no hay elefantes. Esos enormes paquidermos no son originarios del Nuevo Mundo. Nunca han podido aclimatarse en el nuevo continente tampoco.

La hipótesis de que hubieran pasado por allí unos elefantes era en absoluto inadmisible.

Fuera por lo que fuese Dick Sand no dio a conocer lo que aquel hecho inexplicable le dio que pensar. Ni siquiera interrogué al americano a este respecto. ¿Qué esperar de un hombre que había tratado de hacerle tomar por

avestruces a unas jirafas...? Harris habría suministrado alguna explicación, peor o mejor urdida y que nada habría modificado aquella situación.

Fuera por lo que fuese, Dick había formado su opinión acerca de Harris. Veía en él a un traidor. Aguardaba una ocasión para poner al descubierto su deslealtad, por tener razones para ello, y todo parecía decirle que aquella ocasión estaba próxima.

Mas, ¿cuál podría ser la secreta finalidad de Harris? ¿Qué porvenir esperaba a los supervivientes del Pilgrim? Dick Sand se repetía que su responsabilidad no había cesado con el naufragio. Más que nunca, había que poner en salvo a aquellos a quienes la encalladura había dejado en la costa. Aquella mujer, aquel niño, aquellos negros, todos sus compañeros de infortunio tenían que ser salvados sólo por él... Mas si podía hacer algo a bordo, si, como marino podía obrar en tal sentido, allí en medio de aquellos terribles sufrimientos que entreveía, ¿qué partido podría tomar...?

Dick Sand no quiso cerrar los ojos ante la espantosa realidad que a cada instante se hacía más indiscutible. En aquellas circunstancias, volvía a ser el capitán de quince años que había en el Pilgrim. Pero no quiso decir nada que pudiera alarmar a la pobre madre, antes de que llegase el momento de obrar.

Y tampoco dijo nada cuando, habiendo llegado antes que nadie a un arroyo bastante ancho, por preceder al grupo en un centenar de pasos, distinguió a unos enormes animales que se precipitaban hacia la crecida hierba de la orilla.

«¡Unos hipopótamos! ¡Unos hipopótamos!» —iba a gritar.

Se trataba, en efecto, de esos paquidermos de abultada cabeza, de grande e hinchado hocico cuya boca está provista de dientes de más de un pie de longitud, achaparrados a causa de sus cortas piernas y cuya piel, desprovista de pelo es de un color rojo oscuro... ¡Unos hipopótamos en América...!

Continuaron caminando durante todo el día, aunque con gran trabajo. El cansancio empezaba a retrasar aun a los más robustos. En realidad, ya era tiempo de que llegasen, o por fuerza tendrían que detenerse.

La señora Weldon, ocupada sólo de su hijito Jack, quizá no sentía el cansancio, aunque se hallaban agotadas sus fuerzas. Todos estaban más o menos rendidos. Dick Sand resistía gracias a una suprema energía moral debida al sentido del deber.

Aproximadamente a las siete de la tarde, el viejo Tom encontró entre la hierba un objeto que llamó su atención. Era un arma; una especie de cuchillo de forma particular, constituido por una ancha hoja curva con un mango de marfil muy toscamente tallado. Aquel cuchillo se lo enseñó Tom a Dick Sand, el cual lo cogió, lo examinó, y, por último, se lo mostró al americano,

diciendo:

—¡Sin duda los indígenas no están lejos!

—En efecto —respondió Harris—, y, sin embargo...

—¿Sin embargo...? —repitió Dick Sand, contemplando a Harris frente a frente.

—Deberíamos estar muy cerca de la hacienda —continuó Harris, vacilante—, y no reconozco...

—¿Se habrá usted extraviado? —preguntó, con viveza, Dick Sand.

—Extraviarme, no... La hacienda no debe hallarse a más de tres millas, ahora... Pero he querido utilizar el camino más corto, a través del bosque, y pudiera ser que me hubiera equivocado...

—Pudiera ser —repitió Dick Sand.

—Me parece que debo seguir yo solo hacia delante —dijo Harris.

—No, señor Harris, no nos separaremos —respondió Dick Sand con decisión.

—Como usted quiera —aprobó el americano— pero durante la noche me será difícil guiarles...

—¡Eso no importa! —contestó Dick Sand—. Pararemos. La señora Weldon consentirá en pasar una noche más bajo los árboles, y mañana, cuando sea de día, reanudaremos la marcha. Dos o tres millas más serán cuestión de una hora.

—Bien —asintió Harris.

En aquel momento, Dingo dejó oír unos ladridos furiosos.

—¡Aquí Dingo, aquí! —gritó Dick Sand—. ¡Ya sabes que no hay nadie y estamos en el desierto!

Se decidió aquella última parada. La señora Weldon dejó obrar a sus compañeros sin pronunciar una palabra. El pequeño Jack, adormecido por la fiebre, reposaba entre sus brazos.

Se buscó el mejor sitio para pasar la noche.

Dick Sand proyectó disponer el lecho bajo un extenso grupo de árboles; pero el viejo Tom, que le ayudaba en aquellos preparativos, se detuvo de pronto exclamando:

—¡Señor Dick! ¡Mire! ¡Mire!

—¿Qué pasa, buen Tom? —preguntó Dick Sand, con la entonación del

hombre que todo se lo espera.

—¡Ahí...! ¡Ahí! —pronunció Tom—. ¡En esos árboles...! ¡Manchas de sangre...! Y... en el suelo... ¡unos miembros mutilados...!

Dick Sand se precipitó hacia el sitio a donde señalaba el viejo Tom. Luego, volviendo en sí, dijo:

—¡Cállate, Tom, cállate!

En efecto; en el suelo, aparecían unas manos cortadas, y junto a aquellos restos humanos, unas horcas rotas y una cadena partida en pedazos.

Por fortuna, la señora Weldon no había visto aquel horrible espectáculo.

En cuanto a Harris, se mantenía separado, y cualquiera que le hubiese observado en aquel momento se habría extrañado del cambio que se había operado en él. Su semblante tenía algo de feroz.

Dingo se había unido a Dick Sand, y ante aquellos restos ensangrentados ladraba con rabia.

Al grumete le costó mucho trabajo echarlo.

Entretanto, el viejo Tom, al verse en presencia de aquellas horcas y de aquella cadena rota, se había quedado inmóvil, como si sus pies hubiesen echado raíces en el suelo. Con los ojos desmesuradamente abiertos y las manos crispadas, contemplaba aquello, murmurando estas incoherentes palabras:

—He visto... Ya he visto... Estas horcas... De pequeño... He visto...

Sin duda volvían a su imaginación con vaguedad los recuerdos de la infancia. ¡Trataba de recordar...! ¡Iba a hablar!

—¡Cállate, Tom! —repitió Dick Sand—. ¡Por la señora Weldon y por todos nosotros, cállate!

Y el grumete se llevó de allí al viejo negro.

Fue elegido otro sitio para el campamento, a alguna distancia, y todo quedó dispuesto para pasar la noche.

Fue preparada la comida, si bien apenas se comió. El cansancio quitaba el hambre. Todos se hallaban bajo una indefinible impresión de inquietud rayana en el terror.

Se hizo poco a poco la obscuridad, que bien pronto fue profunda. El cielo estaba cubierto de grandes nubes tormentosas. Entre los árboles, en el horizonte del oeste, se veían encenderse algunos relámpagos de calor. Ni siquiera una hoja se movía en los árboles. Un silencio absoluto sucedía a los

ruidos del día, y hubiera podido creerse que la pesada atmósfera, saturada de electricidad, se hacía refractaria a la transmisión de dos sonidos.

Dick Sand, Austin y Bat vigilaban juntos. Procuraban ver y oír, en medio de aquella profunda noche, en el caso de que cualquier resplandor o cualquier ruido sospechoso llegasen hasta sus ojos o hasta sus oídos. Nada turbaba la calma ni la oscuridad de la selva.

No ensimismado, pero sí absorto en sus recuerdos y con la cabeza inclinada, Tom permanecía inmóvil, como alcanzado por un súbito golpe.

La señora Weldon mecía al niño en sus brazos y sólo tenía ideas para él.

Sólo el primo Benedicto dormía, quizá, puesto que no participaba de la impresión común. Su facultad de presentir no llegaba tan lejos.

De pronto, a eso de las once, se dejó oír un ruido prolongado y grave, al que se unía una especie de estremecimiento más agudo.

Tom se puso en pie, y extendió la mano hacia una espesura que distaba poco más de una milla.

Dick Sand le cogió del brazo, pero no pudo impedir a Tom que gritase en voz alta:

—¡El león! ¡El león!

El viejo negro acababa de reconocer aquel ruido que había oído tan a menudo en su infancia.

—¡El león! —repitió.

Dick Sand, incapaz de dominarse por más tiempo, se precipitó, con el cuchillo en la mano, hacia el sitio que ocupaba Harris...

Harris no estaba allí, y su caballo había desaparecido con él.

Una especie de revolución se produjo en el espíritu de Dick Sand... ¡No se hallaba donde había creído estar...!

Así, pues, no había sido a la costa americana a donde había arribado el Pilgrim. No era la isla de Pascua aquella por la cual había calculado el grumete su posición en el mar, sino cualquiera otra isla, situada precisamente al oeste de aquel continente, como la de Pascua está situada al oeste de América.

La brújula le había engañado durante una parte del viaje, sin saberse por qué. Arrastrado por la tempestad en una dirección distinta, debía haber dado la vuelta al cabo de Hornos, y, del océano Pacífico, había pasado al Atlántico. La velocidad de su navío, que sólo podía calcular de un modo aproximado e imperfecto, habría sido duplicada, sin él saberlo, por la fuerza del huracán.

Por eso faltaban los árboles del caucho, los quinos y los productos de Sudamérica en aquella región, que no era la llanura de Atacama ni la pampa boliviana.

¡Sí! ¡Eran jirafas, y no avestruces, los animales que habían visto huir del bosque! ¡Eran unos elefantes los que habían atravesado aquel espeso tallar! ¡Eran unos hipopótamos aquellos cuyo reposo había turbado Dick Sand entre la hierba! ¡Era la tse-tsé el díptero encontrado por Benedicto, la terrible tse-tsé que hace perecer con sus picaduras a los animales de las caravanas!

Por último, ¡era el rugido del león lo que acababa de atravesar el bosque! ¡Y aquellas horcas, aquellas cadenas y aquel cuchillo de forma singular eran los utensilios de un tratante de esclavos! ¡Aquellas manos mutiladas eran las manos de unos cautivos...!

¡El portugués Negro y el americano Harris debían estar de acuerdo!

Y estas palabras terribles, adivinadas por Dick Sand, se escucharon por fin, de sus labios:

—¡África! ¡El África ecuatorial! ¡El África de los tratantes y de los esclavos!

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

LA TRATA DE NEGROS

¡La trata de negros! Nadie ignoraba la significación de estas palabras que nunca deberían haber encontrado acogida en el lenguaje humano. Ese tráfico abominable, por mucho tiempo practicado en provecho de las naciones europeas que poseían colonias en ultramar, fue prohibido desde hace ya bastantes años. Sin embargo, continúa efectuándose en gran escala, sobre todo en el África central. En pleno siglo XIX, faltan aún en el acta de abolición de la esclavitud las firmas de algunos Estados que se llaman cristianos.

Podría creerse que ya no se verifica la trata de negros; que ha cesado esa compra y venta de criaturas humanas. No hay nada de eso, y esto es lo que conviene que sepa el lector, si quiere interesarse de un modo más íntimo en la segunda parte de esta historia. Conviene que se entere de que en la actualidad se realizan aún unas cacerías de hombres que amenazan con despoblar a todo un continente por el mantenimiento de algunas colonias de esclavos; de dónde

y cómo se ejecutan esas bárbaras redadas, de la sangre que cuestan, de los incendios y robos que provocan, y, por último, del provecho que con ellas se obtiene.

En el siglo XV se vio ejercer por primera vez la trata de negros, y he aquí en qué circunstancias quedó establecida:

Los musulmanes, después de haber sido arrojados de España, se refugiaron más allá del estrecho, en la costa de África.

Los portugueses, que ocupaban entonces esta parte del litoral, los persiguieron con encarnizamiento. Un cierto número de estos fugitivos fueron hechos prisioneros y conducidos a Portugal. Reducidos a la esclavitud, constituyeron el primer número de esclavos africanos que se había formado en la Europa occidental, a partir de la era cristiana.

Pero estos musulmanes pertenecían en su mayor parte a familias ricas que pretendieron rescatarles a costa de oro. Los portugueses se negaron a aceptar todo rescate, por mucha importancia que tuviese. No tenían nada que hacer con el oro extranjero. Lo que les faltaban eran los brazos indispensables para el trabajo de las colonias nacientes, y, para hablar con más propiedad los brazos del esclavo.

No pudiendo rescatar a sus parientes cautivos, las familias musulmanas propusieron entonces cambiarlos por un número más crecido de negros africanos, de los cuales podían apoderarse con gran facilidad. La proposición fue aceptada por los portugueses, que encontraron ventaja en aquel cambio, y así quedó implantada en Europa la trata de negros.

Hacia fines del siglo XVI, era admitido en general el odioso tráfico, sin que repugnase a las costumbres bárbaras todavía, de aquel entonces. Todos los Estados lo protegían, con el fin de llegar con mayor rapidez y más seguridad a colonizar las islas del Nuevo Mundo.

En efecto; los esclavos de origen negro podían resistir en los puntos donde los blancos, mal aclimatados, incapaces para soportar el calor de los climas intertropicales, habrían perecido a millares. El transporte de negros a las colonias de América se hizo con regularidad por barcos especiales, y esta rama del comercio transatlántico dio lugar a la creación de importantes factorías en diversos puntos del litoral africano. La mercancía costaba poco en el país de producción, y los beneficios eran considerables.

Pero por muy necesaria que fuese, desde todos los puntos de vista, la fundación de las colonias de ultramar, no podía justificar aquel comercio de carne humana. Bien pronto se dejaron oír unas voces generosas que protestaron contra la trata de negros y solicitaron de los gobiernos europeos que decretasen la abolición en nombre de los principios de humanidad.

En 1751, los cuáqueros se pusieron a la cabeza del movimiento abolicionista, en el mismo seno de la América del Norte, donde, cien años más tarde, estalló la guerra de secesión, a la que no fue extraña la cuestión de la esclavitud. Diversos Estados del norte —Virginia, Connecticut, Massachusetts y Pensilvania— decretaron la abolición de la trata de negros y manumitieron a los esclavos conducidos en gran número a sus territorios.

La campaña comenzada por los cuáqueros no se limitó a las provincias septentrionales del Nuevo Mundo. Los esclavistas fueron atacados con dureza hasta más allá del Atlántico. Francia e Inglaterra, en particular, reclutaron partidarios de tan justa causa. «¡Perezcan las colonias antes que un principio!». Tal fue la generosa frase de orden que resonó en todo el Antiguo Mundo, y, a pesar de los grandes intereses políticos y comerciales contraídos en aquel caso, se transmitió con eficacia a través de Europa.

Se había dado el primer impulso. En 1807, Inglaterra abolió la trata de negros en sus colonias, y Francia siguió su ejemplo en 1814. Las dos poderosas naciones cambiaron un tratado a este respecto, tratado que confirmó Napoleón durante los Cien Días.

Sin embargo, aquello no era más que una declaración puramente teórica. Los negreros no dejaban de recorrer los mares y de dejar en los puertos coloniales su cargamento de ébano.

Hubieron de adoptarse medidas de carácter más práctico para poner fin a aquel comercio. Los Estados Unidos en 1820, e Inglaterra en 1824, consideraron la trata de negros como acto de piratería y como piratas a los que la ejerciesen. Como tales, serían condenados a la pena de muerte, y fueron perseguidos a toda costa. Francia se adhirió bien pronto al nuevo tratado. Pero los Estados del sur de América y las colonias españolas y portuguesas no intervinieron en el acta de abolición, y la exportación de negros continuó en provecho suyo, a pesar del derecho de visita generalmente reconocido y que se limitaba a la verificación del pabellón de los navíos sospechosos.

Sin embargo, la nueva ley de abolición no había tenido efecto retroactivo. Ya no se creaban nuevos esclavos, pero los antiguos no habían recobrado aún su libertad.

En estas circunstancias, Inglaterra dio el ejemplo. El 14 de mayo de 1833, una declaración general emancipó a todos los negros de las colonias de la Gran Bretaña, y en agosto de 1838, seiscientos setenta mil esclavos fueron declarados libres.

Diez años más tarde, en 1848, la República emancipaba a los esclavos de las colonias francesas, o sea a doscientos sesenta mil negros.

En 1859, la guerra que estalló entre los federales y los confederados de los

Estados Unidos poniendo término a la obra de la emancipación, la extendió por toda América del Norte.

Las tres grandes potencias, pues habían llevado a cabo aquella obra de humanidad. A la sazón, sólo se ejerce ya la trata de negros en favor de las colonias españolas o portuguesas, para satisfacer las necesidades de las poblaciones de Oriente —turcas o árabes—. El Brasil no ha concedido todavía la libertad de sus antiguos esclavos, si bien no los recibe nuevos y allí, los hijos de los negros nacen libres.

En el interior de África, como consecuencia de las guerras sangrientas que sostienen los jefes africanos para realizar la caza del hombre, tribus enteras son reducidas a la esclavitud. Dos direcciones opuestas se señalan entonces a las caravanas: una al oeste hacia la colonia portuguesa de Angola; la otra, al este, hacia Mozambique. Unos de estos desgraciados, de los que sólo una pequeña parte llega a su destino, son expedidos a Cuba o a Madagascar, y otros a las provincias árabes o turcas de Asia, a La Meca o a Mascate. Los cruceros ingleses y franceses sólo pueden impedir este tráfico en parte, porque una vigilancia eficaz en unas costas tan extensas es difícil de obtener.

Por ello, la cifra de esas odiosas exportaciones es muy considerable aún.

¡Sí! No se calcula en menos de ochenta mil el número de esclavos que llegan al litoral, y, según parece, este número sólo representa la décima parte de los indígenas asesinados. Después de tan espantosas carnicerías, los campos devastados quedan desiertos, las ciudades incendiadas quedan sin habitantes, los ríos arrastran los cadáveres y las fieras invaden el país. Al día siguiente de tales cacerías de hombres, Livingstone ya no reconocía las provincias que había visitado algunos meses antes. Todos los demás viajeros —Grant, Speke, Burton, Cameron y Stanley— no hablan de otro modo acerca de la llanura selvática del África central principal teatro de las guerras entre los jefes. En la región de los grandes lagos, en toda la vasta región que alimenta el mercado de Zanzíbar; en el Bernú y en el Fezzán; más al sur, sobre las orillas del Ñassa y del Zambeze; y más al oeste, en los distritos del alto Zaire, que el audaz Stanley acaba de atravesar, se presenta el mismo espectáculo, ruinas, asesinatos y despoblación—. ¿Acabará la esclavitud en África con la desaparición de la raza negra y ocurrirá con esta raza, como ocurre con la raza australiana en Nueva Holanda...?

Pero el mercado de las colonias españolas y portuguesas se cerrará algún día, y cesará ese tráfico. ¡Los pueblos civilizados no pueden tolerar por más tiempo la trata de negros!

Sí, sin duda en este mismo año de 1878, se efectuará la emancipación de todos los esclavos que poseen aún los Estados cristianos. En cambio, durante muchos años aún mantendrán las naciones musulmanas ese tráfico que

deshabita el continente africano. A ellas es, en efecto, a las que acude la mayor parte de la emigración de negros, puesto que la cifra de indígenas arrancados de sus provincias y enviados a la costa oriental excede todos los años de cuarenta mil. Mucho antes de la expedición a Egipto, los negros del Senaar eran vendidos por millares a los negros del Darfur, y recíprocamente. El mismo general Bonaparte pudo comprar un número bastante crecido de aquellos negros que convirtió en soldados organizados a la manera de los mamelucos. Desde entonces, durante las cuatro quintas partes que han transcurrido del siglo actual, el comercio de esclavos no ha disminuido en África. Al contrario.

Y, en efecto, el aislamiento es favorable a la trata de negros. Ha sido preciso que el esclavo negro substituya en las provincias musulmanas al esclavo blanco de otro tiempo. Por eso, todos los tratantes sostienen con ellas en gran escala ese execrable tráfico. Proporcionan así un suplemento de población a esas razas que se extinguen y desaparecerán algún día, toda vez que no se regeneran con el trabajo. Esos esclavos como en la época de Bonaparte, se convierten en soldados. En algunos pueblos del alto Níger, constituyen a medias los ejércitos de los jefes africanos. En tales condiciones, su suerte no es sensiblemente inferior a la de los hombres libres. Por otra parte, cuando el esclavo no es un soldado, es una moneda corriente; incluso en Egipto, y, en el Bernú, oficiales y funcionarios son retribuidos en esa moneda. Guillermo Lejean lo ha visto y lo ha dicho.

Tal es, pues, el estado actual de la trata de negros.

¿Habría que añadir que a muchos agentes de las grandes potencias europeas no les avergüenza mostrar una indulgencia censurable con ese comercio? Nada más cierto, sin embargo, y, en tanto que los cruceros vigilan las costas del Atlántico y del océano Índico, el tráfico se efectúa con regularidad en el interior, las caravanas pasan por delante de la vista de ciertos funcionarios, y los asesinatos en que diez negros perecen por conseguir un esclavo se realizan en épocas determinadas...

Ahora se comprenderá cuánto había de terrible en las palabras que Dick Sand acababa de pronunciar:

—¡África! ¡El África ecuatorial! ¡El África de los tratantes y de los esclavos...!

Y no se equivocaba. Aquello era el África, con todos sus peligros para sus compañeros y para él...

Mas, ¿en qué parte del Continente africano le había hecho encallar una fatalidad inexplicable? Con toda evidencia, en la costa oeste, y, con la circunstancia grave, según pensaba el joven grumete, de que el Pilgrim debía

de haber sido arrastrado, precisamente, hacia el litoral de Angola, a donde llegan las caravanas que devastan aquella porción de África.

Así era, en efecto. Se trataba del país que algunos, años después atravesaron Cameron por el sur y Stanley por el norte, a costa de grandes esfuerzos... De ese vasto territorio que se compone de tres provincias — Benguela, Congo y Angola— apenas se conocía entonces el litoral. Se extiende desde la Nursa, por el sur, hasta el Zaire, por el norte, y dos ciudades principales constituyen dos puertos —Benguela y San Pablo de Loanda—, capital esta última de la colonia que pertenece al reino de Portugal.

Por el interior, esta región permanecía entonces casi desconocida. Pocos viajeros se habían atrevido a aventurarse por ella. Un clima pernicioso; unos terrenos cálidos y húmedos que engendran las fiebres; unos indígenas bárbaros de los cuales algunos son todavía caníbales; la guerra en estado permanente entre las tribus, la desconfianza de los tratantes frente a todo extranjero que trata de penetrar en los secretos de su infame comercio: tales son las dificultades que hay que allanar, los peligros que hay que vencer en la provincia de Angola.

En 1816, Tuckey, siguiendo el Congo, llegó hasta más allá de las cascadas de Yellala, efectuando un recorrido de doscientas millas, todo lo más. Esta simple excursión no podía suministrar un conocimiento importante del país, y, sin embargo, causó la muerte de la mayor parte de los sabios y de los oficiales que componían la expedición.

Treinta y siete años después, el doctor Livingstone avanzó desde el cabo de Buena Esperanza hasta el alto Zambeze. Desde allí, en el mes de noviembre de 1853, con una temeridad que nunca ha sido superada, atravesaba el África desde el sur al noroeste, vadeaba el Congo —uno de los afluentes del Congo—, y llegaba —el 31 de mayo de 1854— a San Pablo de Loanda. Aquélla era la primera travesía de la parte desconocida correspondiente a la gran colonia portuguesa.

Dieciocho años después, dos audaces exploradores iban a atravesar el África de este a oeste, yendo a salir el uno por el sur y el otro por el norte de Angola, después de vencer dificultades inauditas.

El que partió primero fue el teniente de la marina inglesa Verney Lovett Cameron. En 1872, se creyó que la expedición del americano Stanley, enviada en busca de Livingstone a la región de los grandes lagos, se hallaba muy comprometida. El teniente Cameron se ofreció para ir en busca de sus huellas. El ofrecimiento fue aceptado. Cameron, acompañado del doctor Dillon del teniente Cecilio Murphy y de Roberto Moffat, sobrino de Livingstone, salió de Zanzíbar. Después de haber atravesado el Ugogo, encontró el cuerpo de Livingstone que era conducido por sus fieles servidores a la costa oriental.

Continuando entonces su camino hacia el oeste con el inquebrantable propósito de pasar de un litoral al otro; atravesando el Unyanyembé, el Uganda y Kahuelé, donde recogió los papeles del gran viajero; franqueando el Tanganika, las montañas del Bambarré y el Lualaba, cuyo curso no pudo seguir; después de haber visitado todas las provincias devastadas por la guerra y despobladas por la trata de negros, y el Kilemmba, el Urna, los manantiales de Lomané, el Uluda y el Lovalé, después de haber franqueado el Coanza y las inmensas selvas en donde Harris acababa de dejar a Dick Sand y a sus compañeros, el enérgico Cameron divisó, por fin el Atlántico y llegó a San Felipe de Benguela. Aquél viaje de tres años y cuatro meses costó la vida a dos de sus compañeros: el doctor Dillon y Roberto Moffat.

Al inglés Cameron iba a sucederle casi inmediatamente el americano Enrique Moreland Stanley en aquellas exploraciones. Se sabe que aquel intrépido corresponsal del New-York Herald, enviado en busca de Livingstone, lo encontró el 30 de octubre de 1871, en Ujiji, a orillas del lago Tanganika. Pero lo que acababa de hacer con tanta fortuna, desde el punto de vista de la humanidad, Stanley quiso comenzar de nuevo en interés de la ciencia geográfica. Cameron se hallaba aún perdido en las provincias del África central, cuando Stanley, en noviembre de 1874, salía de Bagamoyo, en la costa oriental; abandonaba veintiún meses después Ujiji —el 24 de agosto de 1876—, atacado por la epidemia de la viruela; recorría en setenta y cuatro días el trayecto comprendido entre el lago y Ñangüé, gran mercado de esclavos ya visitado por Livingstone y Cameron, y asistía a las más horribles escenas de las razzias efectuadas en el país de los Marungus y de los Manyemas por los oficiales del sultán de Zanzíbar.

Stanley adoptó entonces la medida de reconocer el curso del Lualaba hasta llegar a su desembocadura. Ciento cuarenta mandaderos contratados en Ñangüé y diecinueve barcos constituían el material y el personal de su expedición. Hubo que combatir desde un principio a los antropófagos del Ugusu, y así mismo emplear las embarcaciones, con el fin de dar la vuelta a unas infranqueables cataratas. En el ecuador, en el punto donde el Lualaba se dirige hacia el nordeste, cincuenta y cuatro barcas tripuladas por varios centenares de indígenas atacaban a la pequeña flotilla de Stanley que consiguió poner en fuga al enemigo. Luego ascendiendo hasta el segundo grado de latitud boreal, el valeroso americano comprobaba que el Lualaba no era más que el alto Zaire o Congo, y que siguiendo su curso descendería directamente al mar. Esto fue lo que hizo, batiéndose casi todos los días contra las tribus ribereñas. El 3 de junio de 1877, en el paso de las cataratas de Massassa, perdía a uno de sus compañeros —Francis Pocock—, y él mismo, el 18 de julio, era arrastrado en las cascadas de Mbelo, y sólo por milagro escapó de la muerte.

Por fin, el 6 de agosto llegaba Enrique Stanley a la aldea de Ni Sanda, a cuatro días de viaje de la costa. Dos días después, en Banza Mbuko, encontraba las provisiones enviadas por dos negociantes de Emborna, y descansaba por fin en aquella poblacioncita del litoral, envejecido a los treinta y cinco años por los sufrimientos y las privaciones, después de una completa travesía del continente africano en la que había invertido dos años y nueve meses de su vida. El curso del Lualaba quedaba reconocido hasta el Atlántico, y si el Nilo es la gran arteria del norte y el Zambeze la gran arteria del este, ahora se sabe que el África posee el tercero de los ríos más grandes del mundo, el cual, con un curso de dos mil novecientas millas, con los nombres de Lualaba, Zaire y Congo, une a la región de los lagos con el océano Atlántico.

Sin embargo, entre los dos itinerarios —el de Stanley y el de Cameron—, la provincia de Angola permanecía poco menos que desconocida en el año 1873, época en que el Pilgrim acababa de perderse frente a la costa de África. Sólo se sabía que aquella región era el teatro de la trata occidental, gracias a sus importantes mercados de Bihé, Cassange y Kazonndé.

Y a esta región era a donde Dick Sand acababa de ser llevado, a más de cien millas del litoral, con una mujer transida de fatiga y de dolor, un niño moribundo y unos compañeros de origen negro, presa propicia a la rapacidad de los vendedores de esclavos.

Sí; en África, y no en América, donde ni los indígenas, ni las fieras, ni el clima son en realidad temibles. No se trataba de aquella región propicia, situada entre las cordilleras y la costa, donde abundan los núcleos de población, donde las misiones se abren hospitalarias a todos los viajeros. Se hallaban muy lejos de las provincias del Perú y de Bolivia, a donde de seguro les habría llevado el Pilgrim, si una mano criminal no le hubiese desviado de su ruta, en donde los naufragos habrían encontrado tantas facilidades para su repatriación...

Aquello era la terrible Angola; pero no la parte vigilada directamente por las autoridades portuguesas, sino el interior de la colonia que cruzan las caravanas de esclavos bajo el látigo de los conductores...

¿Qué sabía Dick Sand de aquel país a donde lo había conducido la traición? Pocas cosas: lo que habían dicho de él los misioneros de los siglos XVI y XVII y los mercaderes portugueses que frecuentaban el camino de San Pablo de Loanda, pasando por San Salvador, y lo que había relatado el doctor Livingstone durante su viaje de 1853, lo cual habría bastado para abatir a un espíritu menos fuerte que el suyo.

En realidad, la situación era espantosa.

CAPÍTULO II

HARRIS Y NEGORO

Al día siguiente de haber establecido Dick Sand y sus compañeros su último campamento en la selva, dos hombres se encontraban a dos millas de aquel punto, como había quedado convenido entre ellos de antemano.

Aquellos dos hombres eran Harris y Negoro, y ahora va a saberse a qué obedecía la entrevista en el litoral de Angola del portugués procedente de Nueva Zelanda con el americano, al que su oficio de tratante obligaba a recorrer con frecuencia aquella provincia del oeste de África.

Harris y Negoro se habían sentado al pie de un enorme banano, a la orilla de un arroyo torrencial que corría entre una doble hilera de papiros.

Comenzaba la conversación —pues el portugués y el americano acababan de unirse en aquel instante—, y el primero hacía referencia a los hechos que acababan de realizarse durante aquellas últimas horas.

—¿De modo, Harris —decía Negoro—, que no has podido llevar más al interior de Angola al grupo del capitán Sand, como ellos llaman a ese grumete de quince años?

—No, camarada —respondió Harris—; y ya es bastante que haya podido alejarlos por lo menos cien millas de la costa... Desde hace varios días, mi joven amigo Dick Sand me miraba ya algo inquieto; sus sospechas se iban convirtiendo poco a poco en certidumbres, y...

—Cien millas más, Harris, y esa gente estará en nuestras manos, con toda seguridad... ¡No creo, sin embargo, que se nos escapen...!

—¡No podrían! —exclamó Harris, encogiéndose de hombros—. Te repito, Negoro, que no podía prolongar por más tiempo mi compañía... Leí más de cien veces en los ojos de mi joven amigo el propósito de alojarme una bala en el pecho, y tengo el estómago demasiado delicado para digerir esas ciruelas de doce en la libra...

—¡Bueno! —pronunció Negoro—. Yo también tengo que arreglar unas cuentas con ese grumete...

—Y las arreglarás de acuerdo con tus intereses, camarada. En cuanto a mí, durante los primeros días de camino, conseguí hacerle tomar esta provincia por el desierto de Atacama, que he visto en otro tiempo; pero el mocoso reclamaba los cauchos y los pájaros moscas, la madre pedía los quinos y el primo se obstinaba en encontrar cocuyos... A fe mía que me faltaba ya la

imaginación, y después de haberles hecho creer, con gran trabajo, que unas jirafas eran avestruces... (lo cual es un hallazgo, Negro), ya no sabía que inventar... Además, veía que mi joven amigo no aceptaba ya mis explicaciones... Luego, encontramos las huellas de unos elefantes... Después, se presentaron los hipopótamos... Ya sabes, Negro, que encontrar hipopótamos y elefantes en América es lo mismo que encontrar personas honradas en los penales de Bengala... Por último, para terminar, he aquí que al negro viejo se le ocurre descubrir al pie de un árbol unas horcas y unas cadenas, de las cuales se debían haber desembarazado algunos esclavos para huir... Al mismo tiempo, rugió el león, para remate, y mal podría hacerles tomar aquel aullido por el maullido de un gato inofensivo... ¡Ya no tuve más remedio que montar en el caballo y huir hasta aquí!

—Lo comprendo —asintió Negro—. Sin embargo, habría preferido tenerles cien millas más adentro de la provincia.

—Se hace lo que se puede, camarada —respondió Harris—. En cuanto a ti, que seguías a la caravana desde la costa, has hecho bien en mantenerte a distancia. Te presentían... Hay un tal Dingo que no parece tenerte mucha simpatía... ¿Qué le has hecho a ese animal?

—Nada —contestó Negro—; pero dentro de poco recibirá un balazo en la cabeza.

—Como tú habrías recibido uno de Dick Sand si hubieras mostrado el menor trazo de tu persona a doscientos pasos de su fusil... ¡Ah! Tira bien mi joven amigo, y aquí, entre nosotros, he de confesar que es un muchacho muy hábil.

—Por muy hábil que sea, Harris, me pagará sus insolencias —auguró Negro, cuya fisonomía adquirió una expresión de implacable crueldad.

—Bien —murmuró Harris—; mi camarada continúa tal y como siempre lo he conocido... ¡Los viajes no lo han deformado...!

Tras un instante de silencio, continuó:

—Oye, Negro, cuando te encontré tan inesperadamente en el teatro del naufragio, en la desembocadura del Longa, sólo tuviste tiempo para recomendarme a esa buena gente, rogándome que la condujese lo más lejos posible a través de esa pretendida Bolivia, y no me has dicho lo que has hecho desde hace dos años... ¡Dos años de nuestra accidentada existencia es mucho, camarada...! Un día, después de haberte hecho cargo de una caravana de esclavos perteneciente al viejo Alvez, del que somos unos muy humildes agentes, abandonaste Cassange, y ya no se volvió a oír hablar de ti... Creí que habías tenido algún contratiempo con el crucero inglés y a estas fechas estarías ahorcado...

—Poco ha faltado Harris.

—Ya llegará, Negoro.

—¡Gracias!

—¿Qué quieres? —interrogó Harris, con una indiferencia filosófica—. Son gajes del oficio. No se ejerce la trata de negros en la costa de África sin exponerse a encontrar la muerte fuera del lecho... En fin, ¿te cogieron?

—Sí.

—¿Los ingleses?

—No. Los portugueses.

—¿Antes o después de haberte deshecho de tu cargamento?

—Después —contestó Negoro, que había vacilado un poco, antes de responder—. Los portugueses se hacen ahora los difíciles... Ya no quieren la esclavitud, después de haberse aprovechado de ella durante mucho tiempo... Fui denunciado y vigilado... Me cogieron...

—¿Y te condenaron...?

—A terminar mis días en la penitenciaría de San Pablo de Loanda.

—¡Mil diablos! —exclamó Harris—. ¡Una penitenciaría...! ¡Ese es un sitio malsano para las personas acostumbradas, como nosotros lo estamos a vivir al aire libre...! ¡Yo habría preferido ser ahorcado!

—No se escapa uno del patíbulo —pronunció Negoro—. En cambio de la prisión...

—¿Has podido evadirte?

—Sí, Harris. A los quince días de haber ingresado en el penal, pude ocultarme en la bodega de un steamer inglés, que partía a Auckland, puerto de Nueva Zelanda. Un barril de agua y una caja de conservas, entre los cuales me había escondido, me suministraron el alimento y la bebida durante toda la travesía ¡Oh! Sufrí de un modo terrible, al no poder manifestarme cuando estuvimos en alta mar; pero si hubiera cometido la indiscreción de hacerlo, me habrían reintegrado al fondo de la bodega, y voluntaria o no, la tortura habría sido la misma. Además, a nuestra llegada a Auckland, me habrían entregado de nuevo a las autoridades inglesas y, por último, habría sido conducido al penal de Loanda, o tal vez me hubieran ahorcado, como decías hace poco... He aquí por qué he preferido viajar de incógnito...

—¡Y sin pagar el pasaje! —exclamó Harris, riendo—. ¡Ah! ¡Eso no está bien, camarada...! ¡Hacerse alimentar y transportar gratis...!

—Sí —continuó Negro—; pero treinta días de travesía en el fondo de la bodega...

—En fin, ya pasó, Negro... Saliste en dirección a Nueva Zelanda, el país de los maorís... Pero has vuelto. ¿Acaso el regreso lo has hecho en las mismas condiciones?

—No Harris. Comprenderás que, una vez allá, sólo me perseguía una idea: la de volver a Angola y reanudar mi oficio de tratante...

—¡Sí! —respondió Harris—. Se echa de menos el oficio... por costumbre...

—Durante dieciocho meses...

Pronunciadas estas palabras, Negro se calló bruscamente. Cogió de un brazo a su compañero y se puso a escuchar.

—Harris —dijo, bajando la voz—. Me parece haber oído como un estremecimiento en este grupo de papiros...

—En efecto, también me lo ha parecido a mí —respondió Harris, requiriendo su fusil, siempre en disposición de hacer fuego.

Negro y él se levantaron, miraron a su alrededor y escucharon con mayor atención aún.

—No pasa nada —dijo Harris al poco tiempo—. Es que ese arroyo ha crecido con la tormenta y hace más ruido... Desde hace dos años, camarada, has perdido la costumbre de conocer los ruidos del bosque; pero ya la recuperarás. Continúa, pues, el relato de tus aventuras. Cuando conozca bien el pasado, hablaremos del porvenir.

Negro y Harris se habían vuelto a acomodar al pie del banano. El portugués prosiguió en estos términos:

—Durante dieciocho meses estuve vegetando en Auckland. Una vez que hubo llegado el steamer, pude desembarcar sin ser visto; pero sin un céntimo en el bolsillo. Para vivir he tenido que dedicarme a todos los oficios...

—¿Incluso al oficio de hombre honrado, Negro?

—Como lo dices, Harris.

—¡Pobre muchacho!

—Pues bien; continuaba esperando una ocasión que tardaba en presentarse, cuando el ballenero Pilgrim llegó al puerto de Auckland.

—¿Ese barco que ha quedado en la costa de Angola...?

—Ese mismo, Harris; en el cual tomaron pasaje la señora Weldon, su hijo

y su primo. Ahora bien; en mi calidad de antiguo marino, puesto que fui el segundo a bordo de un negrero, ningún trabajo me costaba conseguir un puesto en un barco... Me presenté, pues, al capitán del Pilgrim, pero la tripulación estaba completa. Por fortuna para mí, el cocinero del bergantín goleta había desertado. Por regla general, un marino no entiende de cocina. Me ofrecí en calidad de cocinero. A falta de otro mejor, fui aceptado, y, algunos días después, el Pilgrim había perdido de vista las tierras de Nueva Zelanda...

—Según me ha dicho mi joven amigo —interrumpió Harris—, el Pilgrim no se dirigía a la costa de África. ¿Cómo habéis podido llegar entonces hasta aquí?

—Dick Sand no puede explicárselo aún, y acaso no pueda explicárselo nunca —respondió Negro—; pero voy a explicarte lo que ha pasado, Harris, y tú podrás trasladárselo a tu joven amigo, si quieres.

—¡Cómo! —exclamó Harris—. ¡Habla, camarada, habla!

—El Pilgrim —continuó Negro— se dirigía a Valparaíso. Cuando me embarqué, sólo contaba con llegar a Chile. Siempre constituía una ventaja encontrarme a la mitad del camino entre Nueva Zelanda y Angola y así me aproximaba en varios centenares de millas a la costa de África. Pero ocurrió que, a las tres semanas de haber abandonado Auckland, el capitán Hull, que ostentaba el mando del Pilgrim, desapareció con toda la tripulación, por pescar una ballena. Aquel día, sólo quedaron dos marineros a bordo: el grumete y el cocinero Negro.

—¿Y tú te encargaste del mando del navío? —preguntó Harris.

—Ese fue al principio, mi pensamiento; pero veía que se desconfiaba de mí. Había cinco vigorosos negros a bordo, todos ellos hombres libres. No podría haberme adueñado de ellos, y, una vez hecha toda clase de reflexiones, continué siendo lo que hasta entonces había sido, esto es, el cocinero del Pilgrim.

—¿Y ha sido la casualidad la que ha conducido a ese navío a la costa de África?

—No, Harris —respondió Negro—; no existe otra casualidad en esta aventura que la de haberte encontrado, durante una de tus excursiones de tratante, precisamente en la parte del litoral donde ha encallado el Pilgrim. En cuanto a lo de haber llegado a Angola, mi voluntad, mi secreta voluntad ha sido la que lo ha hecho. Tu joven amigo, aunque es un buen grumete para la navegación, sólo podía comprobar su posición por medio de la corredera y de la brújula. ¡Pues bien! Un día, la corredera fue a parar al fondo. Una noche, quedó inutilizada la brújula, y el Pilgrim, impulsado por una violenta

tempestad, cambió de ruta. La duración de la travesía, inexplicable para Dick Sand, lo habría sido también para el marino más experto. Sin que el grumete pudiera enterarse y ni siquiera sospecharlo, fue doblado el cabo de Hornos, aunque yo, Harris, lo reconocí en medio de las brumas. Entonces, gracias a mí, la aguja de marear recobró su verdadera dirección, y el navío, impulsado hacia el nordeste por el espantoso huracán, vino a estrellarse contra la costa de África, precisamente contra la de Angola, que era a donde yo quería llegar.

—Pues en ese mismo momento, Negoro —interrumpió Harris—, me condujo allá el destino para recibirte y guiarte a tu buena gente por el interior. Creían estar en América; sólo podían creer que estaban en ella, y me ha sido fácil hacerles tomar esta provincia por la Baja Bolivia, con la que en realidad tiene alguna semejanza.

—Sí; lo han creído, como tu joven amigo creyó ver la isla de Pascua, cuando pasamos frente a la de Tristán de Acuña.

—Cualquier otro se habría equivocado Negoro.

—Ya lo sé, Harris; y ya tenía proyectado el sacar partido de semejante error. Por fin, ya están la señora Weldon y sus compañeros a cien millas por el interior de África, que es a donde yo quería traerlos.

—¡Pero ahora saben dónde están! —objetó Harris.

—¡Bah! ¿Qué importa ahora? —exclamó Negoro.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Harris.

—¿Qué voy a hacer? —repitió Negoro—. Antes de que te lo diga, Harris, dame noticias de nuestro amo el tratante Alvez, al que no he visto desde hace dos años...

—¡Oh! El pícaro viejo está a las mil maravillas —respondió Harris—, y quedará encantado de volver a verte...

—¿Está en el mercado de Bihé? —preguntó Negoro.

—No, camarada; desde hace un año, su establecimiento está en Kazonndé.

—¿Y cómo van los negocios?

—¡Oh, mil diablos! —exclamó Harris—. La trata de negros se hace cada vez más difícil, por lo menos en este litoral. Las autoridades portuguesas de una parte, y los cruceros ingleses de la otra dificultan las exportaciones. Apenas en los alrededores de Mossamedes, al sur de Angola, puede hacerse ahora el embarque de negros con algunas probabilidades de éxito. Por ello, en este momento, los barracones están llenos de esclavos, esperando a los navíos que han de conducirlos a las colonias españolas. En cuanto a expedirlos por Benguela o por San Pablo de Loanda, no es posible. Los gobernadores no se

avienen a razones, y los jefes menos aún. Habrá que volver hacia las factorías del interior, que es lo que piensa hacer el viejo Alvez. Irá hacia la parte de Ñangue y del Tanganika para cambiar las telas por el marfil y por los esclavos. Siempre son productivos los negocios con el Alto Egipto y con la costa de Mozambique, que abastece de todo a Madagascar; pero me temo que llegará el tiempo en que no pueda ejercerse la trata de negros. Los ingleses realizan grandes progresos en el interior de África... Los misioneros adelantan y predicán contra nosotros... Ese Livingstone, que Dios confunda, después de haber explorado la región de los lagos, va a dirigirse, según dicen, hacia Angola... Además, se habla de un tal teniente Cameron que se propone atravesar el continente de este a oeste... También se teme que el americano Stanley pretenda hacer otro tanto... Todas estas visitas acabarán por entorpecer nuestras operaciones, Negoro; y si tenemos el sentimiento de nuestros intereses, ni uno solo de esos visitantes volverá a Europa para contar lo que su indiscreción haya visto en África.

Al oír a aquellos dos bribones, hubiérase dicho que hablaban como unos honrados negociantes cuyos negocios entorpecía una crisis comercial momentánea. ¿Quién podría creer que en lugar de tratarse de sacos de café o de bloques de azúcar, se trataba de expedir seres humanos como mercancía? Los tratantes de negros no tienen sentimiento alguno de lo justo ni de lo injusto. Les falta en absoluto el sentido moral, y, en el caso de que lo posean, en seguida lo pierden en medio de las espantosas atrocidades de la trata africana.

Cuando Harris tenía razón, era cuando decía que la civilización penetraba poco a poco en aquellas regiones salvajes, a causa de los atrevidos viajeros cuyos nombres se unen de un modo indisoluble a los descubrimientos del África ecuatorial. A la cabeza, figura David Livingstone; después de él, Grant, Speake, Burton, Cameron y Stanley, héroes que dejaron un recuerdo imperecedero, como bienhechores de la humanidad.

Cuando hubo llegado a este punto la conversación, Harris quedó enterado de lo que había sido la vida de Negoro durante los dos últimos años. El antiguo agente del tratante Alvez, evadido del penal de Loanda, volvía a aparecer, tal y como siempre se le había conocido, esto es, dispuesto a todo; pero lo que no sabía Harris aún era qué partido pretendía Negoro obtener con relación a los náufragos del Pilgrim. Y preguntó a su cómplice:

—¿Y ahora que vas a hacer con esa gente?

—El asunto comprende dos partes —explicó Negoro, como un hombre que tiene proyectado su plan desde hace mucho tiempo—, que tratan de aquéllos a quienes venderé como esclavos, y de los que...

El portugués no terminó la frase; pero su fisonomía feroz hablaba por él.

—¿A quiénes venderás? —preguntó Harris.

—A los negros que acompañan a la señora Weldon —respondió Negro—. El viejo Tom no puede tener un gran valor; pero los otros son cuatro vigorosos mozos que se pagarán muy caros en el mercado de Kazonndé.

—¡Ya lo creo, Negro! —corroboró Harris—. ¡Cuatro negros bien constituidos, acostumbrados al trabajo y que se parecen muy poco a los brutos que nos llegan del interior...! ¡De seguro que los venderás caros...! ¡Unos esclavos nacidos en América y expedidos a los mercados de Angola constituyen una rara mercancía...! Pero no me has dicho si había algún dinero a bordo del Pilgrim —añadió el americano.

—¡Oh! Sólo algunos centenares de dólares, que he conseguido salvar... Por fortuna, cuento con algunos robos...

—¿Cuáles, camarada? —preguntó Harris, con curiosidad.

—¡Nada! —pronunció Negro, que pareció lamentar el haber hablado más de lo que hubiera querido.

—Lo que queda por hacer ahora es el apoderarse de toda esa cara mercancía —dijo Harris.

—¿Y eso es tan difícil? —interrogó Negro.

—No, camarada. A diez millas de aquí, junto al Coanza, hay acampada una caravana de esclavos conducida por el árabe Ibn Hamis y que sólo espera mi regreso para emprender el camino de Kazonndé. Allí hay más soldados indígenas de los que se necesitan para capturar a Dick Sand y sus compañeros. Basta, por tanto, con que mi joven amigo tenga la idea de dirigirse hacia el Coanza.

—¿Y tendrá esa idea? —preguntó Negro.

—De seguro —respondió Harris—, puesto que es inteligente y no puede suponer el peligro que le espera. Dick Sand no puede pensar en volver a la costa por el camino que hemos seguido juntos. Se perdería en medio de los espesos bosques. Por consiguiente, tengo la seguridad de que procurará llegar a uno de los ríos que corren hacia el litoral, para seguir su curso en una jangada... No puede adoptar otra resolución, y, como le conozco, sé que la adoptará.

—Sí... ¡pudiera ser! —respondió Negro, reflexionando.

—No «pudiera ser», sino que «es seguro», hay que decir —rectificó Harris—. ¿No comprendes, Negro, que es como si yo le hubiera dado una cita a mi joven amigo a orillas del Coanza?

—Pues bien —concluyó Negro—; en marcha. Conozco a Dick Sand. No

tardará una hora, y conviene adelantarle.

—¡En marcha, camarada!

Se levantaban Harris y Negro, cuando se renovó el ruido que antes había despertado la atención del portugués. Era un estremecimiento de las ramas de los crecidos papiros.

Negro se detuvo y cogió a Harris de una mano.

De pronto, se dejó oír un sordo ladrido. Un perro apareció junto al ribazo, con la boca abierta, dispuesto a arrojarse sobre su presa.

—¡Dingo! —exclamó Harris.

—¡Ah! ¡Esta vez no se me escapará! —pronunció Negro.

Dingo iba a lanzarse sobre él, cuando Negro, cogiendo el fusil de Harris, se lo apoyó en el hombro e hizo fuego.

Un prolongado aullido de dolor respondió a la detonación, y Dingo desapareció entre la doble hilera de arbustos que bordeaba el arroyo.

Negro descendió al punto a la parte baja de la orilla.

Unas gotitas de sangre manchaban algunas ramas de los papiros, y un prolongado rastro rojo marcaba los guijarros del arroyo.

—¡Por fin lleva lo suyo ese maldito animal! —exclamó Negro.

Harris había asistido a toda aquella escena, sin pronunciar una sola palabra.

—Negro —dijo—, ese perro te quería de un modo muy particular.

—Así parece, Harris; pero ya no volverá a quererme...

—¿Y por qué te detesta de esa manera, camarada?

—¡Oh! Se trata de un antiguo asunto que tenemos que ventilar entre los dos...

—¿Un antiguo asunto? —interrogó Harris Negro no dijo más, y Harris dedujo que el portugués le había ocultado alguna aventura pretérita, si bien no insistió.

Algunos instantes después, siguiendo la corriente del arroyo, se dirigían ambos hacia Coanza, a través de la selva.

CAPÍTULO III

EN MARCHA

¡África! Este nombre, tan terrible en aquellas circunstancias; este nombre que por fuerza había de sustituir al de América, ni siquiera podía desaparecer por un instante de la imaginación de Dick Sand. Cuando el joven grumete recordaba lo que había pasado algunas semanas antes, era para preguntarse cómo el Pilgrim había terminado por arribar a aquella peligrosa costa; cómo habría dado la vuelta al cabo de Hornos y habría pasado de un océano al otro. Desde luego, a la sazón se explicaba por qué, a pesar de la rapidez con que navegaba su barco, la tierra había tardado tanto en manifestarse, puesto que la longitud del recorrido que había hecho para llegar a la costa americana había sido doble de lo que debiera ser, sin él saberlo.

—¡África! ¡África! —Repetía Dick Sand.

Luego, de pronto, mientras evocaba con una voluntad tenaz los incidentes de aquella inexplicable travesía, concibió la idea de que pudiera haber sido desviada la brújula. También recordó que se había inutilizado el primer compás y que la sondaleza de la corredera se había roto, lo cual le había puesto en la imposibilidad de comprobar la velocidad del Pilgrim.

—¡Sí! —pensó—. Sólo quedaba una brújula a bordo; una sola, cuyas indicaciones yo no podía comprobar... Y, una noche, fui despertado por un grito que exhaló el viejo Tom... ¡Negoro se hallaba allí, a popa...! Acababa de caerse sobre la bitácora... ¿No pudo desviar...?

Nacía la luz de la inteligencia de Dick Sand. Palpaba la verdad con el dedo. Comprendía, por fin, cuanto de ambiguo había en la conducta de Negoro. Veía su mano en aquella serie de accidentes que habían acarreado la pérdida del Pilgrim y habían comprometido de un modo tan espantoso a los que transportaba.

¿Y quién sería aquel miserable? ¿Habría sido marino a pesar de que siempre lo había ocultado? ¿Sería capaz de tramar toda aquella odiosa maquinación que había dado por resultado el arrojar el barco a la costa de África...?

Desde luego si aún existían puntos oscuros en el pasado, el presente ya no podía ofrecérselos. El joven grumete sabía muy bien que se hallaba en África, y, probablemente, en la funesta provincia de Angola, a más de cien millas de la costa. También sabía que la traición de Harris no podía ser puesta en duda. De donde la lógica más elemental le obligaba a deducir que el americano y el portugués se conocían desde larga fecha; que una fatal casualidad los había reunido en aquel litoral, y que un plan había sido concertado entre ellos, cuyo resultado debía ser funesto para los náufragos del Pilgrim.

¿Y por qué aquellos odiosos actos? Que Negoro quisiese, en definitiva,

apoderarse de Tom y de sus compañeros para venderlos como esclavos en aquel país, donde se practicaba la trata de negros, podía admitirlo. Que el portugués, movido por un sentimiento de odio, tratase de vengarse de él, de Dick Sand, porque le había tratado como se merecía, también era admisible... ¿Qué intentaría hacer aquel miserable con la señora Weldon, con aquella madre y con su hijito...?

Si Dick Sand hubiera podido sorprender en algo la conversación sostenida entre Harris y Negro, habría sabido a qué atenerse y qué clase de peligros amenazaban a la señora Weldon, a los negros y aun a él.

La situación era espantosa, pero al joven grumete no le amedrentaba. Puesto que había sido un capitán a bordo, seguiría siendo un capitán en tierra. Tenía que salvar a la señora Weldon, al pequeño Jack y a todos aquellos cuya suerte había puesto el cielo entre sus manos. ¡No había hecho más que comenzar su tarea! ¡La realizaría hasta el final!

Al cabo de dos o tres horas, durante las cuales resumieron en su imaginación el presente y el porvenir sus buenas y sus malas probabilidades —estas últimas muy numerosas, por desgracia—, Dick Sand se irguió, firme y resuelto.

Los primeros resplandores del día iluminaban entonces las elevadas cimas de la selva. Con excepción del grumete y Tom todos dormían.

Dick Sand se acercó al negro viejo.

—Tom —le dijo, en voz baja—, usted ha reconocido el rugido del león y ha visto los instrumentos de los mercaderes de esclavos, y ya sabe que estamos en África.

—Sí, señor Dick; ya lo sé.

—Pues bien, Tom; ni una palabra de todo esto a la señora Weldon ni a los compañeros. ¡Es preciso que suframos nosotros solos y que los salvemos!

—¡Solos..., en efecto...! ¡Es preciso! —exclamó Tom.

—Tom —insistió el grumete—, tenemos que vigilar con más cuidado que nunca. Nos hallamos en un país enemigo, ¡y entre que clase de enemigos...! Habrá que decir a nuestros compañeros que hemos sido traicionados por Harris, para que puedan estar en guardia. Pensarán que podemos temer algún ataque de los indios nómadas, y eso es suficiente.

—Puede usted contar con mi valor y con mi abnegación, señor Dick.

—Lo sé, así como también que cuento con su buen sentido y con su experiencia. ¿Me ayudará usted, mi buen Tom?

—En todo y para todo, señor Dick.

La resolución de Dick estaba adoptada y había sido aprobada por el negro viejo. Si Harris se había visto cogido en flagrante delito de traición, antes de haber llegado la hora de obrar, por lo menos, el joven grumete y sus compañeros no se hallaban bajo la amenaza de un peligro inmediato. Era, en efecto, el hallazgo de aquellos instrumentos de tortura abandonados por unos esclavos y el inesperado rugido del león lo que había provocado la súbita desaparición del americano. Se había visto descubierto, y, probablemente, había huido antes de que el grupo que guiaba llegase al sitio donde había de ser atacado. En cuanto a Negro, cuya presencia había reconocido Dingo de seguro durante los últimos días de camino, debía de haberse reunido con Harris, a fin de ponerse de acuerdo con él. Desde luego, transcurrirían algunas horas, sin duda, antes de que Dick Sand y los suyos fuesen asaltados, y había que aprovecharlas.

El único remedio consistía en llegar a la costa cuanto antes. El joven grumete tenía muchas razones para creer que aquella costa debía de ser la de Angola. Después de haber llegado, Dick Sand trataría de encontrar, bien al norte o al sur, un establecimiento portugués donde sus compañeros pudieran permanecer seguros, a falta de su repatriación.

Mas para verificar el regreso al litoral, ¿habría que utilizar el camino recorrido? Dick Sand no pensaba en ello, por lo que coincidía con Harris, el cual había entrevisto con toda claridad que las circunstancias obligarían al joven grumete a buscar el camino más corto.

En efecto, habría sido entorpecedor, por no decir imprudente, emprender de nuevo aquella difícil caminata a través del bosque, lo cual sólo conduciría a volver al punto de partida, y permitía a los cómplices de Negro el obtener una pista segura. El medio de caminar sin dejar huellas sólo consistía en seguir la corriente de un río. Al mismo tiempo, podrían temerse menos los ataques de las fieras que, por fortuna, se habían mantenido hasta entonces a una buena distancia. En tales circunstancias, una agresión misma de los indígenas presentaba también menos gravedad. Dick Sand y sus compañeros, una vez embarcados en una sólida lancha, y bien armados, se encontrarían en mejores condiciones para defenderse. Todo estribaba en encontrar la corriente de agua.

Hay que añadir también que, teniendo en cuenta el estado en que se encontraba la señora Weldon y su hijo Jack, aquel medio de transporte era el más conveniente. No faltaban brazos para coger al niño enfermo, por cierto. Para sustituir al caballo de Harris, podían construirse unas angarillas de ramas en las que hubiera sido transportada la señora Weldon pero habría que emplear en semejante transporte a dos de los cinco negros, y Dick Sand quería, no sin razón, que todos sus compañeros estuviesen libres, en sus movimientos, para el caso de un súbito ataque.

Además, siguiendo la corriente de un río, el joven grumete se encontraría en su elemento.

La cuestión se reducía, pues, a averiguar si existía en los alrededores alguna corriente de agua utilizable. Dick Sand lo consideraba posible, y he aquí por qué:

El río que desembocaba en el Atlántico, en el sitio donde había encallado el *Pilgrim*, no podía subir muy al norte ni muy al este de la provincia, puesto que una cadena de montañas bastante próximas —las mismas que habían confundido con la cordillera de los Andes— cerraba el horizonte por ambos lados. Por consiguiente el río bajaba de aquellas alturas, o derivaba hacia el sur, y, en ambos casos, Dick Sand no podía tardar en encontrar su curso. Tal vez, también, antes que aquel río —pues tenía derecho a este calificativo, como tributario directo del océano— se presentase alguno de sus afluentes, capaz para el transporte de aquel grupo. En todo caso, una corriente de agua cualquiera no debía de estar alejada.

En efecto durante las últimas millas del viaje, la naturaleza del terreno se había modificado. Las pendientes descendían y aparecían húmedas. Acá y allá corrían pequeños riachuelos, los cuales indicaban que el subsuelo contenía toda una red acuosa. Durante la primera jornada de camino, la caravana había costado uno de aquellos arroyos, cuyas aguas, enrojecidas por el óxido de hierro, dejaban teñidas las orillas. No debía costar mucho tiempo ni ser difícil su recorrido. Desde luego, no podía aprovecharse su corriente, pero era fácil seguirla hasta su desembocadura en cualquier afluente más considerable y en el que se pudiera navegar.

Tal fue el sencillo plan forjado por Dick Sand después de haber conferenciado con el viejo Tom.

Habiendo llegado el día, todos sus compañeros se despertaron poco a poco. La señora Weldon dejó a su hijito Jack, todavía adormecido, entre los brazos de Nan. Daba pena ver al niño completamente descolorido en el período de intermitencia.

La señora Weldon se acercó a Dick Sand.

—Dick, ¿dónde está Harris? —le preguntó, después de haberle contemplado—. No lo veo.

El joven grumete consideraba que, aunque dejase creer a sus compañeros que iban pisando el suelo de Bolivia, no debía ocultarles la traición del americano. Así, pues, dijo, sin vacilar:

—Harris ya no está con nosotros.

—¿Se ha adelantado? —interrogó la señora Weldon.

—Ha huido, señora Weldon —respondió Dick Sand—. Ese Harris es un traidor, y está de acuerdo con Negro, que ha sido el que nos ha conducido hasta aquí.

—¿Con qué objeto? —preguntó, con viveza, la señora Weldon.

—Lo ignoro —contestó Dick Sand—. Lo único que sé es que debemos regresar sin demora a la costa.

—¡Ese hombre... un traidor! —exclamó la señora Weldon—. ¡Lo presentía...! ¿Y tú crees, Dick, que está de acuerdo con Negro?

—Debe de estarlo, señora Weldon. Ese miserable seguía nuestras huellas. El destino ha puesto a los dos bribones en presencia el uno del otro, y...

—Y espero que no se habrán separado cuando yo los encuentre —dijo Hércules—. ¡Romperé la cabeza del uno con la del otro! —añadió el gigante, adelantando sus dos formidables puños.

—¡Pobre hijo mío! —exclamó la señora Weldon—. ¡Con los cuidados que pensaba prodigarle en la hacienda de San Felice!

—Jack se restablecerá —dijo el viejo Tom— cuando se acerque a la parte más sana del litoral.

—Dick —insistió la señora Weldon—, ¿estás seguro de que Harris nos ha traicionado?

—Sí, señora Weldon —respondió el joven grumete, que hubiera querido poder evadir toda explicación sobre el particular.

Por ello, se apresuró a añadir, mirando al negro viejo:

—Esta noche hemos descubierto su traición Tom y yo, y si no hubiera emprendido la fuga con su caballo, lo habría matado.

—Así, pues, esa quinta...

—No existe quinta, ni cortijo, ni aldea por los alrededores —respondió Dick Sand—. Le repito que hay que volver a la costa.

—¿Por el mismo camino, Dick?

—No, señora Weldon; siguiendo una corriente de agua que nos conduzca al mar sin trabajo alguno y sin peligro. Todavía tenemos que recorrer algunas millas a pie, y no dudo que...

—¡Oh, yo soy fuerte, Dick! —exclamó la señora Weldon sacando fuerzas de flaqueza—. ¡Caminaré, y conduciré a mi hijo!

—Aquí estamos nosotros, señora Weldon —dijo Bat—, y la transportaremos a usted.

—¡Sí, sí! —aprobó Austin—. Con las ramas de unos árboles y unas hojas...

—Gracias, amigos míos —interrumpió la señora Weldon—, pero quiero ir a pie... Iré andando. ¡En marcha!

—¡En marcha! —repitió el joven grumete.

—Deme usted a Jack —dijo Hércules, requiriendo al niño de los brazos de Nan—. ¡Cuando no tengo nada que llevar, me canso!

Y el buen negro puso con delicadeza sobre sus brazos al niño dormido, que ni siquiera se despertó.

Fueron revisadas las armas con cuidado. Las provisiones que quedaban fueron reunidas en un solo envoltorio, de manera que sólo fuese cargado un hombre. Acteón se lo echó sobre la espalda y sus compañeros quedaron libres para todo movimiento.

El primo Benedicto, cuyas largas piernas de acero desafiaban a todo cansancio, se hallaba dispuesto a partir. ¿Había notado la desaparición de Harris? No podría afirmarse. Poco le importaba. Además, se hallaba bajo la impresión de una de las más terribles catástrofes que podían sucederle.

En efecto, el primo Benedicto había perdido su lupa y sus gafas, lo cual constituía una grave complicación.

Por fortuna también, aunque sin que él lo supiera, Bat había encontrado los dos preciosos adminículos entre la hierba del lecho, si bien por consejo de Dick Sand los había guardado. De tal manera, sería seguro que el niño mayor permanecería tranquilo durante la marcha, puesto que, como suele decirse, no veía más allá de sus narices.

Así, pues, colocado entre Acteón y Austin, con orden expresa de no abandonarlos, el pobre Benedicto no dejó oír recriminación alguna, y continuó en su puesto como un ciego que se dejase conducir.

No había dado cincuenta pasos el grupo, cuando el viejo Tom lo detuvo de pronto, formulando esta pregunta:

—¿Y Dingo?

—¡En efecto, Dingo no está con nosotros! —dijo Hércules.

Y, con su voz potente, el negro llamó al perro varias veces.

Ningún ladrido le respondió.

Dick Sand permanecía silencioso. La ausencia del perro era lamentable, porque habría prevenido al grupo contra toda sorpresa.

—¿Habrá seguido Dingo a Harris? —interrogó Tom.

—A Harris, no —respondió Dick Sand—, más bien habrá seguido la pista a Negro. Lo olfateaba a distancia.

—¿Se le habrá ocurrido a ese maldito cocinero dispararle un balazo? —exclamó Hércules.

—¡Será si Dingo no lo estrangula! —sentenció Bat.

—¡Tal vez! —dijo el joven grumete—. Pero no podemos aguardar el regreso de Dingo. Además, si está vivo, el inteligente animal sabrá encontrarnos. ¡Adelante!

Hacía mucho calor. Desde el amanecer, grandes nubes cubrían el horizonte. En el ambiente se cernía la amenaza de la tormenta. Era probable que no terminara el día sin que sonase algún trueno. Por fortuna, la selva, aunque menos espesa, daba alguna frescura a la superficie del suelo. A uno y otro lado abundantes arbolados rodeaban las paredes cubiertas de hierba crecida y espesa. En algunos sitios, troncos enormes, solidificados ya, yacían en el suelo —indicio de que aquellos terrenos eran hulleros, tal y como se encuentran con frecuencia en el continente africano—. En los claros del bosque, a cuya verde alfombra se mezclaba una chabasca sonrosada, variaban los colores de las flores, y aparecían jengibres amarillos o azules, lobelias pálidas y orquídeas rojas frecuentadas incesantemente por los insectos que las fecundaban...

Los árboles no formaban entonces impenetrables masas, y sus esencias eran más variadas. Había elaisos, que son una especie de palmeras que producen un aceite muy preciado en África, y unos algodoneros que formaban grupos de ocho o diez pies de altura, y cuyos tallos leñosos producen un algodón muy veloso, casi análogo al de Pernambuco. Unos copales dejaban rezumar, por unos agujeros debidos a las trompas de ciertos insectos, una olorosa resina que resbalaba hasta el suelo donde se almacenaba para subvenir a las necesidades de los indígenas. Allí aparecían diseminados limoneros, granados silvestres y otras muchas plantas arborescentes que ponían de manifiesto la prodigiosa fertilidad de aquella llanura del África central. En muchos sitios, también, el olfato era afectado de un modo agradable por un fino olor a vainilla, sin que se pudiese descubrir qué arbusto lo exhalaba.

Todo aquel conjunto de árboles y de plantas verdeaba, a pesar de la sequía y de que sólo alguna que otra tormenta solía regar aquellos terrenos lujuriosos. Era aquella la época de las fiebres; pero, como ha observado Livingstone, por regla general pueden evitarse huyendo del sitio donde se han contraído. Dick Sand conocía esta observación del gran viajero, y esperaba que el pequeño Jack no la desmentiría. Se lo dijo a la señora Weldon, después de haber

comprobado que no había vuelto el acceso periódico, como era de temer, y que el niño descansaba apaciblemente entre los brazos de Hércules.

Caminaban con prudencia y con rapidez. A veces, se veían huellas recientes de hombres o de animales. Las ramas de los árboles y de la maleza, separadas o rotas, permitían entonces caminar con un paso más igual; pero, la mayor parte del tiempo, los múltiples obstáculos que era preciso derribar, retrasaban al grupo, con gran disgusto de Dick Sand. Se veían unas enredaderas entremezcladas que podían compararse con el aparejo en desorden de un navío, especie de sarmientos semejantes a curvos alfanjes, cuyas hojas, provistas de largas espinas, eran como serpientes vegetales de cincuenta a sesenta pies de longitud, que tuvieran la propiedad de volverse para morder al viandante con sus dardos agudos. Los negros las cortaban con sus hachas; pero aquellas enredaderas reaparecían sin cesar, desde el suelo hasta las copas de los árboles más elevados, a los que se enroscaban.

El reino animal no era menos curioso que el reino vegetal en aquella parte de la provincia. Los pájaros revoloteaban en gran número bajo aquel poderoso enramado; pero, como se comprenderá, no podían temer que se les disparase un solo tiro por aquellos que pretendían pasar tan secreta como rápidamente. Había pintadas en bandadas considerables, francolines de diversas clases, muy difíciles de coger, y algunos de esos pájaros a los que los americanos del norte han llamado por onomatopeya *whip-poor-will* —tres sílabas que reproducen con exactitud sus gritos—. Dick Sand y Tom hubieran podido creerse, en verdad, que se hallaban en una provincia del Nuevo Continente; pero, ¡ay!, sabían muy bien a qué atenerse...

Hasta entonces, las fieras, tan peligrosas en África, no se habían acercado al grupo. En aquella primera etapa, volvieron a verse unas jirafas, que sin duda Harris habría designado con el nombre de avestruces —en vano aquella vez—. Aquellos veloces animales huían con rapidez, espantados por la aparición de una caravana en aquellos bosques tan poco frecuentados. A lo lejos, en las lindes de las praderas, se elevaban algunas veces también unas espesas nubes de polvo. Era un rebaño de búfalos que caminaban produciendo un ruido semejante al de unas carretas muy pesadas.

Durante el transcurso de dos millas, Dick Sand siguió la corriente del riachuelo que debía desembocar en algún río más importante. Ya deseaba confiar a sus compañeros a la rápida corriente de un río del litoral. Consideraba que las fatigas y los peligros no serían tan graves.

A mediodía, llevaban recorridas unas tres millas sin haber tenido un mal encuentro. No aparecía huella alguna de Harris ni de Negoro. Dingo no había aparecido...

Había que acampar para descansar y tomar alimento.

El campamento fue establecido en una espesura de bambúes que amparó por entero al grupo.

Se habló poco durante la comida. La señora Weldon tomó a su hijo entre los brazos. Nunca lo perdía de vista. No podía comer.

—Hay que ingerir algún alimento, señora Weldon —le repitió varias veces Dick Sand—. ¿Qué será de usted, si llegan a faltarle las fuerzas...? ¡Coma, coma...! En seguida, reanudaremos la marcha, y una buena corriente nos llevará a la costa sin que nos cansemos...

La señora Weldon contemplaba a Dick Sand frente a frente, mientras él le hablaba así. Los ardientes ojos del joven le infundían valor y se sentía animada. Viéndole a él y a aquellos negros tan abnegados, como mujer y madre que era, no quería desesperar. Sin embargo, ¿por qué se abandonaba? ¿No creía hallarse en una tierra hospitalaria...? La traición de Harris no podía presentar para ella unas consecuencias tan graves... Dick Sand adivinaba cuáles eran sus pensamientos, y se hallaba próximo a abatir la cabeza...

CAPÍTULO IV

LOS MALOS CAMINOS DE ANGOLA

En aquel momento, el pequeño Jack se despertó y rodeó con los brazos el cuello de su madre. Su aspecto era mejor. La fiebre no había vuelto.

—¿Estás mejor, hijo mío? —preguntó la señora Weldon, estrechando al enfermito contra su corazón.

—Sí, madre —respondió Jack—; pero tengo un poco de sed.

No se pudo dar al niño más que agua fresca, de la que bebió algunos tragos con satisfacción.

—¿Y mi amigo Dick? —preguntó.

—Aquí estoy, Jack —contestó Dick Sand, cogiendo una mano al niño.

—¿Y mi amigo Hércules?

—Hércules está presente, señor Jack —respondió el gigante, acercándose.

—¿Y el caballo? —siguió preguntando el pequeño Jack.

—¿El caballo...? Se ha ido, señor Jack —contestó Hércules—. ¡Ahora soy yo el caballo...! Yo le llevo a usted... ¿Acaso le parece que mi trote es demasiado molesto...?

—No —respondió el pequeño Jack—, pero es que no puedo yo llevar las bridas...

—¡Oh! Me pone usted un freno, si quiere —dijo Hércules, abriendo su amplia boca—, y puede tirar cuanto le dé la gana.

—Demasiado sabes que no tiraré apenas...

—¡Bueno! ¡Hará usted mal, porque tengo la boca muy dura!

—¿Y la quinta del señor Harris? —preguntó, una vez más, el niño.

—Pronto llegaremos, Jack mío —respondió la señora Weldon—. ¡Sí...!
¡Pronto...!

—¿Quiere usted que reanudemos la marcha? —dijo, entonces, Dick Sand, para cortar aquella conversación.

—Sí, Dick; ¡en marcha!

Fue levantado el campo, y se reanudó la marcha en el mismo orden de antes. Había que atravesar el tallar con el fin de no abandonar el curso del riachuelo. En otro tiempo, había habido allí algunos senderos; pero, a la sazón, aquellos senderos estaban invadidos por las zarzas y la maleza. Hubieron de recorrer una milla en aquellas penosas condiciones y emplear tres horas en el recorrido. Los negros trabajaban sin descanso. Hércules, después de haber reintegrado al pequeño Jack a los brazos de Nan, tomó parte en la tarea, ¡y qué parte! Exhalaba vigorosos suspiros blandiendo muy activamente el hacha, y se abría ante sí un agujero como por obra de un incendio devorador.

Por fortuna, aquel fatigoso trabajo no podía durar. Recorrida aquella primera milla, se vio un amplio orificio practicado en el tallar que comunicaba en sentido oblicuo con el riachuelo y seguía su ribazo. Aquello constituía un sitio de paso para los elefantes, que tenían la costumbre de transitar a centenares por aquella parte del bosque. Grandes hoyos formados por las patas de los enormes paquidermos aparecían en el suelo, que se empapaba durante la época de lluvias y cuya naturaleza esponjosa se prestaba a la formación de aquellas grandes señales.

Después se vio que aquel sitio de paso no había sido utilizado sólo por los gigantescos animales. Seres humanos habían seguido más de una vez aquel camino, si bien lo habían seguido como unos rebaños que fuesen conducidos brutalmente al matadero. Esparcidos por el suelo, yacían restos de esqueletos medio roídos por las fieras, algunos de los cuales ostentaban aún las trabas de la esclavitud.

En el África central hay largos caminos jalonados así por restos humanos. Centenares de millas son recorridas por las caravanas, y muchos desgraciados caen en el camino, bajo el látigo de los agentes, muertos por la fatiga o las

privaciones y diezmados por las enfermedades, cuando no asesinados por los mismos tratantes si faltan los víveres. ¡Sí! Cuando no pueden ser alimentados, se les mata a tiros, a sablazos o a cuchilladas, y estos crímenes no escasean...

Unas caravanas de esclavos habían seguido aquel camino. Durante el recorrido de una milla, Dick Sand y sus compañeros tropezaron a cada paso con aquellos huesos esparcidos, poniendo en fuga a enormes chotacabras que, con vuelo pesado, daban vueltas en el aire.

La señora Weldon miraba sin ver, y Dick Sand temía que fuese a interrogarle, pues abrigaba la esperanza de conducirla a la costa sin decirle que la traición de Harris consistía en dejarles extraviados en una provincia africana. Por fortuna, la señora Weldon no se explicaba lo que tenía ante sus ojos. Había tomado a su hijo entre sus brazos, y el pequeño Jack, que iba adormecido, absorbía todo su pensamiento. Nan caminaba junto a ella, y ni la una ni la otra hicieron al joven grumete las preguntas que éste temía. El viejo Tom iba con los ojos bajos. Sabía muy bien por qué aquel orificio aparecía lleno de huesos humanos.

Sus compañeros miraban a derecha e izquierda con sorpresa, como si atravesasen un interminable cementerio cuyas tumbas hubieran sido revueltas por un cataclismo, si bien caminaban en silencio.

Entretanto, el cauce del riachuelo se hundía y se ensanchaba alternativamente. Su corriente era menos impetuosa. Dick Sand esperaba que dentro de poco se haría navegable o desaguaría a un río más importante, tributario del Atlántico.

El joven grumete estaba decidido a seguir a toda costa aquella corriente de agua. Así, pues, no vaciló en abandonar el camino de aquel orificio que, siguiendo una línea oblicua, se alejaba del riachuelo.

El grupo se aventuró de nuevo a través del espeso tallar. Funcionó el hacha, y caminaron entre enredaderas y zarzas enmarañadas. Aunque aquellos vegetales obstruían el suelo, ya no era espesa la selva que confinaba al litoral. Escaseaban los árboles. Altas cañas de bambú se erguían sólo por encima de la hierba, y eran tan elevadas, que el mismo Hércules no las dominaba con la cabeza. El paso de aquel grupo sólo habría podido apreciarse por la agitación del ramaje.

Aquel día, a las tres de la tarde, la naturaleza del terreno se modificó de un modo absoluto. Grandes llanuras debían quedar inundadas por entero en la época de lluvias. El suelo, más pantanoso, se alfombraba de espeso musgo cubierto de encantadores helechos. Acababa de presentarse una rápida elevación tumefacta cubierta de hematites oscuras, últimos afloramientos, sin duda, de algún rico yacimiento mineral.

Dick Sand se acordó entonces de lo que había leído acerca de los viajes de Livingstone. Más de una vez, al audaz doctor le había faltado poco para quedar hundido en aquellos terrenos pantanosos.

—¡Atención, amigos míos! —dijo, adelantándose—. Reconoced el suelo, antes de caminar sobre él.

—En efecto —ratificó Tom—; diríase que estos terrenos están empapados por la lluvia, y, sin embargo, no ha llovido durante estos últimos días...

—No —corroboró Bat—, aunque la tormenta no está muy lejos.

—Razón de más —dijo Dick Sand— para que nos apresuremos a franquear este pantano antes de que estalle... Hércules, tome usted en brazos al pequeño Jack. Que Bat y Austin se pongan al lado de la señora Weldon, para sujetarla, si fuera necesario. Usted, señor Benedicto... ¡Eh...! ¿Qué hace usted, señor Benedicto...?

—Caerme —respondió con naturalidad el primo Benedicto, que acababa de desaparecer, como si se hubiera abierto de súbito una trampa bajo sus pies.

En efecto, el pobre hombre se había metido en una especie de aguazal y había desaparecido hasta la mitad del cuerpo en un espeso lodo. Le dieron la mano, y se levantó cubierto de barro, aunque muy satisfecho por no haber lastimado su preciosa caja de entomólogo. Acteón se colocó a su lado, con objeto de preservar de toda caída al desdichado miope.

El primo Benedicto había tenido muy mal gusto al elegir aquel aguazal para sumergirse en él. Cuando le sacaron del lodazal, una gran cantidad de burbujas subió a la superficie, y, al reventar, dejaron escapar un gas de un olor sofocante. Livingstone, que algunas veces estuvo hundido hasta el pecho en aquel limo, comparaba aquellos terrenos con un conjunto de enormes esponjas compuestas de tierra negra y porosa de la que el pie hacía brotar numerosas hebras de agua. Aquellos parajes eran siempre muy peligrosos.

Por espacio de media milla Dick Sand y sus compañeros tuvieron que caminar por aquel suelo esponjoso. Costaba tanto trabajo, que la señora Weldon se vio obligada a detenerse, pues se hundía hasta la mitad de las piernas en aquel barrizal. Bat y Austin, queriendo ahorrarle las molestias de aquella difícil travesía por la llanura pantanosa, construyeron una litera con bambúes, la cual consintió por fin en ocupar. Su hijito Jack le fue colocado entre los brazos, y así se procuró atravesar cuanto antes aquel pantano pestilente.

Las dificultades fueron grandes. Acteón sostenía vigorosamente al primo Benedicto. Tom ayudaba a Nan, quien, si no hubiera sido por él, habría desaparecido en cualquier grieta. Los otros tres negros llevaban la litera. A la

cabeza, Dick Sand tanteaba el terreno. La elección del emplazamiento donde apoyar el pie no se realizaba sin trabajo. Había que caminar con preferencia por los rebordes recubiertos por una espesa hierba correosa; pero con frecuencia faltaba el punto de apoyo, y entonces se hundían en el cieno hasta las rodillas.

Por fin, a las cinco de la tarde, quedó franqueado el pantano y el suelo recobró una dureza suficiente gracias a su naturaleza arcillosa, aunque continuaba húmedo por debajo. Era evidente que aquellos terrenos correspondían a varios ríos próximos y subterráneos, y el agua se filtraba a través de sus poros.

En aquel momento, el calor se hizo abrumador, y se habría hecho insoportable si unas espesas nubes tormentosas no se hubieran interpuesto entre el suelo y los abrasadores rayos del sol. Lejanos relámpagos comenzaron a desgarrar las nubes, y sordos truenos gruñían en las profundidades del cielo. Iba a estallar una formidable tormenta.

Esta clase de cataclismos son terribles en África. Lluvias torrenciales, ciclones a los que no resisten los árboles más corpulentos y exhalaciones continuas constituyen la lucha de los elementos en aquella latitud. Dick Sand lo sabía muy bien, y se inquietó en extremo. No podrían pasar la noche sin refugio alguno. La llanura corría el riesgo de ser inundada, y no presentaba ningún paraje en el que se pudiese buscar un supuesto refugio.

¿Y qué refugio podía encontrarse en el desierto, sin un árbol y sin un matorral? Las entrañas del suelo tampoco lo habrían proporcionado. A dos pies de la superficie, se habría encontrado el agua.

Sin embargo, hacia el norte, una serie de colinas poco elevadas parecía limitar la llanura pantanosa. Era como el borde de aquella depresión del terreno. Algunos árboles se recortaban en una última zona menos tupida cuyo horizonte cubrían las nubes.

Allí faltaba también todo refugio; pero, por lo menos, los viajeros no correrían el riesgo de ser arrastrados por una posible inundación. Tal vez estuviese allí la salvación de todos.

—¡Adelante, amigos míos, adelante! —Repetía Dick Sand—. Tres millas más, y quedaremos más seguros que en estos terrenos...

—¡Animo! ¡Ánimo! —Gritaba Hércules.

El buen negro hubiera querido coger en brazos a toda aquella gente y transportarla él solo.

Aquellas palabras animaban a aquellos hombres valerosos, y, a pesar de las fatigas de una jornada de camino, avanzaban entonces más de prisa de lo que

lo habían hecho al emprender la marcha.

Cuando estalló la tormenta, faltaban por recorrer aún más de dos millas. Sin embargo, la lluvia no acompañó a los primeros relámpagos que se cambiaron entre el suelo y las nubes eléctricas. La oscuridad se hizo casi completa entonces, aunque el sol no había desaparecido tras el horizonte. La bóveda de vapores se abatía poco a poco, como si amenazase con un derrumbamiento —derrumbamiento que debía resolverse en una lluvia torrencial—. Los relámpagos rojos o azules la rasgaban por mil sitios y envolvían la llanura en una enmarañada red de fuego.

Dick Sand y sus compañeros corrieron más de veinte veces el riesgo de ser alcanzados por los rayos. En aquella llanura desprovista de árboles, constituían los únicos puntos salientes que podían atraer las descargas eléctricas. Jack, despertado por el estruendo de los truenos, se escondía entre los brazos de Hércules. Tenía mucho miedo el pobrecito, pero no querían dejárselo ver a su madre, ante el temor de afligirla más. Mientras caminaba con pasos muy largos, lo consolaba lo mejor que podía.

—No tenga usted miedo, buen Jack —le repetía—. Si el trueno se acerca a nosotros, yo lo haré pedazos con una sola mano. ¡Yo soy más fuerte que él!

Y, a decir verdad, la fuerza del gigante tranquilizaba un poco al pequeño Jack.

La lluvia no podía tardar en caer, y, entonces, de aquellas nubes condensadas caerían torrentes. ¿Qué sería de la señora Weldon y de sus compañeros, si no encontraban un refugio?

Dick Sand se detuvo un instante junto al viejo Tom.

—¿Qué hacer? —dijo.

—Continuar nuestro camino, señor Dick —respondió Tom—. No podemos quedarnos en esta llanura que la lluvia va a convertir en un pantano.

—¡No, Tom, no...! ¡Un refugio! ¿Dónde...? ¿Cuál...? ¡Aunque no fuese más que una choza...!

Dick Sand interrumpió con brusquedad su frase. Un relámpago más claro acababa de iluminar la llanura entera.

—¿Qué he visto allí, a un cuarto de milla? —exclamó Dick Sand.

—¡Sí! ¡Yo también lo he visto! —Comprobó el viejo Tom, sacudiendo la cabeza.

¿No es un campamento?

—Sí, señor Dick...; debe de ser un campamento...; pero un campamento

de indígenas...

Un nuevo relámpago permitió observar con mayor claridad aquel campamento, que ocupaba una parte de la inmensa llanura.

Allí se erguían, en efecto, unas cien tiendas cónicas alineadas con simetría y que median de doce a quince pies de altura. Ni un solo soldado se veía. ¿Se habrían encerrado en sus tiendas, con el fin de esperar a que pasase la tormenta, o estaría abandonado el campamento?

En el primer caso, cualquiera que fuesen las amenazas del cielo, Dick Sand debería huir más a prisa. En el segundo, tal vez encontrase allí el refugio que necesitaba...

—¡Lo sabré! —se dijo.

Luego, dirigiéndose al viejo Tom, añadió:

—¡Quédense aquí! ¡Que no me siga nadie! Iré a reconocer ese campamento.

—Deje usted que le acompañemos uno de nosotros, señor Dick.

—No, Tom. ¡Iré solo! Puedo acercarme sin ser visto. Quédense.

El grupo, precedido por Tom y Dick Sand, hizo alto. El joven grumete se destacó en seguida y desapareció en medio de la oscuridad, que era profunda cuando los relámpagos no desgarraban las nubes.

Comenzaban ya a caer algunas gruesas gotas de agua.

—¿Qué pasa? —interrogó la señora Weldon, acercándose al viejo negro.

—Que hemos visto un campamento, señora Weldon —respondió Tom—; un campamento... Y también puede ser una aldea... Nuestro capitán ha querido reconocerlo, antes de conducirnos hasta allí...

La señora Weldon se contentó con aquella respuesta. Al cabo de tres minutos, Dick Sand estaba de vuelta.

—¡Vengan ustedes! ¡Vengan ustedes! —Gritaba, con voz que expresaba todo su júbilo.

—¿Está abandonado el campamento? —preguntó Tom.

—¡No es un campamento —respondió el joven grumete—, ni tampoco una aldea...! ¡Son unos hormigueros!

—¡Unos hormigueros! —exclamó el primo Benedicto, que fue despertado por aquella palabra.

—Sí, señor Benedicto; pero unos hormigueros de doce pies de alto, por lo

menos, en los que procuraremos refugiarnos...

—Entonces —dijo el primo Benedicto—, se tratará de los hormigueros de la termita belicosa o de la termita devoradora. Sólo esos geniales insectos levantan tales monumentos que no desaprobaban los mejores arquitectos...

—Sean o no las termitas, señor Benedicto, hay que desalojarlas para que nos introduzcamos nosotros en ellos —dijo Dick Sand.

—¡Nos devorarán! ¡Y estarán en su derecho!

—En marcha, en marcha...

—¡Esperen ustedes! —exclamó el primo Benedicto—. Yo creía que esos hormigueros sólo existen en África...

—¡En marcha! —gritó, por última vez, Dick Sand con cierta violencia, por temor a que la señora Weldon hubiese oído las últimas palabras pronunciadas por el entomólogo.

Siguieron a Dick Sand con apresuramiento. Se había levantado un viento furioso. Grandes gotas crepitaban contra el suelo. Dentro de algunos instantes, el ciclón se haría insoportable.

Al poco rato, llegaron hasta uno de aquellos conos que se erguían en la llanura, y, por muy amenazadores que fuesen las termitas, no se debía vacilar: en el caso de que no se les pudiera echar, habría que compartir con ellas su morada.

Debajo de aquel cono, hecho con una especie de arcilla rojiza, se abría un agujero muy estrecho que Hércules agrandaba con su cuchillo en pocos instantes, para abrir paso a un hombre de su corpulencia. Con extrema sorpresa del primo Benedicto, no se dejó ver ni una de aquellos termitas que debían ocupar a millares el hormiguero. ¿Estaría abandonado?

Ensanchado el agujero, Dick Sand y sus compañeros se deslizaron por él, y Hércules desapareció el último, en el momento en que la lluvia caía con tal furia, que parecía apagar los relámpagos.

Ya no había que temer el ciclón. Una propicia casualidad acababa de proporcionar al grupo un sólido refugio, mejor que una tienda y mejor que una choza indígena.

Se trataba de uno de esos conos de las termitas, que, según la comparación del teniente Cameron, para ser edificados por unos insectos tan pequeños, son más asombrosos que las pirámides de Egipto, construidas por la mano del hombre.

«Es como si un pueblo hubiera edificado el monte Everest, una de las montañas más altas de la cordillera del Himalaya», ha dicho.

CAPÍTULO V

LECCIÓN ACERCA DE LAS HORMIGAS EN UN HORMIGUERO

En aquel momento, la tormenta estallaba con una violencia desconocida en las latitudes templadas.

¡Era providencial que Dick Sand y sus compañeros hubieran encontrado aquel refugio!

En efecto, la lluvia no caía en gotas sueltas, sino formando hebras de agua de un espesor variable. A veces, era una masa compacta, formando una capa de agua como una catarata, como un Niágara. Imagínese la taza de una fuente aérea que contuviese todo un mar y se vertiese de pronto. A causa de tales derramamientos, se anega el suelo, las llanuras se convierten en lagos, los arroyos en torrentes, y los ríos, desbordados, inundan vastos territorios.

Por el contrario de lo que ocurre en las zonas templadas, donde la violencia de las tormentas está en razón inversa de su duración, en África, aunque sean muy fuertes, continúan durante días enteros. ¿Cómo podrá almacenarse tanta electricidad en las nubes? ¿Cómo podrán acumularse tantos vapores? Ello es difícil de comprender. Así ocurre, sin embargo, y el que lo presencia puede creerse transportado a las épocas extraordinarias del período diluviano.

Por fortuna, el hormiguero, de paredes muy espesas, era perfectamente impermeable. La choza de unos castores, construida con tierra bien trabajada, no habría sido más impenetrable. Habría pasado un torrente por encima, sin que una sola gota de agua se hubiera infiltrado por sus poros.

Una vez que Dick Sand y sus compañeros hubieron tomado posesión del cono, se dedicaron a reconocer su disposición interior. Fue encendida la linterna, y el hormiguero se iluminó con un resplandor suficiente. Aquel cono, que medía doce pies de altura por dentro, tenía once pies de ancho, salvo en su parte superior, en que se redondeaba en forma de pilón de azúcar. Por todas partes, la pared tenía un espesor de cerca de un pie, y existía un vacío entre los pisos de celdas que lo llenaban.

Aunque asombre la construcción de semejantes monumentos debidos a industriosas falanges de insectos, no por eso deja de ser verdad que se encuentran con frecuencia en el interior de África. Un viajero holandés del pasado siglo —Smeathman— pudo ocupar con cuatro compañeros suyos la cima de uno de estos conos. En Lundé, Livingstone vio varios de estos hormigueros contruidos con arcilla roja, cuya altura llegaba hasta quince y veinte pies. El teniente Cameron confundió muchas veces con un campamento

las aglomeraciones de conos que erizaban la llanura, en el Ñangüé. Se detuvo, incluso, ante verdaderos edificios, no ya de veinte pies, sino de cuarenta y de cincuenta, enormes conos redondos, con esquilones a los lados como la cúpula de una catedral, tal y como los posee el África meridional.

¿A qué especie de hormigas se debía la prodigiosa edificación de semejantes hormigueros?

—Al *termes belicosus* —habría respondido sin vacilar el primo Benedicto, una vez que hubiera reconocido la naturaleza de los materiales empleados en su construcción.

Y, en efecto, como se ha dicho, las paredes estaban hechas con arcilla rojiza. Si estuvieran hechas con tierra de aluvión gris y negra, deberían haberse atribuido al *termes mordax* o al *termes atrox*. Como se ve, estos insectos tienen nombres poco tranquilizadores, que sólo podían gustar a un entomólogo recalcitrante como lo era el primo Benedicto.

La pared central del cono, en la que había hallado refugio el grupo en un principio, y que formaba el vacío interior, no habría bastado para contenerlos. En cambio, amplias cavidades superpuestas semejaban celdas, en las que podría guarecerse una persona de mediana estatura. Imagínese una sucesión de cajones abiertos; en el fondo de esos cajones, millones de alvéolos que habían ocupado los termitas, y se comprenderá con facilidad la disposición interior del hormiguero. Aquellos cajones aparecían colocados unos sobre otros, como los departamentos del camarote de un barco, y en los departamentos superiores fue donde pudieron refugiarse la señora Weldon, el pequeño Jack, Nan y el primo Benedicto. Debajo, se agazaparon Austin, Bat y Acteón. En cuanto a Dick Sand, Tom y Hércules, se quedaron en la parte inferior del cono.

—Amigos míos —dijo, entonces, el joven grumete a los dos negros—, el suelo comienza a empararse. Hay que terraplenarlo, extrayendo la arcilla de la base; pero cuidemos de no obstruir el agujero por donde penetra el aire del exterior, no vayamos a asfixiarnos en este hormiguero.

—Sólo hemos de pasar aquí una noche —arguyó el viejo Tom.

—Pues bien, procuremos que nos sirva de descanso, después de haber pasado tantas fatigas. Desde hace diez días, ésta será la primera vez que no hayamos dormido al aire libre.

—¡Diez días! —repitió Tom.

—Además —prosiguió Dick Sand—, puesto que este cono constituye un importante refugio, quizá nos convenga permanecer en él durante veinticuatro horas. Entretanto, iré a reconocer la corriente de agua que necesitamos y que no puede estar lejos. Creo, también, que hasta que no hayamos construido una

lancha no debemos abandonar este refugio. Estamos a salvo de la tormenta. Hagamos, pues, un suelo más resistente y más seco.

Las órdenes de Dick Sand fueron ejecutadas al punto. Hércules demolió con su hacha el primer piso de alvéolos, que era de arcilla bastante blanda, y realzó en más de un pie la parte interior del terreno pantanoso sobre el cual descansaba el hormiguero. Dick Sand se aseguró de que el aire podía penetrar con libertad en el interior del cono, a través del orificio abierto en la base.

Desde luego, constituía una circunstancia muy favorable el que el hormiguero hubiera sido abandonado por las termitas. Conteniendo algunos millares de tales hormigas, habría sido inhabitable. ¿Haría mucho tiempo que había sido abandonado, o los voraces neurópteros acababan de abandonarlo? No era superfluo formular semejante pregunta.

El primo Benedicto se la había hecho desde un principio, pues se hallaba muy sorprendido ante aquel abandono, y bien pronto se convenció de que la emigración había sido reciente.

En efecto, no tardó en descender a la parte inferior del cono, y una vez allí, alumbrado por una linterna, empezó a registrar los rincones más secretos del hormiguero. Descubrió lo que llamó el «almacén general» de las termitas, esto es, el sitio donde los industriosos insectos acumulaban las provisiones de la colonia.

Era una cavidad abierta en la pared, no lejos de la celda real, que el trabajo de Hércules había hecho desaparecer, al mismo tiempo que las celdas destinadas a las larvas jóvenes.

En aquel almacén, el primo Benedicto recogió una cierta cantidad de trocitos de goma y de jugos de plantas casi solidificados, lo cual demostraba que las termitas los habían llevado de fuera hacía poco.

—¡Pues bien, no! —exclamó, como si respondiese a alguna contradicción que le hubiesen hecho—. ¡No! Este hormiguero no ha sido abandonado hace mucho tiempo.

—¿Quién le ha dicho a usted lo contrario, señor Benedicto? —interrogó Dick Sand—. Recientemente o no, lo importante para nosotros es que las termitas lo hayan abandonado, puesto que hemos de permanecer en su puesto.

—Lo importante —opuso el primo Benedicto— sería saber por qué razón lo han abandonado. Ayer, esta misma mañana, esos sagaces neurópteros lo habitaban aún, estoy seguro, puesto que aquí hay jugos líquidos; y esta noche...

—¿Y qué quiere usted decir con eso, señor Benedicto? —preguntó Dick Sand.

—Que algún presentimiento secreto ha debido invitarles a abandonar el hormiguero. No sólo no ha quedado ninguna termita en las celdas, sino que hasta se han preocupado de llevarse las larvas jóvenes, puesto que no consigo encontrar una sola... Pues bien repito que todo eso no está hecho sin motivo, y que esos perspicaces insectos preveían algún peligro.

—Preveían que nosotros íbamos a invadir su morada —dijo Hércules, riendo.

—¿De veras? —dijo el primo Benedicto, al que extrañó mucho la respuesta del buen negro—. Por muy vigoroso que usted sea, ¿se considera como un peligro para esos valientes insectos...? Algunos millares de tales neurópteros habrían bastado para convertirle a usted en un esqueleto, si le encontrasen muerto en su camino...

—Muerto, desde luego —objetó Hércules, que no quería darse por vencido—; pero vivo, los aplastaría.

—Aplastaría usted cien mil, quinientos mil, un millón —dijo el primo Benedicto, animándose—, pero no un millar de millón, y un millar de millón lo devoraría a usted, vivo o muerto, hasta el último pedazo.

Durante aquella discusión, que era menos inútil de lo que pudiera creerse, Dick Sand reflexionaba acerca de la observación que había hecho el primo Benedicto. No cabía duda de que el sabio conocía las costumbres de las termitas lo suficiente para no equivocarse. Si afirmaba que un secreto instinto les había advertido recientemente para que abandonasen el hormiguero, tal vez fuese porque en realidad constituyese un peligro permanecer en él.

Sin embargo, como no era cosa de abandonar aquel refugio en el momento en que la tormenta se desencadenaba con una intensidad sin igual, Dick Sand dejó de buscar la explicación de lo que parecía ser bastante inexplicable, y se contentó con responder:

—Pues bien, señor Benedicto; si las termitas se han dejado sus provisiones en este hormiguero, no olvidemos que nosotros hemos traído las nuestras, y cenemos. Mañana, cuando haya pasado la tormenta, procuraremos adoptar otra resolución.

Se dedicaron entonces a preparar la comida de la noche, pues aunque era mucho el cansancio, no había podido alterar el apetito de aquellos vigorosos caminantes. Por el contrario, y las conservas, que debían durarles para dos días más, fueron muy bien acogidas. La galleta no había sido atacada por la humedad, y, durante algunos minutos, pudo oírse cómo crujía entre los firmes dientes de Dick Sand y de sus compañeros. Entre las mandíbulas de Hércules, era como el grano bajo la muela de un molino. No la masticaba; la pulverizaba.

Sólo la señora Weldon no comió apenas, a pesar de que Dick Sand le instó mucho. Al grumete le parecía que aquella valerosa mujer estaba más preocupada, más sombría que nunca. Sin embargo, su hijito Jack estaba mejor; el acceso de fiebre no había vuelto, y, en aquel instante, descansaba bajo la vigilancia de su madre, en un alvéolo, bien provisto de ropa. Dick Sand no sabía que pensar.

Sería superfluo decir que el primo Benedicto hizo honor a la comida, no porque prestase atención alguna a la cantidad y a la calidad de los comestibles que devoraba, sino porque encontró una ocasión favorable para dar una conferencia de entomología acerca de las termitas. ¡Ah! ¡Si hubiera podido encontrar una termita, una sola, en el hormiguero abandonado...! Pero ¡quia!

—Esos admirables insectos —dijo, sin preocuparse de saber si le escuchaban—; esos admirables insectos pertenecen al orden maravilloso de los neurópteros, en los cuales, las antenas son más largas que la cabeza, las mandíbulas muy ostensibles, y las alas inferiores iguales a las superiores, la mayor parte de las veces. Cinco familias constituyen este orden: los panorpartes, los mirmileones, los hemerobinos, los termitinos y los perlidas. Sería inútil agregar que los insectos cuya morada ocupamos, quizá indebidamente son los termitinos.

En aquel momento, Dick Sand escuchaba con gran atención al primo Benedicto. ¿El hallazgo de aquellas termitas habría despertado en él la idea de que se hallaba en el continente africano, sin saber por qué fatalidad había podido llegar a él? El joven grumete estaba ansioso de enterarse.

El sabio, montado en su caballo favorito, continuaba cabalgando a placer.

—Ahora bien, estos termitinos —dijo— se caracterizan por tener cuatro artejos en los tarsos y mandíbulas córneas de un vigor notable. Existe el género mantispa, el género rafidio y el género termita, vulgarmente conocido con el nombre de hormigas blancas, en el cual se cuenta la termita fatal, la termita de coselete amarillo, la termita lucífuga, la mordiente, la destructora...

—¿Y los que han construido este hormiguero? —interrogó Dick Sand.

—Esas son las belicosas —respondió el primo Benedicto, pronunciando este nombre como si se tratase de los macedonios o de otro pueblo antiguo, apto para la guerra—. ¡Si! ¡De las belicosas, y de las de grandes proporciones! La diferencia sería menor entre Hércules y un enano que entre el mayor de estos insectos y el más pequeño. Si entre ellos se encuentran obreros de cinco milímetros de largo, soldados de diez y machos y hembras de veinte, también se encuentra una especie muy curiosa, la de los sirafúes, de media pulgada de largo, que tienen tenazas por mandíbulas y una cabeza más grande que el cuerpo, como los tiburones. Son los tiburones de los insectos, y si me dieran a

elegir entre los sirafúes y un tiburón, preferiría los sirafúes.

—¿Y dónde se encuentran con más frecuencia los sirafúes? —preguntó, entonces, Dick Sand.

—En África —respondió el primo Benedicto—; en las provincias centrales y meridionales. África es, por excelencia, el país de las hormigas. Conviene leer lo que acerca de ellas ha dicho Livingstone en las últimas notas facilitadas por Stanley. Más afortunado que yo, el doctor pudo asistir a una batalla homérica librada entre un ejército de hormigas negras y un ejército de hormigas rojas. Estas, que se llaman drivers, y que los indígenas denominan sirafúes, quedaron victoriosas. Las otras, las chungus, emprendieron la fuga, llevándose sus huevos y sus larvas, no sin ser defendidos valerosamente. Según Livingstone, nunca el genio batallador ha llegado tan lejos, ni en el hombre ni en los animales. Con su atroz mandíbula que arranca el pedazo, los sirafúes hacen retroceder al hombre más valiente. Hasta los animales más grandes, como los leones y los elefantes, huyen de ellos. Nada los detiene; ni los árboles, que escalan hasta la cima, ni los arroyos, que franquean haciendo un puente colgante con sus cuerpos, enlazados unos con otros. Son muy numerosos. Otro viajero africano, Du Chaillu, ha visto desfilar por espacio de doce horas una columna de esta clase de hormigas que, sin embargo, no se retrasaban en su camino. Después de todo, ¿por qué asombrarse en presencia de tantas miríadas? La fecundidad de los insectos es sorprendente, y refiriéndonos de nuevo a las termitas belicosas, diremos que se ha comprobado que una hembra pone hasta sesenta mil huevos al día. Así, pues, estos neurópteros proporcionan a los indígenas un alimento succulento. ¡No hay nada mejor en el mundo, amigos míos, que las hormigas asadas!

—¿Usted las ha comido, señor Benedicto? —preguntó Hércules.

—Nunca —respondió el sabio profesor—; pero las comeré.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Aquí no estamos en África! —dijo Tom, con gran apresuramiento.

—¡No...! ¡No...! —exclamó el primo Benedicto—. Y, sin embargo, hasta ahora, las termitas belicosas y sus ciudades de hormigueros sólo se han observado en el continente africano. Por aquí pasan muchos viajeros... ¡Ah...! ¡No saben mirar...! ¡Bah...! ¡Después de todo, mejor...! ¡Ya he descubierto una tse-tsé en América! A esta gloria, uniré la de haber visto las termitas belicosas en el mismo continente... ¡Qué materia para escribir una memoria que causará sensación en la Europa científica, o quizá para un folio con láminas y grabados fuera del texto...!

Era evidente que no se hacía la luz en el cerebro del primo Benedicto. El pobre hombre y todos sus compañeros, exceptuando a Dick Sand y a Tom, creían o parecían que creían hallarse allí donde no se encontraban. ¡Se necesitaban otras eventualidades, hechos más graves aún, que aquellas curiosidades científicas, para que se desengañasen!

Eran entonces las nueve de la noche. El primo Benedicto había hablado durante mucho tiempo. ¿Se dio cuenta de que sus auditores, acostados en sus alvéolos se habían ido durmiendo poco a poco durante su conferencia de entomología? Sin duda que no. Hablaba para sí mismo. Dick Sand no le interrogaba ya, y permanecía inmóvil, aunque no dormía. En cuanto a Hércules, había resistido por más tiempo que los demás pero el cansancio acabó también por cerrar sus ojos y, con sus ojos, sus oídos.

El primo Benedicto continuó disertando durante algún tiempo. Sin embargo, el sueño le venció por fin, y entonces subió a la cavidad superior del cono, que era donde se hallaba el domicilio que había elegido.

Un profundo silencio se hizo entonces en el interior del hormiguero, en tanto que la tormenta henchía el espacio de relámpagos y truenos. Nada parecía indicar que fuese a terminar en cataclismo.

La linterna había sido apagada. El interior del cono estaba sumido en una oscuridad absoluta.

Todos dormían, sin duda. Sólo Dick Sand no buscaba en el sueño el descanso que tan necesario le era. Le absorbía su pensamiento. Pensaba en sus compañeros, a quienes quería salvar a toda costa. La encalladura del Pilgrim no había determinado el final de sus crueles padecimientos, y otros también terribles les amenazaban, si caían entre las manos de los indígenas.

¿Y cómo evadir aquel peligro, el peor de todos, durante el regreso a la costa? Era evidente que Harris y Negoro no los habían conducido a cien millas de distancia por el interior de Angola sin un secreto deseo de apoderarse de ellos. ¿Qué pretendía, entonces, aquel miserable portugués? ¿A quién odiaba? El joven grumete se repetía que sólo a él le había faltado, y pasaba revista a todos los incidentes que habían marcado la travesía del Pilgrim: el hallazgo del barco naufragado y de los negros, la persecución de la ballena, la desaparición del capitán Hull y de su tripulación...

Dick Sand se encontró a los quince años encargado del mando de un navío, en el que la brújula y la corredera faltaron al poco tiempo a causa de la maniobra criminal de Negoro. Volvía a verse imponiendo su autoridad al insolente cocinero, amenazándole con encerrarle en el calabozo o saltarle la tapa de los sesos de un tiro de revólver. ¡Ah...! ¿Por qué su mano habría vacilado? El cadáver de Negoro habría sido arrojado por la borda, y no se

habrían producido tantas catástrofes.

Tal era el desarrollo de las ideas del joven grumete. Luego, se detenían por un instante en el naufragio que había puesto término a la travesía del Pilgrim. El malvado Harris aparecía entonces, y aquella provincia de América meridional se había transformado poco a poco. Bolivia se convertía en la terrible Angola, con su clima febrígeno, sus fieras y sus indígenas, más fieros aún. ¿Podría librarse de ellos el grupo durante su regreso a la costa? Aquel río que Dick Sand buscaba y que pensaba encontrar, ¿les conduciría al litoral con más seguridad y con menos fatigas? No podía dudar, pues sabía muy bien que ya no era posible efectuar un recorrido de cien millas por aquella región inhóspita, en medio de peligros incesantes.

—Por fortuna —se decía—, la señora Weldon y todos ignoran la gravedad de la situación. El viejo Tom y yo somos los únicos que sabemos que Negro nos ha traído a la costa de África y que Harris nos ha conducido al interior de Angola.

Dick Sand había llegado a este punto de sus abrumadoras ideas, cuando sintió como si pasase un soplo por su frente. Una mano se apoyó en su hombro, y una voz conmovida murmuró estas palabras a su oído:

—Lo sé todo, mi pobre Dick; pero Dios puede aún salvarnos. ¡Cúmplase su voluntad!

CAPÍTULO VI

LA ESCAFANDRA

Ante aquella revelación inesperada, Dick Sand no pudo responder. Además, la señora Weldon volvió a recobrar en seguida su puesto junto al pequeño Jack. Era evidente que no quería decir nada más, y el joven grumete no tuvo valor para retenerla.

Así, pues, la señora Weldon sabía a qué atenerse. Los diversos incidentes de la travesía le habían hecho ver claro también a ella, y quizá la palabra «África», además, pronunciada la víspera por el primo Benedicto.

—La señora Weldon lo sabe todo —se repitió Dick Sand—. Pues bien, tal vez esto sea preferible... ¡Yo no desesperaré tampoco!

A la sazón, Dick Sand deseaba que llegase el día, para ir a explorar los alrededores de la ciudad de los termitas. Un río tributario del Atlántico y de rápida corriente tenía que encontrar, para transportar a todos los suyos, y tenía el presentimiento de que aquella corriente de agua no debía estar lejos. Lo que

necesitaba, sobre todo, era evitar el encuentro con los indígenas, que tal vez hubieran sido enviados ya en su persecución, bajo la dirección de Harris y de Negro.

Pero el día no llegaba aún. Ninguna luz entraba dentro del cono por el orificio inferior. Los ruidos, que el espesor de las paredes tornaba más sordo, indicaban que no se apaciguaba la tormenta. Prestando atención, Dick Sand oía también cómo caía la lluvia con violencia hacia la base del hormiguero, y, como quiera que las grandes gotas no parecían golpear ya en el suelo endurecido, había que deducir que toda la llanura estaba inundada.

Debían de ser cerca de las once. Dick Sand comprendió que, si no el sueño, una especie de sopor iba a adormecerlo. Algo descansaría. Mas en el momento en que iba a ceder al abandono, concibió la idea de que, una vez empapado el montón de arcilla, se corría el riesgo de que se obstruyese el orificio inferior. Si se impedía el paso del aire de fuera adentro, la respiración de diez personas viciaría la atmósfera en poco tiempo, saturándola de ácido carbónico.

Dick Sand se deslizó entonces hasta el suelo, que había sido realzado con la arcilla del primer piso.

Aquella tierra estaba seca por completo aún, y el orificio perfectamente libre. El aire penetraba con entera libertad en el interior del cono, y, con él, algunos resplandores de las fulguraciones y las estrepitosas sonoridades de aquella tormenta que no podía extinguir la lluvia diluviana.

Dick Sand vio que todo estaba en orden. Ningún peligro parecía amenazar de un modo inmediato a aquellos termitas humanos, sustitutos de la colonia de los neurópteros. El joven grumete pensó, pues, en proporcionarse algunas horas de sueño, puesto que experimentaba su influencia.

Sólo que, por una extrema precaución, Dick Sand se acostó sobre una capa de arcilla, en la parte baja del cono, al alcance del reducido orificio. De aquella manera, ningún incidente podría producirse en el interior sin que él fuese el primero en percibirlo. La luz del amanecer le despertaría, además, y podría comenzar cuanto antes la exploración de la llanura.

Dick Sand se acostó, pues, con la cabeza junto a la pared y con el fusil en la mano, y al poco tiempo se durmió.

No habría podido decir lo que había durado aquel sopor, cuando le despertó una fuerte sensación de frío.

Se levantó y reconoció, no sin gran ansiedad, que el agua invadía el hormiguero, y, con tanta rapidez, que al cabo de algunos segundos habría llegado al piso de alvéolos que ocupaban Tom y Hércules.

Estos, despertados por Dick Sand, fueron puestos al corriente de aquella

nueva complicación.

La linterna, encendida de nuevo, iluminó el interior del cono.

El agua se había detenido a una altura de unos cinco pies, y permanecía estacionaria.

—¿Qué pasa, Dick? —preguntó, alarmada, la señora Weldon.

—No es nada —respondió el joven grumete; que la parte inferior del cono se ha inundado. Es probable que durante la tormenta se haya desbordado algún río próximo.

—¡Bueno! —exclamó Hércules—. Eso prueba que está cerca el río.

—Sí —aprobó Dick Sand—, el cual nos llevará a la costa... Tranquilícese usted, señora Weldon; el agua no puede alcanzarla a usted, ni al pequeño Jack, ni a Nan, ni al señor Benedicto.

La señora Weldon no respondió. En cuanto al primo, dormía como un verdadero termes.

Entretanto, los negros, inclinados hacia aquel espejo de agua que reflejaba la luz de la linterna, esperaban a que Dick Sand, que medía la altura de la inundación, les indicase lo que tenían que hacer.

Dick Sand callaba, después de haber ordenado que pusieran las provisiones y las armas fuera del alcance de la inundación.

—¿Ha penetrado el agua por el orificio? —preguntó Tom.

—Sí —respondió Dick Sand—; y ahora impide que se renueve el aire en el interior.

—¿No podríamos hacer un agujero en la pared, por encima del nivel del agua? —interrogó el negro viejo.

—Desde luego, Tom; pero si dentro llega el agua a una altura de cinco pies, fuera llegará a seis o siete... o más...

—¿Y qué opina usted, señor Dick?

—Opino, Tom, que el agua, al subir en el interior del hormiguero, ha debido comprimir el aire en su parte superior, y el aire constituye ahora un obstáculo para que el agua continúe elevándose. Y si abrimos en la pared un agujero, se escapará por él el aire, y, o bien subirá el agua hasta donde llegue el nivel exterior, o, si éste llega más arriba del agujero, subirá hasta el punto donde el aire comprimido la contenga de nuevo. Debemos estar aquí como dentro de una escafandra.

—¿Qué haremos, entonces? —preguntó Tom.

—Reflexionemos antes de obrar —respondió Dick Sand—. Una imprudencia podría costarnos la vida.

La observación del joven grumete era muy oportuna. Al comparar el cono con una escafandra tenía razón. Sólo que, en esta clase de aparatos, el aire se renueva sin cesar por medio de bombas, por lo que los buzos respiran bien y no tienen que vencer otros inconvenientes que los que puedan derivarse de su permanencia prolongada en una atmósfera comprimida, cuando no tiene la presión normal.

Aquí, a más de esos inconvenientes, existe el de que el espacio había quedado reducido en una tercera parte por la invasión del agua, y, en cuanto al aire, sólo sería renovado si, practicando un agujero, se ponía en comunicación con la atmósfera exterior.

¿Se podría practicar ese agujero sin correr los peligros de que había hablado Dick Sand, y, por tanto, no se agravaría la situación?

Lo cierto era que el agua se mantenía entonces a un nivel que sólo dos causas podían hacer sobrepasar cuando se abriese el agujero y el nivel de la crecida fuese superior por fuera, y cuando la altura de la crecida aumentase. En ambos casos, sólo quedaría en el interior del cono un reducido espacio donde el aire, no renovado, se comprimiría más.

¿Y no podría ser arrancado del suelo el hormiguero y derrumbado por la inundación, con extremo peligro para quienes lo ocupaban? No; pues, como las chozas de los castores, se adhería fuertemente por su base.

Así, pues, lo que constituía la eventualidad más temible era la persistencia de la tempestad, y, por consiguiente, el aumento de la inundación. Treinta pies de agua sobre la llanura habrían recubierto el cono de dieciocho pies y reducido el aire de dentro a una presión de una atmósfera.

Ahora bien, reflexionando acerca de esto, Dick Sand llegó a temer que aquella inundación adquiriese un desarrollo considerable. En efecto, no debía deberse sólo al diluvio que caía de las nubes. Parecía más probable que alguna corriente de agua de los alrededores engrosada por la tormenta, hubiera rebasado sus márgenes y se hubiera expandido por la llanura. ¡Y quién sabía si el hormiguero estaría entonces sumergido por completo, y ya no se podría salir de él ni aun por su extremo superior, que no habría sido difícil de demoler ni se tardaría mucho tiempo en ello!

Dick Sand, inquieto en extremo, se preguntaba que debería hacer. ¿Convendría esperar, o apresurar el desenlace de aquella situación, después de haber reconocido el estado de cosas?

Eran entonces las tres de la mañana. Todos, inmóviles y silenciosos,

escuchaban. Los ruidos de afuera sólo llegaban muy debilitados, a causa de estar obstruido el orificio. Sin embargo, un sordo rumor, amplio y continuo, indicaba que la lucha de los elementos no había cesado.

En aquel momento, el viejo Tom hizo observar que el nivel del agua se iba elevando poco a poco.

—Sí —comprobó Dick Sand—; sube, a pesar de que el aire no puede salir fuera, y es porque la crecida aumenta y lo comprime cada vez más.

—Si termina aquí, no es subir mucho —dijo Tom.

—Desde luego —respondió Dick—; pero, ¿hasta dónde llegará el nivel...?

—Señor Dick —dijo Bat—, ¿quiere usted que yo salga del hormiguero...? Buceando, procurare deslizarme por el agujero...

—Más vale que intente yo la experiencia —objetó Dick Sand.

—No, señor Dick, no —dijo, con viveza el viejo Tom—. Deje usted que lo haga mi hijo, y confíe usted en su destreza. En el caso de que no se pueda volver, la presencia de usted es necesaria aquí...

Y luego bajando la voz, añadió:

—No olvide usted a la señora Weldon y al pequeño Jack.

—Bien —respondió Dick Sand—. Vamos, pues, Bat. Si el hormiguero está sumergido, no trate usted de volver a entrar en él. Nosotros procuraremos salir como usted va a hacerlo. En cambio, si el cono sobresale aún, dé fuertes golpes en el vértice con el hacha, de la cuál irá usted provisto. Nosotros lo oiremos, y ello constituirá la señal para que nosotros comencemos el derrumbamiento. ¿Ha comprendido?

—Sí, señor Dick —contestó Bat.

—Pues vete, muchacho —añadió el viejo Tom, estrechando la mano de su hijo.

Después de haber hecho una buena provisión de aire mediante una prolongada aspiración, Bat se sumergió en la masa líquida, cuya profundidad excedía entonces a cinco pies. Se trataba de una tarea bastante difícil, puesto que había que buscar el orificio de salida, deslizarse por él y luego salir a la superficie exterior de las aguas. Todo esto requería ser ejecutado con presteza.

Transcurrió más de medio minuto. Dick Sand creía, por tanto, que Bat había conseguido salir fuera, cuando emergió el negro.

—¿Qué? —preguntó Dick Sand.

—El agujero está obstruido por los escombros —respondió Bat, una vez

que pudo recobrar el aliento.

—¡Obstruido! —repitió Tom.

—Sí —contestó Bat—. El agua debe de haber desleído la arcilla. He tocado con la mano alrededor de la pared, y el agujero no existe...

Dick Sand movió la cabeza. Sus compañeros y él se hallaban herméticamente encerrados en aquel cono que tal vez cubriese el agua...

—Si el agujero no existe —dijo entonces Hércules—, habrá que hacer otro.

Dick Sand reflexionó durante algunos instantes. Luego, dijo:

—Vamos a proceder de otro nodo. La cuestión está en saber si el agua cubre el hormiguero o no. Si practicamos una pequeña abertura en el vértice del cono, sabremos lo que ocurre; pero en el caso de que el hormiguero estuviese ya sumergido, el agua lo invadiría por completo, y entonces estaríamos perdidos... Procedamos tanteando...

—¡Pero pronto! —exclamó Tom.

En efecto, el nivel continuaba subiendo poco a poco. Ascendía entonces a seis pies el agua en el interior del cono. Con excepción de la señora Weldon su hijo, el primo Benedicto y Nan, que se habían refugiado en las cavidades superiores, todos se hallaban a la sazón sumergidos hasta la mitad del cuerpo.

Había, pues, que apresurarse a obrar, como proponía Dick Sand.

Dick Sand resolvió abrir un agujero en la pared de arcilla a un pie sobre el nivel inferior, y, por consiguiente, a siete pies del suelo.

Si por aquel agujero se ponían en comunicación con el aire exterior, era porque emergía el cono. Si, por el contrario, el agujero quedaba por debajo del nivel del agua de afuera, el aire se comprimiría interiormente —y en este caso habría que taponarlo con rapidez—, o el agua se elevaría hasta su orificio. Luego, se efectuaría la experiencia a un pie más de altura, y así sucesivamente. Y si, por último, en la parte superior del cono no se encontraba tampoco el aire externo sería porque el agua de la llanura pasaba de la altura de quince pies, y todo el pueblo de termitas desaparecería bajo la inundación. ¿Qué recurso les quedaría entonces a los presos del hormiguero para librarse de la más espantosa de las muertes —la muerte por asfixia lenta?

Dick Sand sabía todo esto, pero su sangre fría no le abandonó por un instante. Había calculado con toda precisión las consecuencias de la experiencia que iba a intentar. Por otra parte, esperar por más tiempo habría sido imposible. La asfixia era inminente en aquel reducido espacio que a cada instante se reducía más, en un ambiente saturado ya de ácido carbónico.

La mejor herramienta que pudo emplear Dick Sand para abrir el agujero en

la pared fue la baqueta de un fusil, que estaba provista en su extremidad de una barrena destinada a descargar el arma. Haciéndole dar vueltas con rapidez, la rosca agarró en la arcilla como si fuese un berbiquí, y el agujero se fue abriendo poco a poco. No podría tener mayor diámetro que el de la baqueta, pero era suficiente. El aire podría entrar bien.

Hércules alumbraba a Dick Sand manteniendo en alto la linterna. Había algunas bujías de recambio, y no era de temer que faltase la luz.

Transcurrido un minuto desde el comienzo de la operación, la baqueta se hundió con toda libertad en la pared. Al punto se produjo un ruido sordo, semejante al que producen los glóbulos de aire al escaparse de una columna de agua. El aire entraba de afuera, y, en aquel mismo momento, el nivel del agua ascendió en el cono y se detuvo a la altura del agujero, lo cual demostraba que se había abierto demasiado bajo, esto es, por debajo de la masa líquida.

—¡A comenzar de nuevo! —exclamó con frialdad, el joven grumete, después de haber tapado con rapidez el agujero con un puñado de arcilla.

El agua había quedado de nuevo estacionada en el cono, pero el espacio reservado había disminuido en más de ocho pulgadas. La respiración se hacía difícil, pues empezaba a faltar el oxígeno. Se notaba también en la luz de la linterna, que enrojecía y perdía parte de su brillo.

A la altura de un pie con relación al primer agujero, Dick Sand comenzó a abrir en seguida otro por el mismo procedimiento. Si no tenía éxito la experiencia, el agua subiría más todavía en el interior del cono.

Pero había que arriesgarse.

Mientras Dick Sand maniobraba con su barrena, se oyó gritar de pronto al primo Benedicto:

—¡Pardiez! ¡Ésta era la causa...!

Hércules levantó la linterna, y dirigió la luz hacia el primo Benedicto, cuyo semblante expresaba la más perfecta satisfacción.

—¡Sí! —prosiguió—. Por esto las inteligentes termitas han abandonado el hormiguero... ¡Habían presentido la inundación...! ¡Ah, el instinto, amigos míos el instinto...! ¡Las termitas son mucho más maliciosas que nosotros; mucho más maliciosas...!

Tal fue la moraleja que el primo Benedicto dedujo de la situación.

En aquel momento, Dick Sand sacaba la baqueta que había atravesado la pared. Sonaba un silbido. El agua subió otro pie más en el interior del cono... ¡El agujero no había encontrado el aire libre en el exterior!

La situación era espantosa. La señora Weldon casi alcanzada por el agua,

había levantado al pequeño Jack en sus brazos. Todos se asfixiaban en aquel espacio reducido. Les zumbaban los oídos. La linterna sólo proyectaba ya un resplandor insuficiente.

—¿Estará todo el cono debajo del agua? —murmuró Dick Sand.

Había que saberlo, y, para ello, tendrían que abrir un tercer agujero en lo alto del cono.

Esto representaba la asfixia, la muerte inmediata, si el resultado de la última tentativa era infructuoso. El aire que quedaba dentro se escaparía a través de la capa superior, y el agua llenaría por completo el cono.

—Señora Weldon —dijo, entonces, Dick Sand—, ya conoce usted la situación. Si continuamos aquí, nos va a faltar el aire respirable. Si fracasa la última tentativa, el agua llenará todo este espacio. La única esperanza que nos queda es la de que la cima del cono sobrepase al nivel de la inundación. Hay que intentar esta última experiencia. ¿Quiere usted...?

—¡Hazlo, Dick! —exclamó la señora Weldon.

En aquel momento se apagó la linterna, por no ser ya adecuado aquel ambiente para la combustión. La señora Weldon y sus compañeros se sumieron en la más completa oscuridad.

Dick Sand se encaramó sobre los hombros de Hércules, que se había agarrado a unas cavidades laterales, y del cual sólo la cabeza quedaba fuera del agua. La señora Weldon, Jack y el primo Benedicto se habían estrechado en el último piso de alvéolos.

Dick Sand golpeó la pared, y la baqueta se hundió con rapidez en la arcilla. En aquel punto, la pared, más espesa y más dura también, resultaba menos fácil de horadar. Dick Sand se daba prisa, no sin una terrible ansiedad, pues por aquella estrecha abertura iba a entrar la vida con el aire, o, en caso contrario, el agua con la muerte.

De pronto, se dejó oír un silbido agudo. El aire comprimido se espació... y un rayo de luz se filtró por la pared. El agua ascendió sólo ocho pulgadas, y se detuvo, sin necesidad de que Dick Sand tapase el agujero. Se establecía el equilibrio entre el nivel de adentro y el de afuera. Emergía la cima del cono. ¡La señora Weldon y sus compañeros estaban salvados!

Inmediatamente, después de un hurra frenético en el que dominó la tonante voz de Hércules, los cuchillos se dispusieron a la obra. El casquete, atacado con viveza, se fue desmenuzando poco a poco. El agujero se ensanchaba, y entró a oleadas el aire puro y con él se deslizaron los primeros rayos del sol naciente. Una vez descubierto el cono, sería fácil encaramarse por la pared, y ya se vería el medio de ganar alguna altura próxima al abrigo de toda

inundación.

Dick Sand fue el primero en subir a la cima del cono...

Exhaló un grito.

Ese ruido particular, demasiado conocido por los viajeros africanos, que producen silbando las flechas, atravesó el aire.

Dick Sand tuvo tiempo de distinguir a cien pasos del hormiguero un campamento, y a diez pasos del cono sobre la llanura inundada, unas barcas largas repletas de indígenas.

De una de aquellas barcas había partido el chaparrón de flechas, en el momento en que la cabeza del joven grumete asomaba fuera del agujero.

Con una palabra, Dick Sand lo había dicho todo a sus compañeros. Requiriendo su fusil, seguido de Hércules, Acteón y Bat, reapareció en lo alto del cono, y todos hicieron fuego sobre una de las embarcaciones.

Varios indígenas cayeron, y unos aullidos, acompañados de tiros de fusil, respondieron a la detonación de las armas de fuego.

Pero, ¿qué podían hacer Dick Sand y sus compañeros contra un centenar de africanos que les rodeaban por todas partes?

Fue asaltado el hormiguero. La señora Weldon, su hijo, el primo Benedicto y todos fueron apresados brutalmente, y, sin haber tenido tiempo para dirigirse la palabra ni para estrecharse por última vez las manos, fueron separados unos de otros, sin duda en virtud de órdenes recibidas de antemano.

Una primera barca se llevó a la señora Weldon, al pequeño Jack y al primo Benedicto, y Dick Sand los vio desaparecer en el campamento.

En cuanto a él, acompañado de Nan, del viejo Tom, de Hércules, de Bat, de Acteón y de Austin, fue arrojado a una segunda piragua que se dirigió hacia otro punto de la colina.

Veinte indígenas tripulaban aquella barca, a la que seguían otras cinco. No era posible resistirse, y, sin embargo, Dick Sand y sus compañeros lo intentaron. Algunos soldados de la caravana fueron heridos por ellos, y de seguro habrían pagado cara aquella resistencia con sus vidas, si no hubiera sido porque había orden formal de que las conservaran.

Al cabo de algunos minutos, quedó recorrido el trayecto. En el momento en que atracaba la barca, Hércules dando un salto irresistible, se abalanzó al suelo. Dos indígenas se precipitaron sobre él, pero el gigante hizo girar su fusil como si fuera una maza y los indígenas cayeron con los cráneos destrozados.

Un instante después Hércules desapareció bajo los árboles en medio de una

lluvia de balas, en el momento en que Dick y sus compañeros, después de haber sido depositados en tierra, eran encadenados como los esclavos...

CAPÍTULO VII

UN CAMPAMENTO A ORILLAS DEL COANZA

El aspecto del país, desde que la inundación había convertido en un lago aquella llanura donde se elevaba la ciudad de las termitas, había cambiado por completo. Una veintena de hormigueros emergían por la parte del vértice del cono y constituían los únicos puntos salientes en aquel amplio recipiente.

Era que el Coanza se había desbordado durante la noche, a impulso de las aguas de sus afluentes engrosados por la tormenta.

El Coanza, uno de los ríos de Angola, desemboca en el océano Atlántico, a cien millas del punto donde había encallado el Pilgrim. Este río era el que debía atravesar algunos años más tarde el teniente Cameron, antes de llegar a Benguela. El Coanza está llamado a constituir el vehículo del tránsito interior por aquella parte de la colonia portuguesa. Ya surcan unos steamers su curso inferior, y no transcurrirán diez años sin que recorran su curso superior. Dick Sand había obrado, pues, con conocimiento de causa buscando hacia el norte un río navegable. El riachuelo cuya corriente había seguido iba a desembocar en el Coanza. Si no hubiera sido por aquel súbito ataque, del que nadie había podido prevenirle, lo habría encontrado una milla más lejos; sus compañeros y él se habrían embarcado en una jangada de fácil construcción, y habrían tenido la gran suerte de descender por el Coanza hasta los puestos portugueses donde hacen escala los steamers. Allí, habría quedado asegurada su salvación.

No debía ser así.

El campamento visto por Dick Sand estaba establecido sobre una altura vecina a aquel hormiguero hasta la que le había conducido la fatalidad como hasta una trampa. En la cima de aquella altura se erguía un enorme sicomoro que habría podido refugiar a unos quinientos hombres bajo su follaje. El que no haya visto esos árboles gigantescos del África central no podrá formarse una idea de ellos. Sus ramas forman un bosque y cualquiera podría perderse entre ellas. Más lejos unos grandes bananos cuyas semillas no se transforman en frutos completaban el conjunto de aquel vasto paisaje.

Bajo aquel sicomoro estaba oculta como en un misterioso asilo toda una caravana —a la que Harris había anunciado la llegada de Negoro— que acababa de hacer alto. Aquel numeroso conjunto de indígenas arrancados de sus ciudades por los agentes del tratante Alvez, se dirigía hacia el mercado de

Kazonndé, Después de allí, según las necesidades, los esclavos serían enviados a los barracones del litoral del oeste o a Ñangüé, hacia la región de los grandes lagos, para ser distribuidos hacia el Alto Egipto o hacia las factorías del Zanzíbar.

Una vez que hubieron llegado al campamento, Dick Sand y sus compañeros fueron tratados como esclavos. Al viejo Tom, a su hijo, a Austin, a Acteón y a la pobre Nan, que eran negros de origen, aunque no pertenecían a la raza africana, se les dio el trato de los cautivos indígenas. Después que quedaron desarmados, a pesar de la más viva resistencia, fueron sujetos por la garganta dos a dos, por medio de una pértiga de seis pies de largo, ahorquillada en ambos extremos y cerrada por una barra de hierro. De aquel modo, se veían obligados a caminar en línea, uno detrás de otro, sin poder apartarse a derecha ni a izquierda. Para colmo de precaución una pesada cadena les unía por la cintura. Quedábanles, pues, los brazos libres para llevar la carga y asimismo los pies libres para caminar, pero no habrían podido hacer uso de ellos para huir. Así iban a franquear centenares de millas, bajo los latigazos de un havildar. Separados unos de otros, abrumados por la reacción que había seguido a los primeros instantes de su lucha contra los negros, ya no hacían ningún movimiento. ¡No haber podido seguir a Hércules en su huida! Y, sin embargo, ¿qué podía esperar el fugitivo? Aunque era muy vigoroso, ¿qué sería de él, en aquella inhóspita región donde el hambre, el aislamiento, las fieras, los indígenas y todo estaba en contra suya? ¿No llegaría bien pronto a seguir la misma suerte de sus compañeros...? Y, sin embargo, éstos no podían esperar ninguna conmiseración por parte de los jefes de la caravana, árabes o portugueses que hablaban una lengua que ellos no podían comprender, y con los cuales sólo entraban en comunicación por medio de miradas y de gestos amenazadores.

Dick Sand no había sido emparejado con ningún otro esclavo. Era un blanco, y sin duda no se habían atrevido a infligirle el trato común. Una vez desarmado había quedado con los pies y las manos libres, si bien un havildar le vigilaba especialmente. Observaba el campamento y a cada instante le parecía que iban a aparecer Negoro o Harris. Se equivocó. No le cabía duda alguna, sin embargo, de que aquellos dos miserables habían dirigido el ataque contra el hormiguero.

Así mismo concibió la idea de que la señora Weldon, el pequeño Jack y el primo Benedicto habían sido llevados a otro sitio en virtud de órdenes dictadas por el americano o por el portugués. Al no ver a uno ni a otro, se dijo que tal vez los dos cómplices acompañasen a sus víctimas. ¿A dónde se les conduciría? ¿Qué se pretendía hacer con ellos? Ésta era su más cruel preocupación. Dick Sand olvidaba su propia situación para no pensar más que en la señora Weldon y en los suyos.

La caravana que había acampado bajo el sicomoro no contaba menos de ochocientas personas, o sea quinientos esclavos de ambos sexos y trescientos soldados, entre portadores o merodeadores, guardianes, havildars, agentes y jefes.

Estos jefes eran de origen árabe o portugués. Se comprenderá con facilidad las crueldades que tales seres humanos ejercen contra los cautivos. Les golpean sin tregua, y los que caen agotados, sin esperanza de poder ser vendidos, son rematados a tiros o a cuchilladas. Se les domina así por el terror; pero el resultado de semejante sistema es el de que a la llegada de la caravana falta un cincuenta por ciento de esclavos, bien porque algunos hayan podido escapar, o bien porque los restos de los que han muerto siembran los caminos desde el interior a la costa.

Se comprenderá que los agentes de origen europeo, portugueses en su mayor parte, no son más que unos bribones arrojados de su país, condenados, escapados de presidio, antiguos negreros a quienes no se ha podido prender. En una palabra: la hez de la sociedad. Tales eran Negoro y Harris, a la sazón al servicio de uno de los tratantes más poderosos del África central, José Antonio Alvez, bien conocido por los traficantes de la provincia, y sobre el cual ha suministrado curiosos informes el teniente Cameron.

Los soldados que escoltan a los cautivos son, en su generalidad, indígenas pagados por los tratantes pero éstos no tienen el monopolio de las razzias que les proporcionan los esclavos. Los reyes negros realizan también guerras atroces con la misma finalidad. Entonces, los vencidos adultos, las mujeres y los niños, reducidos a la esclavitud, son vendidos por los vencedores a los tratantes, por algunas yardas de indiana, pólvora, armas de fuego y perlas rosadas o rojas, e incluso muchas veces, como dice Livingstone, en épocas de hambre, por algunos granos de maíz.

Los soldados que escoltaban la caravana del viejo Alvez podían dar una justa idea de lo que son los ejércitos africanos. Era un conjunto de bandidos negros medio desnudos que llevaban largos fusiles de chispa, provistos en el cañón de un gran número de anillos de cobre. Con una escolta semejante, a la que hay que añadir los merodeadores, que no son de mejor calidad, los agentes siempre tienen que hacer... Se discuten sus órdenes, se les imponen los lugares y las horas de acampado, se les amenaza con abandonarlos, y no es raro que se vean obligados a ceder ante las exigencias de la soldadesca.

Aunque los esclavos, hombres o mujeres, están obligados, por lo general, a transportar los fardos mientras la caravana está en marcha, se cuenta también con cierto número de «portadores» que les acompañan. Se llaman con más propiedad pagazis y transportan los objetos preciosos —sobre todo marfil—. Algunas veces, es tal el tamaño de los colmillos de elefante, que algunos pesan

hasta ciento sesenta libras, y se necesitan dos pagazis para llevarlos a las factorías desde donde esta preciosa mercancía es reexpedida a los mercados de Jartum, Zanzíbar y Natal. A la llegada, se les abona a los pagazis el sueldo convenido, que consiste en unas veinte yardas de cotonada o de tela que recibe el nombre de marikani, un poco de pólvora, un puñado de cauris, algunas perlas e incluso algunos esclavos de desecho, cuando el tratante no dispone de otra moneda.

Entre los quinientos esclavos que figuraban en la caravana se veían pocos hombres maduros. Ello obedecía a que, terminada la razzia e incendiada la aldea, todo indígena que pasaba de los cuarenta años había sido asesinado despiadadamente y colgado de los árboles de los alrededores, sólo los jóvenes adultos de ambos sexos y los niños habían sido destinados a abastecer los mercados. Después de semejantes cacerías de hombres, apenas sobrevive la décima parte de los vencidos. Así se explica la espantosa despoblación que convierte en desiertos los vastos territorios del África equinoccial.

Aquellos niños y aquellos adultos apenas iban vestidos con unos harapos de una tela hecha con la corteza que producen ciertos árboles y que se llama mbuzu en el país. El estado de aquel rebaño de seres humanos —mujeres cubiertas de llagas debidas al látigo de los havildars; niños pálidos, demacrados y con los pies sangrantes, a quienes sus madres procuraban llevar en brazos al mismo tiempo que la carga, jóvenes uncidos fuertemente por una horca más torturadora que la cadena del presidio— era de lo más lamentable que pueda imaginarse. Sí; la presencia de aquellos desdichados medio muertos, cuya voz apenas se oía, «esqueletos de ébano», según la expresión de Livingstone, habría conmovido a los corazones de las fieras, si bien tantas miserias dejaban insensibles a aquellos árabes endurecidos y a los portugueses, quienes, a juzgar por lo que dice el teniente Cameron, son más crueles aún.

No hay para qué decir que tanto durante la marcha como cuando hacían alto, los prisioneros eran vigilados con gran severidad. Así, pues, Dick Sand comprendió en seguida que era inútil intentar huir. Mas ¿cómo encontrar entonces a la señora Weldon? Era indudable que ella y su hijo habían sido raptados por Negoro. El portugués había cuidado de separarla de sus compañeros por razones que aún ignoraba el joven grumete; pero no podía dudar de la intervención de Negoro, y se le destrozaba el corazón ante la idea de los peligros de todas clases que amenazaban a la señora Weldon.

—¡Ah! —Exclamaba—. ¡Cuando pienso que he tenido a esos dos miserables, tanto al uno como al otro, al alcance de mi fusil, y no los he matado...!

Esta idea era una de las que se presentaban con más obstinación en la

imaginación de Dick Sand. ¡Cuántas desgracias habría evitado la muerte, la justa muerte de Harris y de Negroro! ¡Cuántas miserias, al menos para aquellos a quienes los negociantes de carne humana trataban a la sazón como esclavos...!

Dick Sand apreciaba todo el horror de la situación de la señora Weldon y de su hijito Jack. Ni la madre ni el hijo podían contar con el primo Benedicto. ¡El pobre hombre apenas debía bastarse para sí mismo! Sin duda se trasladaría a los tres a algún lejano distrito de la provincia de Angola... ¿Y quién transportaría al niño, todavía enfermo...?

—¡Su madre; sí; su madre! —Se repetía Dick Sand—. ¡Habría encontrado fuerzas para llevarlo...! ¡Habría hecho lo que hacen estas desdichadas esclavas...! ¡Y sucumbiré como ellas...! ¡Ah! ¡Que Dios me ponga enfrente de esos verdugos, y yo...!

¡Pero estaba prisionero! ¡Era como una cabeza de ganado en aquel rebaño que conducían los havildars hacia el interior de África! ¡No sabía siquiera si Negroro y Harris dirigían por sí mismos el cortejo en que figuraban sus víctimas! ¡Dingo ya no estaba allí para descubrir al portugués, para acusar su proximidad...! Sólo Hércules podría acudir en ayuda de la infortunada señora Weldon. Pero, ¿cómo esperar que se realizase semejante milagro...?

Dick Sand se aferraba sin embargo a aquella idea.

Se decía que el vigoroso negro estaba libre. ¡De su abnegación no había que dudar! Todo cuanto fuese humanamente posible hacer, lo haría Hércules en favor de la señora Weldon. ¡Sí! Hércules intentaría encontrar sus huellas y ponerse en comunicación con ellos, o en el caso de que le faltase aquella pista, procuraría ponerse de acuerdo con él, con Dick Sand, y tal vez libertarlo, raptarlo por la fuerza. En los acampados durante la noche, al confundirse con aquellos prisioneros por ser negro como ellos, podría burlar la vigilancia de los soldados, llegar hasta él, romper sus ligaduras y llevarle a la selva; y, una vez libres, ¿qué no harían ambos por salvar a la señora Weldon...? Una corriente de agua les permitiría descender hasta el litoral, y Dick Sand reanudaría, con nuevas probabilidades de éxito y con mayor conocimiento de las dificultades, la ejecución de aquel plan interrumpido con tanta desgracia por el ataque de los indígenas...

El joven grumete se dejaba llevar por aquella alternativa de temores y de esperanzas. Se resistía al abatimiento, gracias a su enérgica naturaleza, y se hallaba dispuesto a aprovechar la menor ocasión que se le presentase.

Lo que importaba saber, ante todo, era hacia qué mercado dirigían los agentes aquella caravana de esclavos. ¿La dirigían hacia alguna de las factorías de Angola, y, por lo tanto, sería cuestión de algunas paradas, o le

harían recorrer algunos centenares de millas por el interior del África central? El mercado principal de los tratantes era el de Nangüé, en el Manyema, sobre el meridiano que divide al continente africano en dos partes casi iguales, donde se extiende la región de los grandes lagos que Livingstone recorría entonces. Se hallaba alejado del campamento del Coanza y se necesitarían más de algunos meses para llegar a él.

Esto constituía una de las más serias preocupaciones de Dick Sand; pues, una vez en Nangüé, aun en el caso de que la señora Weldon, Hércules, los demás negros y él hubiesen logrado escapar, ¡cuán difícil, por no decir imposible, les habría sido el regreso hasta el litoral, acosados por los constantes peligros de una prolongada travesía...!

Dick Sand tenía motivos para pensar que el cortejo no tardaría en llegar a su destino. Aunque no entendía el lenguaje que empleaban los jefes de la caravana —unas veces el árabe y otras el idioma africano—, observó que era pronunciado con frecuencia el nombre de un importante mercado de aquella región. Este nombre era el de Kazonndé, y Dick Sand no ignoraba que allí se efectuaba el comercio de esclavos. Como es natural, llegó a creer que allí se decidiría la suerte de los prisioneros, bien en provecho del rey de aquel distrito, bien por cuenta de cualquier rico tratante del país. Ya se sabe que no se equivocaba.

Ahora bien; Dick Sand, al corriente de los detalles de la geografía moderna, conocía con bastante exactitud todo cuanto se sabe acerca de Kazonndé. La distancia de San Pablo de Loanda a aquella ciudad no excede de cuatrocientas millas, y, por consiguiente, la separan unas doscientas millas, todo lo más, del campamento establecido a orillas del Coanza. Dick Sand hacía el cálculo aproximado, tomando como base el recorrido hecho bajo la dirección de Harris. En circunstancias ordinarias, el referido trayecto sólo requería de diez a doce días. Duplicado este tiempo, a causa de las necesidades propias de una caravana ya agotada por una larga travesía, Dick Sand llegaba a calcular en tres semanas la duración del viaje desde el Coanza a Kazonndé. Dick Sand hubiera querido poder participarles a Tom y a sus compañeros lo que él creía saber. Habría sido para ellos un consuelo tener la seguridad de que no los llevarían al centro de África, a las funestas regiones de las que no se puede tener la esperanza de salir... Bastaría con pronunciar algunas palabras cuando pasaran junto a él para instruirles acerca de lo que ignoraban. ¿Llegaría a poder dirigirles esas palabras...?

Tom, Bat —una casualidad había reunido al padre y al hijo— y Acteón y Austin, ahorquillados de dos en dos, se encontraban en la extremidad derecha del campamento. Un havildar y una docena de soldados los vigilaban.

Dick Sand, que se hallaba en posesión de sus libres movimientos,

determinó disminuir poco a poco la distancia que le separaba del grupo que formaban sus compañeros a cincuenta pasos de él. Comenzó, pues, a maniobrar con tal objeto.

El viejo Tom advirtió quizá el pensamiento de Dick Sand. Con una palabra pronunciada en voz baja previno a sus compañeros para que estuviesen atentos. Ellos no se movieron, pero, haciendo caso de la advertencia, se dispusieron a ver y oír.

Aparentando indiferencia, Dick Sand había conseguido adelantar unos cincuenta pasos más. Desde el sitio donde se encontraba entonces había podido gritar de manera que hubiera sido oído por Tom, pronunciando el nombre de Kazonndé y diciéndole cuál sería la probable duración del recorrido; pero era mejor completar los informes y darles instrucciones acerca de la conducta que deberían seguir durante el viaje. Continuó, pues, acercándose a ellos. Ya le palpitaba de esperanza el corazón y se hallaba a punto de realizar su propósito, cuando el havildar, como si hubiera adivinado de pronto su intención, se precipitó sobre él. A los gritos del energúmeno, acudieron diez soldados, y Dick Sand fue empujado brutalmente hacia atrás, mientras Tom y los suyos eran conducidos al otro extremo del campamento.

Dick Sand se arrojó exasperado sobre el havildar. Llegó a inutilizarle entre sus manos el fusil, que había conseguido arrebatarse; pero siete u ocho soldados se echaron a la vez sobre él, y se vio obligado a ceder. Furiosos, lo hubieran asesinado, si uno de los jefes de la caravana —un árabe de elevada estatura y de fisonomía feroz— no hubiera intervenido. Aquel árabe era el jefe Ibn Hamis de que había hablado Harris. Pronunció algunas palabras que Dick Sand no pudo entender, y los soldados, obligados a soltar su presa, se alejaron.

Era evidente que, por una parte, había prohibición expresa de que dejaran al joven grumete comunicarse con sus compañeros, y, por otra parte, que se había hecho la recomendación de que no atentasen contra su vida.

¿Quién podría haber dictado semejantes órdenes, sino Harris o Negoro?

En aquel momento —eran las nueve de la mañana del día 19 de abril—, los roncós sonos de un cuerno de cudú se dejaron oír y redobló el tambor. Iba a finalizar el acampado.

Todos —jefes, soldados, portadores y esclavos— se pusieron en seguida en pie. Cargados los bultos, se formaron varios grupos de cautivos bajo la dirección de un havildar que desplegó una bandera de vivos colores. Se dio la señal de partir.

Entonces se elevaron unos cánticos en el aire; pero eran los vencidos, y no los vencedores, los que cantaban así.

Y he aquí lo que decían en aquellos cánticos que eran como una amenaza llena de ingenua fe de los esclavos contra sus opresores, contra sus verdugos:

«Me lleváis a la costa; pero, cuando muera, quedaré sin yugo y volveré para mataros».

CAPÍTULO VIII

ALGUNAS NOTAS DE DICK SAND

Aunque había cesado la tormenta de la víspera, el tiempo se hallaba muy revuelto aún. Además, era aquélla la época de la masika, segundo período de la estación de las lluvias en aquella zona del cielo africano. Las noches, sobre todo, serían lluviosas durante una, dos o tres semanas, lo cual sólo podía acrecentar las miserias de la caravana.

Partió aquel día bajo un cielo encapotado, y, después de haber abandonado las riberas del Coanza, se encaminó casi directamente hacia el este.

Unos cincuenta soldados marchaban a la cabeza, un centenar a cada uno de los flancos del cortejo, y el resto a retaguardia. Les habría sido difícil huir a los prisioneros, aun cuando no hubiesen ido encadenados. Las mujeres, los niños y los hombres iban mezclados, y los havildars les obligaban a andar de prisa a fuerza de latigazos. Había desdichadas madres que amamantaban a un hijo y conducían a otro de la mano con la que les quedaba libre. Otras llevaban a los pequeños seres sin vestidos y sin calzado, caminando sobre la acerada hierba del suelo...

El jefe de la caravana —el feroz Ibn Hamis que había intervenido en la lucha contra Dick Sand y su havildar— vigilaba a todo aquel rebaño, yendo y viniendo de la cabeza a la cola de la columna. Si sus agentes y él se preocupaban poco de las miserias de los cautivos, en cambio se interesaban por los soldados que reclamaban un suplemento de ración y de los pagazis que querían descansar. De ahí las discusiones, y hasta los cambios de brutalidades. Los esclavos tenían que soportar la constante irritación de los havildars. No se oían más que amenazas de un lado y gritos de dolor del otro, y los que iban en las últimas líneas hollaban el suelo que los primeros habían regado con su sangre.

Los compañeros de Dick Sand, mantenidos con especial cuidado a la delantera del cortejo, no podían entablar comunicación alguna con aquél. Avanzaban en hilera, con el cuello sujeto por la pesada horca que no les permitía un solo movimiento de cabeza. ¡No les correspondían menos latigazos que a sus tristes compañeros de infortunio!

Bat, emparejado con su padre, caminaba delante de él, procurando no sacudir la horca, eligiendo los mejores sitios para poner los pies, ya que el viejo Tom tenía que pasar por donde él. De vez en cuando, cuando el havildar se quedaba un poco atrás, dejaba oír alguna frase de aliento, de las cuales algunas llegaban hasta Tom. Procuraba también aminorar la marcha, cuando comprendía que Tom se fatigaba. Constituía un suplicio para aquel buen padre, al que idolatraba. Desde luego, Tom tenía la satisfacción de poder ver a su hijo, aunque la pagaba bien cara. ¡Cuántas veces brotaron las lágrimas de sus ojos, cuando el látigo del havildar se abatía sobre Bat! Aquel suplicio era peor que si hubiera caído el látigo sobre su propia carne.

Austin y Acteón caminaban a algunos pasos más atrás, unidos el uno al otro, martirizados a cada instante. ¡Ah, cómo envidiaban la suerte de Hércules! Cualesquiera que fuesen los peligros que amenazasen a éste en aquel país salvaje, podía emplear su propia fuerza para defender su vida.

Durante los primeros momentos de su cautividad, el viejo Tom hizo conocer toda la verdad a sus compañeros. Por él supieron con asombro que se hallaban en África, que la doble traición de Negoro y de Harris les había llevado hasta allí, y que no podían esperar piedad alguna por parte de sus amos.

Nan no había sido mejor tratada. Formaba parte de un grupo de mujeres que ocupaba el centro del cortejo. La habían encadenado con una joven, madre de dos hijos, uno de ellos de pecho y el otro de tres años de edad y que apenas podía andar. Nan, transida de lástima, se había encargado del pequeño, y la pobre esclava le había dado las gracias derramando unas lágrimas. Nan llevaba, pues, al niño, librándose así del cansancio, por efecto del cual habría llegado a sucumbir y, al mismo tiempo, de los golpes que el havildar le había propinado. Pero aquello constituía una pequeña carga para la anciana Nan; temía que las fuerzas la abandonasen demasiado pronto, y entonces pensaba en el pequeño Jack. Se lo representaba en los brazos de su madre. La enfermedad le había hecho adelgazar, pero debía pesar más aún para los débiles brazos de la señora Weldon. ¿Dónde estaría...? ¿Qué habría sido de ella...? ¿Volvería a verla su antigua sirvienta...?

Dick Sand había sido colocado casi al final del cortejo. No podía distinguir a Tom, ni a sus compañeros, ni a Nan. La cabeza de la numerosa caravana sólo era visible para él cuando atravesaban alguna llanura. Caminaba entregado a los más tristes pensamientos, de los que apenas le hacían volver los gritos de los agentes. No pensaba en sí mismo, ni en las fatigas que tendría que soportar aún, ni en las torturas que tal vez le tuviera reservadas Negoro. No pensaba más que en la señora Weldon. Buscaba en vano en el suelo, en las espigas de los senderos y en las ramas bajas de los árboles algún indicio de su paso. No había podido seguir otro camino, si, como todo parecía indicar, había sido

llevada a Kazonndé. ¡Cuánto hubiera dado por encontrar alguna señal de su paso hacia el sitio a donde también les llevaban a ellos!

Tal era la situación en cuerpo y alma del joven grumete y de sus compañeros. Aunque debían temer por ellos mismos; aunque eran muy grandes sus propios sufrimientos, sentían lástima al ver la miseria de aquel triste rebaño de cautivos y la indignante brutalidad de sus amos. ¡Ay! ¡No podían hacer nada para socorrer a los unos ni para resistirse a los otros!

Todo el país situado en la parte este del Coanza no era más que una selva de unas veinte millas de extensión. Los árboles, sin embargo, bien porque sucumbiesen bajo la acción de los numerosos insectos de aquella región, bien porque los elefantes los abatiesen cuando todavía eran jóvenes, aparecían menos abundantes que en la vecina comarca del litoral. La travesía por el bosque no podía ser muy dificultosa, y los arbustos estorbaban más que los árboles. Había abundancia, en efecto, de esos algodoneros de siete a ocho pies de altura y cuyo algodón sirve para fabricar las telas rayadas de negro y de blanco que se usan en el interior de la provincia.

Por algunos sitios, el suelo se transformaba en espesas selvas en las que desaparecía el cortejo. De todos los animales de la región, sólo los elefantes y las jirafas dominaban con sus cabezas aquellos cañaverales que se asemejaban a los bambúes, aquellas hierbas cuyos tallos medían una pulgada de diámetro. Era preciso que los agentes conociesen maravillosamente el país para que no se perdieran en él.

Todos los días, la caravana emprendía la marcha con el alba y sólo se detenía a las doce durante una hora. Se abrían entonces algunos envoltorios que contenían mandioca, y aquel alimento era distribuido con parsimonia entre los esclavos. Se añadían batatas o carne de cabra y de vaca cuando los soldados la habían robado al pasar por cualquier aldea. Era tal el cansancio y el descanso tan insuficiente y aun imposible durante las noches lluviosas, que, llegada la hora de la distribución de los víveres, apenas podían comer los prisioneros. Por ello, transcurridos ocho días desde la salida de las proximidades del Coanza, unos veinte habían caído en el camino, a merced de las fieras que rondaban desde lejos la caravana. Leones, panteras y leopardos esperaban las víctimas que no podían faltarles, y todas las tardes, después de haberse puesto el sol, se dejaban oír sus rugidos a tan corta distancia, que podía temerse un ataque directo.

Al oír aquellos rugidos que las sombras hacían más formidables aún, Dick Sand no pensaba sin terror en los obstáculos que semejantes encuentros podrían oponer a las empresas de Hércules, en los peligros que le amenazarían a cada paso. Y, sin embargo, si hubiera encontrado ocasión de huir también, no habría vacilado.

He aquí las notas que Dick Sand escribió durante aquella travesía desde el Coanza hasta Kazonndé. Veinticinco «marchas» fueron empleadas en el recorrido de aquel trayecto de doscientas cincuenta millas. En el lenguaje de los tratantes, la «marcha» equivale a diez millas, con detención de día y de noche.

Del 25 al 27 de abril.— He visto una aldea rodeada por una muralla de cañaverales de ocho a nueve pies de altura. Campos cultivados de maíz, habas, sorgo y diversas aráquidas. Se han hecho prisioneros dos negros. Quince muertos. La población ha huido.

Al día siguiente, hemos atravesado un río tumultuoso de ciento cincuenta yardas de ancho. Puente flotante formado por troncos de árboles unidos con bejucos. Pilotes medio rotos. Dos mujeres unidas a la misma horca han caído a las aguas. Una llevaba a su hijito en los brazos. Las aguas se agitan y se tiñen de sangre. Los cocodrilos se deslizan por entre los ramajes del puente. Se corre el peligro de meter los pies en las abiertas bocas...

28 de abril.— Hemos atravesado un bosque de bohínias. Árboles de monte alto, de los que suministran la madera de hierro a los portugueses.

Fuerte lluvia. Terreno pantanoso. Marcha en extremo penosa.

Hacia el centro del cortejo, he visto a la pobre Nan que lleva a un negrito en sus brazos. Se arrastra con dificultad. La esclava encadenada con ella cojea, y la sangre corre por su espalda desgarrada por los latigazos.

Acampamos por la noche bajo un enorme baobab de flores blancas y follaje verde claro.

Durante la noche, rugidos de leones y de leopardos. Un indígena ha disparado un tiro sobre una pantera. ¿Qué será de Hércules...?

29 y 30 de abril.— Primeros fríos de lo que se llama el invierno africano. Rocío muy abundante. Fin de la estación lluviosa con abril, la cual comienza con el mes de noviembre. Llanuras extensamente inundadas aún. Vientos del este que suspenden la transpiración y hacen a las personas más sensibles a las fiebres de los pantanos.

Ninguna huella de la señora Weldon ni del señor Benedicto. ¿A dónde los conducirán?, ¿los llevarán a Kazonndé...? Han debido seguir el camino de la caravana y precedernos. Estoy devorado por una inmensa inquietud. El pequeño Jack ha debido ser atacado de nuevo por la fiebre en esta región insalubre... ¿Vivirá aún...?

Del 1 al 6 de mayo.— Travesía con varias paradas de extensas llanuras que no han podido secar la evaporación. El agua llega a veces hasta la cintura. Miríadas de sanguijuelas se adhieren a la piel. Hay que caminar, no obstante.

Sobre algunas elevaciones que emergen hay lotos y papiros. En el fondo, debajo de las aguas, hay otras plantas con grandes hojas de col en las que resbalan los pies, lo cual ocasiona numerosas caídas.

En estas aguas hay cantidades considerables de pececillos de la especie de los siluros que los indígenas retienen a millares con unos zarzos y que son vendidos a las caravanas.

Es imposible encontrar un sitio donde establecer el campamento para pasar la noche. No se ve el límite de la llanura inundada. Hay que caminar en las tinieblas. ¡Mañana faltarán muchos esclavos en el cortejo! ¡Cuántas miserias...! Cuando se cae, ¿para qué levantarse...? ¡Algunos instantes más bajo las aguas, y todo habrá terminado! ¡El palo del havildar no encontrará el cuerpo en la sombra...!

¡Sí! Pero, ¿y la señora Weldon y su hijo...? ¡No tengo derecho a abandonarlos! ¡Resistiré hasta el final! ¡Éste es mi deber!

¡Gritos espantosos se oyen en la noche!

Unos veinte soldados han arrancado algunas ramas de unos árboles resinosos cuyo ramaje emerge.

He aquí la causa de los gritos que he oído: un ataque de cocodrilos. Doce o quince monstruos de éstos se han arrojado en la sombra sobre el flanco de la caravana. Mujeres y niños han sido apresados y arrastrados por los cocodrilos hasta sus «terrenos de pasto». Así llama Livingstone a los profundos agujeros donde este anfibio deposita su presa después de haberla ahogado, pues no se la come hasta que ha llegado a un cierto grado de descomposición.

Me han rozado con fuerza las escamas de uno de estos cocodrilos. Un esclavo adulto ha sido apresado junto a mí y arrancado de la horca que lo sujetaba por el cuello. La horca se ha roto. ¡Qué grito de desesperación, qué aullido de dolor...! ¡Todavía lo estoy oyendo!

7 y 8 de mayo.— Al día siguiente, se han contado las víctimas. Veinte esclavos han desaparecido.

Al amanecer, he buscado a Tom y a sus compañeros. ¡Loado sea Dios! ¡Están vivos...! ¡Ay...! ¿Debemos dar las gracias a Dios...? ¿No sería preferible haber sucumbido con todas estas miserias...?

Tom está a la cabeza del cortejo. En el momento en que su hijo Bat ha iniciado un viraje, la horca se ha presentado en sentido oblicuo y Tom ha podido verme.

Busco en vano a la anciana Nan. ¿Estará confundida en el grupo central, o habrá perecido durante esta noche espantosa?

Al día siguiente, queda traspasado el límite de la llanura inundada, después de estar veinticuatro horas en el agua. Se acampa sobre una colina. El sol nos seca un poco. Comemos; pero ¡qué mísero alimento...! ¡Un poco de mandioca y algunos puñados de maíz! ¡Sólo se puede beber agua turbia...! ¡Hay unos prisioneros tendidos al sol que no volverán a levantarse...!

¡No! ¡No es posible que la señora Weldon y su hijo hayan pasado por tantas miserias! ¡Dios les habrá hecho la merced de que los hayan llevado a Kazonndé por otro camino! ¡La desgraciada madre no habría podido resistirlo...!

Nuevos casos de viruela en la caravana —la miné, como ellos dicen—. Los enfermos no podrán ir muy lejos... ¿Se les abandonará?

9 de mayo.— Se ha reanudado la marcha al amanecer. No hay remolones. El látigo del havildar se ha levantado contra aquellos a quienes abrumba la fatiga o la enfermedad. ¡Estos esclavos tienen mucho valor! Son una moneda. Los agentes no los dejarían atrás, mientras les queden fuerzas para caminar.

Estoy rodeado de esqueletos vivientes. Ya no tienen voz para quejarse.

Por fin he visto a la vieja Nan. ¡Da pena verla! ¡Ya no existe el niño que llevaba en sus brazos! ¡Va sola, además! Esto será más soportable para ella aunque lleva todavía la cadena en la cintura y ha tenido que echarse sobre los hombros el abrigo.

Apresurándome, he podido acercarme a ella. ¡Diríase que no reconoce! ¿Habré cambiado tanto?

—¡Nan! —le he dicho.

La vieja sirvienta me ha contemplado durante mucho tiempo, y, por fin, ha respondido.

—¿Es usted, señor Dick...? Yo... Yo... ¡Dentro de poco habré muerto...!

—¡No, no! ¡Valor! —le he dicho, bajando la vista para no ver lo que sólo es ya el exangüe espectro de la infortunada.

—¡Muerta! —insistió—. ¡Y no volveré a ver más a mi querida ama, ni a mi niño Jack...! ¡Dios mío, Dios mío...! ¡Ten piedad de mí...!

He querido sostener a la vieja Nan, cuyo cuerpo temblaba bajo sus vestidos desgarrados. ¡Habría constituido para mí un favor el verme unido a ella, llevando parte de esta cadena, cuyo peso lleva ella por entero desde que murió su compañera...!

Un vigoroso brazo me empuja, y la desdichada Nan, envuelta en un latigazo, retrocede hasta unirse a la multitud de los esclavos. He pretendido precipitarme sobre el bruto... Ha aparecido el jefe árabe, me ha retenido hasta

llegar el momento de verme en la última fila de la caravana.

Luego, ha pronunciado un nombre:

—¡Negoro!

¡Negoro...! ¿Acaso por orden del portugués me trata de diferente modo que a mis compañeros de infortunio...?

¿Qué suerte me tendrá reservada...?

10 de mayo.— Hoy hemos pasado junto a dos aldeas incendiadas. Arden las chozas por todas partes. Los cadáveres están pendientes de los árboles respetados por el incendio. La población ha huido. Los campos están devastados. Se ha ejercido la razzia. ¡Doscientos crímenes, para obtener quizá sólo doce esclavos!

Ha anochecido. Nos detenemos. Se establece el campamento bajo unos grandes árboles. Crecida hierba forma una espesura en el lindero de la selva.

Algunos prisioneros huyeron la víspera, después de haber roto las horcas. Han sido apresados de nuevo y tratados con una crueldad sin ejemplo. Aumenta la vigilancia de los soldados y de los havildars.

Ha llegado la noche. Se oyen rugidos de leones y de hienas. Suenan lejanos ronquidos de unos hipopótamos. Sin duda, hay alguna corriente de agua próxima o algún lago.

A pesar del cansancio, no puedo dormir. ¡Pienso en tantas cosas...!

Además, me parece que oigo ruido entre la crecida hierba. ¡Alguna fiera, quizá...! ¿Se atreverá a entrar en el campamento...?

Escucho... Nada... ¡Sí...! ¡Pasa un animal por entre los cañaverales...! ¡Estoy sin armas...! ¡Me detendré, sin embargo...! ¡Llamaré...! ¡Mi vida puede ser útil a la señora Weldon y a mis compañeros!

Miro a través de las profundas tinieblas. No hay luna. La noche es oscura en extremo.

¡Dos ojos relucen en la sombra entre los papiros: los ojos de una hiena o un leopardo...! Desaparecen... Vuelven a aparecer...

Por fin, suena la hierba. ¡Un animal salta sobre mí...!

Voy a exhalar un grito, a dar la voz de alarma...

Por fortuna, he podido detenerme...

¡No puedo dar crédito a mis ojos...! ¡Es Dingo! ¡Dingo está junto a mí...! ¡Oh, el buen Dingo...! ¿Cómo habrá llegado hasta mí? ¿Cómo habrá podido encontrarme...? ¡Ah, el instinto...! ¿Puede explicar sólo el instinto semejantes

milagros de fidelidad...? ¡Me lame las manos...! ¡Ah, buen perro, ahora mi único amigo...! ¡No te habían matado...!

Le devuelvo sus caricias. ¡Me comprende...! Quisiera ladrar...

Yo le tranquilizo... ¡No sea que lo oigan...! Que continúe siguiendo como hasta ahora a la caravana, sin ser visto, y tal vez... ¿Qué es esto...? ¡Frota con obstinación el cuello contra mis manos...! Parece decirme: «¡Busca!». Busco, y encuentro una cosa atada al cuello... Un pedazo de caña está sujeto por el collar que ostenta grabadas las letras S. V., cuyo misterio continúa siendo inexplicable para nosotros...

Sí... Desato la caña... La rompo... Hay un pedazo dentro...

¡Este papel...! ¡No puedo leerlo...! ¡Hay que esperar a que sea de día...! El día... Pretendo retener a Dingo, pero el buen animal, lamiéndome las manos parece tener prisa por abandonarme... Comprendo que está cumpliendo su misión... Dando un salto, desaparece sin hacer ruido entre la hierba... ¡Dios le libre de los colmillos de los leones y de las hienas!

¡De seguro vuelve Dingo hacia aquel que le ha enviado!

¡Este papel que todavía no puedo leer me abrasa las manos...! ¿Quién lo habrá escrito...? ¿Procederá de la señora Weldon...? ¿Procederá de Hércules...? ¿Cómo habrá encontrado al uno o al otro el fiel animal al que creíamos muerto...? ¿Qué me dirá este papel...? ¿Me traerá un plan de evasión, o sólo me dará noticias de los seres que me son tan queridos...? Sea como quiera, este incidente me ha conmovido en extremo y da tregua a mis miserias...

¡Ah, cuánto tarda en llegar el día!

Acecho el menor resplandor del horizonte. No puedo cerrar los ojos. ¡Todavía oigo el rugido de las fieras...! Pobre Dingo, ¿ha podido librarse de ellas?

Por fin va a aparecer el día, casi sin albor, de estas latitudes tropicales. Procuro no ser visto...

Trato de leer... No puedo todavía.

¡Por fin he leído! ¡El papel está escrito por Hércules!

Es un trozo de papel escrito con lápiz...

Dice lo siguiente:

Se han llevado a la señora Weldon y al pequeño Jack en una kitanda. Les acompañan Harris y Negoro. Preceden a la caravana con el primo Benedicto. No he podido comunicarme con ella. He recogido a Dingo, que debió ser

herido de un tiro... pero que está curado. Tenga esperanzas, señor Dick. Sólo pienso en todos ustedes, y he huido para serles más útil.

HÉRCULES

¡Ah...! ¡La señora Weldon y su hijo están vivos! ¡Loado sea Dios! ¡No tienen que sufrir como nosotros las fatigas de estas rudas caminatas...! Una kitanda es una especie de litera de hierba seca suspendida a lo largo de un bambú que dos hombres se apoyan en los hombros. La cubre una cortina de tela. La señora Weldon y su hijito Jack van en una kitanda de esas... ¿Qué querrán hacer con ellos Harris y Negoro...? ¡Es evidente que esos miserables los llevan a Kazonndé...! ¡Sí, sí...! ¡Los encontraré...! ¡Ah! ¡En medio de estas miserias, ésta es una buena noticia, es una alegría que Dingo me haya traído esto...!

Del 11 al 15 de mayo.— La caravana continúa su camino. Los prisioneros se arrastran cada vez con más dificultad. La mayor parte de ellos dejan a su paso huellas de sangre. Calculo que tardaremos aún diez días en llegar a Kazonndé. ¡Cuánto habrán que sufrir aún...! ¡Pero es preciso que yo llegue, y llegaré!

¡Esto es atroz! Figuran en el cortejo unos desdichados cuyos cuerpos no son más que llagas. Las cuerdas con que van atados se les introducen en la carne...

Desde ayer, una madre lleva en sus brazos a su hijito muerto de hambre... ¡No quiere separarse de él...!

Nuestro camino va quedando sembrado de cadáveres. La viruela ataca con nueva violencia.

Acabamos de pasar junto a un árbol. Unos esclavos estaban atados a este árbol por el cuello. Les han dejado morir de hambre...

Del 16 al 24 de mayo.— Casi me faltan las fuerzas, pero no tengo derecho a ceder. Las lluvias han cesado por completo. Llevamos algunas jornadas de «marcha dura». Esto es lo que los tratantes llaman tirikesa o marcha de por la tarde. Hay que andar más de prisa, y el suelo se levanta en pendientes bastante bruscas.

Pasamos a través de crecidas hierbas muy resistentes. Son el nyassi, cuyos tallos me desuellan el rostro y cuyas punzantes semillas se deslizan hasta mi piel, por entre mis vestidos destrozados. Por fortuna, mi fuerte calzado está en buen estado aún.

Los agentes comienzan a abandonar a los esclavos que están demasiado enfermos para que puedan seguirnos. Además, parece que van a faltarnos los víveres. Los soldados y los pagazis se sublevarían si se les disminuyese la

ración. No se atreven a suprimirles nada, y eso es lo peor para los cautivos.

—¡Que se coman unos a otros! —ha dicho el jefe.

Algunos esclavos jóvenes y vigorosos aún, mueren sin apariencia de enfermedad. Recuerdo lo que, a este respecto, ha dicho el doctor Livingstone: «Estos infortunados se quejan del corazón. Se llevan las manos a él, y caen. ¡Es que les ha estallado el corazón! Esto les ocurre en particular a los hombres libres reducidos a la esclavitud sin ninguna preparación».

Hoy, veinte cautivos que no podían andar han sido asesinados a hachazos por los havildars. El jefe árabe no se ha opuesto a que se cometa este crimen.

¡La escena ha sido espantosa!

¡La pobre Nan ha caído en esta horrible carnicería...! ¡Tropiezo con su cadáver al pasar...! ¡Ni siquiera puedo darle cristiana sepultura...!

¡Ella es la primera superviviente del Pilgrim que Dios llama a su seno...! ¡Pobre ser bondadoso! ¡Pobre Nan!

Todas las noches acecho a Dingo. ¡No vuelve...! ¿Le habrá ocurrido algo a él o a Hércules...? ¡No, no...! ¡No quiero creerlo...! Este silencio que tan largo me parece sólo demuestra una cosa, y es que Hércules no tiene todavía nada nuevo que comunicarme. Además, tiene que ser prudente, y no se confía demasiado...

CAPÍTULO IX

KAZONNDÉ

El 26 de mayo, la caravana llegaba a Kazonndé. El cincuenta por ciento de los prisioneros obtenidos en aquella última razzia habían caído en el camino.

Sin embargo, el negocio era bueno todavía para los tratantes. Afluían las demandas, y el precio de los esclavos iba a subir en los mercados de África.

La Angola mantenía en aquella época un gran comercio de negros. Las autoridades portuguesas de San Pablo de Loanda y de Benguela sólo podían entorpecerlo con dificultad, pues las caravanas se dirigían hacia el interior del continente africano. Los barracones del litoral rebosaban de prisioneros. Los pocos negreros que lograban pasar por entre los cruceros de la costa no eran suficientes para embarcarlos con rumbo a las colonias españolas de América.

Kazonndé, situada a trescientas millas de desembocadura del Coanza, es uno de los principales lakonis, uno de los más importantes mercados de esta

provincia. En su amplia plaza, que se llama la chitoka, se tratan los negocios; allí son expuestos y vendidos los esclavos. Es el punto de donde parten las caravanas hacia la región de los grandes lagos.

Kazonndé, como todas las grandes ciudades del África central, se divide en dos partes distintas: una es el barrio de los negociantes árabes, portugueses o indígenas, y contiene sus barracones; la otra es la residencia del rey negro, cualquier feroz borracho coronado que reina por el terror y vive de las subvenciones en especie que no le escatiman los tratantes.

En Kazonndé, el barrio mercante pertenecía entonces a José Antonio Alvez de quien estuvieron hablando Harris y Negoro, simples agentes a sueldo. El principal establecimiento era el del citado tratante que poseía otro en Bihé y otro en Cassange (Benguela), donde el teniente Cameron fue a encontrarlo más tarde.

Una gran calle central; a cada uno de ambos lados, unos grupos de casas, de también de techado plano, con paredes de tierra enjalbegada, cuyo patio cuadrado sirve de parque al ganado; al extremo de la calle, la vasta chitoka, rodeada de barracones; por encima del conjunto de viviendas, algunos enormes bananos, cuyas ramas se desarrollan con un esparcimiento soberbio; acá y allá, grandes palmeras plantadas como escobas, con las cabelleras al aire, y, entre el polvo de las calles una veintena de aves de rapiña, encargadas de la salubridad pública: tal es el barrio comerciante de Kazonndé.

No lejos, corre el Luhí, río cuyo curso está todavía indeterminado, y que debe de ser afluente, o por lo menos subafluente, del Congo, tributario del Zaire.

La residencia del rey Kazonndé, que confina con el barrio mercante, no es más que un conjunto de chozas desaseadas que se extiende en el espacio de una milla cuadrada. De estas cabañas, unas son de libre acceso, y otras están cercadas de una empalizada de cañas o rodeadas de higueras enanas. Un cercado particular que circunda una hilera de papiros; unas treinta chozas que sirven de moradas a los esclavos del jefe; un grupo de cabañas para sus mujeres y un también más amplio y más alto, medio hundido entre las plantaciones de mandioca: tal es la residencia del rey de Kazonndé, de un hombre de cincuenta años llamado Moini Lungga, que ha descendido mucho con relación a la situación de sus predecesores. No dispone más que de cuatro mil soldados, cuando los primeros tratantes portugueses cuentan con veinte mil, y ya no puede, como en sus buenos tiempos, decretar la inmolación de veinticinco o treinta esclavos todos los días.

Este rey es un viejo precoz, desgastado por el vicio y abrasado por los licores fuertes; un feroz maníaco que por capricho manda mutilar a sus súbditos, a sus oficiales o a sus ministros, haciéndoles cortar la nariz o las

orejas a unos y los pies o las manos a otros, y cuya muerte, esperada de un momento a otro, debía ser acogida sin ningún pesar sólo un hombre en todo Kazonndé podía perder quizá con la muerte de Moini Lungga, y era el tratante José Antonio Alvez, que se entendía muy bien con el borracho, cuya autoridad reconocía toda la provincia. Si, muerto el rey, era reconocido el advenimiento de la primera de sus mujeres —la reina Moina—, el tratante podía temer que los Estados de Moini Lungga fueran invadidos por un competidor vecino, uno de los reyes de Ukusu. Este, más joven y más activo, se había apoderado ya de algunas aldeas que pertenecían al gobierno de Kazonndé, y tenía devoción por otro tratante, rival de Alvez, llamado Tipo-Tipo, negro árabe de raza pura, cuya visita recibió al poco tiempo Cameron en Ñangüé.

He aquí quién era Alvez, el verdadero soberano bajo el reinado del negro embrutecido y cuyos vicios había desarrollado y explotado:

José Antonio Alvez, ya de edad avanzada, no era, como podía creerse, un msungu, es decir, un hombre de raza blanca. Sólo tenía de portugués el nombre, adoptado sin duda por las necesidades de su comercio. Era un verdadero negro, muy conocido entre los tratantes y que se llamaba Kenndelé. Nacido, en efecto, en Donndo, a orillas del Coanza, había comenzado por ser simple agente de los negociantes de esclavos, y hubo de terminar en tratante de gran renombre, esto es, en un bribón que decía ser el hombre más honrado del mundo.

Este Alvez era el que hacia fines de 1874, debía encontrar Cameron en Kilemmba, capital de Kassonngo, jefe del Urna, y que debía conducirlo con su caravana hasta su establecimiento de Bihé, efectuando un recorrido de setecientas millas.

Al llegar a Kazonndé, el cortejo de esclavos fue conducido a la extensa plaza.

Era el 26 de mayo. Los cálculos de Dick Sand se encontraban, por consiguiente, justificados. El viaje había durado treinta y ocho días, desde que salieron del campamento establecido a orillas del Coanza. ¡Cinco semanas padeciendo las más espantosas miserias que pueden soportar los seres humanos!

Eran las doce cuando entraron en Kazonndé. Redoblaron los tambores y sonaron los cuernos de cudú, en medio de las detonaciones de las armas de fuego. Los soldados de la caravana disparaban sus fusiles al aire, y los servidores de José Antonio Alvez respondían con ahínco. Todos aquellos bandidos se sentían satisfechos por volver a verse, después de una ausencia que había durado cuatro meses. Por fin iban a descansar y a recuperar el tiempo perdido, entregándose al vicio y a la embriaguez.

Los prisioneros —la mayor parte faltos de fuerzas— constituían un total de doscientas cincuenta cabezas. Después de haber sido conducidos como un rebaño, iban a ser encerrados en unos barracones que los colonos de América no habrían utilizado como establos. Allí les esperaban otros mil doscientos o mil quinientos esclavos que debían ser expuestos al día siguiente en el gran mercado de Kazonndé. Aquellos barracones quedaron llenos con los esclavos de la caravana. Se les habían quitado las pesadas horcas, si bien se les dejaban las cadenas.

Los pagazis se habían detenido en la plaza, después de haber abandonado sus cargas de marfil que acudían a recoger los negociantes de Kazonndé. Luego, pagados con algunas yardas de calicot o de cualquier otra tela más cara, volverían a unirse a otra caravana.

El viejo Tom y sus compañeros se veían libres del suplicio que soportaban desde hacía cinco semanas. Bat y su padre acababan por fin de arrojar el uno en los brazos del otro. Todos se estrechaban las manos. Pero apenas se atrevían a hablarse. ¿Qué habrían podido decirse que no fuese una frase de desesperación? Bat, Acteón y Austin los tres vigorosos y acostumbrados a los rudos trabajos, habían podido resistir las fatigas; pero el viejo Tom, debilitado por las privaciones, se hallaba falto de fuerzas. Algunos días más, y su cadáver habría sido abandonado, como el de la anciana Nan para regalo de las fieras de la provincia.

Tan pronto como hubieron llegado, los cuatro fueron encerrados en un reducido barracón, cuya puerta se cerró inmediatamente tras ellos. Allí encontraron algún alimento y esperaban la visita del tratante ante el cual pretendían hacer valer, aunque inútilmente, su calidad de americanos.

Dick Sand quedó en la plaza, bajo la vigilancia especial de un havildar.

Por fin se hallaba en Kazonndé a donde no dudaba que habían sido conducidos la señora Weldon, el pequeño Jack y el primo Benedicto. Los había buscado con la vista mientras atravesaba los diversos barrios de la ciudad, hasta en el interior de los tambés que formaban las calles y en la chito ka, que estaba entonces casi desierta.

¡La señora Weldon no estaba allí!

¿No la habrán traído? —se preguntó Dick Sand—. Pues, ¿dónde estará...? ¡No! ¡Hércules no ha podido equivocarse! Además, eso debía entrar en los secretos designios de Harris y Negro... Y, sin embargo, tampoco los veo a ellos...

Una dolorosa ansiedad embargó a Dick Sand. Que la señora Weldon, hecha prisionera estuviese oculta, se explicaba; pero Harris y Negro —sobre todo este último— debían haberse apresurado a ver al joven grumete, a la sazón en

su poder, aunque sólo fuese para gozarse en su triunfo, para insultarle, torturarlo y vengarse de él. Puesto que no estaban allí, debía suponerse que habían seguido otra dirección, y que la señora Weldon había sido conducida a cualquier otro punto del África central. Aunque la presencia del americano y del portugués era la señal de su suplicio, Dick Sand la deseaba con impaciencia. Harris y Negoro en Kazonndé habrían constituido para él la certidumbre de que la señora Weldon y su hijo estaban allí también.

Dick Sand se dijo entonces que desde la noche en que Dingo le había llevado noticias de Hércules, el perro no había vuelto. Una respuesta que el joven grumete tenía preparada y en la que recomendaba a Hércules que no pensase más que en la señora Weldon, que no la perdiese de vista y que le tuviese al corriente, en cuanto le fuera posible, de todo lo que pasase, esa respuesta no había podido hacerla llegar a su destino. Lo que Dingo había podido hacer la primera vez, esto es, deslizarse hasta llegar a la caravana, ¿por qué no lo había intentado Hércules de nuevo...? ¿Habría sucumbido el fiel animal en alguna abortada tentativa, o, por continuar siguiendo las huellas de la señora Weldon, como hubiera hecho Dick Sand en su lugar, se habría introducido Hércules seguido de Dingo, en las profundidades de la selvática llanura africana, con la esperanza de llegar a alguna factoría del interior...?

¿Qué podía imaginar Dick Sand al ver que ni la señora Weldon ni sus raptos estaban allí? Tan creído se tenía —sin motivo, quizá— que los encontraría en Kazonndé que el no encontrarlos constituyó para él en un principio un disgusto terrible. Sufrió un ataque de desesperación que no pudo dominar. Si su vida no podía ya ser útil a aquéllos a quienes amaba, para nada servía, y sólo le quedaba disponerse a morir... Por efecto de aquellos sufrimientos, el niño se había convertido en hombre, y el desaliento no podía constituir en él más que un tributo accidental rendido a la naturaleza humana.

Un formidable concierto de charangas y de gritos estalló en aquel momento. De pronto, Dick Sand, que se hallaba postrado entre el polvo de la chitoka, se irguió. Todo nuevo incidente podía suministrarle datos acerca de aquellos a quienes buscaba. El que hacía un momento estaba desesperado, volvía a esperar otra vez.

—¡Alvez! ¡Alvez!

Este nombre era repetido por una multitud de indígenas y soldados que invadían entonces la enorme plaza. El hombre de quien dependía la suerte de tantos infortunados iba a aparecer por fin. Era posible que sus agentes Harris y Negoro fuesen con él. Dick Sand estaba en pie, con los ojos abiertos y la nariz dilatada. ¡Los dos traidores encontrarían al joven grumete de quince años allí ante ellos, erguido, firme, mirándoles frente a frente! ¡No sería el capitán del Pilgrim el que temblaría delante del antiguo cocinero del barco...!

Una hamaca, una especie de kitanda recubierta con una mala cortina remendada, desteñida y llena de andrajos apareció en lo alto de la calle principal. Un viejo negro descendió de ella. Era el tratante José Antonio Alvez.

Algunos servidores le acompañaron haciendo grandes demostraciones de sumisión.

Al mismo tiempo que Alvez, apareció su amigo Coimbra, hijo del mayor Coimbra, de Bihé, y, empleando la expresión del teniente Cameron, el bribón más grande del mundo, un ser grasiento, desgalichado, de ojos remellados, de cabellera ruda y crespa, de faz amarilla y vestido con una camisa andrajosa y una falda de hierbas. Hubiérase dicho que era una horrible vieja bajo su destrozado sombrero de paja. Aquel Coimbra era el confidente, el brazo derecho de Alvez, un organizador de razzias, muy digno de mandar a los bandidos del tratante.

En cuanto a éste, tal vez fuese de aspecto un poco menos sórdido que su acólito, bajo sus vestidos de viejo turco después de transcurrido el carnaval. Sin embargo, no daba una idea más elevada de la que dan los jefes de factoría que ejercen la trata al por mayor.

Con gran desencanto por parte del grumete ni Harris ni Negoro formaban parte del séquito de Alvez. ¿Debería Dick Sand renunciar a la esperanza de encontrarlos en Kazonndé...?

Entretanto, el jefe de la caravana, el árabe Ibn Hamis, cambiaba apretones de manos con Alvez y Coimbra. Recibió muchas felicitaciones. El cincuenta por ciento de esclavos que faltaba en la cuenta general arrancó una mueca al semblante de Alvez pero en resumen, el negocio era bueno aún. Con la mercancía humana que poseía el tratante en sus barracones, podía satisfacer las demandas del interior y cambiar sus esclavos por los dientes de marfil y por hannas de cobre, especie de cruces de San Andrés, bajo cuya forma se exporta aquel metal en el centro del continente africano.

No se escatimaron los cumplidos a los havildars. En cuanto a los portadores, el tratante dio órdenes para que inmediatamente les fuesen satisfechos sus salarios.

José Antonio Alvez y Coimbra hablaban una mezcla de portugués e indígena que apenas habría podido entender un natural de Lisboa. Por consiguiente, Dick Sand no se enteraba de lo que decían aquellos «negociantes». ¿Tratarían de sus compañeros y de él, agregados por traición al personal del cortejo? El joven grumete no pudo dudar cuando, tras un gesto del árabe Ibn Hamis, un havildar se dirigió hacia el barracón donde habían sido encerrados Tom, Austin Bat y Acteón. Al poco tiempo, los cuatro

americanos fueron conducidos ante Alvez.

Dick Sand se aproximó con lentitud. No quería perder ningún detalle de aquella escena.

El semblante de José Antonio Alvez se iluminó cuando vio a aquellos negros tan bien desarrollados, a los que el descanso y un alimento más abundante devolverían bien pronto su vigor natural. Sólo tuvo una mirada de desdén para el viejo Tom. Su edad le quitaba valor. En cambio, los otros tres se pagarían caros en el próximo lakoni de Kazonndé.

Alvez buscó entonces en su memoria algunas palabras inglesas que algunos agentes americanos como Harris habían podido enseñarle, y el viejo mono creyó que debía saludar con ironía a sus nuevos esclavos.

Tom entendió aquellas palabras del tratante. Se adelantó entonces, y señalando a sus compañeros, dijo:

—¡Somos hombres libres! ¡Ciudadanos de los Estados Unidos!

Alvez lo entendió, sin duda. Respondió con un gesto de buen humor, moviendo la cabeza:

—Sí... Sí... Americanos... ¡Bienvenidos...! ¡Bienvenidos...!

El hijo mayor de Bihé se adelantó entonces hacia Austin y como un comerciante que examina una muestra, después de haberle palpado el pecho y los hombros, pretendió hacerle abrir la boca, con el fin de verle los dientes.

Pero en aquel momento, el señor Coimbra recibió en el rostro el puñetazo más magistral que se había propinado hasta entonces a un hijo de mayor.

El confidente de Alvez rodó a diez pasos de distancia. Algunos soldados se arrojaron sobre Austin, que tal vez fuese a pagar caro su ataque de ira.

Alvez los detuvo con un gesto. Se reía de la malaventura de su amigo, que había perdido dos dientes, de los cinco o seis que le quedaban.

José Antonio Alvez no consentía que se deteriorase su mercancía. Además, era de carácter alegre y hacía mucho tiempo que no había reído tanto como entonces.

Consoló, sin embargo, al maltrecho Coimbra, y éste, una vez que se hubo puesto en pie, volvió a ocupar su puesto junto al tratante, dirigiendo un gesto de amenaza al audaz Austin.

En aquel momento, Dick Sand, empujado por un havildar, fue conducido ante Alvez.

Éste sabía, sin duda, quién era el joven grumete, de dónde procedía y cómo había sido hecho prisionero en el campamento de Coanza.

Así, después de haberle contemplado con malévolas miradas, pronunció, en mal inglés:

—¡El pequeño yankee!

—¡Sí! ¡Yankee! —respondió Dick Sand—. ¿Qué se quiere hacer con mis compañeros y conmigo?

—¡Yankee! ¡Yankee! ¡Pequeño yankee! —Repetía Alvez.

¿No habría comprendido o no quería comprender la pregunta que le había sido dirigida?

Por segunda vez, Dick Sand formuló la pregunta relativa a sus compañeros y a él. Se dirigió al mismo tiempo a Coimbra, habiendo reconocido por sus facciones que no era de origen indígena, a pesar de lo desfiguradas que estaban aquéllas por el abuso de las bebidas alcohólicas.

Coimbra repitió el gesto de amenaza que había dirigido antes a Austin y no respondió.

Mientras tanto, Alvez hablaba animadamente con el árabe Ibn Hamis, sin duda de cosas que concernían a Dick Sand y a sus amigos. Tal vez se les fuese a separar de nuevo, y quién sabía si volvería a presentárseles la ocasión de cambiar algunas palabras...

—Amigos míos —dijo Dick Sand a media voz, y como si hablase consigo mismo—. He recibido por mediación de Dingo una esquila de Hércules. Ha seguido a la caravana. Harris y Negro conducían a la señora Weldon, a Jack y al señor Benedicto. ¿A dónde...? No lo sé, puesto que no están aquí, en Kazonndé... ¡Paciencia, valor, y estad siempre dispuestos para cualquier ocasión que se presente...! ¡Qué Dios se apiade, por fin, de nosotros!

—¿Y Nan? —preguntó el viejo Tom.

—¡Nan ha muerto!

—¡La primera...!

—¡Y la última —dijo Dick—; porque sabremos...!

En aquel momento, se apoyó una mano sobre su hombro, y oyó las siguientes palabras, pronunciadas en un tono amable que conocía demasiado:

—¡Eh! ¡Aquí está mi joven amigo, si no me engaño...! ¡Encantado de volver a verle...!

Dick Sand se volvió.

Harris estaba ante él.

—¿Dónde está la señora Weldon? —exclamó Dick Sand, caminando hacia

el americano.

—¡Ay! ¡Pobre madre! —respondió Harris, aparentando una lástima que no sentía—. ¡Cómo podría sobrevivir...!

—¡Muerta! —exclamó Dick Sand—. ¿Y su hijo?

—¡Pobre bebé! —contestó Harris, en el mismo tono—. ¿Cómo no habrían de hacerle morir tantas fatigas...?

Así, pues, ya no existían aquellos a quienes amaba Dick Sand... ¿Qué pasó entonces en él...? Un irresistible ataque de ira, una necesidad de venganza que necesitaba saciar a toda costa se apoderó del joven...

Dick saltó sobre Harris, cogió un cuchillo que llevaba al cinto el americano y se lo clavó en el corazón.

—¡Maldición! —exclamó Harris, cayendo al suelo.

Harris estaba muerto.

CAPÍTULO X

UN DÍA DE GRAN MERCADO

El movimiento de Dick Sand había sido tan rápido, que nadie había podido detenerle. Algunos indígenas se arrojaron sobre él, y ya iba a ser asesinado cuando apareció Negro.

Una seña del portugués apartó a los indígenas, que levantaron el cadáver de Harris y se lo llevaron. Alvez y Coimbra reclamaban la muerte inmediata de Dick Sand; pero Negro les dijo en voz baja que no perderían nada con esperar, y fue dada la orden de que se llevaran al joven grumete, con la recomendación de que no le perdieran de vista ni un solo instante.

Dick Sand acababa por fin de ver por primera vez a Negro, desde su desaparición en el litoral. ¡Sabía que sólo aquel miserable era el culpable de la catástrofe del Pilgrim! Debía odiarle más aún que a su cómplice. Y, sin embargo, después de matar al americano, ni siquiera se dignó dirigir la palabra a Negro.

¡Había dicho Harris que la señora Weldon y su hijo habían sucumbido...! Nada le interesaba ya; ni siquiera lo que hicieran con él. Se lo llevaron. ¿A dónde? Poco le importaba.

Dick Sand, fuertemente encadenado, fue introducido en un barracón sin ventana, que era el calabozo donde el tratante Alvez encerraba a los esclavos

condenados a muerte por rebelión. Una vez allí, no podía ya sostener comunicación alguna con el exterior. Ni siquiera pensó en lamentarlo. ¡Había vengado a aquéllos a quienes amaba y que ya no existían! Cualquiera que fuese la suerte que le esperaba, se hallaba dispuesto a soportarla.

Se comprenderá que si Negoro había detenido a los indígenas que iban a castigar la muerte de Harris, era porque reservaba para Dick Sand uno de esos suplicios cuyo terrible secreto sólo poseen los indígenas. El cocinero del barco tenía en su poder al capitán de quince años. Sólo le faltaba Hércules, para que su venganza fuese completa.

Dos días después —el 28 de mayo—, se abrió el mercado, el gran lakoni, donde debían encontrarse los tratantes de las principales factorías del interior y los indígenas de las provincias vecinas a Angola. Aquel mercado no era especial para la venta de esclavos, sino que todos los productos de la fértil África debían afluir a él al mismo tiempo que los productores.

Desde por la mañana, la animación era grande en la vasta chitoka de Kazonndé, y resulta difícil dar una idea cabal de aquélla. Había un conjunto de cuatro a cinco mil personas, incluyendo a los esclavos de José Antonio Alvez, entre los cuales figuraban Tom y sus compañeros. Estos pobres hombres, precisamente porque eran de raza extranjera, debían ser los más rebuscados por los negociantes de carne humana.

Alvez era allí el primero de todos. Acompañado de Coimbra, proponía los lotes de esclavos con los que los tratantes del interior llegaban a formar una caravana. Entre aquellos tratantes, se veían algunos mestizos de Ujiji, principal mercado del lago Tanganika, y algunos árabes, muy superiores a los mestizos en este género de comercio.

También se encontraban allí en gran número los indígenas. Eran niños, hombres y mujeres, traficantes apasionadas éstas y que por el afán del negocio no dejaban de instar a sus semejantes de color blanco. En los mercados de las grandes ciudades, aun en días de gran mercado, no se hacía más ruido ni más negocio. Entre los civilizados, la necesidad de vender tal vez supere al deseo de comprar. Entre los salvajes de África, la oferta se producía con tanta pasión como la demanda.

Para los indígenas de ambos sexos, el lakoni es un día de fiesta, y si no se ponen sus mejores vestidos, en cambio se colocan sus más preciosos ornamentos. Cabelleras divididas en cuatro partes, con rodetes y trenzas unidas en forma de moños o dispuestas en forma de mango de sartén por delante de la cabeza, con penachos de plumas rojas —cabelleras de cuernos retorcidos, empastados de tierra roja y aceite como el minio que sirve para tapar las juntas de las máquinas—; y, en esas aglomeraciones de cabellos falsos o verdaderos, un erizamiento de pinchos, de alfileres de hierro o de

marfil, y, con frecuencia también, entre los elegantes, un cuchillo de tatuaje clavado en la crespada masa, en la que cada cabello, enhebrado uno a uno en un sofi o perla de vidrio, contribuye a formar un conjunto de cuentas de diversos colores: tales son los edificios que se ven por lo general en las cabezas de los hombres. Las mujeres profieren dividir sus cabelleras en borlitas del tamaño de una cereza, en rodetes, en rizos en cuyos extremos figuran dibujos en relieve, en tirabuzones colocados junto al rostro. Algunas, más sencillas y acaso más lindas, dejan caer sus cabellos por la espalda, a la manera inglesa, y otras, a la moda francesa, los llevan recortados sobre la frente, formando fleco. Y, casi siempre, en tales pelambreras había una pasta formada de grasa, de arcilla o de luciente ankola, sustancia roja extraída de la madera de sándalo, si bien las elegantes suelen ir cubiertas con tejas.

Y no se crea que ese lujo de ornamentación es aplicado sólo a las cabelleras de los indígenas. ¿Para qué servirían las orejas, si no se pasasen por ellas clavijitas de madera preciosa, anillas de cobre, cadenas de maíz retorcidas que las echan hacia delante o calabacitas que sirven de tabaqueras hasta el punto de que, distendidos los lóbulos de éstos apéndices, caen a veces hasta los hombros de sus propietarios...? Después de todo, los salvajes no llevan bolsillos —¿cómo habrían de llevarlos?—. De ahí la necesidad de colocarse donde pueden y como pueden los cuchillos, las pipas y demás objetos usuales. En cuanto al cuello, los brazos, las muñecas, las piernas, los tobillos y las diversas partes del cuerpo, son destinadas por ellos, sin excepción alguna, a ostentar brazaletes de cobre o de bronce, cuernos recortados y adornados con botones brillantes hileras de perlas rojas llamadas samé-samés o talakas, objetos muy de moda...

Con tales alhajas ostentadas con profusión, los ricos de aquel lugar tenían el aspecto de escaparates ambulantes.

Además, si la naturaleza ha dado dientes a los indígenas, ¿no ha sido para que se arranquen los incisivos medianos de arriba y de abajo, para que se los limen formando puntas o se los retuerzan formando agudos ganchos? Si les ha provisto de uñas los extremos de los dedos, ¿no ha sido para que las dejen crecer hasta el punto de que el uso de la mano se haga poco menos que imposible? Si la piel, morena o negra, les cubre el cuerpo humano, ¿no es para que la rayen con temmbos o tatuajes que representen árboles, pájaros, medias lunas, lunas llenas o líneas onduladas en las que Livingstone ha creído encontrar dibujos del antiguo Egipto? El tatuaje de los padres, practicado por medio de una materia azul introducida en las incisiones, se «reproducen» punto a punto en los cuerpos de los hijos y permiten reconocer a qué tribu o a qué familia pertenecen. ¡Hay que grabar el blasón en el pecho, cuando no se puede pintar en las tablas de un coche!

Tal es la parte de la ornamentación en las modas indígenas. En cuanto a los

vestidos, propiamente dichos, se resumen, para los caballeros, en un delantal de cuero de antílope que llega hasta las rodillas, o también en una falda tejida de hierbas de colores vivos, y para las señoras, en un cinturón de perlas que sustenta una falda verde bordada de seda y adornada con cuentas o con cauris, y, algunas veces, en un taparrabos de lambba, tela de hierba azul, negra y amarilla que es muy apreciada por los zanzibaritas.

Sólo se trata aquí de los negros de la alta sociedad. Los demás, comerciantes o esclavos, apenas van vestidos. Con frecuencia, las mujeres sirven de portadoras y van al mercado con enormes cuévanos a la espalda que sujetan en la frente por medio de unas correas. Luego, ocupados sus puestos y descubiertas las mercancías, se acurrucan en los cuévanos vacíos.

La asombrosa fertilidad del país hacía que afluyesen a aquel lakoni los productos alimenticios de mejor calidad. Había abundancia de ese arroz que da ciento por uno, sésamo, pimienta del Urúa, más fuerte que la de Cayena, mandioca, sorgo, nuez moscada, sal y aceite de palma. Parecía que allí se habían dado cita algunos centenares de cabras, de cerdos, de carneros sin lanas, con grandes papadas y cubiertos de pelo, de aves, de pescados, etc. Alfarería hecha con mucha simetría atraía las miradas con sus violentos colores. Las bebidas variadas que los pequeños indígenas voceaban con voz chillona tentaban a los aficionados bajo las formas de vino de banana de pombé —licor fuerte muy en uso—, de malofú —cerveza dulce hecha con los frutos del babano— y el hidromiel —límpida mezcla de miel y agua, fermentada con malta.

Lo que hacía aún más curioso el mercado de Kazonndé era el comercio de telas y de marfil.

En telas, se contaban a millares las chukkas o mericani, calicot crudo procedente de Salem (Massachusetts); el kanigi, cotonada azul de treinta y cuatro pulgadas de ancha, el sohari, tela a cuadros azules y blancos con ribete rojo estriado de rayitas azules, menos caro que los diulis de seda de surate con fondos verdes, rojos o amarillos, que valen desde siete dólares el retal de tres yardas hasta ochenta dólares cuando llevan tejido de oro.

En cuanto al marfil, afluía de todos los puntos del África central, con destino a Jartum, a Zanzíbar o a Natal, y eran numerosos los negociantes que explotaban sólo este ramo del comercio africano.

Imagínese cuántos elefantes se matarán para obtenerse los quinientos mil kilogramos de marfil que se exportan todos los años a los mercados de Europa y principalmente a Inglaterra. Se necesitan cuarenta mil, sólo para las necesidades del Reino Unido. Sólo la costa occidental de África produce ciento cuarenta toneladas de esta preciosa sustancia. El peso medio es de veintiocho libras por cada par de colmillos de elefante que, en 1874, valió

hasta trescientos dólares, si bien los hay que pesan hasta ciento sesenta y cinco libras, y precisamente en el mercado de Kazonndé los aficionados los habrían encontrado admirables de un marfil opaco o traslúcido, blando y de corteza oscura que conserva su blancura y no amarillea con el tiempo como el marfil de otras procedencias.

A la sazón, ¿cómo se realizaban entre compradores y vendedores las diversas operaciones de comercio? ¿Cuál era la moneda corriente? Ya se ha dicho que esa moneda la constituye el esclavo.

El indígena paga con cuentas de vidrio, de fabricación veneciana, llamada cachokolos cuando son de un color blanco de cal, bubulus cuando son negras, y sikundereches cuando son rosadas. Estas cuentas o perlas, ensartadas en diez hilos o khetes que dan dos vueltas al cuello, constituyen el fundo, cuyo valor es grande. La medida más usual para estas perlas es el frasilah, que pesa setenta libras, y Livingstone, Cameron y Stanley cuidaron siempre de poseer esta clase de moneda. A falta de cuentas de vidrio, el picé, pieza zanzibarita de cuatro céntimos, y los viunguas, conchas especiales de la costa oriental tienen curso en los mercados del continente africano. En cuanto a las tribus antropófagas, atribuyen cierto valor a los dientes de las quijadas humanas, y en el lakoni se veían collares de dientes en los cuellos de algunos indígenas que, sin duda, se habían comido a sus productores, si bien los referidos dientes empiezan ya a ser desmonetizados.

Tal era el aspecto de aquel gran mercado. Hacia el mediodía la animación alcanzaba su grado máximo y el ruido se hacía ensordecedor. El furor de los vendedores desdeñados y la cólera de los chalanes facundos no podían describirse. De ahí las frecuentes luchas, y, como se comprenderá, pocos policías podrían poner en orden a aquella multitud enfurecida.

Hacia el mediodía fue cuando Alvez dio orden de que condujesen a la plaza a los esclavos de los cuales quería deshacerse. Así, pues, la multitud se vio aumentada con unos dos mil desdichados de todas las edades que conservaba el tratante en sus barracones desde hacía varios meses. Aquel stock no se hallaba en mal estado. Un prolongado descanso y una alimentación suficiente habían puesto a los esclavos en condiciones de figurar de un modo ventajoso en el lakoni. En cuanto a los recién llegados, no podían compararse con aquéllas, y, después de haber pasado un mes en el barracón, Alvez los habría vendido, de seguro, con mayor provecho; pero las demandas procedentes de la costa oriental eran tan considerables, que se decidió a exponerlos tal y como estaban.

Esto constituyó una desgracia para Tom y sus tres compañeros. Los havildars los condujeron como a un rebaño que invadió la chitoka. Iban fuertemente encadenados y sus miradas daban a entender cuánto furor y

cuánta vergüenza también les abrumaban.

—¡El señor Dick no está aquí! —dijo al punto Bat, cuando hubo recorrido con la vista la vasta plaza de Kazonndé.

—¡No! —respondió Acteón—. ¡No lo pondrán a la venta!

—¡Lo matarán, si no lo han matado ya! —añadió el negro viejo—. En cuanto a nosotros, sólo nos queda ya la esperanza de que el tratante nos venda juntos. ¡Constituiría un consuelo el no vernos separados...!

—¡Saber que estabas lejos de mí, trabajando como esclavo! ¡Pobre padre mío! —exclamó Bat, sollozando.

—¡No! —dijo Tom—. ¡No! No se nos separará, y tal vez podamos...

—¡Si Hércules estuviese aquí! —exclamó Austin.

Pero el gigante no había aparecido. Desde la noche en que Dick Sand había recibido noticias suyas, no había vuelto a oír hablar de Dingo ni de él. ¿Deberían envidiar su suerte? Desde luego que sí, pues si Hércules había sucumbido, al menos no había arrastrado las cadenas de la esclavitud...

Entretanto, había comenzado la venta. Los agentes de Alvez se paseaban por entre la multitud compuesta por los lotes de hombres de mujeres y de niños, sin preocuparse de si separaban o no a las madres de sus cachorros, que así podríamos llamar a aquellos desgraciados, que eran tratados como animales domésticos. Tom y los suyos fueron conducidos de unos compradores a otros. Un agente caminaba delante de ellos, voceando el precio en que sería adjudicado el lote. Los negociantes árabes y los mestizos de las provincias centrales acudían a examinarlos. No encontraban en ellos las señales particulares de la raza africana, señales que se han modificado en los americanos de la segunda generación; pero aquellos negros vigorosos e inteligentes, muy diferentes de los negros que procedían de las márgenes de Zambeze o del Lualaba, tenían un gran valor para ellos. Los palpaban, les daban vueltas y les examinaban los dientes, como hacen los chalanes con los caballos cuando intentan comprarlos. Luego, arrojaban a lo lejos un palo y les obligaban a correr para recogerlo, para apreciar así su resistencia física.

Era el procedimiento empleado con todos, y todos se habían sometido a aquellas humillantes pruebas. Y no se crea que se apreciaba una completa indiferencia en los desdichados que se veían tratados así. ¡No! Con excepción de los niños, que no podían comprender el estado de degradación a que se les había reducido, todos hombres o mujeres, estaban avergonzados. Además, no se les escatimaban las injurias ni los golpes. Coimbra, medio borracho, y los agentes de Alvez los trataban empleando la máxima brutalidad, y en los nuevos amos que acababan de adquirirlos mediante el pago en marfil, en telas

o en perlas, no encontraban mejor acogida. Separados con violencia los unos de los otros —una madre de su hijo, un marido de su mujer o un hermano de su hermana—, ni siquiera se les permitía la última caricia ni el último beso, y en aquel lakoni era donde se veían por última vez.

Las necesidades de la trata exigen, en efecto, que los esclavos, según su sexo, reciban un destino diferente. Los tratantes que compran a los hombres no son los mismos que compran a las mujeres. Éstas, en virtud de la poligamia, que constituye una ley entre los musulmanes, son dirigidas principalmente hacia los países árabes, donde se las cambia por marfil. En cuanto a los hombres, destinados a los trabajos más duros, van a las factorías de ambas costas y son exportados a las colonias españolas o bien a los mercados de Mascate y de Madagascar. Esta separación desarrolla escenas desgarradoras entre aquellos a quienes separan los agentes y que habrán de morir sin volver a verse.

Tom y sus compañeros debían sufrir también la suerte común, pero, a decir verdad, no temían la eventualidad enunciada. Mejor para ellos era, en efecto, que fuesen exportados a una colonia de esclavos. Al menos, allí podían contar con la probabilidad de ser reclamados. Retenidos, por el contrario, en una provincia central de África, habrían tenido que renunciar a toda esperanza de volver a ser libres.

Ocurrió lo que deseaban. Tuvieron incluso el inesperado consuelo de no ser separados. El lote que formaban fue disputado con empeño por varios tratantes de Ujiji. José Antonio Alvez se frotaba las manos. Subían de precio. Todos se esforzaban por examinar a aquellos esclavos, de un valor desconocido en el mercado de Kazonndé y cuya procedencia tenía buen cuidado de ocultar Alvez. Y como Tom y los suyos no hablaban el lenguaje del país, no podían protestar.

Su amo fue un rico tratante árabe que dentro de algunos días iba a exportarlos desde el lago Tanganika, donde se efectúa en gran escala el tráfico de esclavos, y luego, desde allí hacia las factorías de Zanzíbar.

¿Terminarían su travesía por las malsanas y peligrosas regiones del África central? ¿Recorrer mil quinientas millas en aquellas condiciones, en medio de frecuentes guerras surgidas entre unos y otros jefes, en un ambiente de crimen constante...! ¿Tendría fuerzas el viejo Tom para soportar tales miserias? ¿No sucumbiría en el camino, como la anciana Nan?

Pero los pobres no fueron separados. Les pareció que era menos pesada de llevar la cadena que los unía a todos. El tratante les hizo conducir a un barracón aparte. Sin duda se trataba de una mercancía que le produciría pingües ganancias en el mercado de Zanzíbar.

Tom, Bat, Acteón y Austin abandonaron, pues, la plaza, y no pudieron asistir a la escena con que iba a terminar el gran lakoni de Kazonndé.

CAPÍTULO XI

UN PONCHE OFRECIDO AL REY DE KAZONNDÉ

Eran las cuatro de la tarde, cuando un gran estruendo de tambores, címbalos y otros instrumentos de origen africano resonó en el extremo de la calle principal. La animación aumentaba entonces en todos los puntos del mercado. Medio día de gritos y de luchas no había apagado las voces ni destrozado los brazos y las piernas de aquellos negociantes endiablados. Todavía quedaba por vender buen número de esclavos. Los tratantes se disputaban los lotes con ardor del cual sólo habría dado una imperfecta idea la Bolsa de Londres en un día de alza.

En el discordante concierto que estalló de pronto, fueron suspendidas las transacciones, y los alborotadores recobraron alientos.

El rey de Kazonndé, Moini Lungga, acababa de honrar con su visita el gran lakoni. Un séquito bastante numeroso de mujeres, de «funcionarios», de soldados y de esclavos, le acompañaba. Alvez y otros tratantes salieron a su encuentro y exageraron, como era natural, los homenajes que solían serle prodigados a aquel coronado bruto.

Moini Lungga descendió del viejo palanquín donde era transportado, no sin la ayuda de unos diez brazos, y quedó en medio de la plaza.

Aquel rey tenía cincuenta años, aunque podrían habersele atribuido ochenta. Imagínese a un mono viejo que hubiese llegado al término de la extrema vejez. En la cabeza ostentaba una especie de tiara adornada con garras de leopardo teñidas de rojo y con mechones de pelos blanquecinos: era la corona de los soberanos de Kazonndé. De su cintura pendían dos faldas de cuero de cudú bordado de perlas y más endurecido que el delantal de un herrero. Sobre el pecho ostentaba múltiples tatuajes que atestiguaban la antigua nobleza del rey, y, de creerle a él, la genealogía de los Moini Lungga se perdía en la noche de los tiempos. A los tobillos, a las muñecas y a los brazos de Su Majestad se enroscaban unos brazaletes de cobre incrustados de sofis, y sus pies iban calzados con un par de botas de servidumbre con campanas amarillas que Alvez le había regalado hacía unos veinte años. Añádase, en la mano izquierda del rey, un largo bastón con puño redondo plateado, y en su mano derecha un mosquero con el puño engarzado de perlas; por encima de la cabeza, uno de esos viejos paraguas remendados que parecen

haber sido hechos con unos pantalones de Arlequín, y, por último, pendientes del cuello y sobre la nariz del monarca, la lupa y las gafas que tanta falta habían hecho al primo Benedicto, y que habían sido robadas del bolsillo de Bat, y se obtendrá el perfecto retrato de aquella majestad negra que hacía temblar al país en un perímetro de cien millas.

Moini Lungga, por lo mismo que ocupaba un trono, pretendía tener un origen celeste, y a aquellos súbditos suyos que lo hubiesen dudado los habría mandado al otro mundo para que se enterasen. Decía que no estaba sujeto a ninguna de las necesidades terrenas por ser de esencia divina. Además, era imposible que hubiera quien bebiese más que él. Comparados con él, sus ministros y sus funcionarios, borrachos incurables, habrían pasado por personas sobrias. Era una majestad alcoholizada hasta el último grado y empapada en cerveza fuerte, en pombé y, sobre todo en cierto aguardiente de treinta y seis grados, de que le proveía Alvez con profusión.

Moini Lungga tenía en su harén esposas de todas las edades y todos los órdenes. La mayor parte le acompañaba durante aquella visita al lakoni. Moina la más antigua, la que se llamaba la reina, era una furia de cuarenta años, de sangre real, como sus colegas. Llevaba una especie de tartán de vivos colores, una falda de hierbas cuajada de perlas y collares en todos los sitios donde pueden llevarse. Su cabellera ponía un enorme marco a su cabecita... En una palabra: era un monstruo. Otras esposas, que eran primas o hermanas del rey, vestidas con menos fastuosidad, aunque más jóvenes, caminaban detrás de ella, dispuestas a cumplir su misión de muebles humanos a una señal de su dueño. Aquellas desgraciadas no eran otra cosa que unos muebles humanos. Cuando el rey quería sentarse, dos mujeres de aquéllas se encorvaban hacia el suelo y le servían de silla, en tanto que sus pies descansaban sobre otros cuerpos de mujeres, como sobre una alfombra de ébano.

En el séquito de Moini Lungga figuraban también sus funcionarios, sus capitanes y sus magos. Lo que resaltaba, sobre todo, era que aquellos salvajes se tambaleaban como su amo y les faltaba una parte cualquiera del cuerpo: a uno, una oreja; a otro, un ojo; a éste, la nariz; a aquél, una mano... Ni siquiera uno aparecía completo. Ello obedecía a que en Kazonndé se aplicaban dos clases de castigos: la mutilación o la muerte, todo a capricho del rey. Por la más insignificante falta, se decreta una mutilación, y los más castigados son aquellos a quienes se desoreja, porque no pueden volver a llevar anillas en ellas.

Los capitanes de los kilolos, gobernadores de distrito hereditarios o por cuatro años, iban cubiertos con gorros de piel de cabra, y, por todo uniforme, ostentaban unos chalecos rojos. Blandían largos bastones de roten, embadurnados en sus extremos con drogas mágicas.

En cuanto a los soldados, por armas defensivas y ofensivas llevaban arcos de madera con cuerdas de recambio y adornados con flecos, cuchillos afilados figurando lenguas de serpientes, lanzas anchas y largas y escudos de madera de palmera adornados con arabescos. Por lo que se refería al uniforme, propiamente dicho, nada costaba en absoluto al tesoro de Su Majestad.

El cortejo del rey lo completaban, en último lugar, los magos de la corte y los instrumentistas.

Los brujos, los mganngas, eran los médicos del país. Aquellos salvajes tenían una fe absoluta en los ejercicios adivinatorios, en los encantamientos y en los fetiches, que son unas figuras de arcilla salpicadas de blanco y de rojo, y que representan animales fantásticos, y figuras de hombres y de mujeres talladas en madera. Así mismo, aquellos magos no estaban menos mutilados que los demás cortesanos, pues sin duda el monarca les pagaba así las curas que no realizaban.

Los instrumentistas, hombres o mujeres, hacían sonar ásperas carracas y ruidosos tambores o tañían con unas varitas terminadas en una bola de caucho unos marimebas, que son una especie de tímpanos formados por dos hileras de calabazas de diferentes dimensiones. Todo aquello resultaba ensordecedor para cualquiera que no poseyera unos oídos africanos.

Por encima de aquella multitud que componía el cortejo real se balanceaban algunas banderas y banderines, y, además, en lo alto de las picas, algunos cráneos blanquecinos de los jefes rivales a quienes había vencido Moini Lungga.

Cuando el rey hubo abandonado su palanquín, desde todas partes prorrumpieron en aclamaciones. Los soldados de las caravanas dispararon sus viejos fusiles cuyas débiles detonaciones apenas dominaban las vociferaciones de la multitud. Los havildars, después de haberse frotado los negros hocicos con unos polvos de cinabrio que llevaban en un saco, se prosternaron. Adelantándose luego Alvez, entregó al rey una provisión de tabaco —«la hierba apaciguadora», como se la llama en el país—. Y en verdad que Moini Lungga tenía gran necesidad de ser apaciguado, pues, sin que se supiera por qué, aquel día estaba de muy mal humor.

Al mismo tiempo que Alvez, Coimbra, Ibn Hamis y los tratantes árabes o mestizos, fueron a rendir homenaje al poderoso soberano de Kazonndé.

—Marhaba —decían los árabes, que es la palabra de saludo empleada en su lenguaje del África central.

Otros batían las manos y se encorvaban hasta llegar al suelo. Algunos se revolcaban por el lodo y prodigaban a aquella horrible Majestad toda clase de homenajes de extremado servilismo.

Moini Lungga apenas miraba a la gente, y caminaba con las piernas separadas, como si el suelo produjese vaivenes y arfadas. Pasó así, o, más bien, rodó así por entre los lotes de esclavos, y si los tratantes temían que el monarca tuviera el capricho de adjudicarse algunos de los prisioneros, éstos no temían menos el caer en poder de semejante bruto.

Negoro no había abandonado por un instante a Alvez, y, en su compañía, presentaba sus respetos al rey. Ambos conversaban en lenguaje indígena, si podía llamarse «conversación» a la entrevista en la que sólo tomaba parte Moini Lungga por medio de monosílabos que apenas salían de entre sus labios vinosos. Y solicitaba de su amigo Alvez que renovase su provisión de aguardiente, agotada por las importantes libaciones recientes.

—¡Sea bien venido el rey Lungga al mercado de Kazonndé! —Decía el tratante.

—Tengo sed —respondía el monarca.

—Tendrá parte en los negocios del gran lakoni.

—¡A beber! —Replicaba Moini Lungga.

—Mi amigo Negoro se considera muy feliz con volver a ver al rey de Kazonndé, después de una ausencia tan prolongada.

—¡A beber! —Repetía el borracho, exhalando un nauseabundo olor a alcohol de toda su persona.

—¿Qué quiere? ¿Pombé o hidromiel? —interrogó José Antonio Alvez, sabiendo muy bien lo que Moini Lungga quería decir.

—¡No...! ¡No! —respondió el rey—. Aguardiente de mi amigo Alvez; y por cada gota de su agua de fuego, le daré...

—¡Una gota de sangre de un blanco! —exclamó Negoro, después de haber hecho una seña a Alvez, que éste comprendió y aprobó.

—¡Un blanco! ¡Dar la muerte a un blanco! —replicó Moini Lungga, cuyos instintos despertaron ante la proposición del portugués.

—Un agente de Alvez ha muerto a manos de un blanco —agregó Negoro.

—Sí... Mi agente Harris —respondió el tratante—; y es preciso que su muerte sea vengada.

—¡Que se envíe ese blanco al rey Massongo, del Alto Zaire, de los Assúas! Lo cortarán en pedazos y se lo comerán vivo. ¡Ellos no han olvidado el sabor de la carne humana! —exclamó Moini Lungga.

Era, en efecto, aquel Massongo el rey de una tribu de antropófagos, pues es muy cierto que, en algunas provincias del África central, se practica aún el

canibalismo. Livingstone lo declara en sus notas de viaje. A orillas del Lualaba, los manyemas no sólo se comen a los hombres muertos en las guerras, sino que compran a los esclavos para devorarlos diciendo que «la carne humana está ligeramente salada y sólo exige sazónarla un poco». Estos caníbales los encontró Cameron en Moené Bugga, donde no se comen más que cadáveres, después de haberlos macerado durante varios días en agua corriente. Stanley comprobó también entre los habitantes del Ukusu esas costumbres de antropofagia.

Aunque era muy cruel la clase de muerte propuesta por el rey para Dick Sand, no podía convenirle a Negoro, que no quería deshacerse de su víctima.

—Está aquí —dijo— ese blanco que ha matado a nuestro camarada Harris.

—Aquí es donde debe morir —añadió Alvez.

—Donde tú quieras, Alvez —respondió Moini Lungga—; pero una gota de agua de fuego por cada gota de sangre...

—Si —contestó el tratante—; y hoy verás cómo, en efecto, merece el nombre de agua de fuego. ¡Haremos arder a esa agua! ¡José Antonio Alvez ofrecerá un ponche al rey Moini Lungga...!

El borracho estrechó las manos de su amigo Alvez. Rebosaba júbilo. Sus mujeres y sus cortesanos participaban de su delirio. Nunca habían visto arder el aguardiente, y acaso esperasen beberlo llameante. Además, con la sed del alcohol, satisfacerían también la sed de sangre, tan imperiosa entre los salvajes.

¡Pobre Dick Sand! ¡Qué horrible suplicio le esperaba! Cuando se piensa en los efectos terribles y grotescos de la embriaguez en los países civilizados, se comprende hasta dónde pueden llegar en los seres bárbaros.

La idea de torturar al blanco no podía disgustar a ningún indígena, ni tampoco a José Antonio Alvez negro como ellos, ni a Coimbra, mestizo de sangre negra, ni a Negoro, en fin, animado de un odio feroz contra la gente de su color.

Había llegado la noche, una noche sin crepúsculo a la que sucedería el día sin alborada, y aquélla era la hora propicia para que lucieran los resplandores del alcohol.

Alvez había tenido una magnífica idea al ofrecer un ponche a aquella majestad para hacerle gustar el aguardiente bajo una nueva forma. Moini Lungga empezaba ya a creer que el agua de fuego no justificaba suficientemente su nombre. ¡Tal vez llameante y ardiente cosquillease de un modo más agradable en las insensibilizadas papilas de su lengua!

El programa de la noche comenzaba, pues, con un ponche y continuaba con un suplicio.

Encerrado en su oscura prisión, Dick Sand sólo debía salir de ella para recibir la muerte. Los demás esclavos, vendidos o no, habían sido reintegrados a los barracones. Sólo quedaban ya en la chitoka los tratantes, los havildars y los soldados, dispuestos a tomar parte en el ponche, si el rey y su corte se lo permitían.

José Antonio Alvez, aconsejado por Negoro, hizo bien las cosas. Llevaron un gran caldero de cobre de una capacidad de doscientas pintas, por lo menos, y que fue colocado en el centro de la amplia plaza. Unos barriles que contenían alcohol de calidad inferior, aunque muy refinado, fueron vaciados en el caldero. No se prescindió de la canela, ni de las guindillas ni de ninguno de los ingredientes que podían hacer más irritante aquel ponche de salvajes.

Todos habían formado círculo alrededor del rey. Moini Lungga avanzó, tambaleándose, hacia el caldero.

Hubiérase dicho que aquella tina de aguardiente le fascinaba y que iba a precipitarse sobre ella.

Alvez le detuvo y le puso en la mano una mecha encendida.

—¡Fuego! —gritó, haciendo una burlona mueca de satisfacción.

—¡Fuego! —repitió Moini Lungga, azotando el líquido con el extremo de la mecha.

¡Qué resplandor y que efecto, cuando las azuladas llamas empezaron a dar vueltas sobre la superficie del caldero! Para hacer sin duda que aquel alcohol fuese más áspero aún, Alvez le había añadido algunos puñados de sal marina. Los rostros de los concurrentes reflejaron entonces esa lividez espectral que la imaginación atribuye a los fantasmas. Aquellos negros, ebrios de antemano, comenzaron a gritar y a gesticular, y, cogiéndose de las manos, formaron un inmenso corro alrededor del rey de Kazonndé.

Provisto de un enorme cucharón de metal, Alvez movía el líquido, que arrojaba grandes relámpagos pálidos sobre aquellos delirantes monos.

Moini Lungga se adelantó. Tomó el cucharón de manos del tratante, lo hundió en el caldero, y luego, sacándolo lleno de llameante ponche, se lo acercó a los labios.

¡Qué grito profirió entonces el rey de Kazonndé!

Acababa de producirse una combustión espontánea. El rey se incendió como una bombona de petróleo. Aquel fuego desarrollaba poco calor, pero no por eso devoraba menos.

Ante aquel espectáculo, la danza de los indígenas se detuvo súbitamente.

Un ministro de Moini Lungga se precipitó sobre su soberano para

apagarlo; pero no menos alcoholizado que su señor, se incendió a su vez.

A aquel paso, la corte de Moini Lungga corría el peligro de perecer abrasada por completo.

Alvez y Negro no sabían cómo socorrer a Su Majestad. Las mujeres, despavoridas, habían emprendido la fuga. En cuanto a Coimbra, Había desaparecido en un momento, conociendo su naturaleza inflamable.

El rey y el ministro, que habían caído al suelo, se retorcían, presos de horribles sufrimientos.

En los cuerpos alcoholizados de un modo absoluto la combustión no produce más que una llama ligera y azulada que el agua no podría apagar. Extinguida en el exterior, continuaría ardiendo interiormente. Cuando los licores han saturado todos los tejidos, no hay medio de detener la combustión.

Al cabo de algunos instantes, Moini Lungga y su funcionario habían sucumbido, aunque continuaban ardiendo. Al poco tiempo, en el lugar en que habían caído, sólo se veían algunos leves carbones, dos o tres pedazos de columna vertebral, y los dedos de los pies y de las manos que el fuego no consume en los casos de combustión espontánea, si bien los recubre de un hollín infecto y maloliente.

Aquello era todo lo que quedaba del rey de Kazonndé y de su ministro.

CAPÍTULO XII

UN ENTIERRO REAL

Al día siguiente, 29 de mayo, la ciudad de Kazonndé presentaba un aspecto insólito. Aterrorizados los indígenas se habían encerrado en sus chozas. Nunca habían visto que un rey, que decía ser de esencia divina, y un simple ministro, muriesen con una muerte tan horrible. Habían visto en otras ocasiones cómo ardían algunos de sus semejantes, y los más viejos no podían olvidar ciertos preparativos culinarios relativos al canibalismo. Sabían, pues, con cuánta dificultad se opera la incineración del cuerpo humano siendo así que su rey y su ministro habían ardido por completo. Esto les parecía y debía parecerles, en efecto, inexplicable.

José Antonio Alvez estaba recluido en su casa. Temía que se le hiciese responsable del accidente. Negro le había hecho comprender lo que había pasado, advirtiéndole que tuviese cuidado consigo mismo. Si llegaban a atribuirle la muerte de Moini Lungga, podían quedar perjudicados en extremo.

Pero Negoro tuvo una buena idea. Por consejo suyo, Alvez hizo correr el rumor de que la muerte del soberano de Kazonndé era sobrenatural, muerte que sólo reservaba el gran Manitú a los elegidos, y los indígenas, tan propicios a la superstición, no tuvieron inconveniente alguno en aceptar semejante embuste. El fuego que salía de los cuerpos del rey y de su ministro se convirtió en un fuego sagrado.

Ya se podía honrar a Moini Lungga con unos funerales dignos de un hombre elevado a la categoría de los dioses.

Aquellos funerales, con todo el ceremonial consiguiente en las poblaciones africanas, ofrecían una ocasión a Negoro para hacer que Dick Sand representase un importante papel. Difícilmente se comprendería cuánta sangre iba a costar la muerte del rey Moini Lungga, si los viajeros del África central —el teniente Cameron, entre ellos— no hubiesen relatado hechos que no pueden ser puestos en duda.

La heredera natural del rey de Kazonndé era la reina Moina. Procediendo sin demora a las ceremonias fúnebres, hacía acto de autoridad soberana, y así podía alejar a los competidores, entre otros al rey de Ukusu, que intentaba usurpar los derechos de los soberanos de Kazonndé. Además, por el hecho de convertirse en reina Moina se libraba de la suerte cruel reservada a las demás esposas del difunto y, al mismo tiempo, se deshacía de las que eran más jóvenes que ella. Aquel resultado convenía en gran manera al temperamento feroz de aquella furia. Por consiguiente, mandó anunciar al son de los cuernos de cuchí y de las marimbas que los funerales del difunto rey se efectuarían al día siguiente por la tarde, con todo el ceremonial de costumbre.

No se formuló protesta alguna en la corte ni entre la plebe indígena. Alvez y los demás tratantes nada tenían que temer por el advenimiento de la reina Moina. Con algunos regalos y algunas lisonjas, la someterían de un modo fácil a su influencia. Así, pues, la herencia real se transmitió sin dificultades. Sólo hubo terror en el harén, y no sin motivo.

Los trabajos preliminares de los funerales comenzaron aquel mismo día. Al final de la calle principal de Kazonndé, discurría un arroyo profundo y caudaloso, afluente del Coanga. Se proyectaba desviar aquel arroyo para que su lecho se secase. Allí debía ser cavada la fosa real.

Verificado el enterramiento, el arroyo recobraría su curso natural.

Los indígenas se dedicaron con actividad a construir un dique que obligase al arroyo a abrirse un lecho provisional a través de la llanura de Kazonndé. Al terminar la ceremonia fúnebre se rompería aquel dique y el torrente recuperaría su antiguo lecho.

Negoro destinaba a Dick Sand a completar el número de las víctimas que

debían ser sacrificadas sobre la tumba del rey. Había sido testigo del irresistible ataque de ira del joven grumete, cuando Harris le comunicó la muerte de la señora Weldon y del pequeño Jack. Negro, tan cobarde como malvado, no había querido exponerse a seguir la misma suerte que su cómplice. A la sazón, frente a un prisionero fuertemente atado de pies y manos, supuso que nada debía temer, y acordó hacerle una visita. Negro era uno de esos miserables a los cuales no les basta con torturar a sus víctimas, sino que necesitan también gozar con sus sufrimientos.

A mediodía se dirigió, pues, al barracón donde Dick Sand estaba encerrado y vigilado por un havildar. Allí yacía el joven grumete, bien amarrado, casi privado en absoluto de alimento desde hacía veinticuatro horas, debilitado por las pasadas miserias, torturado por aquellas ligaduras que se le introducían en la carne, sin poder moverse apenas, esperando la muerte, por muy cruel que hubiera de ser, como término puesto a tantos males.

Sin embargo, al ver a Negro, todo su ser se estremeció. Hizo un esfuerzo instintivo para romper las ligaduras que le impedían arrojarse sobre aquel miserable y acabar con él. Pero Hércules mismo no habría podido romperlas. Comprendió que iba a entablarse entre ellos otra clase de lucha, y armándose de serenidad Dick Sand se limitó a contemplar a Negro frente a frente, decidido a no concederle el honor de una sola respuesta dijese lo que dijese.

—He considerado como un deber —le dijo Negro, para comenzar— el venir a saludar por última vez a mi joven capitán y a hacerle saber cuánto lamento que no mande aquí como mandaba a bordo del Pilgrim.

Viendo que Dick Sand no respondía, continuó:

—¡Eh, capitán! ¿Acaso no conoce usted ya a su antiguo cocinero...? Pues viene a recibir sus órdenes y a preguntarle qué debe servirle en la comida...

Al mismo tiempo, Negro golpeaba brutalmente con el pie al joven grumete, que continuaba tendido en el suelo.

—Además —añadió—, quisiera dirigirle otra pregunta, mi joven capitán: ¿podría usted explicarme, al fin cómo deseando arribar al litoral americano ha venido usted a Angola, que es donde se encuentra?

Dick Sand no precisaba ya las explicaciones del portugués para comprender que, como llegó a sospechar, la brújula del Pilgrim había sido desviada por aquel traidor. Así, pues, sólo respondió con un silencio despreciativo.

—Reconocerá usted, capitán —continuó Negro—, que ha tenido usted la suerte de encontrar a bordo a un verdadero marino... Si no hubiera sido por él, ¿dónde estaríamos ahora, gran Dios...? Gracias a él, en lugar de perecer

estrellándose contra cualquier obstáculo hacia donde lo hubiera arrojado la tempestad, está usted en un puerto amigo, y si a alguien debe usted agradecer el encontrarse a cubierto, es a ese marino que desdeñó usted por error, mi joven maestro...

Mientras hablaba así, Negoro, cuya calma aparente no era más que el resultado de un inmenso esfuerzo, había acercado su rostro al de Dick Sand. Aquel semblante, que de pronto se había tornado feroz, le rozaba tan de cerca que hubiera podido creerse que iba a devorarlo. El furor de aquel malvado no pudo ser contenido por más tiempo.

—¡A cada uno le llega su turno! —exclamó de repente, en el paroxismo del furor que sobreexcitaba en él la tranquilidad de su víctima—. ¡Ahora, yo soy el capitán, yo soy el amo! ¡Tu vida de grumete fracasado está en mis manos!

—Tómala —le respondió Dick Sand, sin conmovirse—; pero ten entendido que en el cielo hay un Dios vengador de todos los crímenes, y tu castigo no está lejos.

—¡Si Dios se ocupa de los humanos, no tiene tiempo de ocuparse de ti!

—Estoy dispuesto a comparecer ante el Juez Supremo —dijo, con frialdad, Dick Sand—; no me causa temor la muerte.

—¡Eso lo veremos! —aulló Negoro—. ¡Quizá cuentas con algún socorro...! ¡Un socorro en Kazonndé, donde Alvez y yo somos todopoderosos...! ¡Estás loco! ¡Tal vez te figures que Tom y tus demás compañeros están aquí todavía...! ¡Desengáñate...! ¡Hace mucho tiempo que fueron vendidos, salieron para Zanzíbar, y podrán darse por muy satisfechos si no revientan en el camino!

—Dios dispone de mil medios para hacer justicia —replicó Dick Sand—. El menor instrumento puede bastarle. Hércules es libre.

—¡Hércules! —exclamó Negoro golpeando el suelo con el pie—. Hace mucho tiempo que pereció entre los dientes de los leones y de las panteras, y sólo lamento una cosa: que esas bestias feroces hayan apresurado mi venganza.

—Si Hércules ha muerto —contestó Dick Sand—, Dingo vive. Un perro como ese, Negoro, se basta y se sobra para acabar con un hombre como tú. Te conozco a fondo, Negoro: no eres valiente. Dingo te busca, sabrá encontrarte, y cualquier día morirás entre sus colmillos.

—¡Miserable! —exclamó el portugués, exasperado—. ¡Miserable...! ¡Dingo murió de un tiro que yo le disparé! Murió como la señora Weldon y su hijo; murió como morirán todos los supervivientes del Pilgrim...

—¡Y como morirás tú también, dentro de poco! —agregó Dick Sand, cuya serena mirada hacía palidecer al portugués.

Negoro, fuera de sí, estuvo a punto de pasar de la palabra a los hechos y de estrangular entre sus manos al indefenso prisionero. Ya se había arrojado sobre él y lo zarandeaba con furor, cuando una súbita reflexión lo detuvo. Comprendió que iba a matar a su víctima, que todo habría terminado, y que ello equivaldría a suprimirle las veinticuatro horas de tortura que le tenía reservadas. Reaccionó, pues, dirigió algunas palabras al havildar que había permanecido impasible, recomendándole que vigilara bien al prisionero, y salió del barracón.

En vez de abatirle, aquella escena había devuelto a Dick Sand toda su energía moral. Al aferrarse a él con rabia, ¿habría aflojado Negroro las ligaduras que hasta entonces le habían hecho imposible todo movimiento? Era probable, pues Dick Sand se dio cuenta de que sus miembros se hallaban más sueltos que antes de la llegada de su verdugo. Sintiéndose consolado, el joven grumete se dijo que tal vez le fuese posible desatarse los brazos sin hacer demasiados esfuerzos. Hallándose como se hallaba en una prisión cerrada herméticamente, ello sólo supondría una molestia, un suplicio menor; se encontraba en un momento de la vida en que el más pequeño bienestar resultaba inapreciable.

En realidad, Dick Sand no esperaba nada. Ningún socorro humano habría podido llegarle de fuera. Por consiguiente, estaba resignado. A decir verdad, ni siquiera se preocupaba ya de vivir. Pensaba en todos aquellos que le habían precedido en la muerte, y sólo aspiraba a reunirse con ellos. Negroro acababa de repetirle lo que antes le había dicho Harris: la señora Weldon y el pequeño Jack habían sucumbido. Era muy verosímil, en efecto, que Hércules, expuesto a tantos peligros, hubiera perecido también, con una muerte cruel... Tom y sus compañeros estaban lejos y perdidos para siempre: así debía creerlo Dick Sand... Esperar otra cosa que no fuese el término de sus males con una muerte que no podía ser más terrible que su vida hubiera sido una gran locura. Se preparaba, pues, a morir encomendándose a Dios y pidiéndole valor para llegar hasta el final sin desmayar. Es bueno y noble pensar en Dios. No en vano se eleva el alma hasta el que todo lo puede, y cuando Dick Sand hubo hecho su sacrificio, se encontró con que, si hubiera podido llegar hasta el fondo de su corazón, tal vez habría descubierto un postrer resplandor de esperanza, ese resplandor que una inspiración de lo alto puede cambiar, a pesar de todas las probabilidades en contra, en una luz cegadora.

Transcurrieron bastantes horas. Llegó la noche. La luz del día que se filtraba a través de la chamiza del barracón fue desapareciendo poco a poco. Se extinguieron los últimos ruidos de la chitoka, que durante aquel día había estado muy silenciosa, después de la espantosa baraúnda de la víspera. Las

tinieblas invadieron el interior de la reducida prisión. Bien pronto reposó todo en la ciudad de Kazonndé.

Dick Sand se durmió con un sueño reparador que le duró dos horas. Cuando despertó se sintió más fortificado. Consiguió librar de las ligaduras a uno de sus brazos, ya un poco deshinchado, y constituyó para él una delicia el poder moverlo a voluntad.

Debía haber transcurrido la mitad de la noche. El havildar dormía con un pesado sueño debido a una botella de aguardiente cuyo gollete oprimía aún su mano crispada. El salvaje la había vaciado hasta la última gota. Dick Sand concibió entonces la idea de apoderarse de las armas de su carcelero, que podrían serle de gran utilidad en caso de evasión; pero, en aquel momento, le pareció oír un ligero rozamiento en la parte inferior de la puerta del barracón. Ayudándose con el brazo libre, consiguió arrastrarse hasta el umbral sin haber despertado al havildar.

Dick Sand no se había equivocado. El rozamiento continuaba produciéndose, y de una manera bien clara. Parecía como si desde fuera escarbasen en el suelo por debajo de la puerta. ¿Sería un animal? ¿Sería un hombre...?

—¡Hércules! ¡Si fuera Hércules! —se dijo el joven.

Sus ojos se fijaron en el guardián.

Continuaba inmóvil y bajo la influencia de un sueño profundo. Dick Sand consideró que podía acercar los labios al umbral de la puerta y arriesgarse a murmurar el nombre de Hércules. Un gemido semejante a un ladrido sordo y quejumbroso le respondió.

—No es Hércules —se dijo Dick Sand—, sino Dingo. ¡Hasta en este barracón me ha descubierto...! ¿Me traerá alguna noticia de Hércules...? Si Dingo no ha muerto, Negro me ha mentado, y, entonces...

En aquel momento apareció una pata debajo de la puerta. Dick Sand la cogió y reconoció la pata de Dingo. Mas si llevaba algún papel, aquel papel sólo podía llevarlo atado al cuello... ¿Qué hacer...? ¿Sería posible agrandar aquel agujero lo suficiente para que Dingo pudiese asomar por él la cabeza...? Había que intentarlo...

Pero apenas había comenzado Dick Sand a cavar el suelo con las uñas, cuando cesaron de oírse los pasos de Dingo en aquel sitio. El fiel animal acababa de ser descubierto por los perros indígenas, y no había tenido más remedio, sin duda, que emprender la fuga. Sonaron algunas detonaciones. Medio se despertó el havildar. No pudiendo ya pensar en evadirse, en vista de que el guardián se despertaba, Dick Sand tuvo entonces que retroceder hasta

su sitio, y, después de una mortal espera, vio reaparecer de nuevo el día, que debía ser el último para él.

Durante todo aquel día, el trabajo de los enterradores aumentó con gran actividad. Gran número de indígenas tomaron parte en él, bajo la dirección del primer ministro de la reina Moina. Todo debía estar dispuesto para la hora fijada, bajo pena de mutilación, pues la nueva soberana se disponía a seguir los mismos procedimientos del difunto rey.

Desviadas las aguas del arroyo, en el lecho seco se abrió una gran fosa de seis pies de profundidad por cincuenta de largo y diez de ancho.

Al finalizar el día comenzaron a cubrir el fondo y las paredes con mujeres vivas, escogidas entre las esclavas de Moini Lungga. Por lo general, las desgraciadas eran enterradas completamente vivas; pero a causa de la extraña y acaso milagrosa muerte de Moini Lungga, se había decidido que serían ahogadas junto al cuerpo de su amo.

Es costumbre también que el difunto rey sea vestido con sus más ricos trajes, antes de ser colocado en la tumba; pero aquella vez, como no quedaban más que algunos huesos calcinados de la persona real, hubo que proceder de otro modo. Fue construido un maniquí de mimbre que representaba, quizá con ventaja, a Moini Lungga, y se encerraron en él los restos que había respetado la combustión. El maniquí fue vestido entonces con la indumentaria real — que, como se sabe, no tenía ningún valor—, sin que se olvidara la ornamentación constituida por las famosas gafas del primo Benedicto. En aquel disfraz había algo de cómico y de terrible.

La ceremonia debía efectuarse a la luz de las antorchas y con gran aparato. Toda la población de Kazonndé, indígena o no, debía asistir a ella.

Cuando llegó la noche, un nutrido cortejo descendió por la calle principal, desde la chitoka hasta el lugar de la inhumación. Gritos, danzas fúnebres, encantamientos de los magos, estruendo de los instrumentos, detonaciones de los viejos mosquetes del arsenal: nada faltaba en ella.

José Antonio Alvez, Coimbra, Negoro, los tratantes árabes y sus havildars habían engrosado las masas del pueblo de Kazonndé. Nadie había abandonado aún el gran lakoni. La reina Moina no lo había consentido, y no hubiera sido prudente contravenir las órdenes de la que se ensayaba en el oficio de soberana.

El cuerpo del rey, tendido en un palanquín, era transportado en las últimas líneas del cortejo. Iba rodeado por las esposas de segundo orden, algunas de las cuales habían de acompañarle hasta más allá de la vida. La reina Moina, lujosamente ataviada caminaba detrás de lo que podía llamarse el catafalco. Era en absoluto de noche cuando todo el mundo llegó a la orilla del arroyo, si

bien las antorchas de resina sustentadas por los portadores proyectaban sobre la multitud poderosos resplandores.

La fosa apareció entonces con toda claridad. Estaba recubierta de cuerpos negros y vivos, puesto que se movían entre las cadenas que las sujetaban en el suelo. Cincuenta esclavas esperaban allí a que el torrente se lanzase sobre ellas. La mayor parte eran jóvenes indígenas. Unas permanecían resignadas y mudas; otras, exhalaban débiles gemidos.

Las esposas que debían perecer, ataviadas como para una fiesta, habían sido elegidas por la reina.

Una de las víctimas, la que ostentaba el título de segunda esposa, se apoyó sobre las manos y sobre las rodillas para servir de silla real, como hacía en vida del rey, y la tercera esposa fue a sustentar el maniquí, en tanto que la cuarta se echaba a sus pies a modo de cojín.

Delante del maniquí, hacia el extremo de la fosa salía del suelo un poste pintado de rojo. A aquel poste estaba atado un blanco que iba a contarse también entre las víctimas de aquellos sangrientos funerales.

Aquel blanco era Dick Sand. Su cuerpo medio desnudo, presentaba las huellas de las torturas que se le habían hecho ya sufrir por orden de Negoro. Atado a aquel poste, esperaba la muerte, como un hombre que sólo tiene esperanza en la otra vida...

Sin embargo, no había llegado aún el momento en que debía ser abierto el dique.

A una señal de la reina, la cuarta esposa, que estaba colocada a los pies del rey, fue degollada por el ejecutor de Kazonndé, y su sangre corrió por la fosa. Aquello fue el comienzo de una espantosa escena de mortandades. Cincuenta esclavos cayeron bajo los cuchillos de los degolladores. Por el lecho del río corrieron oleadas de sangre.

Durante una media hora, los gritos de las víctimas se unieron a las vociferaciones de los concurrentes, y en vano se habría buscado entre aquella multitud un sentimiento de repugnancia o de lástima.

Por último, la reina Moina hizo un ademán, y el dique que retenía las aguas superiores comenzó a abrirse poco a poco. Por un refinamiento de crueldad, se dejó que la corriente se filtrase desde arriba en lugar de precipitarla mediante una abertura instantánea del dique... ¡La muerte lenta, en vez de rápida...!

El agua ahogó primero la capa de esclavas que cubría el fondo de la fosa. Se produjeron horribles sacudidas entre aquellas pobres personas vivas que luchaban contra la asfixia. Se vio que Dick Sand, sumergido hasta las rodillas, intentaba el último esfuerzo para romper las ligaduras.

Subió el agua. Desaparecieron las últimas cabezas bajo la corriente que recuperaba su curso, y nada indicó ya que en el fondo de aquel riachuelo existía una tumba donde acababan de perecer cien víctimas en honor del rey de Kazonndé.

La pluma se resistiría a describir semejantes cuadros si la preocupación de la verdad no impusiese el deber de describir con su realidad abominable. El hombre es aún así en aquellos tristes países. Ya no debe ignorarse.

CAPÍTULO XIII

EL INTERIOR DE UNA FACTORÍA

Harris y Negroro habían mentido al decir que la señora Weldon y el pequeño Jack habían muerto. Ambos y el primo Benedicto se encontraban entonces en Kazonndé.

Después de asaltado el hormiguero, habían sido conducidos más allá del campamento del Coanza por Harris y Negroro, a los que acompañaban una docena de soldados indígenas.

Un palanquín —la kitanda del país— recibió a la señora Weldon y al pequeño Jack. ¿Por qué tantos cuidados por parte de un hombre como Negroro? La señora Weldon no podía explicárselo.

El recorrido desde el Coanza a Kazonndé se hizo con rapidez y sin fatiga. El primo Benedicto, en el que no parecían hacer mella alguna las miserias, caminaba a buen paso. Como se le dejaba desviarse a derecha e izquierda, ni siquiera pensaba en quejarse. El reducido grupo llegó, pues, a Kazonndé ocho días antes que la caravana de Ibn Hamis. La señora Weldon fue encerrada con su hijo y con el primo Benedicto en el establecimiento de Alvez.

Conviene apresurarse a decir que el pequeño Jack se encontraba mucho mejor. Al abandonar la región pantanosa donde había sido atacado por la fiebre, su estado había ido mejorando poco a poco, y, a la sazón, estaba bastante bien. Ni su madre ni él habrían podido, sin duda, soportar las fatigas de la caravana; pero en las condiciones en que se realizara aquel viaje, durante el cual no se les habían regateado ciertos cuidados, se encontraban en un estado satisfactorio, físicamente por lo menos.

En cuanto a sus compañeros, la señora Weldon no había vuelto a tener noticias suyas. Después de haber visto a Hércules huir por el bosque, ignoraba lo que había pasado. En cuanto a Dick Sand, puesto que Harris y Negroro no los torturaban a ellos, la señora Weldon creía que su calidad de hombre blanco

lo libraría quizá de los malos tratos. Por lo que respecta a Nan, Tom, Bat, Austin y Acteón, eran unos negros, y casi tenía la seguridad de que serían tratados como tales... ¡Pobre gente, que no hubiera debido pisar nunca el territorio de África y que había sido llevada a aquel continente de un modo traicionero...!

Cuando la caravana de Ibn Hamis llegó a Kazonndé, la señora Weldon no pudo enterarse, por no poder disponer de ninguna comunicación con el exterior.

Tampoco llegaron hasta ella los rumores del lakoni. No supo que Tom y los suyos habían sido vendidos a un tratante de Ujiji y que se marcharían dentro de poco. No se enteró de la muerte de Harris, ni de la de Moini Lungga, ni nada acerca de los funerales reales en los que había figurado Dick Sand entre tantas otras víctimas. La desdichada mujer se encontraba sola, por tanto, en Kazonndé, a merced de los tratantes y en poder de Negro y, para evadirse, ni si quiera podía pensar en morir, puesto que su hijo estaba con ella.

La señora Weldon ignoraba en absoluto la suerte que le esperaba. Durante el viaje de Coanza a Kazonndé, Harris y Negro no le habían dirigido la palabra. Desde su llegada no había vuelto a verlos ni al uno ni al otro ni había podido trasponer el cerco que cerraba el establecimiento particular del rico tratante.

¿Habría que decir que la señora Weldon no había encontrado ninguna ayuda en su niño grande, el primo Benedicto? Ya se comprenderá.

Cuando el digno sabio se enteró de que no estaba en el continente americano, como creía, no se preocupó de averiguar las causas. ¡No! Su primer impulso fue de despecho. En efecto, aquellos insectos que creía haber descubierto él el primero en América —las tse-tsé y otros— sólo eran los simples hexápodos que tantos naturalistas habían encontrado antes que él en su punto de origen. ¡Podía, pues, despedirse de la gloria que representaba el unir su nombre a aquellos descubrimientos...! ¿Qué podía haber de asombroso, en efecto, en que el primo Benedicto hubiese coleccionado insectos africanos, puesto que estaba en África...?

Pasado el primer impulso, el primo Benedicto se dijo que la «Tierra de los faraones» —todavía se la llamaba así— poseía incomparables riquezas entomológicas, y que al no hallarse en la «Tierra de los Incas», no perdería en el cambio.

—¡Bah! —Se repetía y repetía también a la señora Weldon, que apenas le escuchaba—. Ésta es la patria de las mantícoras, que son unos coleópteros de patas largas y velludas, de élitros soldados y cortantes y de enormes mandíbulas, y cuya especie más notable es la mantícora tuberculosa... Este es

el país de los calosomos con pintas de oro, de los goliates de Guinea y del Gabón, cuyas patas están provistas de espinas; de los antidios manchados, que depositan sus huevos en las conchas vacías de los caracoles; de los antidios sagrados, a los que veneraban los habitantes del Alto Egipto, como si fueran dioses... Aquí tuvieron su origen las esfinges con cabeza de muerte, a la sazón extendidas por toda Europa, y los idias bigoti, cuya picadura temen en particular los senegaleses de la costa... ¡Sí! Aquí pueden realizarse grandes y valiosos hallazgos, y yo los realizaré, si esa buena gente quiere permitírmelo...

Ya se sabe quién era «aquella buena gente», de la que ni siquiera pensaba en quejarse el primo Benedicto. Por otra parte, ya se ha dicho que, en compañía de Negro y de Harris, el entomólogo había gozado de cierta libertad, de la que Dick Sand le había privado en absoluto durante el viaje desde la costa al Coanza. El ingenuo sabio estaba muy agradecido por aquella condescendencia.

Por último, el primo Benedicto hubiera sido el más feliz de los entomólogos, si no hubiera tenido que soportar una pérdida a la que era sensible en extremo. Continuaba poseyendo su caja de hojalata, pero las gafas no se sostenían ya sobre su nariz ni la lupa pendía ya de su cuello, y un naturalista sin lupa y sin gafas está perdido. Sin embargo, el primo Benedicto estaba condenado a no volver a ver más aquellos dos aparatos de óptica, puesto que habían sido sepultados con el maniquí real. Así, pues, cuando encontraba algún insecto, se veía obligado a metérselo por los ojos para distinguir sus particularidades más elementales. ¡Ah! Aquello constituía una gran contrariedad para el primo Benedicto, y habría pagado a buen precio un par de antiparras; pero aquel artículo no se expendía en los lakonis de Kazonndé... Al fin y al cabo, el primo Benedicto podía pasearse por el establecimiento de José Antonio Alvez. Ya sabían que era incapaz de escaparse. Además, una alta empalizada separaba a la factoría de los demás barrios de la ciudad, y no hubiera sido fácil franquearla.

Si bien estaba cercado, aquel recinto no medía menos de una milla de circunferencia. Los árboles, las matas de esencias particulares en África, la crecida hierba, algunos arroyos y las chamizas de los barracones y de las chozas, eran más que suficientes para contener los insectos más raros del continente y para hacer, si no la fortuna, por lo menos la felicidad del primo Benedicto. Descubrió algunos hexápodos, y le faltó poco para perder la vista por querer estudiarlos sin gafas, si bien aumentó su preciosa colección y construyó los cimientos de una gran obra sobre la entomología africana. Que su estrella favorable le permitiese descubrir un insecto nuevo al que pudiera aplicar su nombre, y las demás cosas de este mundo le tenían completamente sin cuidado.

Si el establecimiento de Alvez era lo bastante grande para los paseos científicos del primo Benedicto, parecíale inmenso al pequeño Jack, el cual podía pasearse por él con entera libertad. Pero a aquel niño le atraían muy poco los juegos propios de su edad. Rara vez abandonaba a su madre, a la que no le gustaba dejarlo solo, temiendo siempre que pudiera ocurrirle alguna desgracia. El pequeño Jack hablaba con frecuencia de su padre, al que no había visto desde hacía mucho tiempo. Quería volver a su lado. Se informaba acerca de todos: de la vieja Nan, de su amigo Hércules, de Bat, de Austin, de Acteón y de Dingo, el cual parecía también haberle abandonado. Deseaba volver a ver a su camarada Dick Sand. Su tierna imaginación sólo vivía para aquellos recuerdos. La señora Weldon no podía responder a sus preguntas más que estrechándolo contra su pecho y cubriéndolo de besos. ¡Todo cuanto podía hacer era no llorar delante de él!

Entretanto, la señora Weldon no había dejado de observar que, si se le había excluido de los malos tratos durante el viaje, nada indicaba que en el establecimiento de Alvez se hubiera de cambiar de conducta con respecto a ella. En la factoría no había más que esclavos que estaban al servicio del tratante. Todos los demás que eran objeto de su comercio habían sido encerrados en los barracones de la chitoka y luego vendidos a los negociantes del interior. A la sazón los almacenes del establecimiento rebosaban de telas y de marfil. Las telas estaban destinadas a ser cambiadas en las provincias del centro, y el marfil a ser exportado a los principales mercados del continente.

Por lo tanto, había poca gente en la factoría. La señora Weldon ocupaba con Jack una choza aparte, y el primo Benedicto otra. No se comunicaban con los servidores del tratante. Comían juntos. El alimento —carne de cabra o de cerdo, legumbres, mandioca, sorgo y frutas del país— era suficiente. Halima —una joven esclava dedicada especialmente al servicio de la señora Weldon— le manifestaba a su manera y como podía una especie de afecto salvaje, aunque desde luego sincero.

La señora Weldon apenas veía a José Antonio Alvez, que ocupaba la parte principal de la factoría, y no veía en absoluto a Negro que se alojaba fuera y cuya ausencia era bastante inexplicable. Aquella reserva no dejaba de extrañarle y de inquietarle a la vez.

—¿Qué quiere? ¿Qué espera? —Se preguntaba—. ¿Para qué nos habrán traído a Kazonndé...?

Así habían transcurrido los ocho días que precedieron a la llegada de la caravana de Ibn Hamis, es decir, los dos días anteriores a la ceremonia de los funerales y los seis días que siguieron.

En medio de tantas ansiedades, la señora Weldon no podía olvidar que su marido debía experimentar la más espantosa desesperación, al ver que no

volvían su mujer y su hijo a San Francisco. El señor Weldon no podía figurarse que su mujer hubiese concebido aquella funesta idea de embarcarse en el Pilgrim, y debía creer que había tomado pasaje en alguno de los steamers de la compañía transpacífica. Ahora bien, los steamers llegaban con regularidad, y ni la señora Weldon, ni Jack, ni el primo Benedicto llegaban en ellos. Por otra parte, también el Pilgrim debía estar ya de regreso en el puerto. No reaparecía, y James W. Weldon se veía obligado a contarlos entre los navíos considerados como perdidos por falta de noticias. ¡Qué golpe tan terrible recibiría el día en que obtuviese de sus correspondientes de Auckland la noticia de la salida del Pilgrim y del embarque de la señora Weldon! ¿Qué habría hecho...? ¿Se habría negado a creer que su hijo y ella hubieran perecido en el mar? En tal caso, ¿qué indagaciones haría...? Sin duda los buscaría por las islas del Pacífico o quizá por el litoral americano... Pero nunca se le ocurriría pensar que hubieran podido ser arrojados a aquella funesta costa de África...

Así pensaba la señora Weldon. Mas ¿qué podría hacer...? ¿Huir...? ¿Cómo? La vigilaban de cerca. Además, el huir le suponía aventurarse por aquellos espesos bosques, amenazada por mil peligros al intentar la realización de un viaje de más de doscientas millas para llegar a la costa. Y, sin embargo, la señora Weldon estaba decidida a hacerlo si no se le ofrecía ningún otro medio de recobrar su libertad pero antes, quería conocer con exactitud las intenciones de Negro. Las conoció, por fin.

El 6 de junio, tres días después del entierro del rey de Kazonnde, Negro entró en la factoría, en donde no había puesto los pies desde su llegada, y se encaminó directamente a la choza que ocupaba su prisionera.

La señora Weldon estaba sola. El primo Benedicto efectuaba uno de sus científicos paseos. El pequeño Jack, bajo la vigilancia de la esclava Halima, se paseaba por el parque del establecimiento.

Negro empujó la puerta de la choza, y sin otro preámbulo, dijo:

—Señora Weldon, Tom y sus compañeros han sido vendidos a los mercaderes de Ujiji.

—¡Que Dios los proteja! —pronunció la señora Weldon, enjugándose una lágrima.

—Nan ha muerto en el camino, y Dick Sand ha perecido...

—¡Nan, muerta...! ¡Y Dick! —exclamó la señora Weldon.

—Sí; era justo que su capitán de quince años pagase con la vida el asesinato perpetrado en la persona de Harris —continuó Negro—. Está usted sola en Kazonndé, señora; sola, en poder del antiguo cocinero del Pilgrim; absolutamente sola, ¿entiende usted...?

Lo que decía Negro era demasiado cierto en lo concerniente a Tom y los suyos. El negro viejo, su hijo Bat, Acteón y Austin habían partido la víspera con la caravana del tratante de Ujiji, sin haber tenido el consuelo de volver a ver a la señora Weldon, sin saber siquiera que su compañera de miserias se encontraba en Kazonndé, en el establecimiento de Alvez. Se dirigían a la región de los lagos, y harían un viaje de centenares de millas que muy pocos terminaban y del que muy pocos vuelven...

—¿Y qué más tiene usted que decirme? —murmuró la señora Weldon, mirando a Negro.

—Señora Weldon —prosiguió el portugués, con sequedad—, yo podría vengar en usted los malos tratos de que fui objeto a bordo del Pilgrim... Pero la muerte de Dick Sand bastará para mi venganza... Ahora, me convierto en un mercader, y he aquí cuáles son mis proyectos con respecto a su persona...

La señora Weldon continuaba mirándole, sin pronunciar una palabra.

—Usted —continuó el portugués—, su hijo y ese imbécil que corre detrás de las moscas tienen un valor comercial que pretendo utilizar... Así, pues, voy a venderlos a ustedes.

—Soy de raza libre —dijo la señora Weldon.

—Es usted una esclava, si yo quiero.

—¿Y quién compraría a una blanca?

—¡Un hombre que pagará lo que yo le pida!

La señora Weldon bajó por un instante la cabeza, pues sabía que todo era posible en aquel espantoso país.

—¿Me ha entendido usted? —preguntó Negro.

—¿Quién es ese hombre al que pretende usted venderme? —interrogó la señora Weldon.

—¡Venderla o revenderla...! ¡Al menos, lo supongo! —añadió el portugués, con sorna.

—¿El nombre de ese hombre? —preguntó la señora Weldon.

—Ese hombre... es James W. Weldon: su marido.

—¡Mi marido! —exclamó la señora Weldon, no pudiendo creer lo que acababa de oír.

—El mismo, señora Weldon; su marido, al cual quiero, no devolver, sino hacerle pagar su mujer, su hijo y su primo a buen precio...

La señora Weldon se preguntó si Negro le tendería algún lazo. Sin

embargo, le pareció que hablaba muy en serio. Le pareció que podía fiarse en un miserable para quien el dinero lo es todo, cuando se trata de un negocio. Y aquello era un negocio.

—¿Y cuándo se propone usted hacer esa operación? —interrogó la señora Weldon.

—Lo antes posible.

—¿Dónde?

—Aquí mismo. James W. Weldon no vacilará en venir hasta Kazonndé para recoger a su mujer y a su hijo.

—¡No! ¡No vacilará...! Pero, ¿quién le avisará?

—¡Yo! Iré a San Francisco en busca de James W. Weldon. No me faltará el dinero para ese viaje.

—¿El dinero robado a bordo del Pilgrim?

—Sí... Ese... Y otro —respondió Negro con desvergüenza—. Y si quiero venderla a usted pronto también quiero venderla a buen precio... Supongo que a Weldon no le parecerán mucho cien mil dólares...

—No le parecerán mucho si puede darlos —contestó con frialdad la señora Weldon— sólo que cuando le diga usted que estoy prisionera en Kazonndé, en el África central, mi marido...

—¿Qué?

—Mi marido no le creerá sin pruebas, y no será tan imprudente que se fíe de su palabra y venga a Kazonndé.

—Vendrá —insistió Negro—, si le llevo una carta escrita por usted donde le describa su situación y me trate como a un fiel servidor que ha podido escapar de entre las manos de los salvajes...

—¡Nunca escribiré esa carta! —pronunció con mayor frialdad aún la señora Weldon.

—¿Se niega usted? —preguntó Negro.

—¡Me niego!

La idea de los peligros que correría su marido yendo a Kazonndé, el poco caso que podía hacerse de las promesas del portugués, y la facilidad que éste habría encontrado para retener a James Weldon, después de haber cobrado el rescate convenido, todas estas razones hicieron que, obedeciendo al primer impulso, la señora Weldon, viéndose sólo a sí misma, olvidando, incluso, a su hijo, se negase a la proposición de Negro.

—¡Escribirá usted esa carta! —insistió éste.

—No —respondió por segunda vez la señora Weldon.

—¡Ah...! ¡Tenga cuidado! —exclamó Negoro—. ¡No está usted sola aquí! ¡Como usted, su hijo está en mi poder, y yo sabré lo que tengo que hacer!

La señora Weldon quiso responder y le fue imposible. Le latía el corazón como si fuera a rompersele. Le faltaba la voz...

—Señora Weldon —dijo Negoro—, reflexione que necesita hacer lo que le propongo... Dentro de ocho días me habrá usted entregado una carta dirigida a James Weldon, o le pesará no haberlo hecho.

Y una vez que hubo dicho esto el portugués se retiró, sin haber dado rienda suelta a su cólera, si bien podía verse con facilidad que nada le detendría para obligar a la señora Weldon a que le obedeciera.

CAPÍTULO XIV

ALGUNAS NOTICIAS ACERCA DEL DOCTOR LIVINGSTONE

Cuando la señora Weldon se quedó sola, únicamente pensó en que no transcurrirían ocho días sin que Negoro volviese para pedirle una respuesta definitiva. Tenía tiempo de reflexionar y de adoptar una resolución. Para ello, no podía fundarse en la honradez del portugués, sino en su interés. El «valor comercial» que atribuía a su prisionera debía sin duda amparar a ésta, y prevenirla —momentáneamente, al menos— contra toda tentativa que pudiera ponerla en peligro. Tal vez encontrase un término medio que le permitiese ser devuelta a su marido sin que James Weldon se viese obligado a ir a Kazonndé. Ella sabía muy bien que al recibir una carta de su mujer, James Weldon se pondría en camino, arrojando los riesgos de aquel viaje por las más peligrosas regiones de África. Y, una vez en Kazonndé, cuando Negoro tuviera en sus manos aquella fortuna de cien mil dólares, ¿qué garantía podrían tener James W. Weldon, su mujer, su hijo y el primo Benedicto, de que se les dejaría marchar...? ¿No podría impedirlo un capricho de la reina Moína? Aquella «entrega» de la señora Weldon y de los suyos, ¿no podría realizarse en mejores condiciones, si se efectuaba en la costa en un punto determinado lo cual ahorraría a James W. Weldon los peligros del viaje por el interior y las dificultades, por no decir las imposibilidades, del regreso?

Así reflexionaba la señora Weldon. Por eso se había negado en un principio a acceder a la proposición de Negoro entregándole una carta para su marido. Pensó también que si Negoro había aplazado su visita para dentro de

ocho días, había sido sin duda porque necesitaba todo aquel tiempo para preparar su viaje, pues, de lo contrario, le habría hecho apresurarse a adoptar una resolución.

—¿Podría separarme de mi hijo? —murmuró.

En aquel momento, entró Jack en la choza, y, con un movimiento instintivo, lo cogió su madre como si Negoro estuviese allí dispuesto a arrebátárselo.

—¿Estás disgustada, madre? —interrogó el niño.

—¡No, Jack mío, no! —respondió la señora Weldon—. ¡Estaba pensando en tu papá! ¿Te gustaría volver a verle...?

—¡Oh, madre! ¡Ya lo creo...! ¿Acaso va a venir?

—¡No..., no! ¡No es preciso que venga!

—¿Entonces iremos nosotros a buscarle?

—Sí, Jack mío.

—¿Con mi amigo Dick... y Hércules..., y el viejo?

—¡Sí..., sí! —respondió la señora Weldon, para ocultar las lágrimas.

—¿Acaso te ha escrito papá? —preguntó el pequeño Jack.

—No, querido.

—¿Entonces vas a escribirle tú, madre?

—Sí, sí... Quizá —contestó la señora Weldon.

Y, sin saberlo, el pequeño Jack influía de un modo directo en el pensamiento de su madre que por no responderle de otra manera, le cubría de besos.

Conviene decir ahora que entre los múltiples motivos que habían impulsado a la señora Weldon a resistirse a las pretensiones de Negoro, figuraba otro, no exento de valor. Tal vez la señora Weldon tuviese la inesperada suerte de quedar en libertad sin la intervención de su marido y hasta en contra de la voluntad de Negoro. Sólo era un albor de esperanza, muy vago aún, aunque real.

En efecto, algunas palabras de una conversación sorprendida por ella varios días antes, le habían hecho vislumbrar un socorro posible en un plazo próximo, podía decirse un socorro providencial...

Alvez y un mestizo de Ujiji conversaban a algunos pasos de la choza que ocupaba la señora Weldon. No es de extrañar que el tema de la conversación

sostenida por aquellos estimables negociantes fuese precisamente el de la trata de negros. Los dos tratantes en carne humana hablaban de los negocios. Discutían el porvenir que le estaba reservado a su comercio, y se inquietaban de los esfuerzos que hacían los ingleses por suprimirlo, no sólo en el exterior, por medio de los cruceros, sino en el interior del continente con sus misioneros y sus viajeros.

José Antonio Alvez opinaba que las exploraciones de aquellos atrevidos progresistas no podían hacer más que entorpecer la libertad de las operaciones comerciales. Su interlocutor participaba en absoluto de su opinión, y decía que todos aquellos visitantes, civiles o religiosos, debieran ser recibidos a tiros.

Era muy poco lo que se hacía; pero, con gran disgusto de los negociantes, si se mataba a algunos de aquellos curiosos, otros, en cambio, se escapaban, y éstos, al regresar a su país, relataban «exagerando», según decía Alvez, los horrores de la trata, lo cual perjudicaba de un modo enorme a aquel comercio, demasiado desacreditado ya.

El mestizo convenía en ello y lo deploraba, sobre todo por lo concerniente a los mercados de Ñangüé, Ujiji, Zanzíbar y de toda la región de los grandes lagos. Allí habían estado sucesivamente Speke, Grant, Livingstone, Stanley y otros... ¡Aquello era una invasión! ¡Dentro de poco, toda Inglaterra y toda América invadirían la comarca!

Alvez se quejaba a su cofrade con toda sinceridad, y confesaba que las provincias del África occidental había sido hasta entonces menos maltratadas, esto es, menos visitadas, si bien la epidemia de los viajeros empezaba ya a propagarse. Si Kazonndé se había salvado, no pasaba lo mismo con Cassange y Bihé, donde Alvez poseía unas factorías. Recuérdese también que Harris había hablado con Negoro de un tal teniente Cameron que podía tener la temeridad de atravesar el África de una costa a la otra, entrando por Zanzíbar y saliendo por Angola.

Los temores del tratante eran fundados, en efecto, pues, como es sabido, al cabo de algunos años, Cameron por el sur y Stanley por el norte, fueron a explorar aquellas provincias del oeste, poco conocidas, para describir las monstruosidades permanentes de la trata, descubrir las complicidades culpables de los agentes extranjeros y hacer que recayese la responsabilidad sobre quienes correspondía.

Ni Alvez ni el mestizo podían conocer aún aquella expedición de Cameron y de Stanley; pero lo que sabían, lo que dijeron, lo que la señora Weldon oyó y lo que era de un gran interés para ella; en una palabra: lo que le había hecho mantenerse en su negativa de acceder a los requerimientos de Negoro era lo siguiente:

Probablemente, dentro de poco, el doctor David Livingstone llegaría a Kazonndé.

Ahora bien, la llegada de Livingstone con su escolta, la gran influencia de que gozaba el insigne viajero en África, el concurso que no podía faltarle de las autoridades portuguesas, todo ello podía contribuir a que fuesen puestos en libertad la señora Weldon y los suyos, en contra de la voluntad de Negoro y en contra de la voluntad Alvez. Tal vez se cumpliera su repatriación en un plazo próximo, sin que James W. Weldon tuviese que arriesgar la vida realizando un viaje cuyo resultado sólo podía ser deplorable.

¿Había alguna probabilidad de que el doctor Livingstone visitase en breve aquella parte del continente? Sí; porque siguiendo aquel itinerario iba a completar la exploración del África central.

Ya se sabe cuál fue la heroica existencia del hijo del modesto comerciante de té de Blantyre, aldea del condado de Lanark. Nacido el 13 de marzo de 1813, David Livingstone, el segundo de los seis hijos, a fuerza de estudios se hizo teólogo y médico, y después de haber cumplido el noviciado en la London Missionary Society, desembarcaba en El Cabo en 1840 con la intención de unirse al misionero Moffat, en el África meridional.

Desde El Cabo, el viajero se dirigió al país de los bechuanas, que exploró por primera vez, volvió a Kuruman, se casó con la hija de Moffat, la valiente compañera que era digna de él, y, en 1843, fundaba una misión en el valle de Mabotsa.

Cuatro años más tarde se le encontraba establecido en Kolobeng, a doscientas cincuenta millas al norte de Kuruman, en la región de los bechuanas.

Dos años después, en 1849, Livingstone abandonaba Kolobeng con su mujer, sus tres hijos y dos amigos —los señores Oswell y Murray—. El 1.º de agosto del mismo año, descubría el lago N'gami y volvía a Kolobeng, siguiendo el curso del Zaga.

Durante aquel viaje, Livingstone, detenido por la malquerencia de los indígenas no pudo atravesar el N'gami. Una segunda tentativa no fue más afortunada. Con la tercera lo consiguió. Empezando de nuevo entonces con su familia y con el señor Oswell el camino hacia el norte y después de espantosas miserias, que pudieron costar la vida a sus hijos, careciendo de víveres y de agua, llegó al país de los makalolos situado sobre el Chobé, afluente del Zambeze. Su jefe, Sebituané, se unió a él, en Linyanti. A fines de junio de 1851, el Zambeze estaba descubierto, y el doctor volvía a El Cabo, para repatriar a su familia a Inglaterra.

El intrépido Livingstone quería encontrarse solo para arriesgar la vida en el

audaz viaje que iba a emprender.

Esta vez, se trataba de salir de El Cabo y atravesar el África en sentido oblicuo, de sur a oeste, para llegar a San Pablo de Loanda.

El doctor partió con algunos indígenas el 3 de junio de 1852. Llegó a Kuruman y bordeó el desierto del Kalahari. El 31 de diciembre entraba en Litubaruba y volvía a encontrar el país de los bechuanas asolado por los boers, antiguos colonos holandeses que eran dueños de El Cabo, antes de la toma de posesión efectuada por los ingleses.

Livingstone abandonó Litubaruba el 15 de enero de 1853, penetró en el centro del país de los bamanguatos y, el 23 de mayo, llegó a Linyanti, donde Sekeletú, el joven soberano de los makalolos, le recibió con grandes honores.

Allí, retenido por unas fiebres intensas, el doctor se dedicó a estudiar las costumbres de la comarca, y, por primera vez, pudo comprobar los estragos que hacía la trata en África.

Al cabo de un mes, seguía el curso del Chobé, llegaba al Zambeze, entraba en Nanielé, visitaba Katonga y Libonta, llegaba a la confluencia del Zambeze y del Leeba, concebía el proyecto de remontar aquella corriente de agua hasta las posesiones portuguesas del oeste, y, para prepararse, volvía a Linyanti, después de nueve semanas de ausencia.

El 11 de noviembre de 1833, el doctor, acompañado de veintisiete makalolos, abandonaba Linyanti, y el 27 de diciembre llegaba a la desembocadura del Leeba. Aquella corriente de agua fue remontada hasta el territorio de los balondas, donde recibe al Makondo, que procede del este. Era la primera vez que un hombre blanco penetraba en aquella región.

El 14 de enero, Livingstone entraba en la residencia de Sahinté, el soberano más poderoso de los balondas, que le prestó buena acogida, y el 26 del mismo mes, después de haber atravesado el Leeba, llegaba a los dominios del rey Katema. También allí obtuvo un buen recibimiento, y reanudó la marcha el pequeño grupo, que el 20 de febrero acampó a orillas del lago Dilolo.

A partir de aquel punto, lo dificultoso del país, las exigencias de los indígenas, los ataques de las tribus, la sublevación de sus compañeros, las amenazas de muerte, todo conspiró contra Livingstone, y un hombre menos enérgico que él habría abandonado la partida. El doctor resistió, y el 4 de abril llegó a orillas del Coango, caudalosa corriente de agua que forma la frontera oriental de las posesiones portuguesas y va a desembocar por el norte en el Zaire.

Seis días después, Livingstone entró en Cassange, donde el tratante Alvez

le vio a su paso, y el 31 de mayo llegaba a San Pablo de Loanda. Por primera vez, y transcurridos dos años de viaje, África acababa de ser atravesada en sentido oblicuo, de sur a oeste.

El 24 de setiembre del mismo año, David Livingstone abandonó Loanda. Costeó la ribera derecha del Coanza, que tan funesto fue para Dick y los suyos, llegó a la confluencia del Lombé, cruzándose en el camino con numerosas caravanas de esclavos, volvió a Cassange, de donde salió el 20 de febrero, atravesó el Coango y, por el Zambeze, llegó a Kawawa. El 8 de junio volvía a encontrar el lago Dilolo, veía de nuevo a Shinté, descendía por el Zambeze y tornaba a entrar en Linyanti, de donde partió el 3 de noviembre de 1855.

Aquella segunda parte del viaje que conduciría al doctor hasta la costa oriental debía terminar por completo la travesía del África, de oeste a este.

Después de haber visitado las famosas cascadas de Victoria, el «humo atronador», David Livingstone abandonó el Zambeze para tomar la dirección del nordeste. Pasó a través del territorio de los batokas, indígenas embrutecidos por la inhalación del cáñamo; visitó a Semalembué, poderoso jefe de la región, atravesó el Kafué, siguió de nuevo por el Zambeze, visitó al rey Mburama, divisó las ruinas de Zumbo, antigua ciudad portuguesa, encontró el 17 de enero de 1856 al jefe Mpendé, entonces en guerra con los portugueses, y, por último, llegó a Teté, sobre las márgenes del Zambeze, el 2 de marzo. Tales fueron las principales etapas de aquel itinerario. El 22 de abril, Livingstone abandonaba aquella estación, rica en otro tiempo, descendía hasta el delta del río, y llegaba a Quilimané, en la desembocadura, el 20 de mayo, cuatro años después de haber salido de El Cabo. El 12 de julio se embarcaba para Mauricio, y el 22 de diciembre se hallaba de regreso en Inglaterra, después de dieciséis años de ausencia.

Un premio de la Sociedad de Geografía de París, una gran medalla de la Sociedad de Geografía de Londres y recepciones magníficas: nada le faltó al ilustre viajero. Otro hubiera pensado quizá que se tenía bien merecido el descanso. El doctor no lo creyó así, y saliendo el 1.º de marzo de 1858, acompañado de su hermano Carlos, del capitán Bedinfield, de los doctores Kirk y Meller y de los señores Thornton y Baines, llegó en mayo a la costa de Mozambique, con objeto de reconocer la cuenca del Zambeze.

No todos debían volver de aquel viaje.

Un pequeño steamer permitió a los exploradores remontar el gran río por la boca de Kangané. Llegaron a Teté el 8 de setiembre. Reconocieron el curso inferior del Zambeze y del Chiré, su afluente por la izquierda, en enero de 1859; visitaron el lago Chirúa en abril; exploraron el territorio de los manganjas, y descubrieron el lago Nyassa el 10 de setiembre; regresaron a las

cataratas de Victoria el 9 de agosto de 1860; el 31 de enero de 1861, llegaron el obispo Mackensie y sus misioneros, a la desembocadura del Zambeze; en marzo se realizó en el Pioneer la exploración de Rovuma; regresaron al lago Nyassa en setiembre de 1861, donde residieron hasta fines de octubre, y el 30 de enero de 1862 llegó la señora de Livingstone en un segundo steamer —el Lady Nyassa—. Tales fueron los hechos notables en los primeros años de aquella segunda expedición. En aquel momento el obispo Mackensie y uno de los misioneros murieron a causa de las inclemencias del clima, y el 27 de abril, la señora de Livingstone moría entre los brazos de su marido.

En mayo, el doctor intentó un segundo reconocimiento del Rovuma. Luego, a fines de noviembre, volvió a entrar en el Zambeze y remontó el Chiré; en abril de 1863 perdió a su compañero Thornton, y envió a Europa a su hermano Carlos y al doctor Kirk, agotados por las enfermedades, y el 10 de noviembre reconocía por tercera vez el Nyassa y completaba su hidrografía. Tres meses después, se encontraba en la desembocadura del Zambeze y pasó a Zanzíbar; y el 20 de julio de 1864, tras seis años de ausencia, llegó a Londres donde publicó su obra intitulada «Exploración del Zambeze y de sus afluentes».

El 28 de enero de 1866 Livingstone desembarcaba de nuevo en Zanzíbar. ¡Comenzaba su cuarto viaje!

El 8 de agosto, después de haber asistido a las horribles escenas que provocaba el tráfico de esclavos en aquella comarca, el doctor, que aquella vez sólo llevaba consigo algunos cipayos y algunos negros, se encontraba en Mokalaosé, a orillas del Nyassa. Seis semanas más tarde, la mayor parte de los hombres de la escolta emprendían la fuga, volvían a Zanzíbar y divulgaban el falso rumor de su muerte.

Él, sin embargo, no retrocedía. Quería visitar el país comprendido entre el Nyassa y el lago Tanganika. El 10 de diciembre, guiado por algunos indígenas atravesó el río Loangua, y el 2 de abril de 1867 descubrió el lago Liemmba. Allí permaneció un mes, entre la vida y la muerte. Apenas restablecido, el 30 de agosto llegó al lago Moero, cuya orilla septentrional visitó, y el 21 de noviembre entraba en la ciudad de Cazembé, donde habitó durante cuarenta días y renovó por dos veces su exploración del lago Moero.

Desde Cazembé, Livingstone se dirigió hacia el norte, con el propósito de llegar a la importante ciudad de Ujiji, sobre el Tanganika. Sorprendido por las crecidas y abandonado por sus guías, hubo de volver a Cazembé el 6 de junio, retrocediendo hacia el sur, y seis semanas después llegó al gran lago Bangüeolo. Allí permaneció hasta el 9 de agosto, y entonces trató de ascender hacia el Tanganika.

¡Qué viaje! A partir del 7 de enero de 1869, era tal la debilidad del heroico

doctor que había necesidad de transportarle. En febrero llegó por fin al lago y luego a Ujiji, donde encontró algunos objetos enviados bajo su dirección por la compañía oriental de Calcuta.

Livingstone sólo tenía entonces una idea: la de descubrir el nacimiento del Nilo, atravesando el Tanganika. El 21 de setiembre, se hallaba en Bamarré, en el Manyema, región de caníbales, y llegaba al Lualaba —que Cameron suponía y Stanley descubrió no ser más que el Alto Zaire o Congo—. En Mamohela, el doctor estuvo enfermo ochenta días, sólo con tres servidores. El 21 de julio de 1871 salió, por fin, para el Tanganika, y el 23 de octubre entraba en Ujiji. Ya no era más que un esqueleto.

Entretanto, antes de esta época faltaban noticias del viajero, desde hacía mucho tiempo. En Europa podía tenerse por muerto. Él mismo había perdido toda esperanza de ser socorrido.

Once días después de su entrada en Ujiji, el 3 de noviembre, sonaron unos disparos de fusil a un cuarto de milla del lago. Acudió el doctor. Un hombre, un blanco, estaba ante él.

—¿Es al doctor Livingstone a quien tengo el gusto de saludar?

—Sí —respondió éste, descubriéndose y esbozando una afable sonrisa.

Sus manos se estrecharon con efusión.

—Doy gracias a Dios —dijo el hombre blanco— por haberme permitido que le encuentre a usted.

—Tengo la satisfacción —dijo Livingstone— de encontrarme aquí para recibirle.

El blanco era el americano Stanley, reportero del New-York Herald, al que el señor Bennett, director del periódico, acababa de enviar en busca de David Livingstone.

En el mes de octubre de 1870, aquel americano, sin una vacilación, sin pronunciar una sola frase, con sencillez, como un héroe se embarcó en Bombay para Zanzíbar, y recorriendo, sobre poco más o menos, el itinerario de Speke y de Burton, después de un sinnúmero de miserias y de ver amenazada su vida varias veces, llegó a Ujiji.

Los dos viajeros, que se habían hecho amigos, efectuaron entonces una expedición al norte del Tanganika. Se embarcaron, llegaron hasta el cabo Magala y, después de una minuciosa exploración, se dieron cuenta de que el gran lago tenía por desagadero a un afluente del Lualaba. Esto fue lo que Cameron y el mismo Stanley llegaron a determinar de un modo definitivo algunos años después. El 12 de diciembre, Livingstone y su compañero estaban de regreso en Ujiji.

Stanley se dispuso a partir. El 27 de diciembre, después de ocho días de navegación, el doctor y él llegaron a Urimba, y luego, el 23 de febrero, entraban en Kuihara.

El 12 de marzo fue el día de la despedida.

—Ha realizado usted —dijo el doctor a su compañero— lo que pocos hombres hubieran hecho, y mucho mejor que algunos viajeros insignes. Le estoy sumamente agradecido. ¡Que Dios le guíe y le bendiga, amigo mío!

—¡Él quiera que vuelva usted sano y salvo a nuestro país, querido doctor! —dijo Stanley, apoderándose de una mano de Livingstone.

Stanley se desasíó con presteza, y se volvió para ocultar las lágrimas.

—¡Adiós, doctor, amigo mío! —dijo, con voz ahogada.

—¡Adiós! —respondió Livingstone.

Partió Stanley, y el 12 de julio de 1872 desembarcaba en Marsella.

Livingstone reanudó sus investigaciones. El 25 de agosto después de haber pasado cinco meses en Kuihara, acompañado de sus domésticos negros Suzi, Chuma y Amoda, de otros dos servidores, de Jacobo Wainwright y de cincuenta y seis hombres enviados por Stanley, se dirigió hacia el sur de Tanganika.

Al cabo de un mes, la caravana llegaba a M'ura, en medio de las tormentas provocadas por una sequía extrema. Luego llegaron las lluvias, la malquerencia de los indígenas y la pérdida de las bestias de carga, que sucumbieron bajo las picaduras de las tse-tsé. El 24 de enero de 1873, el grupo llegaba a Chitunkué. El 27 de abril, después de haber recorrido el contorno oriental del lago Bangüeolo, se dirigía hacia la aldea de Chitambo.

Éste era el punto donde algunos tratantes habían dejado a Livingstone. He aquí lo que por ellos sabían Alvez y su colega de Ujiji. Había serios fundamentos para creer que el doctor, después de haber explorado el sur del lago, se aventuraría a atravesar el Loanda e iría en busca de las regiones desconocidas del oeste. Desde allí, ascendería hacia Angola para visitar las regiones infectadas por la trata de negros, hasta llegar a Kazonndé. El itinerario parecía muy lógico, y era muy probable que Livingstone lo siguiese.

Con la próxima llegada del gran viajero podía contar, pues, la señora Weldon, puesto que a comienzos de junio debía de hacer más de dos meses que había llegado al sur del lago Bangüeolo.

Ahora bien; el 13 de junio la víspera del día en que Negoro debía volver para reclamar a la señora Weldon la carta que había de poner cien mil dólares entre sus manos, se divulgó una triste noticia que sólo podía regocijar a Alvez

y a los demás tratantes.

¡El 1.º de mayo de 1873, al amanecer, había muerto el doctor Livingstone!

El 29 de abril, en efecto, la pequeña caravana había llegado a la aldea de Chitambo, al sur del lago. Llevaban al doctor en una camilla. El 30 por la noche «bajo la influencia de un dolor excesivo», exhaló esta queja, que apenas se oyó: «Oh, dear, dear!» Y se sumió en una especie de sopor.

Al cabo de una hora, llamó a su servidor Suzi, le pidió algunos medicamentos, y luego, murmuró, con voz débil.

—¡Está bien! Ahora, puede usted retirarse.

A las cuatro de la mañana, Suzi y los cinco hombres que componían la escolta entraron en la choza del doctor.

David Livingstone, arrodillado junto a su lecho, con la cabeza apoyada sobre las manos, parecía estar en oración.

Suzi le puso con suavidad un dedo sobre la mejilla. Estaba frío.

David Livingstone había dejado de existir.

Nueve meses más tarde, su cuerpo, transportado por sus fieles servidores a costa de inauditas fatigas llegaba a Zanzíbar, y el 12 de abril de 1874, era inhumado en la abadía de Westminster, entre los de los grandes hombres a quienes venera Inglaterra tanto como a sus reyes.

CAPÍTULO XV

HASTA DÓNDE PUEDE CONducIR UNA MANTÍCORA

¿A qué tabla de salvación no se acogerá todo desgraciado? ¿Qué resplandor de esperanza, por vago que sea, no tratan de sorprender los ojos del condenado...?

Así había sucedido a la señora Weldon, y ya se comprenderá lo que hubo de experimentar cuando supo, de labios del mismo Alvez, que el doctor Livingstone acababa de fallecer en una aldehuela del Bangüeolo. Le pareció que estaba más aislada que nunca, que una especie de vínculo que la unía al viajero, y con él al mundo civilizado, acababa de desaparecer. La tabla de salvación se le escapaba de las manos y el resplandor de esperanza se apagaba en sus ojos. Tom y sus compañeros habían abandonado Kazonndé hacia la región de los lagos. De Hércules, no tenía la menor noticia. Decididamente, la señora Weldon no podía contar con nadie... Tendría, pues, que acceder a la

proposición de Negoro, procurando modificarla y asegurar su resultado definitivo.

El 14 de junio, día fijado por Negoro, éste se presentó en la choza de la señora Weldon.

Como siempre, el portugués se mostró eminentemente práctico, como él decía. No quería ceder en lo más mínimo, por lo que se refería al rescate de su prisionera, ni tampoco quería discutir acerca del asunto; pero la señora Weldon se mostró muy práctica también, diciéndole:

—Si pretende usted hacer un buen negocio, no lo haga imposible exigiendo condiciones inaceptables. El cambio de nuestra libertad mediante la suma que usted propone puede obtenerse sin que mi marido venga a un país donde ya ve usted lo que puede hacerse con un blanco... Así, pues, a ningún precio quiero que venga.

Tras alguna vacilación, se rindió Negoro, y la señora Weldon acabó por conseguir que James W. Weldon no fuese hasta Kazonndé. Un navío lo depositaría en Mossamedes, puertecito de la costa del sur de Angola, frecuentado de ordinario por los negros y muy conocido por Negoro. El portugués conduciría allí a James W. Weldon, y, en una época determinada, los agentes de Alvez conducirían también a la señora Weldon, a Jack y al primo Benedicto. La suma sería entregada al hacerse la entrega de los prisioneros, y Negoro, que habría de haber representado ante James W. Weldon el papel de hombre honrado, debería desaparecer a la llegada del navío.

Era muy importante lo que había conseguido la señora Weldon. Así evitaría a su marido los peligros de un viaje a Kazonndé y los riesgos de quedar detenido, después de haber entregado la cantidad exigida como rescate, o los perjuicios del regreso. En cuanto a las seiscientas millas que separaban a Kazonndé de Mossamedes, si las recorría en las condiciones en que había viajado cuando partió del Coanza, la señora Weldon sólo podía temer un poco de cansancio, puesto que Alvez, que participaba de aquel negocio, tendría interés en que llegasen sanos y salvos.

Convenidas así las cosas, la señora Weldon escribió a su marido en tal sentido, dejando a Negoro el cuidado de presentarse como un servidor incondicional que había podido substraerse a los indígenas. Negoro tomó la carta, ante cuya lectura no vacilaría James W. Weldon en seguirle hasta Mossamedes, y, al día siguiente, protegido por unos veinte negros, se dirigió hacia el norte. ¿Por qué tomaba aquella dirección? ¿Tendría intención Negoro de ir a embarcarse en uno de los navíos que frecuentan las bocas del Congo, substrayéndose así a las estaciones portuguesas y a los penales de los que había sido huésped involuntario? Es probable. Tal fue, por lo menos, la razón que él alegó ante Alvez.

Después que hubo partido, la señora Weldon se preocupó de pasar lo mejor posible el tiempo que durase su estancia en Kazonndé. Habría de transcurrir tres o cuatro meses, suponiendo que las circunstancias fuesen las más favorables. La ida y el regreso de Negro no exigirían menos.

La intención de la señora Weldon era la de no abandonar la factoría. Su hijo, el primo Benedicto y ella se encontraban seguros allí, hasta cierto punto. Los buenos servicios de Halima suavizaban un poco los rigores de aquel secuestro. Además, era indudable que el tratante no la había permitido abandonar el establecimiento. La gran prima que debía proporcionarle el rescate de la prisionera merecía la pena de que se la vigilase con severidad. Incluso era mejor que Alvez no se viese obligado a abandonar Kazonndé para vigilar sus otras dos factorías de Bihé y de Cassange, pues Coimbra había ido a sustituirle en la expedición de las nuevas razzias, y no había motivo alguno para lamentar la presencia de aquel borracho.

Además, Negro, antes de partir, había dirigido a Alvez toda clase de recomendaciones con respecto a la señora Weldon. Convenía vigilarla de un modo riguroso. No se sabía lo que había sido de Hércules. Si no había perecido en aquella temible provincia de Kazonndé, tal vez intentase acercarse a la prisionera y arrancársela de las manos a Alvez. El tratante se interesó de una manera definitiva por que continuase aquella situación que iba a suponerle una buena cantidad de dólares. Respondía de la señora Weldon como de su propio bolsillo.

La vida monótona de la prisionera durante los primeros días de su llegada a la factoría continuó, pues. Lo que ocurría dentro de aquel recinto reproducía con toda exactitud los diversos actos de la existencia indígena de fuera. Alvez no seguía otras costumbres que las de los naturales de Kazonndé. Las mujeres del establecimiento trabajaban como lo hubieran hecho en la ciudad para el mayor beneficio de sus esposos o de sus amos. La preparación del arroz por medio de grandes golpes de maza en unos morteros de madera hasta su perfecta decorticación; la monda y el cribado del maíz y todas las manipulaciones necesarias para obtener una sustancia granulosa que sirve para componer un guiso llamado mtyellé en el país; la recolección del sorgo — especie de mijo— cuya madurez acababa de ser declarada con toda solemnidad en aquella época; la extracción del aceite oloroso de las drupas del mpafú, especie de olivas cuya esencia constituye un perfume muy apreciado por los indígenas; el hilado del algodón, cuyas fibras son torcidas por medio de un huso de un pie y medio de alto al que las hilanderas imprimen un rápido movimiento de rotación; la fabricación, con mazos de madera, de las telas de corteza; la extracción de las raíces de mandioca y la preparación de la tierra para los diversos productos de la región —yuca, la harina que se saca de la mandioca—; habas, con unas vainas de quince pulgadas de largo, llamadas

mositsanés y producidas por unos árboles de veinte pies de altura; aránquidas, destinadas a hacer aceite; guisantes vivaces de un color azul claro, conocidos con el nombre de chilobés y cuyas flores recuerdan el gusto, un poco soso, de la sopa de sorgo; café indígena; cañas de azúcar, cuyo jugo se reduce a jarabe; cebollas, guayabas, sésamo y pepinos, cuyas semillas se asan como las castañas; la preparación de las bebidas fermentadas —el malofú hecho con bananos, el pombé y otros licores; el cuidado de los animales domésticos, unas vacas que sólo se dejan ordeñar en presencia de su cría o de una ternera disecada; de unos becerros con cuernos cortos y algunos con joroba, y unas cabras que, en la comarca donde su carne sirve de alimentación, constituyen un importante objeto de cambio, y hasta pudiera decirse que son una moneda corriente como el esclavo; por último, el cuidado de la volatería de los puercos, corderos, bueyes, etc. Esta larga enumeración demuestra cuán rudas son las labores que incumben al sexo débil en las regiones salvajes del continente africano.

Entretanto, los hombres fuman tabaco o cáñamo, cazan elefantes o búfalos o se contratan con los tratantes para las razzias. Recolección de maíz o de esclavos, siempre se hace una recolección en estaciones determinadas.

De estas diversas ocupaciones, la señora Weldon, en la factoría de Alvez, sólo conocía la parte relativa a las mujeres. Algunas veces, se detenía para contemplarlas, y ellas —forzoso es decirlo— sólo le respondían con gestos poco agradables. El instinto de la raza obligaba a aquellas desgraciadas a odiar a una blanca, y, en sus corazones, no habría podido encontrarse conmiseración alguna hacia ella. La única excepción la constituía Halima, y después de haber retenido algunos vocablos de la lengua indígena, la señora Weldon consiguió cambiar algunas palabras con la joven esclava.

El pequeño Jack acompañaba con frecuencia a su madre cuando ésta se paseaba por el cercado, si bien hubiera querido andar por fuera. Allí había, sin embargo, en un enorme baobab, nidos de marabúes, formados de algunas ramas, y nidos de suimangas, con el plastón y el cuello escarlata, semejantes a los de los tejerines; nidos de viudas, que despojaban las chozas en provecho de sus familias; de calaos, cuyo canto era agradable; de papagayos de color gris claro con cola roja que en el Manyema se llaman russ y dan su nombre a los jefes de las tribus, y de drugos, insectívoros, semejantes a pardillos grises que tuviesen un gran pico rojo. Por acá y por allá, revoloteaban también algunos centenares de mariposas de especies diferentes, sobre todo en las proximidades de los arroyos que atravesaban la factoría pero esto era más propio del primo Benedicto que del pequeño Jack, y éste lamentaba mucho no ser más alto para poder mirar por encima de los muros. ¡Ay! ¿Dónde estaría su pobre amigo Dick Sand, que le elevaba a tanta altura por la arboladura del Pilgrim? ¡Cómo le había seguido por las ramas de aquellos árboles, cuyas

copas se alzaban a más de cien pies! ¡Qué buenas correrías habrían realizado juntos!

El primo Benedicto seguía encontrándose muy bien donde estaba, en vista de que no le faltaban los insectos. Por fortuna, había descubierto en la factoría —estudiaba todo cuanto podía, sin lupa y sin gafas— una abeja minúscula que formaba sus alvéolos en la carcoma de la madera, y un sphex que ponía los huevos en celdillas que no eran suyas, del mismo modo que el cuco los pone en los nidos de los demás pájaros. Tampoco faltaban los mosquitos junto a las márgenes de los riachuelos que taraceaban al sabio de picaduras hasta dejarlo desconocido. Y cuando la señora Weldon le reprochaba que se dejase devorar por aquellos perjudiciales insectos, él le respondía, rascándose hasta hacerse sangre:

—¡Es el instinto, prima Weldon; es el instinto! Lo hacen sin mala intención.

Por fin, un día —era el 17 de junio—, el primo Benedicto estuvo a punto de ser el más afortunado de los entomólogos... Pero esta aventura, que tuvo inesperadas consecuencias, merece ser relatada con algunos detalles.

Eran cerca de las once de la mañana. Un insoportable calor había obligado a los habitantes de la factoría a retraerse en sus chozas, y ni siquiera se hubiera encontrado un solo indígena en las calles de Kazonndé. La señora Weldon estaba amodorrada junto al pequeño Jack, que dormía.

El primo Benedicto mismo, que soportaba la influencia de aquella temperatura tropical, había renunciado a su búsqueda favorita, lo cual no dejaba de ser muy sensible para él, pues a los rayos de aquel sol de mediodía, se oía zumbir todo un universo de insectos. Se había refugiado, por tanto, con gran pesar suyo, dentro de la choza, y allí, el sueño comenzaba a apoderarse de él durante aquella siesta involuntaria.

De pronto, cuando se cerraban a medias sus ojos, oyó una vibración, es decir, uno de esos insoportables zumbidos de los insectos, algunos de los cuales pueden dar cinco o seis mil aletazos por segundo.

—¡Un hexápodo! —exclamó el primo Benedicto, despertándose de repente y pasando de la posición horizontal a la posición vertical.

Que había sido un hexápodo lo que había zumbado en la choza, no cabía duda. Y si el primo Benedicto era muy miope, tenía, en cambio, un oído muy fino, hasta el punto de que podía distinguir a un insecto de otro sólo por la intensidad de su zumbido y le pareció que aquél le era desconocido, aunque sólo podía ser producido por un gigantesco ejemplar de la especie.

—¿Qué hexápodo es éste? —se preguntó el primo Benedicto.

Y procuraba distinguir al insecto, lo cual era muy difícil para sus ojos sin gafas, tratando también y sobre todo de reconocerlo en la vibración de sus alas.

Su instinto de entomólogo le advirtió que allí tenía materia que tratar, y que el insecto que había encontrado tan providencialmente en su choza no debía ser el primero que había entrado.

Erguido el primo Benedicto no se movía. Escuchaba. Algunos rayos de sol llegaban hasta él. Sus ojos descubrieron entonces un gran punto negro que revoloteaba, pero que no pasaba lo bastante cerca de él para que pudiese reconocerle. Retenía la respiración, y, en el caso de sentirse picado en cualquier sitio del rostro o de las manos, estaba decidido a no hacer movimiento alguno que pudiese poner en fuga al hexápodo.

Por fin, el insecto zumbador, después de haber estado dando vueltas a su alrededor durante mucho tiempo, fue a pararse sobre su cabeza. La boca del primo Benedicto se ensanchó por un instante, como para esbozar una sonrisa —¡y qué sonrisa!—. Sentía cómo el ligero animal corría por sus cabellos. Por un momento, experimentó un deseo irresistible de llevarse la mano a la cabeza; pero se abstuvo, e hizo bien.

—¡No, no! —pensó—. Lo espantaría, o, lo peor, podría hacerle daño... Dejemos que se ponga más al alcance... ¡Ya anda...! Baja... Siento como corren sus lindas patas por mi cráneo... Debe de ser un hexápodo de gran tamaño... ¡Dios mío! ¡Haz sólo que descienda hasta la punta de la nariz, y entonces, bizqueando un poco, tal vez pueda verlo y determinar a que orden, género, especie o variedad pertenece...!

Así pensaba el primo Benedicto. Pero su cráneo, que era bastante puntiagudo, estaba muy lejos del extremo de su nariz, que era muy larga. Otros caminos podía emprender el caprichoso insecto, hacia las orejas o hacia el occipucio, caminos que le apartarían de los ojos del sabio, sin contar con que a cada instante podía emprender de nuevo el vuelo, salir de la choza, y perderse entre los rayos solares, donde se pasaba la vida, sin duda, en medio del zumbido de sus congéneres, que debían llamarle desde fuera...

El primo Benedicto se dijo todo esto. Nunca, durante toda su existencia de entomólogo, había pasado unos minutos más conmovedores. Un hexápodo africano de especie o por lo menos de variedad o aun de subvariedad nueva se hallaba allí sobre su cabeza, y sólo podría reconocerlo con la condición de que se dignase pasar siquiera a una distancia de una pulgada de sus ojos...

Entretanto, el ruego del primo Benedicto debió ser escuchado. El insecto, después de haberse paseado por aquella cabellera medio erizada, como por encima de cualquier matorral inculto, comenzó a descender por la frente del

primo Benedicto, y éste pudo concebir por fin la esperanza de que se aventurase hacia la punta de la nariz. Y una vez sobre la punta, ¿por qué no había de descender hacia la base...?

—Yo, en su lugar, descendería —pensaba el sabio.

Lo cierto era que, cualquier otro, en el caso del primo Benedicto, se había aplicado una violenta palmada en la frente, con el fin de aplastar al molesto insecto, o, por lo menos, de ponerlo en fuga. Se convendrá en que, sentir que seis patas se agitan sobre la piel, sin tener en cuenta el temor de ser picado, y no hacer siquiera un gesto, supone un gran heroísmo. El espartano que se dejaba devorar el pecho por un zorro y el romano que retenía entre sus dedos carbones encendidos no eran más dueños de sí mismos que el primo Benedicto, que, sin duda alguna, descendía de tales héroes.

El insecto, después de dar unas veinte vueltecitas, llegó al extremo de la nariz. Tuvo entonces un momento de vacilación, durante el cual afluyó al corazón toda la sangre del primo Benedicto. ¿Subiría desde allí el hexápodo hasta la altura de los ojos, o descendería hacia la base...?

Descendió. El primo Benedicto sintió que las vellosas patas se dirigían hacia la base de la nariz. El insecto no se dirigió hacia la izquierda ni hacia la derecha. Permaneció entre las dos aletas temblorosas, sobre la arista, ligeramente encorvada, de aquella nariz, tan a propósito para sustentar las gafas. Franqueó el huequecito producido por el uso incesante del instrumento de óptica que tanta falta le hacía al pobre primo, y se detuvo en la misma extremidad de su apéndice nasal.

Aquél era el mejor sitio que el hexápodo había podido elegir. A aquella distancia, los ojos del primo Benedicto, haciendo que sus rayos visuales convergiesen como dos lentes, podían asestar hacia el insecto su doble mirada.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó el primo Benedicto, que no pudo contener un grito—. ¡La mantícora tuberculosa!

No era preciso gritar, sino que sólo bastaba con pensarlo; pero esto, ¿no hubiera sido exigir demasiado al más entusiasta de los entomólogos...?

¡Tener en la punta de la nariz una mantícora tuberculosa de amplios élitros; un insecto de la familia de los cicindélidos, ejemplar muy escaso en las colecciones, que parece exclusivo de las regiones meridionales de África, y no exhalar un grito de admiración, sería sobrepasar las fuerzas humanas!

Por desgracia, la mantícora oyó aquel grito, que casi al punto fue seguido de un estornudo que sacudió el apéndice sobre el cual descansaba. El primo Benedicto quiso apoderarse de ella, extendió la mano, la cerró con violencia, y sólo consiguió atrapar el extremo de su propia nariz.

—¡Maldición! —exclamó.

Pero entonces recuperó una sangre fría notable.

Sabía que la mantícora tuberculosa no hace más que revolotear, por decirlo así, que, más bien que volar, anda. Se puso, pues de rodillas, y llegó a distinguir, a menos de diez pulgadas de sus ojos, el punto negro que se deslizaba con rapidez hacia un rayo de sol.

Era mejor, desde luego, estudiarla en aquella actitud independiente; pero era preciso no perderla de vista.

¡Coger la mantícora sería exponerse a aplastarla! —se dijo el primo Benedicto—. ¡No! ¡La seguiré! ¡La admiraré! ¡Puedo disponer para ello de todo el tiempo que quiera!

¿Tenía razón el primo Benedicto? Andaba a cuatro patas, con la nariz junto al suelo, como un perro que olfatea una pista, a siete u ocho pulgadas detrás del soberbio hexápodo. Transcurrido un instante, estaba fuera de la choza, bajo el sol de mediodía, y, al cabo de algunos minutos, al pie de la empalizada que cerraba el establecimiento de Alvez.

Desde aquel sitio, dando saltos, ¿franquearía el cercado la mantícora y pondría un muro entre sí y su adorador? No, aquello no hubiera estado dentro de sus facultades, y el primo Benedicto lo sabía muy bien. Así, pues, arrastrándose como una culebra, continuó allí, demasiado lejos para reconocer al insecto desde el punto de vista entomológico —lo cual ya estaba hecho—, aunque lo bastante cerca para seguir viendo aquel gran punto movedizo que andaba por el suelo.

Cuando llegó la mantícora junto a la empalizada encontró el amplio agujero de una tocinera que se abría al pie del cercado. Sin vacilar, se introdujo por aquella galería subterránea pues estos insectos tienen la costumbre de buscar los conductos oscuros. El primo Benedicto creyó que iba a perderla de vista; pero, con gran sorpresa suya, vio que aquel agujero tenía por lo menos dos pies de anchura, y que la topinera formaba una especie de galería donde pudo introducirse su largo y delgado cuerpo. En aquella persecución ponía el ardor de un harén, y ni siquiera se dio cuenta de que, al «soterrarse» así, pasaba por debajo de la empalizada. La topinera, en efecto, establecía una comunicación natural entre el interior y el exterior. En medio minuto, el primo Benedicto se halló fuera de la factoría. No era aquello lo que le preocupaba. Toda su admiración era para el elegante insecto que le guiaba. Y a éste, sin duda, le bastaba con aquella prolongada caminata. Sus élitros se separaron y se desplegaron sus alas. El primo Benedicto presintió el peligro, y ya tenía ahuecada la mano para hacer con ella una prisión provisional a la mantícora, cuando ésta —¡Frrr!— echó a volar.

¡Qué desesperación...! Pero la mantícora no podía ir muy lejos... El primo Benedicto se levantó, la contempló y se precipitó tras ella, con los brazos extendidos y las manos abiertas...

El insecto revoloteaba por encima de su cabeza, y él sólo distinguía entonces un gran punto negro, sin forma apreciable.

¿Volvería la mantícora a caer en el suelo, después de haber descrito algunos círculos alrededor de la erizada cabeza del primo Benedicto? Todos los indicios hacían suponerlo así.

Por desgracia para el infortunado sabio, aquella parte del establecimiento de Alvez, que estaba situado en el extremo norte de la ciudad, confinaba con un vasto bosque que cubría el territorio de Kazonndé en una extensión de varias millas cuadradas. Si la mantícora llegaba a las copas de los árboles, y, una vez allí, comenzaba a revolotear de rama en rama, había que renunciar a toda esperanza de poderla hacer entrar en la famosa caja de hoja de lata, de la que habría constituido la alhaja más preciosa.

¡Ay! Eso fue lo que ocurrió. La mantícora encontró un punto de apoyo en el suelo. Habiendo tenido la suerte de volver a verla, el primo Benedicto se precipitó en seguida de bruces contra el suelo; pero la mantícora no andaba ya, sino que empezó a dar saltos.

El primo Benedicto, rendido, con las rodillas y las manos llenas de sangre, comenzó a dar saltos también. Sus dos brazos, con las manos abiertas se extendían a derecha y a izquierda, siguiendo al punto negro que saltaba de acá para allá. Hubiérase dicho que se movía sobre aquel suelo abrasado como se movería un nadador sobre la superficie del agua.

¡Trabajo inútil! Sus dos manos se cerraban siempre en el vacío. El insecto se le escapaba, jugueteón, y, al poco tiempo, cuando estuvo bajo la fresca enramada, se elevó, después de haber lanzado al oído del primo Benedicto, que se estremeció, el zumbido más intenso y más irónico también, de sus alas de coleóptero.

—¡Maldición! —exclamó por segunda vez el primo Benedicto—. ¡Se me escapa! ¡Hexápodo ingrato...! ¡Y yo que te reservaba un puesto de honor en mi colección...! ¡Pues bien, no! ¡No te abandonaré! ¡Te perseguiré hasta que te alcance...!

El desconcertado primo olvidaba que sus ojos de miope no le permitirían distinguir a la mantícora entre el follaje. Pero estaba fuera de sí. El despecho y la cólera le habían vuelto loco. ¡El, y nadie más que él tenía la culpa de su desgracia! Si desde un principio se hubiera apoderado del insecto, en lugar de seguirle «en su actitud independiente», nada de aquello habría sucedido, y poseería aquel admirable ejemplar de mantícora, cuyo nombre es el de un

animal fabuloso que tenía cabeza de hombre y cuerpo de león.

El primo Benedicto había perdido la razón. No se daba cuenta de que la más imprevista de las circunstancias acababa de devolverle la libertad. No pensaba en que aquella topinera por donde se había introducido le había abierto una salida, y acababa de abandonar el establecimiento de Alvez. Aquello era el bosque, y bajo los árboles había desaparecido su mantícora. ¡Quería recuperarla a toda costa!

Iba corriendo, pues, por aquel bosque, sin tener conciencia siquiera de lo que hacía, creyendo que seguía viendo el precioso insecto, batiendo el aire con sus enormes brazos, como un gigantesco segador. Adónde iba, cómo volvería, ni si volvería, ni siquiera se lo preguntaba, y haciendo un recorrido de más de una milla, se introdujo en el bosque, con riesgo de ser encontrado por cualquier indígena o de ser atacado por una fiera...

De pronto, cuando pasaba junto a un matorral, surgió un ser gigantesco y se abalanzó sobre él. Luego, como si el primo Benedicto hubiera sido una mantícora, aquel ser le agarró de la nuca con una mano, le colocó la otra debajo de la espalda, y sin darle tiempo a que apreciase cuál era su situación, fue transportado a través de la espesura...

¡El primo Benedicto había perdido aquel día, en verdad, una buena ocasión de verse proclamado el entomólogo más afortunado de las cinco partes del mundo!

CAPÍTULO XVI

UN MGANNGA

Cuando el día 17 la señora Weldon no vio reaparecer al primo Benedicto a la hora acostumbrada, se sintió presa de la más viva inquietud. Que hubiera llegado a escaparse de la factoría, cuyo cercado era en absoluto infranqueable, resultaba inadmisibile. Además, la señora Weldon conocía a su primo. Era imposible que aquel hombre extravagante se hubiese determinado a huir abandonando su caja de hoja de lata y su colección de insectos africanos que cualquiera otro hubiera abandonado sin la menor vacilación. Y como la caja estaba allí en la choza, intacta, conteniendo lo que el sabio había podido recoger desde su llegada al continente, suponer que se hubiera separado voluntariamente de sus tesoros entomológicos resultaba inadmisibile.

¡Y, sin embargo, el primo Benedicto ya no se hallaba en el establecimiento de José Antonio Alvez!

Durante todo aquel día la señora Weldon lo buscó con obstinación. El pequeño Jack y la esclava Halima la acompañaron. Todo fue inútil.

La señora Weldon se vio obligada entonces a adoptar la hipótesis poco tranquilizadora de que el prisionero habría sido trasladado por orden del tratante y por motivos que ella desconocía. ¿Qué había hecho Alvez con el sabio? ¿Lo había encarcelado en uno de los barracones que había en la plaza...? ¿Por qué aquel traslado, después del convenio hecho entre la señora Weldon y Negoro, convenio que comprendía al primo Benedicto en el número de los prisioneros que el tratante debía conducir a Mossamedes para ser entregados, mediante el pago del rescate, a James W. Weldon?

Si la señora Weldon hubiera podido ser testigo de los efectos producidos por la ira de Alvez, cuando éste se enteró de la desaparición del prisionero, hubiera comprendido que aquella desaparición se había verificado en contra de su voluntad. Mas si el primo Benedicto se había evadido voluntariamente ¿por qué no le había revelado a ella el secreto de la evasión?

Entretanto, las indagaciones realizadas con el mayor cuidado por Alvez y sus servidores condujeron al descubrimiento de la topinera que ponía a la factoría en comunicación con el vecino bosque. El tratante adquirió entonces la certidumbre de que «el perseguidor de las moscas» se había fugado por aquella angosta abertura. Supóngase cuál sería su furor, cuando se dio cuenta de que aquella huida disminuiría de un modo considerable la prima que pensaba cobrar en aquel negocio.

—¡Este imbécil no valía gran cosa —pensaba—, y, sin embargo, me costará caro...! ¡Ah, como le coja...!

Pero a pesar de las indagaciones que fueron hechas en el interior, resultó imposible encontrar rastro alguno del fugitivo. La señora Weldon hubo de resignarse a la pérdida de su primo, y Alvez a despedirse de su prisionero. Como no podía admitirse que éste hubiera establecido relaciones con el exterior, pareció evidente que sólo la casualidad lo había llevado a descubrir la existencia de aquella topinera, y que había emprendido la fuga sin pensar en los que dejaba tras de sí, como si éstos no hubieran existido.

La señora Weldon se vio obligada a reconocer que debía haber ocurrido así, pero ni siquiera pensó en atribuirle intención alguna a aquel pobre hombre, que era inconsciente por completo en todos sus actos.

—¡Desgraciado! ¿Qué habrá sido de él? —Se preguntaba la señora Weldon

No hay para qué decir que aquel mismo día la topinera fue tapada con el mayor cuidado, y que se aumentó la vigilancia, dentro y fuera de la factoría.

La monótona vida de la prisión continuó, pues, para la señora Weldon y su

hijo.

Entretanto, se produjo en la provincia un hecho climatérico, muy raro en aquella época del año. Hacia el 19 de junio, comenzaron a producirse unas lluvias persistentes, aunque había pasado el periodo de la masika, que termina en abril. El cielo estaba cubierto, pues, y unos continuos chaparrones inundaban el territorio de Kazonndé.

Lo que sólo constituyó una contrariedad para la señora Weldon porque tuvo que renunciar a sus paseos por el interior de la factoría, constituyó una desgracia pública para los indígenas. Los terrenos bajos, cubiertos de cosecha ya madura, quedaron sumergidos por completo. Los habitantes de la provincia, a los cuales les faltaba con frecuencia la recolección, se vieron al poco tiempo sin recursos. Todos los trabajos de estación quedaban comprometidos, y ni la reina Moina, ni tampoco sus ministros sabían cómo hacer frente a la catástrofe.

Se recurrió entonces a los magos, pero no a aquellos que tenían la misión de curar a los enfermos con sus encantamientos y brujerías o que decían la buenaventura a los indígenas. Se trataba de una desgracia pública, y fueron requeridos los mejores mganngas, que poseen el privilegio de provocar o detener las lluvias, para que conjurasen el peligro.

Todo fue inútil. Por más que entonaron sus monótonos cantos, agitaron sus dobles cascabeles y sus campanillas, empicaron sus más preciosos amuletos —en particular, un cuerno lleno de cieno y de cortezas y cuya punta termina con tres cuernecillos—, y exorcizaron al mal arrojando bolitas de excremento o escupiendo al rostro de los personajes más augustos de la corte, no consiguieron ahuyentar a los malos espíritus que presidían la formación de las nubes.

Las cosas iban de mal en peor, cuando la reina Moina concibió la idea de llamar a un célebre mgannga que se encontraba entonces en el norte de Angola. Se trataba de un mago de primer orden cuyo saber era maravilloso y nunca se había puesto a prueba en aquella comarca, en donde nunca había estado. No se hablaba más que de sus éxitos entre los masikas.

El 25 de junio, por la mañana, el nuevo mgannga anunció ruidosamente su llegada a Kazonndé con un gran tintineo de campanillas.

El brujo fue directo a la chitoka, y la multitud de indígenas se precipitó al punto hacia él. El tiempo estaba un poco menos lluvioso, el viento indicaba una tendencia a cambiar, y aquellos síntomas de bonanza que coincidían con la llegada del mgannga predisponía a los espíritus en su favor.

Además era un hombre soberbio, un magnífico ejemplar de la raza negra. Medía, por lo menos, seis pies y debía de ser en extremo vigoroso. Aquella

presencia impuso ya a la multitud.

De ordinario, los brujos se reunían en número de tres, de cuatro o de cinco, cuando recorrían las aldeas, y algunos acólitos o compadres formaban el cortejo.

Aquel mgannga iba solo. Todo su pecho aparecía cubierto de extraños dibujos blancos, hechos con tierra de pipa. La parte inferior de su cuerpo desaparecía bajo una amplia faldeta de tela de hierba, cuya cola no habría desmerecido ante la de una elegante moderna.

Un collar de calaveras de pájaros en el cuello: en la cabeza, una especie de gorro de cuero adornado con plumas y con perlas, y, a la cintura, un cinturón de cobre del que pendían algunos centenares de campanillas que hacían más ruido que las de los sonoros arreos de una mula española; así iba vestido aquel magnífico e importante ejemplar de la corporación de los indígenas divinos.

Todo el material de su arte se componía de una especie de cesta cuyo fondo lo formaba una calabaza y que aparecía llena de conchas, amuletos, idolillos de madera, fetiches de todas clases y una considerable cantidad de bolas de excremento, accesorio importante en los encantamientos y prácticas adivinatorias del centro de África.

Una particularidad que en seguida fue reconocida por la multitud era la de que aquel mgannga era mudo, si bien tal defecto sólo podía acrecentar la consideración de que gozaba. Sólo dejaba oír un sonido gutural, profundo y lánguido que no tenía ninguna significación. Razón de más para que fuese bien comprendido en materia de sortilegio.

El mgannga dio primero la vuelta a la extensa plaza, ejecutando una especie de pavana que ponía en movimiento todo su carillón de campanillas. La multitud le seguía e imitaba todos sus movimientos. Hubiérase dicho que se trataba de un ejército de monos siguiendo a un gigantesco cuadrumano. Luego, entrando de pronto en la calle principal de Kazonndé, el brujo se dirigió hacia la residencia real.

En cuanto la reina Moina fue enterada de la llegada del nuevo adivino, apareció, seguida de sus cortesanos.

El mgannga se inclinó hasta rozar el polvo, y luego levantó la cabeza poniendo de manifiesto su soberbia estatura. Sus brazos se extendieron entonces hacia el cielo, agitándose con rapidez como si pretendieran rasgar las nubes, a las que señaló antes el brujo con la mano. Imitó sus movimientos con una pantomima animada, e indicó que huían hacia el oeste, volviendo al este por un movimiento de rotación que ningún poder lograría evitar.

Luego de pronto, con gran sorpresa de la villa y corte, el brujo cogió de la

mano a la temible soberana de Kazonndé. Algunos cortesanos intentaron oponerse a aquel acto contrario a toda etiqueta; pero el vigoroso mgannga, cogiendo al que tenía más próximo por el cuello, lo arrojó a unos quince pasos de distancia.

La reina no pareció desaprobar aquella violenta manera de obrar. Una especie de mueca que debía de ser una sonrisa fue dirigida al adivino, el cual hizo correr a la reina con paso rápido, en tanto que la multitud se precipitó sobre sus huellas.

Aquella vez, el brujo se dirigió hacia el establecimiento de Alvez. Bien pronto llegó a la puerta, que estaba cerrada. Empujando sencillamente, con su hombro, la derribó al suelo, y obligó a la subyugada reina a que entrase en el interior de la factoría.

El tratante, sus soldados y sus esclavos acudieron para castigar al imprudente que se permitía echar abajo las puertas, sin esperar a que le fueran abiertas. Sin embargo, al ver a la soberana, que no protestaba, se detuvieron en una actitud respetuosa.

Alvez sin duda iba a preguntar a la reina que era lo que le proporcionaba el honor de aquella visita, pero el mago no le dio tiempo, y haciendo retroceder a la multitud para que dejasen ancho espacio libre a su alrededor, volvió a comenzar su pantomima con una animación mayor. Mostró las nubes con la mano las amenazó, las exorcizó, hizo primero el ademán de detenerlas, y después de separarlas; se inflaron sus enormes mejillas y sopló sobre aquel conjunto de espesos vapores, como si hubiera tenido fuerza para disiparlos. Luego, enderezóse, hizo la señal de querer detenerlas en su carrera, y parecía que su gigantesca estatura le permitiría tocarlas con la mano.

La supersticiosa Moina, vencida por la pantomima de aquel gran comediante, estaba entusiasmada. De cuando en cuando lanzaba gritos de admiración; deliraba a su vez y repetía instintivamente los ademanes del mgannga. Los cortesanos y la multitud la imitaban, y los sonidos guturales del mudo se perdían en medio de aquellos cantos, gritos y aullidos de que tanta abundancia tiene la lengua indígena.

¿Cesaron las nubes de levantarse en el horizonte oriental y velar el sol de los trópicos? ¿Se desvanecieron ante los exorcismos del nuevo adivino? No.

Precisamente cuando la reina y su pueblo se imaginaban haber puesto en fuga a los espíritus malignos que les enviaban tantos chaparrones, el cielo, un poco despejado desde el alba, se oscureció más profundamente, y grandes gotas que anunciaban una nueva tormenta de lluvia cayeron trepidando sobre el suelo.

Entonces la multitud comenzó a murmurar y a decirse que aquel mgannga

no valía más que los otros. La reina frunció ligeramente las cejas y el mgannga comprendió que aquel fruncimiento significaba por lo menos para él la pérdida de las orejas. Los indígenas iban estrechando el círculo alrededor del adivino, sus puños comenzaban a amenazarle, y sin duda iban a jugarle una mala pasada cuando un incidente imprevisto cambió el curso de sus disposiciones hostiles.

El mgannga, que dominaba con la cabeza toda aquella muchedumbre aullante, acababa de extender el brazo hacia un punto del recinto; aquel ademán imperioso hizo que todos se volvieran a mirar el punto hacia donde se dirigía.

La señora Weldon y Jack, atraídos por el tumulto y los clamores, acababan de salir de su cabaña, y eran los que el mago, con un movimiento de cólera, había designado con la mano izquierda, mientras con la derecha se dirigía al cielo.

Ellos eran, ellos; era aquella blanca, era aquel niño los que le causaban todo el mal, de allí venía el origen de los maleficios. Ellos habían atraído de sus países lluviosos aquellas nubes para inundar los territorios de Kazonndé.

Se le comprendió. La reina Moina, señalando a la señora Weldon, hizo un movimiento de amenaza. Los indígenas, profiriendo terribles gritos se precipitaron hacia ella. La señora Weldon se creyó perdida, y cogiendo a su hijo entre los brazos permaneció inmóvil como una estatua ante aquella multitud excitada.

El mgannga caminó hacia ella. Todos se apartaban de aquel adivino que, con la causa del mal, parecía haber encontrado el remedio.

El tratante, para quien la vida de la prisionera era preciosa, se aproximó también, sin saber que hacer.

El mgannga cogió al pequeño Jack, arrancándolo de entre los brazos de su madre, y lo levantó hacia el cielo. ¡Hubiera podido creerse que iba a destrozarle la cabeza contra el suelo para apaciguar a los dioses!

La señora Weldon exhaló un grito terrible, y cayó desmayada sobre el pavimento.

Pero el mgannga, después de haber dirigido una seña a la reina, que sin duda la tranquilizó con respecto a sus intenciones, levantó a la desdichada madre y se la llevó con su hijo, en tanto que la multitud dominada en absoluto, se apartaba para dejarle paso.

Alvez, furioso, no aprobaba aquello. ¡Después de haber perdido a uno de los tres prisioneros, no se resignaba a ver cómo se escapaba el depósito confiado a su vigilancia, y, con el depósito, la gran prima que le reservaba

Negoro, aunque todo el territorio de Kazonndé tuviera que quedar sepultado bajo un nuevo diluvio! Pretendió oponerse a aquel rapto.

Entonces se amotinaron contra él los indígenas. La reina ordenó a sus esbirros que lo prendieran, y, comprendiendo que aquello podría costarle caro, el tratante permaneció quieto, maldiciendo la estúpida credibilidad de los súbditos de la augusta Moina.

Los salvajes, en efecto, esperaban que verían desaparecer las nubes con aquellos que las habían traído, y no dudaban que el mago pretendería extinguir con la sangre de los extranjeros las lluvias que tanto les habían perjudicado.

Entretanto, el mgannga transportaba a sus víctimas como pudiera hacerlo un león con un par de corderos que no tuviesen peso apreciable para su poderosa boca, el pequeño Jack espantado y la señora Weldon sin conocimiento en tanto que la multitud, en el paroxismo del furor, le seguía profiriendo aullidos. Salió del cercado, atravesó Kazonndé, entró en el bosque, recorrió cerca de tres millas, sin que un solo pie le fallase por un instante, y, solo al fin —pues los indígenas habían comprendido que no podían seguirle—, llegó junto a un río cuya rápida corriente se dirigía al norte.

Allí, en el fondo de una ancha cavidad, detrás de la crecida hierba de un matorral que casi ocultaba la orilla, apareció amarrada una piragua recubierta con una especie de chamiza.

El mgannga embarcó en ella con su doble carga, empujó con el pie a la embarcación que arrastró con rapidez la corriente, y entonces, con voz clara, dijo:

—¡Mi capitán, aquí tiene a la señora Weldon y al pequeño Jack...! ¡En marcha, pues, y que todas las nubes del cielo revienten ahora sobre esos idiotas de Kazonndé!

CAPÍTULO XVII

A LA DERIVA

Era Hércules, irreconocible bajo su atavío de mago, el que hablaba así, y era Dick Sand a quien se dirigía; a Dick Sand, bastante débil aún, hasta el punto de tener que apoyarse en el primo Benedicto, junto al cual estaba echado Dingo.

La señora Weldon, que había recobrado el conocimiento, sólo pudo pronunciar estas palabras:

—¡Tú, Dick, tú!

El joven grumete se irguió, pero ya la señora Weldon lo estrechaba entre sus brazos y Jack le prodigaba sus caricias.

—¡Mi amigo Dick! ¡Mi amigo Dick! —Repetía el niño.

Luego, volviéndose hacia Hércules, añadió:

—¡Y yo, que no te había reconocido...!

—¿Eh...? ¡Vaya un disfraz! —exclamó Hércules, frotándose el pecho para quitarse los dibujos que lo cubrían.

—¡Estabas demasiado feo! —dijo el pequeño Jack.

—¡Diantre! ¡Representaba el demonio, y el demonio no es muy hermoso, que digamos!

—¡Hércules! —pronunció la señora Weldon, tendiendo su mano al buen negro.

—La ha libertado a usted —añadió Dick Sand—, como me salvó a mí, aunque no quiera convenir en ello...

—¡Salvados! ¡Salvados...! ¡No lo estamos aún! —protestó Hércules—. Además, si el señor Benedicto no hubiera venido a decirnos dónde estaban ustedes, señora Weldon, no habiéramos podido hacer nada...

Era Hércules, en efecto, el que, cinco días antes, se había arrojado sobre el sabio, en el momento en que, después de hallarse a dos millas de la factoría, corría en persecución de su preciosa mantícora. Si no hubiera sido por aquel incidente, ni Dick Sand ni el negro hubieran conocido el sitio donde estaba oculta la señora Weldon, y Hércules no hubiera podido aventurarse hasta Kazonndé con su disfraz de mago.

Mientras la barca derivaba con rapidez por aquella parte angosta del río, Hércules relató lo que le había pasado desde su huida en el campamento del Coanza. Dijo cómo había seguido, sin hacerse notar, la kitanda donde iban la señora Weldon y su hijo; cómo había encontrado herido a Dingo; que ambos habían llegado a los alrededores de Kazonndé; que un papel escrito por Hércules y conducido por el perro había enterado a Dick Sand de lo que había sido de la señora Weldon; que, después de la inesperada llegada del primo Benedicto, había tratado en vano de penetrar en la factoría, la cual era vigilada con más severidad que nunca; y, por último, cómo había encontrado aquella ocasión para librar a la prisionera de aquel horrible José Antonio Alvez. Ahora bien; aquella ocasión se le había ofrecido aquel mismo día. Un mgannga que iba a hacer una visita de brujería —el célebre mago que era esperado con tanta impaciencia— pasó por aquel bosque, por el cual rondaba Hércules todas las

noches espiando, acechando, dispuesto a todo... Saltar sobre el mgannga, despojarle de sus arreos y de su traje de mago, atarle al pie de un árbol haciendo en unos bejucos unos nudos que los mismos Davenport no hubieran podido deshacer, pintarse el cuerpo tomando por modelo al brujo y desempeñar su papel de ir a conjurar las lluvias, todo ello había sido cuestión de algunas horas, si bien le había sido preciso confiar en la increíble credulidad de los indígenas.

Durante aquel relato, hecho con rapidez por Hércules Dick Sand no había pronunciado una palabra.

—¿Y tú, Dick? —preguntó la señora Weldon.

—¡Yo, señora Weldon —respondió el joven grumete—, no puedo decir nada...! ¡Mi último pensamiento fue para usted y para Jack...! En vano pretendí romper las ligaduras que me sujetaban al poste... El agua pasó por encima de mi cabeza... Perdí el conocimiento... ¡Cuando volví en mí, un ostugo perdido entre los papiros de este ribazo me servía de abrigo, y Hércules, de rodillas, me prodigaba sus cuidados...!

¡Diantre! —exclamó Hércules—. ¡Como que soy médico, adivino, brujo, mago y echador de la buenaventura...!

—Dígame, Hércules —pronunció la señora Weldon— ¿cómo pudo usted salvar a Dick Sand?

—¿Acaso fui yo, señora Weldon? —interrogó Hércules—. ¿No pudo romper la corriente el poste al que había sido atado nuestro capitán, y, en medio de la noche, traerlo hasta aquí sobre este madero, donde lo encontró medio muerto...? ¿Era tan difícil, en medio de aquellas tinieblas, deslizarse por entre las víctimas que cubrían la fosa, esperar a que se rompiera el dique, nadar entre dos aguas, y, desarrollando alguna fuerza, arrancar con una sola mano el poste donde aquellos bribones habían atado a nuestro capitán...? ¡No creo que haya en eso nada de extraordinario! ¡Cualquiera hubiera hecho otro tanto...! ¡El señor Benedicto, o el mismo Dingo...! Después de todo ¿por qué no había podido hacerlo Dingo...?

Se dejó oír un ladrido, y Jack, tomando entre sus manos la enorme cabeza del perro, le dio algunos golpecitos de amistad. Luego, dijo:

—Dingo, ¿fuiste tú el que salvó a nuestro amigo?

Y, a continuación, hizo que el perro moviese la cabeza de izquierda a derecha.

—¡Dice que no, Hércules! —continuó Jack—. Ya ves como no fue él... Dingo, ¿fue Hércules el que salvó a nuestro capitán?

Y el niño obligó al buen perro a que moviese cinco o seis veces la cabeza

de arriba abajo.

—¡Dice que sí, Hércules, dice que sí! —exclamó el pequeño Jack—. ¡Estás viendo cómo fuiste tú...!

—¡Amigo Dingo —pronunció Hércules, acariciando al perro—, eso no está bien...! ¡Me prometiste que no me delatarías!

¡Sí! ¡Había sido Hércules, el que se había jugado la vida por salvar la de Dick Sand! Pero su modestia no le permitía confesarlo. Además, consideraba como muy sencillo lo que había hecho, y repitió que ninguno de sus compañeros habría vacilado antes de obrar como había obrado él en aquella ocasión.

Esto dio ocasión a la señora Weldon para hablar del viejo Tom, de su hijo, de Acteón, de Austin y de sus infortunados compañeros.

Habían partido hacia la región de los lagos. Hércules los había visto pasar con la caravana de esclavos. Los había seguido, pero no se le había presentado ninguna ocasión propicia para comunicarse con ellos. ¡Habían partido! ¡Estaban perdidos...!

A la explosión de risa de Hércules, sucedieron gruesas lágrimas que ni siquiera procuraba contener...

—No llore usted, amigo mío —le dijo la señora Weldon—. ¡Quién sabe si Dios nos concederá la gracia de volver a verlos algún día!

Algunas palabras instruyeron entonces a Dick Sand de todo cuanto había pasado durante la estancia de la señora Weldon en la factoría de Alvez.

—Tal vez —dijo la señora Weldon— hubiera sido mucho mejor que nos hubiéramos quedado en Kazonndé...

—¡Qué torpe soy! —exclamó Hércules.

—¡No, Hércules, no! —intervino Dick Sand—. ¡Esos miserables habrían encontrado algún medio de tender un lazo a la señora Weldon...! ¡Huyamos todos juntos, y sin demora...! ¡Llegaremos a la costa antes que Negoro esté de regreso en Mossamedes...!

Allí, las autoridades portuguesas nos prestarán ayuda y protección, y cuando Alvez se presente para cobrar los cien mil dólares...

—¡Cien mil estacazos en la cabeza habrá que darle a ese viejo bribón —exclamó Hércules—, y yo me encargaré de arreglar las cuentas...!

Sin embargo, constituía una contrariedad el que la señora Weldon no pudiese volver a Kazonndé. Había, por tanto, que adelantarse a Negoro, y todos los proyectos ulteriores de Dick Sand debían tender a tal fin.

Dick Sand había llegado a poner en ejecución el plan que tenía ideado desde hacía tanto tiempo y que consistía en llegar al litoral utilizando un río principal o secundario. Aquella corriente de agua se dirigía hacia el norte, y era posible que desembocara en el Zaire. En tal caso, en lugar de llegar a San Pablo de Loanda, llegarían a las bocas del gran río la señora Weldon y los suyos. Poco importaba, por cierto, puesto que no les faltaría socorro en las colonias de la Guinea inferior.

La primera idea de Dick Sand, que estaba decidido a seguir la corriente de aquel río, había sido la de embarcarse en una de esas jangadas de hierbas que son como una especie de islotes flotantes y que derivan en gran número sobre la superficie de los ríos; africanos.

Pero Hércules, que había estado buscando durante toda la noche, había tenido la suerte de encontrar una embarcación que navegaba al garete. Dick Sand no deseaba una cosa mejor, y la casualidad le había servido bien. En efecto: no se trataba de una de esas estrechas barcas que usan de ordinario los indígenas; la piragua encontrada por Hércules era de esas cuya longitud excede de treinta pies y de cuatro su anchura y que transportan con gran rapidez un buen número de viajeros sobre la superficie de las aguas de los grandes lagos. La señora Weldon y sus compañeros podían, pues, instalarse en ella con toda comodidad, y bastaría con mantenerla en dirección a la corriente por medio de una espadilla para que pudiera descender por el río.

En un principio, Dick Sand, deseando pasar sin ser visto, había ideado el proyecto de viajar sólo durante la noche; pero no navegar más que durante doce horas cada veinticuatro era duplicar la duración de un recorrido que podía ser largo. Por fortuna, a Dick Sand se le había ocurrido cubrir la piragua con un toldo de hierba sustentado por medio de una pértiga que iba de popa a proa y que ocultaba, incluso, la gran espadilla. Hubiérase dicho que era un montón de hierbas que derivaba por la superficie de las aguas, entre los islotes movedizos. Tal era la ingeniosa disposición de aquella choza, que los pájaros se engañaban con ella, y, creyendo que encontrarían semillas donde picotear, acudían con frecuencia las gaviotas de picos rojos, los aningas de negro plumaje y los alciones grises y blancos.

Además, aquel techo verde constituía un abrigo contra los ardores del sol. Un viaje realizado en tales condiciones podía llevarse a cabo casi sin sentir cansancio alguno, aunque no sin peligro.

El recorrido debía ser largo, en efecto, y era necesario proporcionarse alimento todos los días. De ahí la necesidad de cazar en las orillas, si no bastaba la pesca, y Dick Sand sólo tenía por toda arma de fuego el fusil con que había huido Hércules después del ataque del hormiguero. Sin embargo, consideraba que no erraría un solo tiro. Acaso asomando el fusil por entre la

hierba de la embarcación pudiese tirar con más seguridad, como un indígena desde su cabaña.

Entretanto, la piragua derivaba bajo la acción de una corriente que, según calculaba Dick Sand, debía de recorrer por lo menos dos millas por hora. Esperaba, pues, recorrer unas cincuenta millas cada veinticuatro horas. A causa de la misma rapidez de aquella corriente, había que ejercer una vigilancia continua para sortear los obstáculos, tales como las rocas, los troncos de los árboles y los escollos del río. Además, era de temer que apareciesen de pronto algunas cataratas, lo cual es frecuente en los ríos africanos.

Dick Sand, a quien el júbilo de volver a ver a la señora Weldon y a su hijo había devuelto las fuerzas, se había situado en la proa de la piragua. A través de la abundante hierba, observaba el camino que había de recorrer la piragua, y, unas veces con la voz y otras con el gesto, indicaba a Hércules, cuya vigorosa mano llevaba la espadilla, lo que tenía que hacer para mantener la buena dirección.

La señora Weldon, echada en el centro sobre una capa de hojas secas, se absorbía en sus pensamientos. El primo Benedicto, taciturno y frunciendo el ceño cada vez que miraba a Hércules, al que no perdonaba su intervención en el asunto de la mantícora, pensaba en su perdida colección, en sus notas de entomólogo, cuyo valor no apreciarían los indígenas de Kazonndé, y permanecía con las piernas estiradas y los brazos cruzados sobre el pecho. A veces, hacia el movimiento instintivo de levantar sobre su frente las gafas que no sustentaba su nariz. En cuanto al pequeño Jack, había comprendido que no debía hacer ruido alguno; pero, como no le estaba prohibido moverse, imitaba a su amigo Dingo y corría a cuatro patas de un extremo a otro de la embarcación.

Durante los dos primeros días, el alimento de la señora Weldon y de sus compañeros lo constituyeron las reservas que Hércules había podido proporcionarse antes de partir. Dick Sand sólo se detuvo, por tanto, durante algunas horas de la noche, con el fin de obtener algún descanso, pero no desembarcó por no querer hacerlo hasta que le obligase a ello la necesidad de renovar las provisiones.

Ningún incidente notable se produjo al comienzo de aquel viaje por el río desconocido, que, como término medio, no medía más de ciento cincuenta pies de ancho. Algunos islotes derivaban por su superficie y caminaban con la misma velocidad que la embarcación, por lo cual no había temor de que ésta pudiera chocar con ellos, si no los detenía ningún obstáculo.

Además, las márgenes del río parecían estar desiertas. Sin duda alguna, aquella parte del territorio de Kazonndé era poco frecuentada por los

indígenas.

Junto a las orillas, numerosas plantas salvajes se reproducían con profusión y ostentaban los más vivos colores. Asclepias, gladiolos, lirios, clemátides, balsaminas, umbelíferos, áloes, helechos arborescentes y arbustos aromáticos formaban un conjunto de un esplendor incomparable. Algunos bosques llegaban también a humedecer sus linderos en las aguas. Árboles copales, acacias de tersas hojas, bohínias de madera de hierro, cuyos troncos aparecían recubiertos por unas capas de líquenes por la parte expuesta a los vientos más fríos; higueras que se elevaban sobre raíces dispuestas en forma de estacas como los mangles y otros árboles de magnífico aspecto se inclinaban sobre el río. Sus copas se unían a unos cien pies de altura formando un espeso dosel que los rayos solares no podían atravesar. También aparecía de vez en cuando un puente de bejucos desde una orilla a la otra, y el día 27 vio el pequeño Jack, no sin admiración cómo un ejército de monos atravesaba por una de aquellas pasarelas vegetales agarrados de los rabos, en previsión de que se rompiese el puente bajo su peso.

Aquellos monos, de la especie de los diminutos chimpancés que han recibido el nombre de sokos en el África central, eran unos ejemplares bastante feos de la gente simiesca, de reducida frente, rostro amarillo claro y orejas en la parte superior de la cabeza. Estos animales viven en grupos de una decena, ladran como lo harían los perros más vulgares y son temidos por los indígenas, a quienes les roban los hijos para arañarlos o morderlos. Mientras pasaban por el puente de bejucos, ni siquiera se daban cuenta de que debajo de aquel montón de hierba que arrastraba la corriente estaba escondido un pequeñuelo con el que hubieran podido divertirse. El escondrijo ideado por Dick Sand estaba bien construido, puesto que aquellas bestias perspicaces no lo descubrían.

Durante aquel mismo día, veinte millas más lejos, la embarcación se detuvo de pronto.

—¿Que pasa? —preguntó Hércules, que continuaba cuidando de la espadilla.

—Un dique —respondió Dick Sand—; pero se trata de un dique natural.

—Hay que romperlo, señor Dick.

—Si, Hércules; hay que romperlo a hachazos. Algunos islotes han chocado contra él, y, sin embargo, ha resistido...

—¡Manos a la obra, mi capitán; manos a la obra! —exclamó Hércules, yendo a colocarse en la proa de la piragua.

Aquel dique estaba formado por el entrecruzamiento de una hierba tenaz y

de hojas lustrosas que se enreda en sí misma y se hace muy resistente. Se llama tikatika, y permite atravesar una corriente de agua sin mojarse, si no se siente el temor de introducirse entre las hierbas que forman un puente y que presentan un espesor de doce pulgadas. Magníficas ramificaciones de lotos cubrían la superficie de aquel dique.

Oscurecía. Sin demasiada imprudencia, Hércules pudo abandonar la embarcación, y manejó el hacha con tanta destreza, que al cabo de dos horas el dique había cedido, y aproximando la corriente a las orillas las dos mitades rotas, la piragua reanudaba su curso sobre las aguas.

¡No hay más remedio que confesarlo! El niño grande, que era el primo Benedicto, creyó por un instante que no podrían pasar. Semejante viaje le era enojoso. Echaba de menos la factoría de José Antonio Alvez y la choza donde había quedado su preciosa caja de entomólogo. Su contrariedad era muy grande, y, en el fondo, al pobre hombre daba pena verlo. ¡Ni un insecto, ni un solo insecto podía coger...!

¿Cuál no sería su júbilo, cuando Hércules —¡«su discípulo» después de todo!— le entregó un horrible bicho que acababa de recoger entre las ramas de aquella tikatika...? Y —¡cosa singular!— el buen negro parecía un poco confuso cuando se lo entregó.

¡Qué exclamaciones profirió el primo Benedicto, en el momento en que tuvo aquel insecto entre el índice y el pulgar y se lo hubo aproximado todo cuanto le era posible a sus ojos de miope, en cuya ayuda no podían acudir a la sazón las gafas ni la lupa!

—¡Hércules! —exclamó—. ¡Hércules! ¡Ah...! ¡Esto te vale mi perdón...! ¡Prima Weldon! ¡Dick...! ¡Un hexápodo único en su género y de origen africano...! ¡Éste no se me discutirá ni me abandonará en toda la vida...!

—¿Tan precioso es? —preguntó la señora Weldon.

—¿Que si es precioso? —exclamó el primo Benedicto—. ¡Un insecto que no es coleóptero, ni neuróptero, ni himenóptero; que no pertenece a ninguno de los diez órdenes reconocidos por los sabios, y que, todo lo más, podría ser incluido en la segunda sección de los arácnidos...! ¡Una especie de araña que sería una araña si tuviese ocho patas y que, sin embargo, es un hexápodo, puesto que no tiene más que seis...! ¡Ah amigos míos...! ¡El cielo me debía esta suprema satisfacción, y por fin uniré mi nombre a un descubrimiento científico...! ¡Este insecto será el Hexapodes Benedictus!

El entusiasta sabio estaba tan contento, olvidaba de tal modo sus miserias pasadas y futuras al cabalgar en su Clavileño favorito, que ni la señora Weldon, ni Dick le escatimaron sus felicitaciones.

Entretanto, la piragua se deslizaba por las sombrías aguas del río. El silencio de la noche sólo era turbado por los crujidos de las escamas de los cocodrilos y los resoplidos de los hipopótamos que triscaban en las orillas.

Apareciendo tras de las ramas de los árboles y atravesando el toldo de hierba, la luna proyectó sus suaves resplandores hasta el interior de la embarcación.

De pronto, hacia la ribera derecha, se oyó un lejano murmullo, y luego un ruido sordo, como si unas bombas gigantescas hubieran funcionado en la sombra.

Eran varios centenares de elefantes que, hartos de las raíces leñosas que habían estado devorando durante el día, acudían a apagar su sed antes de la hora del descanso. En realidad, hubiera podido creerse que todas aquellas trompas que se abatían y se levantaban con un movimiento automático iban a dejar seco el río...

CAPÍTULO XVIII

DIVERSOS INCIDENTES

Durante ocho días derivó la embarcación a impulsos de la corriente, en las condiciones que han sido relatadas. Ningún incidente de importancia se produjo. Por espacio de varias millas, el río bañaba los linderos de soberbios bosques; luego, despojado de aquellos hermosos árboles, el país dejaba que se entrevieran los matorrales hasta los límites del horizonte.

Si los indígenas faltaban en aquella comarca —de lo cual no se quejaba Dick Sand, ni mucho menos—, abundaban los animales. Había cebras, que retozaban en las orillas; antes y caamas —especie de antílopes graciosos en extremo—, que desaparecían al llegar la noche para ceder sus puestos a los leopardos, cuyes aullidos se dejaban oír, y hasta leones que saltaban entre la crecida hierba. Hasta entonces, los fugitivos no habían tenido nada que ver con ninguno de aquellos feroces carnívoros —ni de la selva, ni del río.

Sin embargo, todos los días, de ordinario por la tarde, Dick Sand se aproximaba a una orilla o a la otra, atracaba en ella, desembarcaba y exploraba las proximidades del río.

Había de renovar, en efecto, el alimento cotidiano. Pero en aquel país, privado de todo cultivo, no podía contarse con la mandioca, el sorgo, el maíz y las frutas que constituyen la alimentación vegetal de las tribus indígenas. Estos vegetales sólo crecían allí en estado salvaje, y no resultaban comestibles, en

absoluto. Dick Sand se veía obligado, por consiguiente, a cazar, aunque la detonación del fusil pudiese dar lugar a cualquier mal encuentro.

Encendían fuego frotando una rama con una varita de higuera salvaje, a la manera indígena, y aun a la manera simiesca, puesto que se ha hecho la afirmación de que algunos gorilas se proporcionan fuego de este modo. Luego cocían para varios días un poco de carne de ante o de antílope. Durante el día 4 de julio, Dick Sand consiguió matar de un solo tiro a un pokú, que le suministró una buena reserva de carne de venado. Era un animal de cinco pies de largo, provisto de largos cuernos llenos de anillos, de pelaje amarillo rojizo, ocelado de puntos brillantes, con el vientre blanco y cuya carne les pareció excelente.

Así, pues, teniendo en cuenta aquellos desembarcos casi cotidianos y las horas de descanso que tenían que proporcionarse por la noche, el recorrido total efectuado en el día 8 de julio no podía ser superior a cien millas. Era considerable, sin embargo, y Dick Sand se preguntaba ya hasta dónde le llevaría aquel río interminable cuyo curso no recibía más que insignificantes tributarios y que no se ensanchaba de una manera ostensible. En cuanto a su dirección general después de haberse dirigido durante mucho tiempo hacia el norte, a la sazón tercia hacia el noroeste.

Desde luego, aquel río les proporcionaba también su parte de alimento. Largos bejucos provistos de espinas en forma de anzuelos les proporcionaron los sandjikas, que son de un gusto muy delicado y, una vez acecinados, se transportan con facilidad por toda la región; los usakas negros, bastante estimados; los monndés, de anchas cabezas, y cuyas encías tienen por dientes cerdas de cepillo, y los diminutos dagalas, amigos de las aguas corrientes, que pertenecen al género de las clupeas y que recuerdan a los whitebaits del Támesis.

Durante la jornada del 9 de julio, Dick Sand tuvo que recurrir a su extrema sangre fría. Estaba solo en tierra, en acecho de un caama cuyos cuernos aparecían por encima de un tallar, y acababa de dispararle cuando, a treinta pasos surgió un formidable cazador que sin duda iba a reclamar su presa y no se mostraba propicio a abandonarla.

Era un león de gran tamaño, de los que llaman los indígenas kamos y no de la especie sin melena a la que pertenece el llamado «león del Nyassi». Aquél, que medía cinco pies de altura, era una bestia formidable. Dando un salto, el león cayó sobre el caama que el disparo de Dick acababa de abatir sobre el suelo y que, lleno de vida aún, se estremecía, chillando, bajo la garra del terrible animal.

Dick Sand no había tenido tiempo de introducir un segundo cartucho en su fusil.

El león lo vio desde el primer momento, pero al principio se contentó con mirarle.

Dick Sand era lo bastante dueño de sí para no hacer ningún movimiento. Se acordó de que en semejante caso, la inmovilidad puede constituir la salvación. No intentó volver a cargar el arma, ni tampoco trató de huir.

El león continuaba mirándole con sus ojos de gato, rojos y luminosos. Vacilaba, antes de decidirse por una de sus dos presas: la que se movía o la que no se movía. Si el caama no se hubiese retorcido entre las garras del león, Dick Sand se hubiera visto perdido.

Dos minutos transcurrieron así. El león contemplaba a Dick Sand, y Dick Sand contemplaba al león, sin mover siquiera los párpados.

Y entonces, abriendo su soberbia boca, el león tomó entre sus dientes al caama, que continuaba agitándose, y se lo llevó, como hubiera podido hacer un perro con una liebre, golpeando los arbustos con su formidable cola, y desapareciendo en el interior del tallar.

Dick Sand permaneció inmóvil algunos instantes más. Luego, abandonó su puesto; y cuando fue a reunirse con sus compañeros, nada les dijo acerca del peligro del cual había podido escapar, gracias a su sangre fría. Y si en lugar de navegar a favor de la corriente, los fugitivos hubieran tenido que atravesar las llanuras y los bosques frecuentados por semejantes fieras, a la sazón no existiría ni uno solo de los náufragos del Pilgrim.

Sin embargo, aunque el país estaba deshabitado entonces, no debía haberlo estado siempre. Más de una vez, en algunas depresiones del terreno, habían podido encontrarse indicios de antiguas aldeas. Un viajero acostumbrado a recorrer aquellas regiones, como David Livingstone, no habría podido equivocarse. Al ver aquellas elevadas empalizadas de euforbios que sobrevivían a las chozas de chamiza y aquella higuera sagrada, aislada y erguida en medio del cercado, afirmaban que allí había existido un núcleo de población, si bien, según las costumbres indígenas, la muerte de un jefe debía de haber bastado para obligar a los habitantes a abandonar su morada y trasladarse a cualquier otro punto del territorio.

Quizá también en aquella comarca que atravesaba el río viviesen algunas tribus bajo tierra, como en algunas partes de África. Estos salvajes pertenecientes al último grado de la humanidad, sólo salen de sus guaridas durante la noche como los animales de sus cubiles, y sería más terrible encontrar a aquellos salvajes que a los animales.

En cuanto a que aquél fuese un país de antropófagos, Dick Sand no podía dudar. Tres o cuatro veces, entre cenizas todavía calientes, encontró huesos humanos medio calcinados, restos de comidas horribles. Una funesta

casualidad podía hacer que llegasen hasta aquellas orillas los caníbales del alto Kazonndé en el momento en que Dick Sand desembarcase. Así, pues, no se detenía sino lo estrictamente necesario después de haber encargado a Hércules que a la menor señal pusiese en marcha la embarcación. El buen negro le había prometido hacerlo; pero cuando Dick Sand ponía los pies en tierra, no podía ocultar su gran inquietud a la señora Weldon.

Durante la tarde del 10 de julio hubo que redoblar la prudencia. A la derecha del río se levantaba una aldea lacustre. El ensanchamiento del lecho había formado allí una especie de lago, cuyas aguas bañaban a unas treinta chozas construidas sobre estacas. La corriente se introducía por debajo de aquellas chozas, y la embarcación tenía que pasar por allí, pues, hacia la izquierda, el río, sembrado de rocas, no era practicable.

La aldea estaba habitada. Algunas luces brillaban bajo la chamiza. Se oían voces que casi podían confundirse con rugidos. Si, por desgracia, como ocurre con frecuencia, las redes estaban tendidas entre las estacas, podía ser dada la voz de alarma, mientras la piragua trataba de forzar el paso.

A proa, Dick Sand, bajando la voz, hacía las indicaciones necesarias para evitar todo choque contra las toscas edificaciones. La noche era clara. Se veía lo suficiente para encontrar la dirección, y lo suficiente también para ser vistos.

Hubo un instante terrible. Dos indígenas que conversaban en alta voz, se hallaban acurrucados próximos al agua, junto a unas estacas entre las cuales la corriente arrastraba a la embarcación cuya dirección no podía ser modificada, por ser demasiado estrecho el paso que quedaba libre. ¿Le verían y podría temerse que a sus gritos se despertase toda la población?

Quedaba por recorrer un espacio de cien pies, todo lo más, cuando Dick Sand oyó que los dos indígenas se interpelaban con más interés. Uno enseñaba al otro el montón de hierba que derivaba y amenazaba con desgarrar las redes de bejuco que estaban tendiendo en aquel instante.

Recogiéndolas, pues, con gran premura, llamaron con el fin de que acudiesen a ayudarles.

Otros cinco o seis negros aparecieron en seguida junto a las estacas y se subieron a las vigas que las unían produciendo un clamor del cual no puede darse una idea.

Por el contrario, en la piragua reinaba un silencio absoluto, con excepción de algunas órdenes que Dick Sand pronunciaba en voz baja; la inmovilidad sería completa si no fuera por un movimiento de vaivén ejecutado por el brazo derecho de Hércules, al manejar la espadilla; a veces, un gruñido sordo de Dingo, cuyas dos mandíbulas oprimía Jack con sus manitas; fuera, el

murmullo de la corriente, al quebrarse contra las estacas; por encima, los gritos de los fieros caníbales...

Entretanto, los indígenas recogían las redes con rapidez. Si las recogían a tiempo, la embarcación pasaría; si no, se detendría y todos los que derivaban con ella estarían perdidos... En cuanto a modificar o suspender su marcha, Dick Sand no podía conseguirlo porque la corriente, más fuerte bajo aquel conjunto de chozas, arrastraba a la embarcación con mayor rapidez.

En medio minuto, la piragua se introdujo entre dos estacas. Por una suerte inaudita, los indígenas, con un último esfuerzo, habían recogido las redes.

Pero al pasar como Dick Sand temía, la embarcación fue despojada, en parte, de la hierba que flotaba sobre su flanco derecho.

Uno de los indígenas lanzó un grito. ¿Había tenido tiempo de reconocer lo que ocultaba aquella hierba, y llegaría a advertir a sus camaradas...? Era más que probable...

Dick y los suyos estaban ya fuera del alcance de aquéllas y al cabo de algunos instantes, bajo el impulso de aquella corriente, que había adquirido una gran rapidez, habían perdido de vista la población lacustre.

—¡A la orilla izquierda! —ordenó Dick Sand, por prudencia—. ¡El lecho del río se ha tornado practicable!

—¡A la orilla izquierda! —repitió Hércules, haciendo un vigoroso viraje con la espadilla.

Dick Sand fue a colocarse junto a él y observó la superficie de las aguas que iluminaba la luna con intensidad. No vio nada sospechoso. Ni una piragua iba en su persecución. Quizá no dispusiesen de ella aquellos salvajes. Cuando amaneció, ningún indígena apareció en el río ni en sus orillas. Sin embargo, y por colmo de precaución, la embarcación continuó aproximada a la orilla izquierda.

Durante los cuatro días siguientes, del 11 al 14 de julio, la señora Weldon y sus compañeros no dejaron de observar que aquella parte del territorio se había modificado de un modo sensible. Ya no era sólo un país desierto sino que era el desierto mismo, el cual podía ser comparado con el de Kalahari explorado por Livingstone durante su primer viaje. El árido suelo no recordaba en nada a las fértiles campiñas de la parte alta de la región.

Se hacía interminable aquel río, al que podía aplicársele el nombre de río, puesto que parecía que iba a desembocar en el Atlántico.

En aquel árido país, la cuestión del alimento se hizo difícil de resolver. Ya no quedaba nada de las reservas precedentes. La pesca era escasa y la caza nula. Los antes, los antílopes, los pokús y los demás animales no habrían

encontrado de que vivir en aquel desierto, y, con ellos, habían desaparecido también los carnívoros.

Así, pues, ya no se oían durante la noche los acostumbrados rugidos. Lo único que turbaba el silencio era el concierto de las ranas, que compara Cameron al ruido de los calafates que calafatean, a los robradores que robran, a los taladradores que taladran en un astillero de construcción naval...

El campo, en las dos orillas era llano y estaba despojado de árboles hasta las lejanas colinas que lo limitaban por el este y por el oeste. Sólo los euforbios crecían allí con profusión; pero no las euforbiáceas, que producen la yuca o harina de mandioca, sino aquellas de las cuales se extrae un aceite que no puede servir para la alimentación.

Sin embargo, había que proporcionarse alimento. Dick Sand no sabía cómo conseguirlo, cuando Hércules le recordó con mucha oportunidad que los indígenas comían con frecuencia brotes nuevos de helechos y la médula que contiene el tallo del papiro. Él mismo, cuando seguía a través del bosque la caravana de Ibn Hamis, se había visto obligado más de una vez a emplear aquel procedimiento para aplacar el hambre. Por fortuna los helechos y los papiros abundaban a lo largo de las orillas, y la médula del papiro, cuyo sabor es dulce fue degustada y muy apreciada por todos, sobre todo por el pequeño Jack.

Era una substancia poco reconfortante, sin embargo, y al día siguiente gracias al primo Benedicto, quedaron mejor servidos.

A partir del descubrimiento del Hexapodes Benedictus, que debía immortalizar su nombre, el primo Benedicto había recobrado su actitud habitual. Puesto el insecto en lugar seguro, es decir, clavado en el forro de su sombrero, el sabio se había dedicado a la busca durante las horas de desembarco. Aquel día, hurgando en la crecida hierba, descubrió un pájaro cuyo canto llamó la atención.

Dick Sand fue a dispararle, cuando el primo Benedicto exclamó:

—¡No tire, Dick, no tire! ¡Un pájaro para cinco personas sería insuficiente!

—Bastará para Jack —replicó Dick Sand, apuntando por segunda vez al pájaro, que no se apresuraba a volar.

—¡No, no! —insistió el primo Benedicto—. ¡No tire! ¡Es un indicador y va a proporcionarnos miel en abundancia!

Dick Sand bajó su fusil, considerando al fin que algunas libras de miel eran preferibles a un pájaro, y el primo Benedicto y él siguieron en seguida al indicador, el cual, parándose y volando alternativamente, les invitaba a que le acompañasen.

No tuvieron que ir muy lejos, y, al cabo de algunos minutos aparecieron unos viejos troncos ocultos entre los euforbios, en medio de un intenso zumbido de abejas.

El primo Benedicto no hubiera querido despojar a aquellos himenópteros «del fruto de su trabajo» —así fue como se expresó—; pero Dick Sand no lo entendió así. Ahumó las abejas con hierbas secas y se apoderó de una cantidad considerable de miel. Luego, abandonando al indicador los panales de cera, que era lo que constituía su alimento, el primo Benedicto y él volvieron a la embarcación.

La miel fue bien recibida; pero aquello era poco, y habrían sufrido un hambre cruel si, durante el día 12, la piragua no se hubiera detenido junto a una ensenada donde pululaban las langostas. Por miríadas, formando dos o tres hileras, cubrían el suelo y los arbustos. El primo Benedicto, que no había dejado de oír decir que los indígenas se alimentan con frecuencia con estos ortópteros —lo cual era perfectamente exacto— hizo una buena provisión de aquel maná. Había para llenar diez o doce veces la embarcación, y asadas a fuego lento, aquellas langostas comestibles habrían parecido excelentes incluso a personas menos hambrientas. El primo Benedicto, por su parte, comió una notable cantidad de ellas —suspirando, por supuesto; pero el caso es que las comió.

Ya era tiempo de que aquella prolongada serie de pruebas morales y físicas tuviese fin. Aunque la marcha por aquel río no era tan fatigosa como lo había sido por el bosque desde el litoral, el calor excesivo durante el día, los vahos húmedos durante la noche y los ataques incesantes de los mosquitos, hacían muy penoso también el descenso por la corriente de agua. Ya era tiempo de que llegasen, y, sin embargo, Dick Sand no podía señalar ninguna fecha de término a aquel viaje. ¿Duraría ocho días, o un mes? Nadie se lo indicaba. Si el río corriese de un modo franco hacia el oeste, ya se encontrarían en la costa norte de Angola; pero la dirección general había sido más bien hacia el norte, y así podía tardarse mucho tiempo en llegar al litoral.

Dick Sand estaba, por tanto, inquieto en extremo, cuando de pronto se produjo un cambio de dirección, en la mañana del 14 de julio.

El pequeño Jack estaba en la proa de la embarcación, y miraba a través de la chamiza, cuando apareció un gran espacio de agua en el horizonte.

—¡El mar! —exclamó.

Al oír aquella palabra, Dick Sand se estremeció y acudió junto al pequeño Jack.

—¡El mar! —repitió—. Todavía no; pero al menos se trata de un río que corre hacia el oeste, y del que es afluente este río. ¡Tal vez es el mismo Zaire!

—¡Dios te oiga, Dick! —exclamó la señora Weldon.

¡Si! Porque si era el Zaire o Congo, que Stanley debía reconocer algunos años más tarde, no había más que descender su curso para llegar a las poblaciones portuguesas de la desembocadura. Dick Sand esperaba que fuese así, y tenía motivos para creerlo.

Durante los días 15, 16, 17 y 18 de julio, en medio de un país menos árido, la embarcación derivó por las aguas argentadas del río. Sin embargo, fueron tomadas las mismas precauciones, y continuó pareciendo un montón de hierba lo que arrastraba la corriente.

Algunos días más, sin duda, y los supervivientes del Pilgrim verían el término de sus miserias. Entonces se daría a cada uno la parte de gloria que le correspondiera, y si el joven grumete no reivindicaba la mayor, la señora Weldon sabría pedirla para él.

Pero el 18 de julio se produjo un incidente que llegó a comprometer la salvación de todos.

A eso de las tres de la madrugada, un ruido lejano, muy sordo aún, se dejó oír hacia el oeste. Dick Sand, muy ansioso, quiso saber que era lo que producía aquel ruido. Mientras la señora Weldon, Jack y el primo Benedicto dormían en el interior de la embarcación, llamó a Hércules a proa y le recomendó que escuchase con la mayor atención. La noche era tranquila. Ni un soplo agitaba la atmósfera.

—¡Es el ruido del mar! —dijo Hércules, cuyos ojos brillaron de júbilo.

—No —respondió Dick Sand, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué es, entonces? —preguntó Hércules.

—Esperemos a que llegue el día, y, entretanto, vigilemos con mayor cuidado.

Después de oír esta respuesta, Hércules volvió a popa.

Dick Sand continuó en la proa. Seguía escuchando. El ruido aumentaba. Era más bien como un mugido lejano. Apareció el día casi sin alba. Hacia delante, por encima del río, a una media milla de distancia, una especie de nube flotaba en la atmósfera. Debían de ser vapores de agua, y ello quedó confirmado por completo, cuando, bajo los primeros rayos solares que se refractaban al atravesar, se abrió de una orilla a otra un admirable arco iris.

—¡A la orilla! —exclamó Dick Sand, cuya voz despertó a la señora Weldon—. ¡Hay unas cataratas! ¡Esas nubes no son más que agua pulverizada! ¡A la orilla, Hércules!

Dick Sand no se equivocaba. Por delante faltaba el suelo en más de cien

pies en el lecho del río, cuyas aguas se precipitaban con arma soberbia e irresistible impetuosidad. Media milla más de recorrido, y la embarcación hubiera sido arrastrada al abismo.

CAPÍTULO XIX

S. V.

Hércules, con un vigoroso movimiento de la espadilla, se lanzó hacia la orilla izquierda. La corriente no aceleraba la marcha en aquel sitio, y el lecho del río conservaba hasta las cascadas su pendiente normal. Como se ha dicho, el suelo faltaba de pronto, y la atracción sólo se dejaba sentir a tres o cuatrocientos pies antes de la catarata.

Sobre la orilla izquierda se elevaban grandes bosques muy espesos. Ninguna luz se filtraba a través de su impenetrable espesura. Dick Sand contemplaba no sin terror aquel territorio habitado por los caníbales del Congo inferior que a la sazón tendrían que atravesar, puesto que la embarcación no podía seguir ya la corriente. En cuanto a hacerla pasar por encima de las cataratas, no había que pensarlo. Aquello constituía un terrible golpe para aquella pobre gente, en vísperas, quizá, de llegar a las ciudades portuguesas de la desembocadura... ¡Encontrarían ayuda, sin embargo! ¿No había de ayudarles el Cielo?

La barca ganó bien pronto la orilla izquierda del río. A medida que se aproximaba a ella. Dingo iba dando extrañas muestras de impaciencia y de dolor a la vez. Dick Sand, que lo observaba —pues todo podía ser peligroso—, se preguntó si alguna fiera o algún indígena se hallarían ocultos entre los crecidos papiros de la ribera. Pero en seguida reconoció que no era un sentimiento de cólera el que agitaba al animal.

—¡Diríase que llora! —exclamó el pequeño Jack rodeando a Dingo con sus dos brazos.

Dingo se le escapó, y saltando al agua cuando la piragua sólo estaba ya a veinte pies de la orilla, llegó a tierra y desapareció entre la crecida hierba.

La señora Weldon, Dick Sand y Hércules no sabían que pensar.

Algunos instantes después, arribaban, en medio de una verde espesura de confervas y de otras plantas acuáticas. Algunos martines pescadores lanzaban un silbido agudo, y unas pequeñas garzas reales, blancas como la nieve, echaron a volar con precipitación. Hércules amarró fuertemente la embarcación al tronco de un mangle, y todos ganaron el ribazo, sobre el cual

se inclinaban grandes árboles.

Ningún sendero abierto se veía en aquel bosque. Sin embargo, los musgos hollados del suelo indicaban que aquel lugar había sido visitado recientemente por los indígenas o los animales.

Dick Sand, armado de su fusil, y Hércules, con el hacha en la mano, no habían dado diez pasos cuando encontraron a Dingo. El perro, con el hocico junto al suelo, seguía una pista, prorrumpiendo en ladridos. Un primer presentimiento inexplicable le había atraído hacia aquella parte de la orilla, y un segundo presentimiento le arrastraba entonces hacia las profundidades del bosque. Esto fue claramente visible para todos.

—¡Atención! —dijo Dick Sand—. ¡Señora Weldon, señor Benedicto, Jack, no se separen de nosotros...! ¡Atención, Hércules!

En aquel momento, Dingo levantaba la cabeza, dando pequeños saltos, invitaba a que le siguiesen.

Un instante después, la señora Weldon y sus compañeros se unían a él al pie de un viejo sicómoro, perdido en lo más espeso del bosque.

Allí se alzaba una choza en ruinas, con las tablas separadas, ante la cual Dingo ladraba de un modo lastimero.

—¿Qué habrá ahí dentro? —exclamó Dick Sand.

Entró en la choza.

La señora Weldon y los demás le siguieron.

El suelo estaba sembrado de huesos, ya blanquecinos bajo la acción decolorante de la atmósfera.

—¡Un hombre ha muerto en esta choza! —dijo la señora Weldon.

—¡Y Dingo conocía a ese hombre! —añadió Dick Sand—. Era, debía de ser su amo... ¡Ah! ¡Miren ustedes!

Dick Sand señalaba al fondo de la choza, hacia el tronco desnudo del sicómoro.

Allí aparecían dos grandes letras rojas, casi borradas ya, aunque podían distinguirse aún.

Dingo había colocado su pata derecha sobre el árbol, y parecía indicarles...

—¡S. V.! —exclamó Dick Sand—. ¡Las letras que Dingo reconoció entre todas...! ¡Las iniciales que lleva en el collar...!

Mientras pronunciaba estas palabras, se agachó y recogió una cajita de cobre, toda ella oxidada, que se hallaba en un rincón de la choza.

Fue abierta aquella caja, y apareció dentro un trozo de papel, en el que Dick Sand leyó as siguientes frases:

Asesinado... Robado por mi guía Negro... 3 de diciembre de 1871... Aquí... A 120 millas de la costa... ¡Dingo...! ¡Conmigo...!

S. VERNON

Aquel papel lo decía todo. Samuel Vernon, que había salido con su perro Dingo para explorar el centro de África, iba guiado por Negro. El dinero que llevaba excitó la codicia del miserable, que determinó apoderarse de él. Cuando el viajero hubo llegado a aquella parte de la ribera del Congo, estableció su campamento en aquella choza... Allí fue herido mortalmente, robado y abandonado... Cometido el crimen, Negro emprendió sin duda la fuga y entonces fue cuando cayó en manos de los portugueses. Reconocido como uno de los agentes del tratante Alvez y conducido a San Pablo de Loanda, fue condenado a terminar sus días en un penal de la colonia. Ya se sabe que consiguió evadirse y llegar a Nueva Zelanda, y que luego se embarcó en el Pilgrim para desdicha de los que habían tomado pasaje en el barco. ¿Y qué habría pasado después del crimen? ¡Nada que no fuese fácil de comprender! El infortunado Vernon, antes de morir, había tenido tiempo, sin duda, de escribir aquel papel que, con la fecha y la causa del asesinato, proporcionaba el nombre del asesino. El papel lo había encerrado en aquella caja donde, con toda seguridad, se encontraba el dinero robado, y, haciendo un último esfuerzo, su dedo ensangrentado había trazado, como un epitafio, las iniciales de su nombre... Ante aquellas dos letras rojas, Dingo debía haber permanecido bastantes días, y había aprendido a conocerlas... ¡Ya no debía olvidarlas...! Una vez que hubo vuelto a la costa, había sido recogido por el capitán del Waldeck, y, por último, a bordo del Pilgrim, donde se había encontrado con Negro. Mientras tanto, los huesos del viajero blanqueaban en el interior de aquella selva perdida en el África central, y sólo resucitaba en la memoria de su perro... ¡Sí! Así debían de haber sucedido los hechos, y Dick Sand y Hércules se disponían a dar sepultura cristiana a los restos de Samuel Vernon, cuando Dingo, prorrumpiendo en un aullido, de rabia esta vez, salió fuera de la choza.

Casi al mismo tiempo, unos gritos horribles se dejaron oír a corta distancia. Era indudable que un hombre luchaba con el vigoroso animal.

Hércules hizo lo que había hecho Dingo. Salió a su vez fuera de la choza, y Dick Sand, la señora Weldon, Jack y Benedicto, que le siguieron, le vieron precipitarse sobre un hombre que rodaba por el suelo, sujeto de la garganta por los temibles colmillos del perro.

Era Negro.

Al dirigirse a la desembocadura del Zaire, con el fin de embarcarse para América, el miserable, después de haber dejado atrás su escolta, había llegado al mismo sitio donde había asesinado al viajero que se había confiado a él.

No lo había hecho sin motivo, y todos lo comprendieron así, cuando vieron que algunos puñados de oro francés brillaban en un agujero recientemente abierto al pie de un árbol. Era evidente, por tanto, que después de cometido el crimen y antes de caer en manos de los portugueses, Negoro había ocultado el producto del robo con la intención de volver algún día para recogerlo e iba a apoderarse de todo aquel oro, cuando Dingo, descubriéndolo se le había arrojado a la garganta. El miserable, sorprendido, sacó su cuchillo e hirió al perro en el momento en que Hércules se arrojaba sobre él, gritando:

—¡Ah, bribón! ¡Por fin te voy a estrangular!

¡Ya no tenía que hacerlo! El portugués no daba señales de vida castigado puede decirse, por la justicia divina en él mismo sitio donde había sido cometido el crimen... Pero el perro fiel había recibido un golpe mortal, y, arrastrándose hasta la choza, fue a morir junto al cadáver de Samuel Vernon...

Hércules enterró bien profundo los restos del viajero, y Dingo, llorado por todos, fue colocado en la misma fosa que su amo.

Negoro había dejado de existir; pero los indígenas que lo acompañaban desde Kozandé no debían estar lejos. Al no verlo, lo buscarían, sin duda, hacia el lado del río... Aquello constituía un peligro muy serio.

Dick Sand y la señora Weldon celebraron consejo acerca de lo que convenía hacer, para apresurarse a ponerlo en práctica.

Un hecho incontestable era el de que aquel río era el Congo, al que los indígenas llaman Kwango o Ikutuya-Kongo, y que es el Zaire, en una longitud, y el Lualaba en otra.

Era la gran arteria del África central a la que el heroico Stanley impuso el glorioso nombre de «Livingstone», pero que tal vez hubieran debido sustituir por el suyo los geógrafos.

Mas, si no podía dudarse de que aquel río era el Congo, la nota del viajero indicaba que su desembocadura se hallaba aún a ciento veinte millas de aquel punto, y, por desgracia, en aquel sitio ya no era practicable. Imponentes cascadas —probablemente las cascadas de Ntamo— impedían el descenso de toda embarcación. Había necesidad, pues, de seguir por una o por otra orilla; por lo menos hasta pasadas las cataratas, o sea durante un recorrido de una o dos millas, y luego construir una jangada para dejarse arrastrar de nuevo por la corriente.

—Sólo queda por decidir —terminó Dick Sand— si descenderemos

siguiendo la orilla izquierda, donde nos hallamos, o la orilla derecha del río. Ambas, señora Weldon, me parecen peligrosas, pues los indígenas son temibles. Sin embargo, en esta orilla parece que corremos un peligro mayor, puesto que hemos de temer el encontrarnos con la escolta de Negro.

—Pasemos a la otra orilla —decidió la señora Weldon.

—¿Es practicable? —observó Dick Sand—. El camino de las bocas del Congo está más bien sobre la ribera izquierda, puesto que era la que seguía Negro... ¡No importa! No hay que vacilar... Pero, antes de atravesar el río con ustedes, señora Weldon, es preciso que yo sepa si podemos descender hasta más allá de la cascada.

Aquello era obrar con prudencia, y Dick Sand quiso poner al instante en ejecución su proyecto.

En aquel sitio, el río no media más de tres a cuatrocientos pies, y atravesarlo era fácil para el joven grumete, acostumbrado a manejar la espadilla. La señora Weldon, Jack y el primo Benedicto debían quedar al cuidado de Hércules, esperando que Dick Sand regresara.

Adoptadas estas resoluciones, Dick Sand iba a partir cuando la señora Weldon le dijo:

—¿No temes ser arrastrado hacia la cascada, Dick?

—No, señora Weldon; pasaré a cuatrocientos pies de distancia.

—Pero en la otra orilla...

—No desembarcaré, si veo el menor peligro.

—Llévate el fusil.

—Sí, me lo llevaré; pero no se inquieten ustedes por mí.

—Quizá sea mejor que no nos separemos, Dick —añadió la señora Weldon, como si se sintiese impulsada por un presentimiento.

—No... Déjeme que vaya solo —respondió Dick Sand—. Se precisa que sea así, para la seguridad de todos... Antes de una hora, estaré de vuelta... ¡Vigile bien, Hércules!

Desatada la embarcación, se llevó a Dick Sand al otro lado del Zaire.

La señora Weldon y Hércules, ocultos en un macizo de papiros, la seguían con la mirada.

Dick Sand llegó al poco tiempo en medio del río. La corriente, sin ser muy fuerte, se acentuaba un poco por la atracción de la cascada. A cuatrocientos pies de distancia, el imponente rugido de las aguas llenaba el espacio, y

algunas gotas de agua arrastradas por el viento del oeste, llegaban hasta el joven grumete. Se estremecía ante la idea de que la piragua, si hubiera sido menos atendida durante la noche, se hubiera perdido en las cataratas, que los habrían convertido a todos en cadáveres... Ya no había que temerlo, y, en aquel momento, manejada con habilidad, la espadilla bastaba para mantener la barca en una dirección un poco oblicua a la corriente.

Al cabo de un cuarto de hora, Dick Sand había ganado la orilla opuesta, y se preparaba para saltar a tierra...

En aquel instante, se oyeron unos gritos y una docena de indígenas se precipitó hacia el montón de hierba que ocultaba aún la embarcación.

Eran los caníbales de la aldea lacustre. Durante ocho días, habían seguido la margen derecha del río. Bajo la chamiza que se había desgarrado al rozar con las estacas que sustentaban las chozas, habían descubierto a los fugitivos es decir, una presa segura para ellos, puesto que el obstáculo de la cascada obligaría, tarde o temprano, a los infortunados a desembarcar en una o en la otra orilla.

Dick Sand se vio perdido, y se preguntó si el sacrificio de su vida podría salvar a sus compañeros. Dueño de sí, de pie en la proa de la embarcación, con el fusil apoyado en el hombro, mantenía a distancia a los caníbales.

Mientras, éstos habían arrancado toda la chamiza, bajo la cual creían encontrar otras víctimas. Cuando vieron que sólo el joven grumete había caído en sus manos, su desencanto se tradujo en espantosas vociferaciones. ¡Un muchacho de quince años para diez!

Entonces, uno de los indígenas se irguió; su brazo se extendió hacia la orilla izquierda, y a la señora Weldon y sus compañeros que, habiéndolo visto todo, habían llegado hasta la misma orilla.

Dick Sand, sin pensar en sí mismo, esperaba del Cielo una inspiración que pudiera salvarles.

La embarcación fue puesta en marcha. Los caníbales atravesaban el río. Ante el fusil que se dirigía hacia ellos, no se movían, conociendo el efecto de las armas de fuego. Pero uno de ellos se había apoderado de la espadilla, y maniobraba como un hombre que sabe servirse de ella. La piragua atravesaba el río en sentido oblicuo. Bien pronto estuvo sólo a cien pasos de la margen izquierda...

—¡Huyan ustedes! —gritó Dick Sand a la señora Weldon—. ¡Huyan!

Ni la señora Weldon ni Hércules se movieron. Hubiérase dicho que sus pies estaban pegados al suelo.

¡Huir...! ¿Para qué...? ¡Antes de una hora habrían caído en manos de los

caníbales!

Dick Sand lo comprendió. Entonces, recibió la inspiración suprema que imploraba del Cielo. Entrevió la posibilidad de salvar a todos aquellos a quienes amaba haciendo el sacrificio de su propia vida... Y no vaciló en hacerlo.

—¡Dios les proteja —murmuró—, y que, en su bondad infinita, tenga piedad de mí!

En el mismo instante, Dick Sand volvió su fusil hacia el indígena que manejaba la embarcación, y la espadilla, rota por una bala, volaba hecha pedazos.

Los caníbales prorrumpieron en un grito de espanto.

La piragua, sin la dirección de la espadilla, siguió el curso de las aguas. La corriente la arrastró con una velocidad cada vez mayor, y al cabo de algunos instantes sólo estaba a cien pies de la cascada.

La señora Weldon y Hércules lo habían comprendido todo. Dick Sand intentaba salvarlos precipitando consigo a los caníbales en el abismo. El pequeño Jack y su madre, arrodillados junto a la orilla, le enviaban el último adiós. La mano imponente de Hércules se tendía hacia él...

En aquel momento, los indígenas, pretendiendo ganar a nado la orilla izquierda, se arrojaron fuera de la embarcación a la que hicieron zozobrar.

Dick Sand no había perdido en absoluto su sangre fría ante la muerte que le amenazaba. Una última idea concibió entonces: la de que aquella barca por lo mismo que flotaba con la quilla al aire, podía servir para salvarle.

En efecto, dos peligros podían temerse en el momento en que Dick Sand fuese alcanzado por la catarata: la asfixia por el agua y la asfixia por el aire. Ahora bien, volcada la embarcación, sería como una caja en la que tal vez pudiera mantener la cabeza fuera del agua, al mismo tiempo que le resguardaría del aire exterior, que de seguro le habría ahogado en la rapidez de su caída. En tales condiciones, es posible que un hombre lograra escapar a la doble asfixia aun cuando descendiese por las cataratas del Niágara.

Dick Sand vio todo esto como a la luz de un relámpago. Por supremo instinto, se agarró al banco que unía los dos bordes de la embarcación, y con la cabeza fuera del agua bajo la barca invertida, sintió que le arrastraba la irresistible corriente y que comenzaba la cascada casi en sentido perpendicular.

La piragua se hundió en el abismo abierto por las aguas al pie de la catarata, y después de haber llegado a la mayor profundidad, volvió a la superficie del río. Dick Sand, buen nadador, comprendió que su salvación

dependía entonces del vigor de sus brazos... Un cuarto de hora después, ganaba la orilla izquierda y encontraba a la señora Weldon, al pequeño Jack y al primo Benedicto, a quienes Hércules había conducido hasta allí con toda premura.

Los caníbales habían desaparecido ya en el tumulto de las aguas. Aquellos a quienes no protegía la embarcación habían dejado de vivir, aun antes de haber llegado a las profundidades del abismo, y sus cuerpos se desgarrarían al chocar con las rocas con las cuales se rompía la corriente inferior del río...

CAPÍTULO XX

CONCLUSIÓN

Dos días después —el 20 de julio—, la señora Weldon y sus compañeros encontraron una caravana que se dirigía hacia Emborna, en la desembocadura del Congo. No eran mercaderes de esclavos, sino honrados negociantes portugueses que se dedicaban al comercio del marfil. Hicieron una excelente acogida a los fugitivos, y la última parte de aquel viaje se realizó en soportables condiciones.

El encuentro de aquella caravana constituyó, en realidad, un favor del Cielo. Dick Sand no hubiera podido reanudar su marcha siguiendo la corriente del Zaire. Desde las cascadas del Ntamo hasta Yellala, el río no es más que una serie de pendientes rápidas y de cataratas. Stanley ha contado hasta sesenta y dos, y ninguna embarcación puede aventurarse por allí. En la desembocadura del Congo fue donde, cuatro años más tarde, el intrépido viajero hubo de sostener el último de los treinta y dos combates que libró con los indígenas. Más abajo, en las cataratas de Mbelo, sólo por milagro escapó de la muerte.

El 11 de agosto, la señora Weldon, Dick Sand, Jack Hércules y el primo Benedicto, llegaron a Emborna donde los señores Motta Viega y Harrison les recibieron con una generosa hospitalidad. Un steamer iba a partir en dirección al istmo de Panamá. La señora Weldon y sus compañeros se embarcaron en él y llegaron con felicidad al territorio americano.

Un telegrama dirigido a San Francisco enteró a James W. Weldon del inesperado regreso de su mujer y su hijo, cuyo rastro había buscado en vano en todos los distintos puntos a donde podía creer que se había dirigido el Pilgrim.

Por último el 25 de agosto, el railroad depositaba a los náufragos en la capital de California. ¡Ah, si el viejo Tom y sus compañeros se encontraran

con ellos!

¿Qué decir ahora de Dick Sand y de Hércules? El uno se convirtió en el hijo y el otro en el amigo de la familia. James W. Weldon sabía cuánto debía al joven grumete y cuánto debía al buen negro. Había tenido la suerte, en verdad, de que Negro no hubiera llegado hasta él, pues habría pagado toda su fortuna por el rescate de su mujer y de su hijo. Habría partido en dirección a la costa de África, y, una vez allí, se habría visto expuesto a todos los peligros y a todas las perfidias.

Una sola palabra acerca del primo Benedicto. El mismo día de su llegada, el digno sabio, después de haber estrechado la mano de James W. Weldon, se encerró en su despacho y se entregó al trabajo, como si continuase una frase interrumpida la víspera. Preparaba una enorme obra acerca del Hexapodes Benedictus, un desiderátum de la ciencia entomológica.

Allí, en su despacho, exornado de insectos, el primo Benedicto encontró una lupa y unas gafas... ¡Cielo santo! ¡Qué grito de desesperación exhaló, la primera vez que se sirvió de ellos para estudiar el único ejemplar que le había suministrado la entomología africana...!

¡El Hexapodes Benedictus no era un hexápodo! ¡Era una araña vulgar...! ¡Y si no tenía más que seis patas en lugar de ocho, era porque le faltaban las dos patas delanteras...! ¡Y si le faltaban aquellas dos patas, era porque, al cogerlo, se las había roto Hércules...! Ahora bien; aquella mutilación reducía al pretendido Hexapodes Benedictus al estado de inválido, y le relegaba a la clase de los arácnidos más comunes, lo cual no había podido reconocer antes el primo Benedicto a causa de su miopía... Esto le acarreó una enfermedad, de la que sanó, por fortuna.

Tres años después, el pequeño Jack tenía ocho, y Dick Sand le hacía que repitiese sus lecciones, trabajando mucho por su parte; pues, apenas se vio en tierra, comprendiendo cuán grande era su ignorancia, se dedicó al estudio con una especie de remordimiento: el del hombre que falto de ciencia, se encuentra sin poder atender como debiera a la tarea que le está encomendada...

—¡Si! —Repetía a menudo—. Si a bordo del Pilgrim hubiera sabido todo cuanto un marino debe saber, ¡cuántas desgracias me habría evitado!

Así hablaba Dick Sand; y, a los dieciocho años, había terminado con distinción sus estudios hidrográficos, y provisto de una certificación especial, se encargó del mando de la casa James W. Weldon.

He aquí lo que consiguió con su conducta y con su trabajo el huerfanito recogido en el cabo de Sandy Hook. A pesar de su juventud, se veía rodeado de la estimación y puede decirse que del respeto de todos; pero la sencillez y la modestia eran tan naturales en él, que apenas se daba cuenta de ello. Ni

siquiera sospechaba que pudieran atribuírsele acciones excepcionales, y que la firmeza el valor y la constancia que había manifestado en tantas ocasiones habían hecho de él una especie de héroe.

Sin embargo, una idea le obsesionaba. En el escaso tiempo libre que le dejaban sus estudios, sólo pensaba en el viejo Tom, en Bat, en Austin y en Acteón, de cuya desgracia se consideraba responsable. Constituía también un motivo de tristeza para la señora Weldon la actual situación de sus compañeros de miserias. Así, pues, James W. Weldon, Dick Sand y Hércules, removieron Roma con Santiago para encontrar a los desaparecidos. Lo consiguieron por fin, gracias a los corresponsales que el rico armador tenía en el mundo entero. En Madagascar, donde dentro de poco iba a ser abolida la esclavitud, habían sido vendidos Tom y sus compañeros. Dick Sand quería dedicar sus pequeños ahorros a rescatarlos; pero James W. Weldon no lo consintió. Uno de sus corresponsales negoció el asunto y un día —el 15 de noviembre de 1877—, cuatro negros llamaron a la puerta de su habitación.

Eran el viejo Tom, Bat, Acteón y Austin. Los buenos hombres, después de haber escapado a tantos peligros, estuvieron expuestos a perecer estrangulados aquel día bajo la presión de los abrazos que les prodigaron sus amigos.

Sólo faltaba pues, la pobre Nan, de todos aquellos a quienes el Pilgrim había arrojado a la funesta costa de África; pero a la anciana sirvienta no podía devolvérsele la vida, ni tampoco a Dingo... Y, en verdad era un milagro que sólo aquellos dos seres hubiesen sucumbido durante semejantes aventuras...

No hay para que decir que, durante aquel día, hubo fiesta en casa del negociante californiano, y el mejor toast, aclamado por todos, fue el que dedicó la señora Weldon a Dick Sand, «al capitán de quince años»...